29 GEOGRAFÍA PARA EL SIGLO XXI SERIE: TEXTOS UNIVERSITARIOS

El mundo por descifrar

La perspectiva geográfica

Paul Claval

IG INSTITUTO DE GEOGRAFÍA UNAM

ciga centro de investigaciones en geografía ambiental • UNAM

Paul Claval (Meudon,1932), es profesor y emérito de la Universidad de París IV-Sorbona; suma en su extensa y riquísima producción más de cuarenta libros publicados como autor único y centenas de textos académicos entre artículos, capítulos y otras colaboraciones escritas. Es quizá, el geógrafo francés más prolífico que ha existido, pero lo valioso de su obra no radica en su número sino en su calidad y en la diversidad de los ángulos con los que ha enfocado la geografía.

El mundo por descifrar

La perspectiva geográfica

Instituto de Geografía
Universidad Nacional Autónoma de México

Colección: Geografía para el siglo XXI
Serie: Textos universitarios, núm. 29

El mundo por descifrar

La perspectiva geográfica

Paul Claval

Traducción
Yenny Enríquez

México, 2020

El mundo por descifrar. La perspectiva geográfica / Paul Claval; pról. Federico Fernández Christlieb; tr. Yenny Enríquez. -- Cd. Mx.: UNAM, Instituto de Geografía : Centro de Investigación en Geografía Ambiental, 2020.
278 p. : il. (Geografía para el siglo XXI. Serie Textos Universitarios; 29)
Título original: Le monde à décrypter. La perspective géographique
ISBN (obra general): 970-32-2965-4
ISBN (libro): 978-607-30-3437-1
DOI: http://dx.doi.org/10.14350/gsxxi.tu.29

1. Geografía I. Claval, Paul, autor II. Fernández Christlieb, Federico, prólogo III. Enríquez, Jenny, traductor III. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Geografía. IV: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro de Investigación en Geografía Ambiental. V. t. VI. ser.

El mundo por descifrar. La perspectiva geográfica

Título original: *Le monde à décrypter. La perspective géographique*
D.R. © Paul Claval, de la versión francesa

D.R. © 2020 Instituto de Geografía, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, Universidad Nacional Autónoma de México, por la traducción y edición en español

Imagen de la portada: Mapa mundi de Monte (Monti) Urbano, Milán, Italia, en 1587 (40 x 51 cm), David Rumsey Map Collection, David Rumsey Map Center, Stanford Libraries

Ciudad Universitaria,
Coyoacán, 04510, México, Cd. Mx.
Instituto de Geografía,
www.unam.mx, www.igeograf.unam.mx

Antigua Carretera a Pátzcuaro, 8701,
Ex-Hacienda de San José de la Huerta, 58190, Morelia, Michoacán
Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental (CIGA),
https://www.ciga.unam.mx/index.php

Editor académico: María Teresa Sánchez Salazar
Editores asociados: Héctor Mendoza Vargas y Arturo García Romero
Editor técnico: Raúl Marcó del Pont Lalli
Traducción: Yenny Enríquez

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio,
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Geografía para el siglo XXI (Obra general)
Serie: Textos universitarios
ISBN (Obra general): 970-32-2965-4
ISBN: 978-607-30-3437-1
DOI: http://dx.doi.org/10.14350/gsxxi.tu.29

Impreso y hecho en México

Índice

Prólogo. La perspectiva geográfica de Paul Claval.....9
Federico Fernández Christlieb

Introducción.....17

Capítulo 1. Las etapas de una disciplina: la geografía como estudio del objeto mundo.....19

Capítulo 2. Las etapas de una disciplina: La geografía como estudio de las representaciones.....33

Capítulo 3. Lo que la geografía de ayer sigue enseñándonos.....55

Capítulo 4. Los nuevos enfoques: El lugar de la cultura.....73

Capítulo 5. Comprender el escenario mundial en construcción.....111

Capítulo 6. La génesis de los espacios nacionales y regionales.....133

Capítulo 7. Naciones y regiones en la era de las economías nacionales.....153

Capítulo 8. Las lógicas de lo local y lo doméstico.....171

Capítulo 9. Nuevas dinámicas.....199

Capítulo 10. Nuevas configuraciones del espacio.....223

Conclusión.....253

Referencias.....265

Prólogo. La perspectiva geográfica de Paul Claval

Federico Fernández Christlieb
Instituto de Geografía, UNAM

Los espacios de la geografía han sido descifrados, con mayor o menor éxito y de muy diversas maneras, a lo largo de la relación que, en ellos, han tenido los grupos humanos con su ambiente natural. No solo ha sido un ejercicio de decodificar su dinámica, sino también es una historia de interpretaciones y representaciones de dichos espacios. La palabra "geografía" ha perdurado al menos veinticinco siglos abordando de algún modo esta relación y estas formas de interpretar y representar (Claval, 2001).

En este libro se comentan las maneras más significativas de desciframiento de los espacios en la historia de la disciplina geográfica y, en ese sentido, es un libro que periodiza muy bien las etapas de este campo del conocimiento y sus giros epistemológicos. Aunque solo fuera por proporcionarnos esa claridad a través del tiempo, el texto valdría la pena de ser leído. Sin embargo, no se trata de una historiografía de la geografía sino de una reflexión bien concatenada sobre el pensamiento que ha guiado a sus diversos actores y pensadores para adentrarse en las incógnitas que guarda el planeta a los seres humanos. En consecuencia, también aborda las intervenciones de las sociedades en su entorno. Así, el lector puede darse una idea lógica y precisa de los contextos a los que ha estado sometida esta disciplina y los recursos metodológicos de los que han echado mano los geógrafos.

Con su redacción consistentemente clara, tejida con un patrón de oraciones cortas y precisas, Paul Claval se extiende a lo largo de diez capítulos que se leen con facilidad. Los dos primeros exponen las etapas históricas por las que ha atravesado la geografía, desde las primeras apreciaciones y conjeturas acerca del entorno inmediato hasta las grandes teorías sobre el funcionamiento del cosmos. Aquí se ven las ideas centrales que han permitido a los geógrafos explicarse el mundo y, más adelante, estudiar también las palabras y las representaciones que, en cada caso y según el observador, definían sus espacios y la posición que los humanos ocupaban en ellos.

El tercer capítulo constituye una ágil revisión acerca de cómo se han transformado en general los paisajes según el desarrollo de las técnicas que utilizan los grupos humanos para obtener sus alimentos y para abrigarse en moradas cada vez mejores, lo que con el tiempo ha tenido nuevos impactos en el ambiente y en la organización espacial de la vida rural y urbana.

El cuarto y el quinto capítulos sientan las bases para recordar que todo lo anterior, es decir, la transformación del planeta y la mirada que lo observa, siempre pasan por filtros muy diversos a los que llamamos *cultura*. Este hallazgo cambió la posición del observador occidental confrontándolo a cuestionamientos sobre la objetividad de sus conclusiones respecto del medio. Así pues, la cultura no es una sola, sino una diversidad tan vasta como el número incontable de grupos humanos que se autodefinen y se identifican con sus respectivos lugares. Con esta advertencia, el autor nos presenta cómo, a partir del viaje de los exploradores occidentales, se sintetiza una nueva idea del mundo en sus componentes políticos (en términos de la posición ideológica de los Estados) y económicos (relativos a la pobreza o riqueza de las comunidades) hasta exponer con estos ingredientes el escenario global en el que vivimos.

Los capítulos 6 y 7 del libro analizan la escala privilegiada que en cada momento han escogido los geógrafos para descifrar el mundo. Esa escala ha ido de la observación intuitiva del paisaje inmediato a la concepción de una idea completa del universo. Los estudios científicos, desde el siglo XVII, encontraron formas para clasificar los fenómenos de la naturaleza y términos apropiados para ello, trabajando frecuentemente a una escala global pero también profundizando en las escalas nacional y regional dependiendo de lo que se deseaba destacar. Los recortes territoriales entonces, en Europa, por ejemplo, dependían de decisiones políticas según el estado de ánimo del gobernante, del clérigo o de la capacidad de sus ejércitos; ese mosaico de tierras era estudiado por medio de la estadística o ciencia de los Estados. Para conocer las particularidades de las tierras de una manera menos arbitraria surgió la noción de región natural, definida por la extensión de la uniformidad de algunos de sus indicadores. De ahí, el reclamo que una región natural pertenecía históricamente a un pueblo, derivó en el concepto de nación política que después fue convirtiéndose en un esquema mundial de redes económicas y de comunicación que tienen escala supranacional.

El capítulo 8 describe cómo los geógrafos del siglo XX ven la importancia, por fin, de analizar el espacio a una escala local, de barrio, de vecindario, de parcela, de pueblo, e, incluso, se adentran en la dinámica de la vida doméstica, lo que después algunos antropólogos llamarán la proxémica (Hall, 1988). De esta exploración a microescala se revelan nuevos hilos del poder espacial que en cada

cultura pueden ser diferentes, por ejemplo, aquellos que privan o que permiten a las mujeres, a los niños o a los ancianos, incidir en la vida de sus comunidades (Illich, 1990; Jackson, 2001). Estas escalas micro vuelven a poner al paisaje en el primer plano del análisis geográfico que, además, debe abarcar los espacios que hay tras los muros interminables de las ciudades, sus casas y edificios, observando lo que pasa en la mañana, en la tarde y en la noche. El paisaje ofrece para su lectura una cara externa y una cara interna, un haz y un envés con innumerables posibilidades interpretativas. Por ello, la tarea del geógrafo quizá nunca ha sido más difícil que ahora.

Los últimos dos capítulos que se presentan al lector dibujan al espacio global mercantilizado y a la revolución informática como las condiciones que definen el trabajo de geógrafo. Este mundo así presentado, tendría que ser angustioso. En la conclusión de Paul Claval, el futuro efectivamente se parece al profundo barranco que uno mira parado en el borde antes de decidir por cuál de las peligrosas veredas aventurar sus pasos. El ultraliberalismo nos ha puesto en esta situación y parece que no tiene posibilidad de autocontrolarse. Hasta hace muy poco los Estados le habían impuesto límites y, en el mejor de los casos, tal vez ahora sean las instituciones internacionales mismas las que frenan acaso sus excesos, pero el peligro de desbarrancarnos está ahí. En efecto, ser geógrafo hoy en día es un reto a la imaginación. Una de las habilidades que se le exigen a sus practicantes es contar con la capacidad de identificar en la historia de nuestra disciplina las categorías adecuadas para analizar los procesos espaciales y actualizar dichas categorías para hacerlas herramientas vigentes y, agregaría, para convertirlas en políticas públicas.

La lectura de este libro da al geógrafo y a todo lector interesado en el desarrollo de los paisajes, las regiones y del planeta entero, una idea vasta de lo que es y lo que ha hecho la geografía para descifrarlo. Pero para mí, su lectura también ha tenido otra utilidad: la de comprender las etapas por las que ha pasado su autor, un prolífico geógrafo que ha participado en varias de las mutaciones epistemológicas de las que habla en este texto. En cada momento de su vida profesional, Paul Claval ha publicado alguna obra que nos explica por qué ha surgido una nueva corriente del pensamiento geográfico o por qué ha sido cuestionada una metodología, un enfoque o una base de datos.

Para los lectores, la extensa obra bibliográfica de este autor francés nos aparece como un rompecabezas de más de 40 libros y un sin fin de artículos todos los cuales son difíciles de unir, no tanto porque hablen de temáticas que obedecieron a discusiones generadas en distintas décadas, sino porque constituyen un volumen sumamente vasto. Milton Santos, otro prolífico autor, me dijo alguna vez

que Claval publicaba tan copiosamente y con tanta facilidad como quien abriera un grifo y dejara inundar la casa. El libro que aquí presentamos permite hacerse de una visión de conjunto para armar dicho rompecabezas.

En los años 1950, Claval empieza su recorrido profesional dentro de las posibilidades teóricas y prácticas que entonces ofrecía la geografía francesa. Después de Vidal de La Blache, las posibilidades que se abrían al geógrafo parecían infinitas. Sin embargo, desde la óptica de Claval, mientras la geomorfología contaba con un siglo y medio de una práctica desarrollada ordenadamente y con un *corpus* teórico lo suficientemente sólido, la geografía humana aparecía como una colección de aparatos mal conectados (Claval, 1974).

Con la idea de darles coherencia y de encontrar la lógica de los espacios que esta geografía estudiaba, durante las décadas de 1970 y 1980 Claval se fue enfrentando a la necesidad de entrar en contacto con los espacios reales y contrastarlos con los documentos y fuentes que nos hablaban de ellos, sin perder de vista la necesidad de aplicar los conocimientos al mejoramiento de las condiciones económicas de sus pobladores. En este recorrido fue fundamental comprender la historia de la disciplina de la cual ha escrito libros fundamentales (Claval, 1972, 1998, 2001). Claval se adentró en las diversas áreas que en cada momento estuvieron en boga: la economía (Claval, 1976), la política (Claval, 1978, 1994), el urbanismo (Claval, 1981), la cultura (Claval, 2003).

En otro libro publicado ya hace algunos años, el autor presenta en primera persona su itinerario intelectual (Claval, 1996), y en otros dos libros más recientes nos muestra su nueva tendencia a hacer obras de síntesis que destaquen la importancia de entender a la geografía como un saber de larga duración, como una disciplina que en todos sus procedimientos aparentemente innovadores, parecieran tener antecedentes, algunos de ellos tan viejos como Ptolomeo (Claval, 2012, 2015). *El mundo por descifrar* es un libro que, quizá, se ubica en este momento maduro del autor quien prefiere explicar los procesos en plazos largos evitando perdernos en el detalle. Aquí se ofrece al lector, por tanto, un punto privilegiado de observación para apreciar cómo se ha hecho inteligible el mundo, un otero para mirar el espacio y el tiempo. En respuesta, pareciera imposible que, a su vez, el lector no ponga a Paul Claval en ese mirador. Claval es nuestro geógrafo; en él pensamos cuando entramos en la biblioteca o cuando salimos al campo. En México, nos hemos acostumbrado a leerlo en francés, y a veces en inglés, aunque las traducciones al español no han sido pocas.

Este es el primer libro de Paul Claval que la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) publica, pero su relación con esta casa de estudios no es nueva. Inició en 2001 cuando aceptó nuestra invitación para dictar una conferencia

en el Instituto de Geografía sobre el enfoque cultural, a la que asistieron especialmente estudiantes y profesores de geografía de la Facultad de Filosofía y Letras. En 2007 repetimos la invitación en el marco de los proyectos *Interfase Rural Urbana en la Cuenca Alta del Río Lerma* y *Saberes locales y manejo de la diversidad ecogeográfica en áreas rurales de tradición indígena*. Así, el profesor Claval nos acompañó en la práctica de campo con alumnos de esa facultad a la zona de Tenango del Valle en donde recuerdo con viveza su inesperada lectura del paisaje desde la loma de la zona arqueológica viendo al pueblo y su explicación a los alumnos de la UNAM de lo que era la cultura material y el fenómeno de la dispersión espacial de las técnicas y los materiales de construcción. Estos fueron dos conceptos elementales para Carl O. Sauer (Sauer, 1982, 1952), que nos eran explicados con sencillez a la vista de un paisaje específico. En otra ocasión, Claval visitó muy brevemente el campus Morelia de la UNAM para constatar que en la fachada principal del edificio que alberga el Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental (CIGA), una frase suya quedó escrita como una consigna científica para alentar a los aprendices de su gremio:

> En la medida que el recuerdo de las acciones colectivas se enlazan con los caprichos de la topografía… el espacio se convierte en territorio.

En 2014, cuando la UNAM abrió una sede al interior de l'Université Pierre et Marie Curie de París y fui comisionado para establecerla, tuve la oportunidad de interactuar de nuevo varias ocasiones con el profesor Claval e invitarlo a participar en seminarios con alumnos mexicanos y franceses. A él siempre le han llamado mucho la atención los estudiantes mexicanos y dice de ellos que, por lo general, "disfrutan más el recorrido que la llegada a su destino". Para mí, esa percepción de nuestros alumnos, que comparto plenamente, me habla de la alegría con la que se enfrentan al paisaje y a su gente.

En noviembre de 2018 tuve una nueva oportunidad de conversar con el autor en su casa de Eubonne, a las afueras de París. Apasionado cocinero como es, Paul Claval preparó *la morue avec des patates*, y la sobremesa se extendió hasta el oscurecer. Muchas veces había comido en su casa desde tiempos en que su esposa Françoise[1] cocinaba, también de maravilla, pues ambos gustaban de invitar a grupos de colegas; en su mesa conocí a geógrafos de múltiples nacionalidades, entre ellos a Hugh Clout, Maurício Abreu, Georges Benko y Anne Buttimer, con quienes las horas de la tarde pasaban rápido. Pero esta vez fue la sobremesa más

[1] Françoise Daillens, también geógrafa francesa.

prolongada que me ha tocado compartir con Paul y esta vez sin la presencia de otros invitados. Mientras comíamos recordé sus cursos en la Sorbona en 1993, salpicados con ejemplos sobre la regionalización del pan o del queso en Francia, lo que permitía conocer de primera mano la cultura más sólida y perdurable: la que se crea en la mesa o alrededor de un fogón preparando la comida. El momento de compartir el producto de la caza, la pesca o la recolección ha sido en todos los tiempos y todas las latitudes, la acción civilizatoria por excelencia. El libro que aquí presentamos deja en claro en qué medida comer y hacerse de una morada para perpetuar la especie ha guiado todos los actos de la humanidad por milenios.

Fue en la mesa del comedor de su departamento que me mostró sus siguientes proyectos de publicación, uno de los cuales, estaba ya terminado y esperaba un editor. El manuscrito que llevaba por título *Comprendre le monde, Les géographies d'hier et d'aujourd'hui*, me pareció particularmente interesante para un público que ha oído hablar de Paul Claval y que ha leído alguno de sus libros, pero que no logra tener una visión de síntesis sobre la geografía misma y sobre su posición personal como autor frente a los problemas geográficos de la actualidad. Este perfil de lector me parece muy numeroso en los países de habla hispana, y específicamente en países como México y Colombia, donde las ciencias geográficas son abrazadas por miles de estudiantes de licenciatura y posgrado, así como por investigadores y profesores pero, quizá, donde la bibliografía en castellano no es tan abundante. Todos ellos conocen algo de Claval y lo identifican por sus libros más traducidos pero muy pocos tienen una idea de la vastedad y congruencia de su obra.

Y es que Claval no ha cultivado una rama, sino que ha sido geógrafo completo, un académico fundamental en la explicación de la mirada cambiante de la geografía sobre el medio y sobre las poblaciones. Paul Claval ha acompañado a la disciplina en las tormentas epistemológicas del siglo XX en donde las tendencias migraron de la economía y el cuantitativismo a la revolución digital e informática pasando por la geografía radical. Nuestro autor ha sobrevivido a los giros de la geografía y ha obtenido de ellos nuevos aprendizajes (Piveteau, 1997). En su última revisión, el autor prefirió modificar el título quedando: *Un monde à décrypter. La perspective géographique*.

El mundo por descifrar; la perspectiva geográfica, título original de esta traducción, es una obra singular. Como señalé, hace las veces de instructivo para entender a este autor francés y clarifica de manera asombrosa la comprensión de las prácticas y las corrientes del pensamiento geográfico desde los antiguos inuinnait de Canadá hasta sus coterráneos modernos que en estos días abusan de las

redes sociales en la internet. Pero es singular también porque es un manuscrito original que se tradujo al español y publicó en papel (y en formato digital) como primera edición en esta lengua antes que en ninguna otra.[2] Después de aquella sobremesa con vinos en Eubonne, Claval accedió a que yo explorara en la UNAM la posibilidad de esta publicación que hoy ve la luz gracias al apoyo del Instituto de Geografía, la Facultad de Filosofía y Letras, el Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental y de la Escuela Nacional de Ciencias de la Tierra, así como de la Dirección General de Cooperación e Internacionalización y el Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en Francia. Esta es mi ocasión personal de agradecer también a quien me dirigiera la tesis doctoral en la Universidad de París-Sorbona entre 1994 y 1998, y quien me invitara en cada posible ocasión, hasta el día de hoy, a degustar los platos que prepara en su cocina de Eaubonne.

Referencias

Claval, P. (1972). *La pensée géographique. Introduction à son histoire*. París: Sédès.

Claval, P. (1974). *Elements de géographie humaine*. París: Librairies Techniques.

Claval, P. (1976). Éléments de géographie économique. París: Genin et Litec.

Claval, P. (1978). *Espace et pouvoir*. París: Presses universitaires de France.

Claval, P. (1981). *La logique des villes*. París: Litec.

Claval, P. (1994). *Géopolitique et géostratégique. La pensée politique, l'espace et le territoire au XXe siècle*. París: Nathan.

Claval, P. (1996). *La géographie comme genre de vie. Un itineraire intellectuel*. París: L'Harmattan.

Claval, P. (1998). *Histoire de la Géographie française de 1870 a nos jours*. París: Nathan

Claval, P. (2001). *Histoire de la géographie*. París: Presses Universitaires de France.

Claval, P. (2003). *La géographie culturelle. Une nouvelle approche des sociétés et des milieux*. París: Armand Colin.

Claval, P. (2012). *De la terre aux hommes. La géographie comme vision du monde*. París: Armand Colin.

Claval, P. (2015). *Penser le monde en géographe. Soixante ans de réflexion*. París: L'Harmattan.

Claval, P. (2019). *Un monde à décrypter. La perspective géographique*. París: Tertium.

Hall, E. T. (1988). *La dimensión oculta*. México: Siglo XXI Editores.

[2] Al momento de editarse esta versión en español, la casa de ediciones Tertium publica también la versión francesa pero solamente en formato digital (Claval, 2019).

Illich, I. (1990). *El género vernáculo*. México: Joaquín Mortiz, Planeta.

Jackson, P. (2001). Gender. En D. Atkinson, P. Jackson, D. Sibley y N. Washbourne (Eds.), *Cultural Geography. A Critical Dictionary of Key Concepts* (pp. 103-109). LOndres, Nueva York: Tauris.

Piveteau, J.-L. (1997). Un homme, une oeuvre: à propos de Paul Claval, La géographie comme genre de vie, un itinéraire intellectuel. *Annales de Géographie, 596*, 425-428.

Sauer, C. O. (1982). La Geografía Cultural. En J. Gomez Mendoza, J. Muñoz Jiménez y N. Ortega Cantero (Eds.), *El pensamiento geográfico* (pp. 349-354). Madrid: Alianza Universidad.

Sauer, C. O. (1952). *Agricultural Origins and Dispersals*. Nueva York: George Grady Press.

Introducción

Desde pequeño me han apasionado los paisajes, la gente y el mundo. He tenido la fortuna de hacer de ello mi profesión. Las perspectivas en el campo de la geografía han evolucionado muy rápido. En las siguientes páginas se examinarán las distintas formas de aprehender nuestro planeta, así como a quienes lo han poblado ayer y hoy.

El término geografía se emplea en dos sentidos: el primero se aplica al cuadro que ofrece nuestro planeta, o alguna de sus porciones —en 1903, Paul Vidal de la Blache trazó el *Tableau de la géographie de la France* [Cuadro de la geografía de Francia]—; el segundo se refiere al conjunto de métodos y enfoques que desarrollan quienes elaboran dichos cuadros.

En ambos sentidos, la geografía se ha vuelto, a lo largo del último medio siglo, más modesta, más eficaz y ambiciosa al mismo tiempo. La forma en que observa a la sociedad, la economía, la política y la cultura ha cambiado. Algunos de sus objetos —las ciudades y el campo, por ejemplo— han dejado de ser opuestos y aparecen ahora como piezas de un gran *continuum*. Historiadores, economistas y sociólogos han hecho del capitalismo el motor de la modernidad. El enfoque desde el que se analiza ya no es el mismo.

Se han puesto en duda los cuadros y las herramientas que los europeos idearon desde el Renacimiento para definirse, conducir su actuar y determinar su lugar en el mundo. Europa duda de sí misma, a pesar de que desde 1945 ha vivido un periodo de paz y de prosperidad inusualmente largo. Se ve amenazada por conflictos internos, por el desplazamiento del centro de gravedad del globo hacia Asia y por el rechazo que dirigen contra ella algunas corrientes religiosas e ideológicas que florecen en el resto del mundo. La Organización de las Naciones Unidas (ONU), institución que debe su éxito al Estado-nación y que permitió que este se extendiera por todo el planeta tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, ha perdido su eficacia o se ha desviado de sus propósitos. Las fronteras políticas se desdibujan o se transforman en muros impenetrables. Y, al mismo tiempo, surgen otras barreras y a otras escalas.

¿Cómo la reflexión geográfica sobre el espacio, los equilibrios y las tensiones que lo recorren, o las amenazas que acechan al medio ambiente, puede ayudar

a comprender el mundo de generaciones pasadas y aquel que se configura frente a nuestros ojos? Este ensayo tiene como ambición responder a esta pregunta siguiendo paralelamente la trayectoria de una disciplina, así como las trasformaciones del mundo que esta aprehende.[3]

[3] Este ensayo retoma, actualiza y desarrolla temas que ya habían sido abordados en trabajos anteriores. Para no multiplicar las referencias, remitiremos a los títulos citados en nuestros trabajos sobre historia de la geografía, epistemología de la geografía, geografía económica, geografía social, geografía humana, geografía regional, geografía cultural, geografía urbana, globalización y evolución del mundo contemporáneo.

Capítulo 1. Las etapas de una disciplina: La geografía como estudio del objeto mundo

Desde la Antigüedad griega se ha hablado de geografía. El hecho de que este término se siga usando después de tanto tiempo habla de su pertinencia, lo cual no quiere decir que la forma de comprender y dirigir el estudio de la tierra siga siendo el mismo. En el curso del tiempo se han aplicado sucesivamente diversos enfoques.

Las geografías vernáculas y precientíficas

Desde siempre, ya sea para orientarse, encontrar su camino, explotar su medio ambiente, insertarse en la vida social o darle un sentido a su existencia, los seres humanos han desarrollado prácticas, habilidades y conocimientos, y han imaginado relatos sobre el espacio. Las geografías vernáculas y precientíficas se basan en nombrar los lugares, elaborar referentes de ubicación, analizar los medios naturales, así como las sociedades que las habitan y las explotan (Claval, 2007). Los inuit, o esquimales del cobre, en el noroeste de Canadá, desplegaron sus actividades de caza y pesca a lo largo de un inmenso territorio, por el que se desplazaban continuamente en función de las estaciones y de la fluctuación de sus presas de caza, de las focas o los peces (Collignon, 1996). Asignaban topónimos a los lugares donde se instalaban durante largos periodos; en cambio, aquellos que se limitaban a cruzar para ir de un lugar de pesca a uno de caza no tenían nombre. Desde muy temprano, los hijos seguían a sus padres, aprendían a mirar una y otra vez para visualizar el paisaje de modo que cuando volvieran ya lo reconocerían; sabían distinguir los más mínimos matices en la capa de nieve durante el invierno y de la vegetación en el verano. En ese hábitat, donde las tormentas son frecuentes, donde los días son cortos y oscuros en invierno, aprendieron a arreglárselas sin la ayuda de los astros. Vivían demasiado cerca del polo magnético como para que la brújula, introducida por los europeos, les fuera de alguna ayuda.

Como las prácticas geográficas se aprendían de memoria, casi no se transmitían de manera oral. Se basaban en los itinerarios y en el conocimiento de los medios continentales y de la caza; abarcaban los litorales y su fauna marina; se interesaban en la repartición de los grupos familiares y en la manera en que estos se dispersaban durante el verano y se reagrupaban en el invierno, en las zonas donde abundaban los agujeros a los que llegaban a respirar las focas cuando se formaba la banquisa. Era entonces cuando la vida social se activaba.

Las geografías vernáculas de este tipo eran incontables y muy diversas en sus formas. Verbalizadas de manera imperfecta, se transmitían de generación en generación, aunque sin ser agrupadas bajo un nombre común y sin ser el objeto de un saber explícito.

En las sociedades que contaban con un sistema de escritura, se sumaban trabajos escritos a esas geografías vernáculas: relatos de viaje, guías para quienes se desplazaban, así como inventarios de los lugares, de sus poblaciones y de sus recursos para los gobernantes.

Estas antiguas formas de geografía respondían a necesidades profundas y, por muy empíricas que fueran, daban cuenta de muchos aspectos de la realidad y aportaron a las geografías científicas más conocimientos de lo que comúnmente se piensa.

La orientación, la ubicación de los lugares y el enfoque cartográfico

Algunos pueblos recurrían a la configuración particular del medio en el que vivían para orientarse (Claval, 2012b). Los yurok del valle de Klamath, en la región del norte de California, estaban vinculados al río, por lo que el salmón era parte principal de su dieta. Era el eje principal de su tierra: por medio de este distinguían lo que pasaba río arriba y lo que ocurría río abajo, así como lo que tenía lugar cuando se alejaban de alguna de sus riberas. Las dos cordilleras paralelas que enmarcaban el altiplano donde vivían los aymara, en el actual Perú, definían su principal eje geográfico (Bouysse-Cassagne, 1978); una dirección perpendicular completaba su marco de orientación.

Los tipos de relieve y las condiciones de vida no siempre se prestaban a la utilización de hitos ligados a la topografía. La mayoría de los pueblos conocían los puntos cardinales, el Norte (en este hemisferio) podían ubicarlo gracias a la estrella polar, y el mediodía, en el extremo opuesto, marcaba el paso cotidiano del sol al cénit; la dirección perpendicular contraponía la salida y la puesta, el Este y el Oeste.

En la Antigua Grecia se dio un paso decisivo (Claval, 2007, 2012b): en el siglo VI antes de nuestra era, una idea germinó en Jonia con Anaximandro, para quien la Tierra era cilíndrica como una columna de piedra. Nosotros viviríamos en una de sus extremidades, que es plana, y es la que se representa en el mapa jónico. En el siglo posterior, Heródoto se burló de esta configuración demasiado esquemática: la cartografía avanzaba.

Se admitió entonces que la Tierra estaba en el centro del universo; la observación de los astros permitió comprender la posición que ocupamos sobre su superficie, lo que se conoce como su *clima*. Pero el paso decisivo lo dio Eratóstenes, quien determinó la *latitud* de un lugar observando la altura del sol por encima del horizonte al mediodía, durante el solsticio. Hiparco de Nicea completó el esquema al demostrar que bastaba con sumar a la medida de la latitud la de la *longitud* para determinar mediante coordenadas la posición precisa de cada lugar en la superficie de la Tierra. La parte de la geografía que se encarga de la localización adquirió una dimensión científica desde el momento en que, según la expresión de Ptolomeo, —y que retomó Vidal de la Blache (1922, p. 5)— se convirtió en "la ciencia sublime que lee en el cielo la imagen de la tierra". A falta de relojes que pudieran registrar la hora de un lugar para compararla con la de otro, la determinación precisa de las longitudes desafortunadamente siguió siendo imposible hasta la invención, en el siglo XVI, de métodos astronómicos (demasiado pesados como para tener un uso generalizado) y de la creación del cronómetro marino, a mediados del siglo XVIII, por John Harrison.

Ocupándose solamente de una parte de los objetivos que toda geografía debe cumplir, el enfoque cartográfico, que es el que permite determinar la ubicación y la posición de los lugares, dominó ampliamente la disciplina, ya que era el único en ese momento que contaba con un fundamento científico.

Los enfoques descriptivos y morfológicos

Los enfoques descriptivos

Pronto surgió una nueva concepción de la disciplina, la cual encontramos particularmente en Estrabón (Aujac, 1966): describía el mundo tal y como aparecía frente al viajero, y tal y como se leía, a otras escalas, en los mapas. El geógrafo distinguía las superficies líquidas, las islas y los espacios continentales. Detallaba las formas de relieve, las planicies, las mesetas o las montañas. Se interesaba en los paisajes naturales y en las transformaciones que la actividad humana había

producido en ellos. Comparaba las superficies que seguían siendo salvajes con aquellas que habían sido domesticadas, a partir de la sustitución de ecosistemas naturales por ecosistemas forestales, pastorales o agrícolas. Distinguía los espacios donde los terrenos construidos ocupaban únicamente superficies limitadas (los campos) de aquellos donde predominaban (las ciudades).

Explicar el mundo natural seguiría siendo difícil mientras no se dispusiera de los términos precisos para describir las rocas, las formas de relieve, la vegetación o los animales. Resultaba más fácil hablar de los pueblos que se descubrían porque, desde la Antigüedad, se contaba con las palabras para narrar las costumbres y el hábitat de los hombres. Hubo que esperar a Alexander von Humboldt, a principios del siglo XIX, para que la descripción de las formas naturales fuera, por fin, precisa y científica.

Este tipo de geografía descriptiva nació de la curiosidad, el gusto por el exotismo y la búsqueda de nuevos espacios por poblar, conquistar y explotar. A partir del Renacimiento y hasta fines del siglo XIX, la exploración se mantuvo en el corazón de la geografía occidental y permaneció, en lo sucesivo, como uno de sus principales componentes.

La geografía que se desarrolló a finales del siglo XIX es fundamentalmente una descripción de las formas visibles, sobre todo de los paisajes, pero también de conjuntos más vastos que los mapas dieron a conocer. Por tanto, lo que aportó la disciplina fue un panorama preciso de la diversidad regional de la superficie de la Tierra, así como la idea de que las zonas de concentración de las poblaciones (las formaciones de densidad de Levasseur, 1889) son prueba de una notable estabilidad a largo plazo.

El enfoque morfológico perduró más tiempo en ciertos ámbitos que en otros, como en el caso de la geografía de los asentamientos humanos —casas aisladas, aldeas, pueblos y ciudades—, o en el de la geografía política, que se focaliza en el Estado, el territorio y la frontera.

De la descripción a la explicación

La descripción pone en evidencia las relaciones e invita a la explicación. Un ejemplo de ello es la existencia de un tipo de valle parisino donde los pueblos se establecieron uno tras otro en semipendiente. Un banco de arcilla impermeable llega hasta ese nivel: las corrientes de agua lo jalonan:

> Esta franja de arcilla, desplegada a la orilla de la ladera, acompaña fielmente el perfil de todas nuestras colinas; el ojo busca instintivamente, en la región pa-

> risina, los álamos que la distinguen. No es muy densa, sino particularmente continua. Como en su recorrido traza el nivel de agua y de fuentes, constituye una de las líneas más características de los asentamientos humanos (Vidal de la Blache, 1903, p. 128).

Por tanto, la descripción llama a la interpretación. Los paisajes humanizados son resultado de decisiones que han llevado a explotar los ecosistemas naturales, a modificarlos o a reemplazarlos por ecosistemas pastorales o agrícolas, e introducir en ellos elementos construidos. Entonces, ¿no deberían llamar la atención las decisiones que de cierto modo han modelado el paisaje?

Las geografías descriptivas y morfológicas suelen ir más allá del simple hecho. Se centran en la diversidad de vínculos establecidos entre los grupos sociales y los espacios que habitan. No se limitan a cartografiar: realizan el catastro. No se contentan con describir las formas: reconstruyen la génesis de aquellas que son resultado de la acción humana. Sin embargo, esto lo logran solamente cuando el vínculo entre las formas visibles y sus causas es simple y puede leerse directamente.

Enfoque descriptivo, interpretación evolucionista y nacimiento de la geografía humana

El evolucionismo triunfó tras la publicación de *El origen de las especies* de Darwin, en 1859. Con Friedrich Ratzel en Alemania y Vidal de la Blache en Francia, la geografía comenzó a cuestionarse sobre el papel que tiene el medio ambiente en el destino de los grupos humanos y buscó esclarecer las relaciones que estos tejen con el medio ambiente. Esta fue la primera ambición de la geografía humana constituida como tal.

Lo que la descripción nos enseñó es que, dentro de un mismo entorno, las plantas cultivadas, las formas de ganadería, las herramientas empleadas y el calendario de siembra y cosecha suelen ser idénticos: las sociedades cuya base es agraria y pastoral se basan en el desarrollo de *géneros de vida*, un conjunto de técnicas y prácticas que sacan provecho del mundo vegetal y animal, asegurando la subsistencia de los grupos (Vidal de la Blache, 1922). ¿Es este un vínculo de causalidad directa, donde el medio dicta al hombre su conducta, como lo aseguran los ambientalistas? ¿Es resultado de los esfuerzos de adaptación e innovación, como lo sostienen los posibilistas, quienes creen que los hombres aprenden progresivamente a explotar los recursos que les ofrece el medio ambiente?

Quienes, después de Vidal de la Blache, adoptaron el segundo punto de vista se negaban a privilegiar a las élites, que, según muchos especialistas de las demás

ciencias humanas y sociales, eran las únicas capaces de tomar decisiones racionales. Los geógrafos hicieron ver a sus colegas historiadores que el comportamiento de las clases populares, por lo general, es racional y merece la pena analizarlo: el significado de la geohistoria y de la historia de larga duración es lo que la Escuela de los *Annales*, y Fernand Braudel en particular, tomaron de sus encuentros con la geografía; es el significado de la atención que pusieron los etnólogos en el conjunto de técnicas que practicaban los grupos que estudiaban. Fue gracias a los geógrafos que los prehistoriadores comprendieron que los artefactos líticos que caracterizan a las diferentes culturas, descubiertas mediante excavaciones, reflejan géneros de vida. Y también fue gracias a ellos que la transición del Paleolítico al Neolítico se interprete como una de las mayores revoluciones en la historia de la humanidad: el nacimiento de la vida agrícola y pastoral, como lo muestra Gordon Childe (1943; 1963).

La transformación de la geografía meramente descriptiva en una disciplina que ofrece explicaciones fue motivo de su éxito a finales del siglo XIX y comienzos del XX. ¿Acaso no contribuyó a tomar conciencia de la diversidad y de la unidad de la Tierra en una época en la que la globalización vivía una fuerte aceleración? ¿Acaso no mostraba el papel de Europa y sus proyecciones en Norteamérica en la carrera hacia el progreso y la expansión colonial? ¿Acaso no señalaba la competencia que entonces se desarrollaba a escala planetaria? Los geógrafos esclarecían el devenir de un mundo que ya estaba transformándose por la globalización al insistir en el papel que tenían los países nuevos como las grandes potencias (Arrault, 2008).

La Primera Guerra Mundial puso fin a la supremacía de Europa y le abrió el camino a los Estados Unidos y Japón (Demangeon, 1927a). La Revolución bolchevique produjo una ruptura en el seno del mundo occidental, donde a partir de entonces se enfrentaron los países liberales y la URSS.

El tipo de geografía que se hacía antes del primer conflicto mundial no conseguía dar cuenta de tales evoluciones. Era necesario que se desarrollara más a fondo.

Los enfoques funcionalistas

El esfuerzo de reflexión condujo a poner en primer plano la dimensión explicativa de la disciplina, lo cual se tradujo en el éxito de los enfoques funcionalistas durante el periodo de entreguerras.

El método se volvió por completo explicativo cuando los geógrafos dejaron de contentarse con elaborar un cuadro estático de aquello que observaban e identificaron los mecanismos que permiten que las sociedades funcionen.

Los grupos humanos deben afrontar diversos tipos de imperativos: i) obtener del medio ambiente lo que necesitan para alimentarse, para equiparse de herramientas y para construir su refugio; ii) garantizar no solo la circulación de noticias y conocimientos, sino la transmisión de órdenes entre sus miembros; iii) enseñar prácticas, habilidades y saberes a las generaciones venideras; iv) protegerse de las demás sociedades, o dominarlas. El primer imperativo lleva a la dispersión, debido a que cuando la energía solar se transforma en energía química, mediante la asimilación clorofílica, la propia energía se dispersa; el segundo favorece la concentración reduciendo el obstáculo que representa la distancia para la circulación de las personas, la información y los bienes; el tercero, que comprende las relaciones que se mantienen entre una generación y otra, explica el papel clave que tiene la familia y los grupos locales en la reproducción social. Las estrategias de combate y de protección se aplican tanto en la dispersión como en la concentración.

El enfoque funcional se basa en una hipótesis simple: un grupo social solo puede sobrevivir cuando es capaz de asegurar la alimentación de sus miembros, la reproducción de sus efectivos y la transmisión (y, eventualmente, el progreso) de los mecanismos que pone en marcha para explotar el medio ambiente y modificarlo. Dado que siguen existiendo, los grupos que se han estudiado han sabido enfrentar dichos imperativos: así, el universo humano está hecho de la yuxtaposición de sociedades que supieron, cada una de ellas, resolver los problemas que implicaba su permanencia y su desarrollo.

Por tanto, el enfoque funcional establece que todos los grupos sociales observados han logrado cumplir con las funciones básicas para su existencia. Para este, no había necesidad de centrarse en cada uno de los actores, de analizar sus motivaciones, de comprender qué vía los condujo a tomar tales decisiones; no había necesidad de examinar los mecanismos que permitieron pasar de las decisiones individuales a los comportamientos colectivos. Y el hecho de que se pudieran satisfacer las necesidades de la sociedad era porque las opciones contempladas eran racionales y porque existían los procedimientos necesarios para armonizarlas.

Análisis funcional y sociedades con género de vida

La interpretación del enfoque funcional resulta más sencilla en aquellos casos donde la especialización del trabajo no va más allá de la que se establece, dentro de las células locales, entre hombres y mujeres, así como entre los jóvenes, adultos y viejos. Pero se vuelve más compleja cuando la generalización del intercambio conduce a la multiplicación de especializaciones profesionales.

Las sociedades pastorales y rurales tradicionales que, todavía a fines del siglo XIX y principios del XX, agrupaban a la mayor parte de la población mundial, yuxtaponían células donde todos los miembros realizaban simultáneamente los mismos trabajos: estas eran sociedades con *géneros de vida*. Su estudio bastó para explicar el funcionamiento de esos mundos —como acabamos de verlo—, dándole una dimensión explicativa a las geografías descriptivas que se implementaron, a partir de Vidal de la Blache, para dar cuenta de los espacios rurales.

Análisis funcional y sociedades con una fuerte división del trabajo

Se necesitaba algo más para poder explicar aquellas sociedades donde el intercambio era una práctica habitual. Vidal de la Blache era consciente de ello y los estudios que realizó entre 1904 y 1905 estaban ampliamente dedicados a este problema (en particular, Vidal de la Blache, 1909, 1913, 1922). Con la construcción de redes ferroviarias y la navegación a vapor, se multiplicaron las relaciones y se expandieron. El espacio dejó de consistir en una yuxtaposición de células en gran medida autónomas; se organizó, componiéndose de redes por donde circulaban los hombres, los bienes, la información, los conocimientos, el dinero; y las ciudades ahora conformaban su estructura. De la región natural se dio paso a la región polarizada con base urbana: fue en los Estados Unidos donde Vidal de Blache tomó consciencia de la revolución que se estaba llevando a cabo en la organización geográfica del mundo. Esta transformación no se limitaba al espacio estadounidense; ahí, simplemente la evolución se adelantó a la que se vivió en la Europa industrial y sacudió a Francia. Es necesario contribuir a ella: de ahí el compromiso de Vidal de la Blache a favor de la acción regional.

Vidal de la Blache supo entender el motor de los cambios en curso (el progreso de las tecnologías en las comunicaciones y el transporte) y el cambio de actitud que implicaba para los geógrafos (acordarle tanta importancia, sino es que más, a las redes y a los nodos que los estructuran, así como a los territorios; sin embargo, no analizó a detalle los mecanismos que operaban en las sociedades de intercambio. La mayoría de los geógrafos solo consideró la primera parte de

la obra de Vidal, en donde se analiza el espacio como un mosaico de regiones naturales transformadas en regiones geográficas a raíz de la implantación de géneros de vida adaptados a las condiciones físicas. Y solamente una minoría de los colegas comprendió la segunda dimensión de su análisis; de ahí su insistencia en el papel de la industria, de las ciudades y las redes en la génesis de los espacios nacionales o de los imperios, como en el caso de Argentina (Denis, 1920), o del Imperio Británico (Demangeon, 1923).

El mundo evoluciona. Cada vez son más numerosos los geógrafos que se sienten desarmados frente al tejido industrial y urbano que se desarrolló durante el periodo de entreguerras y que, a marchas forzadas, logró afianzarse después de 1945. Max Sorre (1948) y Pierre George (1951) pusieron en evidencia las deficiencias del género de vida, la herramienta fundamental que legó Vidal. Pero ninguno de ellos logró elaborar un modelo de interpretación que se adaptara a las nuevas condiciones. Con la intención de hacer de la geografía humana una ciencia del hombre-habitante, Maurice Le Lannou (1949) mostró cómo liberarse de las secuelas del ambientalismo. Jean Gottmann, el estudiante más destacado de Albert Demangeon, propuso una forma de liberar a la geografía humana de sus antiguos marcos: para él, como para Vidal de la Blache, la geografía humana se basa en el estudio combinado del arraigo y el desplazamiento; sin embargo, en lo que debe fijarse el geógrafo es en las imágenes del entorno, en su simbología, su *iconografía*, más que en hacer un análisis naturalista (Gottmann, 1952).

¿Era eso suficiente como para permitir el pleno desarrollo del enfoque funcionalista? No, los geógrafos, como Georges Chabot, que se interesaron en las ciudades durante el periodo de entreguerras señalaban las características de estas: distinguían los mercados, los centros administrativos, las guarniciones militares, etc. Y si bien perfeccionaron la descripción de los centros urbanos, no explicaron realmente el porqué de su funcionamiento y su especialización (Chabot, 1948).

Para ahondar más, es necesario tener el conocimiento de los procesos que operan dentro de una sociedad compleja. Las ideas en este terreno se aclararon durante el periodo de entreguerras e inmediatamente después (Claval, 2005, pp. 183-209). Gracias a Marcel Mauss (1950) sabemos que en las sociedades que estudiaban los etnólogos era común que el intercambio cobrara la forma de don y contra don, y que se desconociera la forma mercantil que nos parece natural. Karl Polanyi (1944) sistematizó el estudio al distinguir las sociedades donde predominaba el don y contra don, como en el antiguo Egipto o Mesopotamia, donde reinaba un régimen centralizado de recaudación y redistribución, de aquellas que confiaban en el mercado. En el siglo XX, este sistema ayudó a comprender qué es lo que geográficamente enfrenta a las economías liberales contra las economías

socialistas de tipo soviético. Las primeras están dominadas por las instituciones que constituyen el mercado; las segundas por un organismo de planificación que controla la producción y la circulación de los bienes.

La economía al auxilio del análisis funcional del espacio

La economía política de inspiración liberal, que se desarrolló a partir de Adam Smith, se abocó en analizar el papel del intercambio. En el capítulo dedicado a "la división del trabajo limitado por la extensión del mercado" en *La riqueza de las naciones*, Smith (1776) destaca, desde entonces, que el auge de la economía de mercado tiene una dimensión geográfica. La economía espacial, que durante mucho tiempo practicaron sobre todo los alemanes, explota esta vena. Alrededor de un mercado (de un centro de consumo), Johann Heinrich von Thünen (1826) mostró que las *actividades agrícolas* se organizan en *anillos concéntricos*, cada uno de los cuales domina la zona donde el producto neto que esta aporta (el valor de las cosechas vendidas en el mercado disminuye por los gastos de transporte que pagaron) es mayor que el que aportaría cualquier otro cultivo practicado en el mismo sitio (Claval, 2005, pp. 73-110). Un siglo más tarde, un razonamiento análogo aclaró la zonificación circular de los espacios urbanos (Alonso, 1964). En el ámbito industrial, Alfred Weber (1909) señaló que *las industrias* se localizan allí donde *su ganancia* —es decir, la diferencia entre sus ganancias, el total de costos de suministros y de comercialización de su producción— *sea más elevado* (Claval, 2005, pp. 111-141 y pp. 332-355). Walter Christaller (1933) se enfocó en las *actividades de servicio*. Para maximizar los ingresos obtenidos, había que asegurar la clientela más numerosa posible: esto se podía lograr instalándose en el centro de un círculo, cuyo radio es igual al alcance-límite, del servicio prestado (la distancia más allá de la cual los gastos de transporte del producto o del desplazamiento de quien va a hacer su elección en un mercado son tales que anulan la demanda). Por tanto, el sector de servicios se estructura en torno a *lugares céntricos*, *mercados* o *ciudades*, que estarían sistemáticamente distribuidos si el espacio fuera perfectamente homogéneo (Claval, 2005, pp. 19-42, 357-389). Dado que no todos los servicios tienen el mismo alcance-límite, se establece una *jerarquía de los centros*.

Algunos geógrafos de finales del siglo XIX, Émile Levasseur en particular, quien además era economista e historiador de la economía y la sociedad, tenían conocimientos de la economía espacial. La mayoría (a excepción de Walter Christaller) la ignoraron hasta los años 1940 o 1950. Los trabajos de Edgar Hoover (1948), más tarde, los de Claude Ponsard (1955) en Francia, y los de Walter Isard

(1956) en los Estados Unidos, contribuyeron a que ese conjunto de métodos y resultados fuera accesible.

La Nueva Geografía logró que finalmente esta disciplina se volviera totalmente explicativa, gracias el eco que tuvo la "ciencia regional" de Walter Isard en los Estados Unidos y que Edward Ullman desarrolló en la Universidad de Washington donde confluía toda una pléyade de brillantes geógrafos jóvenes; y que, además, la llevaron a la práctica algunos solitarios como Edgar Kant, primero en Estonia y luego en Suecia, Torstein Hägerstrand en Suecia, algunos británicos y yo mismo en Francia.

¿Qué fue lo que aportó? De entrada, la idea de que la geografía humana es fundamentalmente una ciencia de las *interacciones espaciales* (Ullman, 1954a) y que no se puede comprender la organización del espacio sin tomar en cuenta las *redes* que lo cruzan (Claval, 2005, pp. 211-250): redes por donde circulan las personas, los bienes, los pagos, la información, las ideas; redes que son, a la vez, *realidades materiales* que en ocasiones requieren estructuras pesadas, y *realidades sociales*, que corresponden a sistemas de relaciones, muchos de los cuales están institucionalizados. De ahí la idea de que el espacio no es solamente extensión, sino que está estructurado en *campos de fuerzas*. Es el ámbito económico donde está estructuración resulta más evidente, ya que se expresa en el valor territorial e inmobiliario, el cual varía en función de la fertilidad de los lugares, de su accesibilidad y de su atractivo.

Así, la Nueva Geografía enriquece la comprensión de lo que es el espacio en el que viven los hombres: es extensión, una *extensión diferenciada*, tal y como los enfoques morfológicos y descriptivos lo habían señalado. Pero el espacio también se *organiza en redes y se estructura a través de fuerzas* naturales, sociales o económicas. Estas se suman para crear *campos* y se combinan para trazar *terrenos*. Las fuerzas de orden político son las que le permiten a un soberano aislar del resto del mundo los *territorios* donde ejerce su soberanía, de hacer que en ellos reine el orden y de propiciar, mediante la circulación y la gestión de una moneda estable, un clima que reduzca la incertidumbre ante el futuro e incite a prepararse multiplicando las inversiones (Claval, 1968).

Por tanto, no podría haber ciencias sociales sin geografía, ya que el espacio donde evolucionan los hombres y donde se organizan las sociedades es física y socialmente diverso, está dividido en territorios, se construye mediante redes y se organiza a partir de campos de fuerzas.

La geografía humana tal y como llegó a conformarse entre los años 1960 y 1970 era menos ingenua que la que se practicaba alrededor de 1900. El geógrafo dejó de ser un explorador, cuya capacidad de observación del mundo y los mapas

bastaba para poder leer el orden que reinaba en la Tierra, para convertirse en un investigador que descubre la organización del espacio tras analizar las mil y una formas de actividad humana, así como el conjunto de desplazamientos que genera: desplazamientos humanos, circulación de la mercancía y tipos de pagos, flujo de la información.

El enfoque espaciotemporal y la geografía humana: del estructuralismo al estructuracionismo

Los azares que dieron origen a la Nueva Geografía no desaparecieron de la noche a la mañana, como por arte de magia, tras la serie de sucesos de 1968. La idea de que el espacio se organiza económicamente apelaba a otra idea: que, en consecuencia, también se organiza socialmente. El funcionalismo se basa en la hipótesis de una selección mediante la que se descartan los sistemas sociales carentes de eficacia. El *estructuralismo* aborda el problema de otra forma: se basa en la idea de que los mecanismos implementados generan configuraciones estables. La Nueva Geografía es, en este sentido, la *ciencia de las estructuras espaciales* revestidas por la economía. Entonces, ¿no convendría prestar atención al rol que tienen las redes en la vida social en general? Estas investigaciones propiciaron dos corrientes que llevaron al conjunto de la geografía humana a una reconstrucción que, en principio, se limitó a la geografía económica.

1. Como antes lo mencioné, el análisis de los registros temporales y de los registros espaciales permite aplicar a cualquier sociedad el supuesto de los géneros de vida, sobre el que se basaba el análisis de Vidal (Claval, 1973): la existencia de cada quien se compone de secuencias, donde uno juega un papel dentro de *relaciones generalmente institucionalizadas*; entonces uno pasa a formar parte de una *colectividad* potencial, la cual se vuelve consciente de los intereses en común cuando sus miembros se comunican entre sí; así, se transforma en *clase*. El análisis tanto de los *papeles* que desempeñan los humanos como de las redes en las que se insertan ayuda a comprender el *funcionamiento* de las sociedades, mientras que el de las *clases* aclara su *estratificación*. Además, explica parte de su dinámica: los conflictos de clases producen la transformación (evolución o revolución) de las relaciones institucionalizadas. El estudio de la *comunicación*, que durante mucho tiempo se pasó por alto, juega un papel esencial en geografía, ya que la necesidad de reducir al máximo los *costos de transporte* (Claval, 1977) entre socios comerciales fue lo que les confirió una ventaja a los *lugares céntricos* y, de ese modo, dio lugar a los *campos* de fuerzas que pesan sobre todos.

Así, la solución que propongo para coronar la obra de Vidal de la Blache evita las trampas del estructuralismo y da lugar a la iniciativa humana, dado que los individuos pueden cambiar de papel al deslizarse de una red de relaciones institucionalizadas a otra, participando en la transformación o en la subversión de las reglas que la caracterizan, y eligiendo, de entre las colectividades a las que pertenecen, aquellas en las que participan, y que para ellos se vuelven clases. Por eso propongo repensar la geografía social (1973), la geografía humana en su conjunto (1974), la geografía política (1978) y la geografía urbana (1981).

2. En el transcurso de 1950, Torsten Hägerstrand desarrolló en Suecia una variante original de la Nueva Geografía. Para explicar la modernización del mundo agrícola en la provincia de Småland, situada en el extremo meridional de ese país, estudió la dinámica de las innovaciones y su difusión (Hägerstrand, 1968). Concibió un modelo que daba perfecta cuenta de los avances observados: en un primer momento, tras la lectura de revistas técnicas o raíz de algún viaje, una élite de grandes granjeros, repartidos en la región un poco al azar, tomó conciencia de la importancia de las nuevas tecnologías y decidió adoptarlas; entonces la masa de productores descubrió esas nuevas posibilidades y, cuando había alguna granja piloto cerca de ellos, se enteraban más rápido. La difusión se hacía de boca a boca y se llevaba a cabo de acuerdo con las mismas leyes de todo lo que se transmitía mediante el contacto en el medio rural. La simulación del método de Montecarlo se basaba en ese tipo de constantes que siguió Hägerstrand, las cuales reproducen fielmente los hechos observados.

La Nueva Geografía de Hägerstrand es una de las que más se centra en el análisis de los mecanismos espaciales, sobre todo los referentes a la comunicación y a la difusión de información. En este ámbito, uno de sus alumnos, Gunnar Törnqvist (1968, 1969) logró un importante avance al atraer el interés en el papel esencial de los encuentros cara a cara, en el contacto en algunos tipos de relaciones económicas —y sociales—, en general.

Hägerstrand sintetizó toda esa serie de investigaciones, y en 1970 propuso un enfoque espaciotemporal donde se destacaba el lugar que tienen los transportes, la comunicación y los contactos en la vida social. Para él, la geografía es la disciplina de las interacciones sociales, ya que sigue los movimientos de las poblaciones y la circulación de los bienes e información y los vincula dentro de un volumen, cuya base corresponde a la porción de la superficie terrestre que se estudia; su tercera dimensión permite observar el paso del tiempo. La vida de cada individuo deja una marca vertical cuando permanece en el mismo lugar, y oblicua cuando se desplaza. El geógrafo aprehende el espacio a través de redes, trayectorias y nudos. Así, Hägerstrand fue uno de los que permitió el *aggiornamento*

del estudio de géneros de vida a comienzos de la década de 1970. Si bien, en mi caso, empleo el análisis de los registros del espacio-tiempo para proponer una restructuración de la geografía social, de la geografía política y de la geografía urbana en su conjunto, el enfoque que desarrolló Hägerstrand tiene aplicaciones sobre todo en la geografía regional y en la geografía de las dinámicas sociales.

Fue en la Gran Bretaña donde tuvo mayor eco la *Time Geography* —así denominó el mundo anglosajón al enfoque de Torsten Hägerstrand—. Fueron numerosos los geógrafos británicos que entonces lamentaron la desaparición de la geografía regional, si bien eran conscientes de las críticas de las que esta era objeto, su lado descriptivo, echaban de menos la riqueza de los análisis que ofrecía y su capacidad para dar cuenta de las diferencias de la superficie terrestre.

Al rastrear la trayectoria que seguía toda la población de una determinada región en el curso del tiempo, ¿no era la *Time Geography* capaz de proponer una nueva perspectiva de la geografía regional o de la geografía política? ¿Por qué no destacaba el papel de los procesos de innovación y de difusión en la organización del espacio? Estas interrogantes preocuparon a muchos geógrafos británicos de los años ochenta, como Ron Johnston y Nigel Thrift en la Gran Bretaña, o a John Agnew en los Estados Unidos, así como a Allan Pred (1986), un investigador estadounidense que seguía de cerca lo que se hacía en Suecia, quien compartía la misma preocupación.

Los investigadores británicos, compatibles en ese sentido con la mirada del sociólogo Anthony Giddens (1987), en quien se inspiraron de manera considerable, eran conscientes del margen de libertad del que gozaban las personas al interior de la dimensión espacio-tiempo donde evolucionan. Su enfoque se inscribía en la corriente estructuracionista, la cual evita los escollos de los enfoques estructuralistas (Scott y Storper, 1986).

Las investigaciones que se realizaron entre los años 1970 y 1980 llevaron a la geografía humana en su conjunto a enriquecerse de perspectivas que surgieron a lo largo de la década de 1950, gracias a los préstamos tomados de la ciencia económica. Tanto en Francia como en la Gran Bretaña, esto se logró evitando caer en las trampas del estructuralismo. No obstante, esta geografía humana se basó en algunas hipótesis que ya habían sido puestas en tela de juicio. Esto condujo a idear nuevos enfoques.

Capítulo 2. Las etapas de una disciplina: La geografía como estudio de las representaciones

A finales de la década de 1960 comenzaron a ponerse en tela de juicio los fundamentos de la disciplina, y cobraría una mayor magnitud en la década de 1970. Tal cuestionamiento incluía a la geografía, tal y como se practicaba en ese entonces, a la idea de una ciencia social y a los fundamentos de la epistemología.

La época de los cuestionamientos

La crítica a la Nueva Geografía

La Nueva Geografía buscaba subsanar las lagunas de la geografía clásica, a la que se consideraba demasiado descriptiva e impresionista. Se le reprochaba el hecho de ser demasiado sensible a la diversidad regional de la Tierra, pero no prestar la suficiente atención a las constantes que se observaban en ella. La geografía que surgió de esta revisión también presentaba puntos débiles, como se descubriría a finales de la década de 1960, los cuales eran similares a los de la ciencia económica de la que se nutrió esta disciplina.

¿Son los comportamientos humanos totalmente racionales, como lo supuso la economía durante dos siglos? No, porque la formulación de decisiones racionales tiene un costo: el que implica recabar toda la información necesaria para examinar todas las soluciones que pueden aplicarse a un problema y elegir la más ventajosa. El análisis de los mercados muestra cuán onerosas son esas operaciones (Claval, 1963). Para tener una idea general de la oferta y la demanda de un producto, por mucho tiempo no hubo otra solución más que la de reunir en un mismo lugar todos los artículos ofertados, a todos los que los habían producido y a todos aquellos que deseaban comprarlos: ello suponía altos costos de desplazamiento de las personas y prolongaba los trayectos que seguían las mercancías, las cuales debían transitar por el mercado, en vez de ser transportadas directamente del productor al consumidor. En el curso del siglo XIX, las nuevas técnicas de

comunicación, el telégrafo en particular, llevaron a que se disociara la circulación de los bienes de la información que les compete: los mercados abstractos que entonces surgieron se desarrollaron sin que hubiera necesidad de que las mercancías estuvieran presentes, lo cual evitaba los viajes inútiles —si bien los ofertantes y los demandantes, o sus mandantes, seguían teniendo la necesidad de reunirse en un mismo punto—. El progreso de las telecomunicaciones ha hecho que hoy sea posible comparar a distancia la oferta y la demanda. Esta evolución muestra hasta qué punto la transparencia que se requiere para el buen funcionamiento de los mercados es costosa y sobre qué proezas técnicas se basa su realización en la actualidad.

La superioridad de las economías de mercado sobre las economías de redistribución reside en cómo circula la información al interior de ellas. En vista de que el equilibrio entre la oferta y la demanda, en cierta medida, se sostiene en los mercados locales, los sistemas liberales optan por reducir el recorrido de la información al mínimo. Los ofertantes y los demandantes disponen de información que obtienen de manera directa, cuya veracidad pueden verificar. La economía de redistribución amplía los circuitos que recaban información relativa a los bienes, toda esa información pasa por un organismo central de planificación y de decisión. Las decisiones de este organismo se basaban en datos que los participantes llegaban a falsificar, lo cual debilitaba el sistema. Un ejemplo de ello: a medida que la economía soviética se volvía más compleja, los problemas que detectaban los planificadores se multiplicaban.

Como la información necesaria para tomar decisiones sale cara, muchos de los actores involucrados eran parcialmente racionales. Después de los economistas, los geógrafos se ocuparon del tema de las decisiones en el transcurso de la década de 1960 (Wolpert, 1964). La crítica de la hipótesis de la racionalidad perfecta va mucho más lejos. Destaca que los productores, los distribuidores y los consumidores no están en igualdad de condiciones. Los primeros dedican buena parte de sus recursos a la publicidad: inundan el mercado con información que los da a conocer y ensalza los artículos que ofrecen. La concentración de la producción y (o) de la distribución funciona en el mismo sentido: las negociaciones no se hacen entre iguales; a pesar de haber pocos monopolios, la competencia toma una forma monopólica que refuerza el peso de los ofertantes, o de algunos de ellos. Cuando las zonas de producción y de consumo están alejadas, los negociantes que están mejor informados de las fluctuaciones de la oferta y la demanda ocupan una posición dominante frente a los productores —esto ha sido algo que durante mucho tiempo ha perjudicado a los países del tercer mundo—.

Para los marxistas, los sesgos que afectan los juegos del mercado son más profundos: son resultado de la enorme desigualdad que existe entre quienes venden su trabajo y aquellos que lo compran: los empleadores pagan su trabajo mediante un valor de cambio y se benefician de su valor de uso, lo cual les permite recaudar una plusvalía que es la que produce sus ganancias.

Por tanto, lo que se cuestionaba a finales de la década de 1960 era haber importado de la economía una serie de resultados sin ningún tipo de juicio crítico. Desde este punto de vista, 1968 marca un giro importante. En términos muy generales, la crítica que los radicales dirigían contra la Nueva Geografía puede formularse así: para un funcionalista bastaba con que un sistema funcionara eficazmente para que estuviera justificado, aun cuando fueran inaceptables las condiciones para una parte de los involucrados. ¿Acaso las economías esclavistas no funcionaban eficazmente hasta que, por decisiones políticas, desaparecieron en el transcurso del siglo XIX? ¿Acaso las condiciones impuestas a los productores en determinadas economías no siguen siendo bastante similares a las que en aquel entonces predominaban en las plantaciones del sur de los Estados Unidos o en Brasil?

La crítica a la geografía como ciencia de la observación

A la crítica del planteamiento que proponía la Nueva Geografía, se sumó un cuestionamiento fundamental a este campo. La geografía se presenta, en efecto, como una disciplina de observación, que mira y analiza los paisajes, y a otra escala, aprehende amplias porciones, o la totalidad, del mundo gracias a la cartografía.

Al describir y cartografiar la Tierra, el geógrafo amplía la visión que las personas tienen de nuestro planeta. Responde a la curiosidad de quienes se interrogan sobre lo que hay más allá de los horizontes conocidos y, de ese modo, nutre su imaginario. Facilita el trabajo de los administradores, que comprenden mejor las tierras que tienen que supervisar y administrar. Brinda a los militares la posibilidad de desplegar estrategias más creativas en terrenos más amplios. Permite a los príncipes soñar con dominios más vastos, ayudándolos a conquistarlos y asegurar su explotación.

La publicación *Vigilar y castigar* de Michel Foucault (1975) marcó una etapa decisiva en el desarrollo de la crítica contra la geografía. Los geógrafos no se ruborizaban al presentarse como consejeros de los príncipes, pero se quejaban de ser poco escuchados. Estos no dimensionaban a qué grado su aptitud para describir y cartografiar el espacio era valiosa para quienes ejercían el poder. Michel Foucault modificó la situación: al analizar el funcionamiento del panóptico, que en 1791

ideó Jeremy Bentham para reformar la prisión, convertirla en un instrumento de redención y evitar que se transformara en una escuela del crimen, Foucault mostró el papel fundamental que tuvieron la observación y la vigilancia en el desarrollo de técnicas de control social desde fines del siglo XVIII. La prisión, a gran escala, no es sino una metáfora del espacio social en general: la torre interior en la que permanecen los guardias es como la ciudad o la sede del administrador; la pared semitransparente que lo separa de su circunscripción es la de su oficina, de la que sale para hacer una ronda de inspección, y que sus agentes cruzan en sentido inverso para dar cuenta de lo que han observado.

A partir del auge del levantamiento preciso del terreno en el siglo XVI, la cartografía le presentó al poder la oportunidad de transformar los espacios en los que buscaba reinar en enormes prisiones a cielo abierto —la transformación en principio fue parcial, imperfecta y frágil, pero, con el progreso de las técnicas y el esmero de los administradores, se hizo cada vez más profunda—.

Se trató, ante todo, de una prisión a cielo abierto. Una prisión que luego podría ampliarse, puesto que el mapa pronto se volvió una herramienta militar esencial, que servía al Estado mayor a preparar sus operaciones, a vencer al enemigo y a fortificar los espacios conquistados.

Los geógrafos añoraban ser escuchados por los poderosos, pues casi no los tomaban en cuenta, y lo sabían. Eso los entristecía, aunque aliviaba su conciencia: no eran responsables de las locuras de los gobernantes, de los abusos militares, de la incompetencia y la prevaricación de los funcionarios, ni de la opresión de los pueblos colonizados. Sin embargo, ¿podían simplemente lavarse las manos? No, como lo explican Michel Foucault y sus partidarios: no eran los consejos que gustosos ofrecían los geógrafos lo que comprometía la disciplina, era el instrumento, es decir el mapa, que habían puesto a disposición de los que estaban en el poder y del que sacaban provecho los militares o las fuerzas del orden; ese era el medio en que los geógrafos influían en el futuro de los países y los pueblos (O'Thuatail, 1996). Los funcionarios fiscales inventaron, para su uso, un tipo de cartografía muy particular, pero fundamental para asegurar la recaudación de impuestos, que fue el catastro.

Lo que se descubrió en la década de 1970 fue que no existe geografía inocente. Y lo que se ponía en tela de juicio no era la honestidad de quienes la practican, sino los instrumentos que diseñaban y que otros usaban para su beneficio.

El hecho de que esta crítica fuera excesiva, y en cierto modo imprecisa, no impidió que tuviera un tremendo impacto en la disciplina y en el juicio que se hizo de ella.

La crítica a las ciencias humanas y sociales

Los cuestionamientos que se le hicieron a la disciplina. y que acabamos de referir, aquellos contra la Nueva Geografía y, en general, a toda la disciplina, se desarrollaron paralelamente a la crítica que se hizo de todas las ciencias humanas y sociales, que comprendían, asimismo, los saberes relativos al espacio.

1. El reproche contra las ciencias humanas y sociales era el que se basaran en interpretaciones ingenuas de la realidad. Karl Marx tomó la iniciativa al condenar el optimismo con el que la economía, tal y como se practicaba en el siglo XIX, miraba a los mercados. No, estos no llevan a la humanidad a un estado donde el progreso y la justicia avanzan de la mano, ya que los empresarios pagan el trabajo por debajo de las ganancias que les genera. Así, existen mecanismos que la mayoría de los mortales desconocen y que la verdadera ciencia debería sacar a la luz. A finales del siglo XIX, Freud incorporó, a ese inconsciente colectivo referente a la economía, aquel que nutre las pasiones humanas, y Ferdinand de Saussure sumó aquel que los mecanismos de la lengua producen.

Para Michel Foucault (1965, 1969) solamente tres disciplinas, la economía marxista, el psicoanálisis y la lingüística saussuriana, son científicas. Todas las demás no son sino vanos discursos que resultan incapaces de desenmascarar el juego oculto de los mecanismos. Así, las ciencias humanas y sociales se vieron deconstruidas.

2. Hubo otra forma de cuestionamiento (Claval, 1980). Las ciencias sociales comenzaron a constituirse a partir del siglo XVII. Hobbes, Locke y Rousseau desempeñaron el papel de fundadores en este terreno. ¿Cómo? Construyendo relatos en los que contaban cómo se había fundado, o se fundaría de nuevo, la sociedad. Esta nace de la firma de un contrato que permite a los individuos salir del caos en el que hasta entonces vivían. Para Hobbes, "el hombre es un lobo para el hombre". Cuando los individuos renuncian al derecho que tienen de recurrir a la fuerza en beneficio del Leviatán —el Estado— permiten que la humanidad por fin se desarrolle en paz. Para Locke, el trabajo previo a la firma del contrato social ya había logrado alejar a los individuos de su miseria original; si bien el pacto que se establece con la sociedad no contempla el derecho de propiedad, sino que se limita a codificar las instituciones políticas que regulan la economía. Para Rousseau, en cambio, el estado de naturaleza es un estado de inocencia, y la aparición de la propiedad alejó a la humanidad de este: el contrato debería permitir recuperarlo. En los tres casos, el relato se sitúa en un tiempo impreciso, antes de la historia o en un futuro que nadie sabe cuándo ocurrirá —el de la revolución—. Por tanto, la redención de la humanidad, que funda la sociedad, se sitúa en un tiempo que

corresponde al del mito. El contrato muestra que la sociedad no fue creada por Dios, fue construida por las personas. Si logran dirigir correctamente esta empresa, habría de traerles progreso y felicidad.

Por tanto, las ciencias sociales nacieron de la ventana de esperanza que abrieron las filosofías de la historia. Más allá de los resultados científicamente establecidos que aportaron, buscaron extrapolar y construir grandes relatos que trazaran el camino triunfante de la humanidad, las instituciones que ha creado o los procedimientos que ha ideado para administrar y organizar el espacio. Tal fue el segundo tipo de crítica contra las ciencias humanas (Lyotard, 1979; Claval, 1980). Se le critica a la historia, en particular, haberlo sacrificado todo para construir "novelas nacionales" (Anderson, 1983). Y los geógrafos completaron el trabajo inscribiendo esas novelas nacionales en los cuadros territoriales.

3. La tercera crítica tiene que ver con la perspectiva que tiene la mayor parte de los investigadores: sus trabajos no abordan a la totalidad de las sociedades; se enfocan sobre todo en la actividad de los adultos de sexo masculino y de raza blanca. ¿Acaso la sociedad no es la responsable del rumbo político y de una parte importante de la producción económica? Las mujeres, los niños, las personas mayores y los integrantes de otros grupos étnicos no son tomados en cuenta o llaman muy poco su atención. A partir de la década de 1970 se desarrolló esta crítica gracias a la acción del feminismo (Rose, 1993; Domosh y Seager, 2001).

4. ¿Acaso existen ciencias sociales que escapen a las críticas que acabamos de mencionar? En el siglo XIX, y durante la primera mitad del XX, la etnografía y la antropología se interesaron en los grupos originarios que estaban por descubrirse en Norteamérica, Sudamérica, África, Siberia, en algunas regiones del Asia Meridional u Oriental, y en Oceanía. Esas sociedades eran tan diferentes de las nuestras que, para adentrarse en su lógica, el investigador necesitaba dedicarse por completo a una sola de ellas, quedarse un largo periodo ahí, aprender su lengua, hacer el inventario de las herramientas y técnicas con las que trabajan, observar las modalidades de la vida social y recoger los mitos que se transmitían entre ellos. El antropólogo seguía algunas reglas: trabajaba de modo que su presencia perturbara lo menos posible a las personas que observaba; al igual que Franz Boas, se abstenía de hacer juicios morales sobre el comportamiento de la población. Examinaba a fondo a la sociedad que eligió como si se tratara de un grupo de primates: los imaginaba tan radicalmente diferentes del mundo del que provenía que le resultaba imposible emplear con ellos los mismos criterios.

El respeto a esos principios responde a una exigencia científica: abstenerse de aplicar al grupo estudiado los protocolos de un análisis realizado para otros contextos. El resultado va más allá de lo esperado: al negarse a interpretar en

términos morales los hábitos y comportamientos que observa, el investigador se niega a tomar en serio el sentido que la gente le da a su existencia. Su neutralidad ética lo lleva a ignorar la dimensión trágica de lo humano, y a negar, en el fondo, la humanidad de aquellos que observa.

La descolonización privó a los etnólogos y antropólogos de sus campos de estudio tradicionales. Volvieron a Europa o a Estado Unidos donde se dedicaron a estudiar a las sociedades como lo hacían con los grupos originarios, negándoles así la parte de humanidad que hasta entonces las ciencias sociales le habían conferido a su objeto de análisis. A partir de Bruno Latour (2012), propusieron un enfoque que acabó con los mitos o las novelas nacionales que amenazaban con contaminar las formas de observar e interpretar.

La crítica a la razón

A la crítica de la racionalidad económica se sumó otra más grande: la filosófica, bajo la forma de la Razón que tomó en Occidente.

1. El movimiento comenzó en el siglo XIX con Schopenhauer, quien distinguía el mundo de la representación, que es el que está claramente delimitado, lo racional y lo sensato (Ferry y Capelier, 2014, p. 320), del mundo de la voluntad, que es el de las fuerzas ciegas, de las pulsiones profundas y los instintos: un conjunto inconsciente y carente de sentido (p. 323). El mundo de la representación es tranquilizador, pero no es el que moldea la realidad. Esta se configura por un conjunto de fuerzas descritas como voluntad.

Si bien Nietzsche empleó un vocabulario distinto, sus ideas le debían mucho a su predecesor. Nietzsche hablaba de la voluntad de poder, o simplemente de vida, cuando Schopenhauer ponía el acento en la voluntad (Ferry y Capelier, 2014, p. 323). Criticaba radicalmente "todos los ideales ya sean metafísicos, religiosos o políticos, a Dios, el progreso, la democracia, la revolución, el socialismo, los derechos humanos, la ciencia, la naturaleza, la república, etc." (p. 350), y designaba "con el término de 'nihilismo' todos los pensamientos de lo ideal en oposición a lo 'real'" (p. 351).

La Razón permite aprehender solo una parte del mundo. Despoja al individuo del poder que le da la vida. La crítica nietzscheana es, en el plano filosófico, el equivalente de la atención que algunos especialistas de las ciencias sociales pusieron en el inconsciente.

2. La crítica contra el racionalismo occidental se enfocó muchas veces en Descartes. ¿Qué es lo que se le reprochaba? El haber instaurado un dualismo absoluto entre el espíritu y la materia, y al hacerlo, haber separado al hombre del

resto de la creación y la naturaleza. De hecho, se atribuye al racionalismo cartesiano la explotación frenética de los recursos naturales y la inconsciencia que llevó a la humanidad a multiplicar la contaminación y los daños que comprometen el futuro de la Tierra —y el de las personas—.

3. Un último grupo remitió a un pasado aun más lejano el cuestionamiento de la filosofía occidental. Ahora era a Platón a quien atacaban, y en menor medida, a Aristóteles. ¿Qué se les reprochaba? Platón concebía el mundo como la copia imperfecta de una realidad superior: la de las Ideas. Detrás del mundo degradado en el que vivimos, imaginaba un universo más puro, que escapaba a la corrupción y al declive. Si bien Aristóteles no iba tan lejos como él, señalaba que, detrás de la variabilidad de los individuos, existía una forma que englobaba todo lo que es común a una especie y que la define. En ambos casos, llegan a una distinción de la realidad empírica y de un mundo desencarnado del intelecto. Por tanto, se culpa a la filosofía occidental de haber creado y explorado esas dualidades: las de la Razón metafísica.

El alcance de las críticas iba mucho más allá de la simple filosofía, pues lo que se ponía en tela de juicio a través de esta era todo el proyecto que Occidente había difundido. No, la forma de pensar el mundo que concibieron los griegos y, posteriormente, los pensadores modernos no era la única posible, y tampoco era intrínsecamente superior a las que desarrollaron otras culturas. Así como la Revelación no justificaba la imposición por la fuerza del cristianismo a los paganos, la Razón tampoco justificaba la expansión imperialista de un Occidente que ponía como pretexto su misión civilizadora para explotar los recursos y a los pueblos de todo el globo.

El cuestionamiento contra el proyecto occidental surgió en Europa y en América a finales del siglo XIX. A pesar de la forma socialista que recurrentemente adoptó en el siglo XX, no desaprobaba la empresa de modernización, la cual siguió siendo la principal preocupación de los regímenes socialistas, quienes, para realizarla de manera justa, rechazaron el liberalismo económico que se profesaba tanto en la Europa occidental como en los Estados Unidos. El socialismo —el que ofrecía la URSS— era ahora el modelo a seguir. En los países entonces colonizados del tercer mundo, una parte considerable de la población manifestaba su fascinación por el desarrollo. La mayoría de las personas que eran hostiles a la dominación europea o al imperialismo económico estadounidense optaban por el socialismo. Solo algunas minorías, por lo general religiosas, rechazaban en conjunto el modelo occidental.

A partir de la década de 1950 la situación cambió. La muerte de Stalin y el informe Jruschov despojaron al régimen soviético de una parte de su "aura". La fe

revolucionaria entonces se trasladó a Cuba y a la China comunista —aunque su prestigio se vino abajo con el descubrimiento de la verdadera naturaleza del Gran Salto Adelante tras la Revolución cultural, y con la desaparición de Mao, "el Gran Timonel"—. Con la caída del Muro se terminó de comprender el elevado costo humano de la experiencia socialista y se puso en evidencia su fragilidad, su desprecio por el medio ambiente y sus pésimos resultados económicos.

Los países con una economía liberal triunfaron; sin embargo, para Occidente, era una victoria pírrica. El modelo occidental había dejado de fascinar al resto del mundo: había un deseo de prosperidad y la aspiración a gozar de un mejor nivel de vida, pero ya no se creía en la superioridad de los grandes países democráticos de Europa y América. Estos dudaron cada vez más de la validez de los principios que por tanto tiempo los habían guiado.

El mundo cambia cada vez más rápido: se encoge conforme avanza el progreso de los transportes y los medios de comunicación: eso es la globalización; se fragmenta a medida que las filosofías de la historia y del progreso que proponía Occidente van dejando de ser atractivas y, en su lugar, se multiplican nuevas formas políticas, como las pseudodemocracias o las democraturas. Es en ese contexto donde se ha venido transformando la geografía desde hace cincuenta años.

Los primeros enfoques críticos

Entre las décadas de 1960 y 1970, los geógrafos elaboraron nuevos enfoques con el propósito de librar las críticas formuladas contra la geografía clásica o la Nueva Geografía. Se inspiraron en gran parte en las corrientes de pensamiento surgidas en el siglo XIX o durante la primera mitad del XX.

El enfoque fenomenológico y humanista

Algunos sesgos de la Nueva Geografía se volvieron evidentes. A partir de que se puso el acento en las similitudes que caracterizan la organización del espacio más que en las diferencias, el cuadro que se dibuja del mundo perdió su toque pintoresco y su originalidad: por doquier hay semilleros de ciudades; de distintos tamaños, todas están jerarquizadas. La simetría, desde luego, nunca sería tan perfecta como el modelo de Walter Christaller, pero era lo suficiente como para que se pusiera el acento en lo que asemeja a la región estudiada con otras, más que en lo que las distingue.

El color y el exotismo desaparecieron de los análisis y, con ellos, todo lo que representaba el encanto de la geografía regional: la importancia que se le daba a los lugares, a aquello que los caracteriza y que no se encuentra en ninguna otra parte, desapareció. Las personas también están ausentes. Esto se debía a la base económica del enfoque —el mundo se configura a partir de las decisiones de productores y consumidores, cuyo comportamiento tiene en común la racionalidad—. También tenía que ver con los recursos empleados —se recurría mucho más a las estadísticas que proporcionaban los servicios oficiales que a la observación y la investigación directa sobre el campo. Había que reconocerlo: el universo de la Nueva Geografía era un poco gris, un poco plano y un poco aburrido.

Por tanto, una cierta nostalgia de la geografía de las primeras décadas del siglo XX inspiró un enfoque que pretendía ser más sensible al paisaje y a los seres humanos. En Canadá, un joven investigador de habla inglesa, Edward Relph (1970), descubrió en la obra, desconocida en Francia, de Éric Dardel (1952) una justificación filosófica de esta empresa. Dardel había sido profundamente marcado por su fe protestante, por la antropología que su abuelo, el pastor Leenhardt, gran especialista en los kanak de Nueva Caledonia, le hizo descubrir, y por los escritos de Heidegger. Dardel escribió:

> [El espacio] no es un atlas abierto a [los] ojos [del individuo], es un llamado que sale del suelo, de las aguas o del bosque, es una oportunidad o una renuncia, un poder, una presencia (Dardel, 1952, p. 148).

En la tierra es donde viven los hombres y donde se realizan. Para ellos, la tierra es mucho más que un soporte: es en la realidad donde se inserta su vida, a la que buscan darle sentido:

> La geografía no es en principio un conocimiento; la realidad geográfica no es un espacio en blanco que hay que llenar coloreándolo. La ciencia geográfica presupone que el mundo sea comprendido geográficamente, que el hombre se sienta y se sepa ligado a la tierra, como un ser llamado a realizarse en su condición terrenal (Dardel, 1952, p. 181).

La geografía solo cobra sentido cuando uno recuerda que es ante todo el marco de la existencia humana. La geografía implica una reflexión sobre el simple hecho de estar ahí —sobre el *Dasein*—. Su aportación es significativa siempre y cuando esté centrada en el hombre. Así lo sostiene Yi-Fu Tuan (1971, 1976) al subrayar que el enfoque debe ser "humanista".

En Francia, a partir de Armand Frémont (1976), se puso el acento en la experiencia que tienen los hombres del espacio —así, la región pertenece a la categoría de los espacios vividos—.

El radicalismo de inspiración marxista

El reproche que se le hizo a la Nueva Geografía por justificar situaciones económicas de explotación e injusticia fue el detonante principal de otra reacción: la de los geógrafos radicales, quienes estaban indignados por la situación de un tercer mundo que no lograba despegar, por la miseria de sus barrios pobres, de sus favelas, y los guetos de las grandes ciudades occidentales. La revista *Antipode* articuló un movimiento revolucionario que encontró mayor eco en la población estudiantil estadounidense que se veía afectada por la guerra que sostenían los Estados Unidos en Vietnam. Un ejemplo de las acciones que entonces estuvieron de moda fue el de William Bunge, quien, a comienzos de 1960, tras señalar el alcance teórico de la Nueva Geografía, animó a un grupo de estudiantes a estudiar un gueto negro desfavorecido de Detroit: Fitzgerald. Esta acción convocó a un giro revolucionario tanto en los métodos de estudio como en la acción política (Bunge, 1971).

Desde su comienzo, este enfoque radical fue afín al marxismo y a las interpretaciones que le dieron varios intelectuales anglófonos —en su mayoría británicos—. Con el deseo de escapar al conformismo, entonces frecuente entre muchos comunistas europeos, se mostraron innovadores y sacaron provecho de autores marxistas ignorados en otros países, como Gramsci.

Con *Explanation in Geography* (1969), David Harvey, entonces instalado en Bristol, se convirtió en el teórico de la Nueva Geografía, sacando provecho de todo lo que la economía podía aportar para comprender las constantes transformaciones de nuestro mundo. Cuatro años más tarde en Baltimore, donde ahora daba clases, su nueva obra *Social Justice and the City* (Harvey, 1973) incorporó todo lo que veinte años de investigaciones habían dado a conocer sobre la génesis de las desigualdades y las injusticias que caracterizan a nuestro mundo, reformulándolo en términos marxistas.

Sin embargo, había un hecho que molestaba a David Harvey: el espacio y la geografía están prácticamente ausentes en la obra de Marx. Y sus sucesores no habían hecho nada para darles un lugar. Harvey decidió dedicarse a esa tarea, la cual le tomaría diez años. *The Limits to Capital* (Harvey, 1984) dedica un largo capítulo al marxismo. En este señala las contraindicaciones espaciales que produjo el capital. El propio éxito de la empresa capitalista condujo a la concentración

de instalaciones, infraestructuras, fábricas y poblaciones en centros industriales, lo cual generó problemas que había que enfrentar. Los movimientos sindicales defendían eficazmente a los trabajadores y obtenían aumentos salariales. Las zonas que estaban a la vanguardia del progreso resultaban cada vez menos favorables para las nuevas inversiones, ya que los costos ahí aumentaban. A los capitalistas no les quedaba otra solución más que la de transferir su producción a otra parte si querían seguir obteniendo grandes ganancias.

El enfoque radical, que en gran medida se basó en traducir con términos marxistas los conocimientos de la economía espacial y de la Nueva Geografía —tal y como lo complementó Harvey— logró dar cuenta de la dinámica urbana de los países avanzados. Sin embargo, no convenció a aquellos investigadores que eran sensibles a los planteamientos marxistas sobre el pensamiento crítico, que Harvey se rehusaba a incluir. Por eso el enfoque radical se dividió en dos.

El surgimiento de nuevos enfoques críticos

Nuevos enfoques críticos, cuyas raíces se remontaban a los años 1920 y 1930, maduraron en el transcurso de la década de 1970. Y para 1980 se volvieron dominantes.

La Escuela de Fráncfort, Habermas, la idea de ciencia crítica y la posmodernidad

Los nuevos enfoques críticos se desarrollaron a partir de la década de 1970, gracias a nuevas lecturas del pensamiento marxista. Las raíces del movimiento de la Escuela de Fráncfort se sitúan en el periodo de entreguerras, donde un grupo de filósofos y sociólogos se dedicó a modernizar la dimensión crítica del pensamiento marxista y a enriquecerlo con aportaciones provenientes del freudismo y de la lingüística. El radio de influencia de este movimiento, encabezado por Marx Horkheimer y Theodore Adorno, se limitó básicamente a los países germanófonos hasta la llegada de los nazis al poder. La Escuela de Fráncfort era un símbolo de todo lo que el nuevo régimen condenaba: una ideología marxista desarrollada por intelectuales principalmente judíos, y cuya mayoría, huyendo del régimen hitleriano, se instaló en la Gran Bretaña o en los Estados Unidos después de haber pasado por Francia. Así fue como la idea de ciencia crítica fue penetrando en el mundo anglófono.

Algunos de esos exiliados, como Adorno, lograron volver a Fráncfort cuando acabó la guerra. La Escuela de Fráncfort renació de sus cenizas distinguiéndose por una nueva generación de investigadores, Jürgen Habermas en particular. Su notoriedad internacional se consolidó cuando dejó Fráncfort por la London School of Economics. Su concepción del pensamiento crítico, menos marcada por el marxismo y el freudismo como en la generación precedente, sedujo a un amplio público.

Para él, el pensamiento racional tiene como objetivo responder a los intereses fundamentales de los individuos (Habermas, 1972). En una primera etapa, estaba enfocado en liberar las cargas materiales que pesan sobre ellos: a ello se consagró la *ciencia positiva* tal y como la vimos actuar en los ámbitos físicos o naturales desde el siglo XIX hasta comienzos del XX. En una segunda etapa, respondía a la necesidad de comunicación que tienen las personas: este era el objeto de las *ciencias hermenéuticas* —las ciencias humanas y sociales en su forma clásica—. En una tercera etapa, la ciencia se ocupó de las coerciones que nacen de la vida social: fue entonces cuando la ciencia se volvió *crítica*, y el análisis de la vida colectiva se hizo más incisivo.

Este enfoque tenía una gran ventaja, permitía conciliar la idea de revolución científica, a la manera de Thomas Kuhn, con los cambios que sacudieron al mundo académico después de 1968. En el ámbito científico, permitió conservar la idea de progreso que las nuevas corrientes de pensamiento tendían a condenar. Además, el paso de la ciencia positiva a la ciencia hermenéutica, y, posteriormente, a la ciencia crítica no solo se presentó como algo natural, sino como algo deseable, ya que era lo único que podía producir una humanidad completamente liberada. Por eso se desestimaron los enfoques positivos y hermenéuticos.

En los Estados Unidos, Richard J. Bernstein aplicó, desde 1976, el modelo de Habermas a las ciencias sociales en su conjunto. Y, en 1978, Derek Gregory lo implementó en nuestra disciplina: la Nueva Geografía coincidió con la primera etapa del desarrollo de las ciencias al proponer un saber positivo; el enfoque fenomenológico fue testigo de su paso a la fase hermenéutica, y el enfoque radical advirtió el ascenso de la ciencia al estatus de ciencia crítica.

Esta lectura de la historia de las ciencias devalúa la disciplina dentro de la modernidad geográfica que representaba la Nueva Geografía, e invita a entrar a la posmodernidad —término, en principio empleado por los historiadores de la arquitectura, que se puso de moda con los trabajos de Lyotard (1979) y de Fredric Jameson (1984)—.

La crítica a las ciencias humanas y sociales

La forma de ver la sociedad cambia. Y las críticas contra las ciencias humanas y sociales se fueron multiplicando. Hubo muchos elementos que contribuyeron a ello:

1. El primero, y más importante, parte de una simple constatación: la única forma de conocer los hechos sociales es mediante la observación y el lenguaje. Este último da cuenta de la realidad y la configura al mismo tiempo, por lo que nunca sabremos si las estructuras que se descubren a través del lenguaje realmente existen o si son un producto lingüístico.

2. A partir de Michel Foucault se descubrió el papel de la observación en los procesos de dominación y en los mecanismos de vigilancia.

3. A partir de las feministas, se despertó el interés en los procesos microsociales, aquellos que se tejen entre hombres y mujeres, y que la geografía, hasta entonces, había pasado por alto prestando mayor atención al Estado o a la región que al barrio.

A partir de Stuart Hall, se extendió el campo de los estudios culturales:

5. "Estos incluyen las bellas artes, la literatura y la erudición, la materia del currículum de las humanidades, pero también admite el arte negro de los medios de comunicación y la esfera vagamente demarcada de la cultura popular (una mezcla de lo que se solía llamar folclor y del arte proletario, más deportes" (Kuper, 1999, p. 229).

6. El análisis social insistía más que antes en la función del estatus, en las competencias que generaba, en sus dimensiones simbólicas y culturales, así como en su papel en los procesos de dominación.

7. Se pusieron en duda algunos de los postulados implícitos en los que hasta entonces se basaban los estudios sociales. A partir de Aristóteles, las teorías tradicionales de la vida colectiva consideraban al ser humano como un animal social. En la visión judeocristiana, por lo común, se aceptaba la idea de que la vida en grupo nacía de la existencia de un vínculo social. Pero ¿realmente existía el sentido de solidaridad que este supone?

8. El carácter subversivo del análisis antropológico, que por mucho tiempo se ignoró porque solo se aplicaba a sociedades lejanas, estalló a la vista de todos, cuando se aplicó en el mundo contemporáneo. El hecho de poner al mismo nivel la observación del marco ecológico, del medio ambiente material, de las actitudes, de los discursos y del comportamiento colectivo condujo a que se analizara con cierta distancia la dimensión ideal e ideológica de toda vida social —y fue entonces cuando más se adoptó una actitud de neutralidad moral—.

Las técnicas de deconstrucción

La deconstrucción del pensamiento occidental comenzó con Schopenhauer y Nietzsche en el siglo XIX. Esta teoría se basaba en poner al descubierto el trabajo aparentemente racional de la mayoría de los filósofos y el trabajo, aún más sistemático, de los investigadores en ciencias sociales, que tenían como resultado ocultar una realidad más profunda: la de la voluntad o la de la vida. Los ideales a los que los pensadores apelaban generalmente no tenían otro propósito.

La idea de deconstrucción, así esbozada, se consolidó realmente hasta la década de 1960, cuando Michel Foucault, con un interés cada vez mayor en la locura, descifró la voluntad de purgar a la sociedad de los defectuosos encerrando a los anormales y a los enfermos mentales en espacios cerrados y vigilados. Ese mismo razonamiento lo llevó a escribir *Las palabras y las cosas* (Foucault, 1965), más tarde *La arqueología del saber* (Foucault, 1969), y a deconstruir las bases sobre las que se habían construido las ciencias sociales.

A partir de 1966 se dio un paso con Jacques Derrida:

> "[Este] comienza por reconocer que cualquier estructura reside en un centro, un principio organizador (por ejemplo, Dios, el individuo, la verdad, la objetividad) en torno al cual se construye el resto de la estructura. Lo que Derrida hace, por tanto, es sacar el centro de sus descaradas pretensiones […] afianzando su relación constitutiva con un "otro", con una periferia exterior que es la materia prima de la construcción del centro […] La principal contribución de Derrida a la geografía es la de poner en duda la solidez de los binomios tradicionales, tales como objetividad/subjetividad, espacio/lugar y naturaleza/cultura" (Woodward y Jones, 2009, p. 572).

Gilles Deleuze y Félix Guattari (1976) contrastaron la lógica jerárquica que promueve el pensamiento dominante en Occidente con la del pensamiento rizomático, que no tiene centro y evita los efectos de dominación.

Los estudios de la deconstrucción que aparecieron primero en Alemania, y posteriormente se enriquecieron en Francia, tuvieron un enorme éxito durante la década de 1980 en los Estados Unidos bajo el nombre de *French Theory* (Cusset, 2003).

Las interpretaciones: posmodernismo, poscolonialismo, posestructuralismo y giros disciplinarios

En ese contexto, hubo muchas interpretaciones de los cambios que se estaban dando. Al principio, la más popular fue la del posmodernismo, que sostenía que la idea de progreso había llegado a su fin, con todo y su carrera obstinada hacia un mejor futuro. Si bien la evolución de las sociedades humanas continúa, ya no se inscribe en el circuito indefinido de las vanguardias. Ahora más bien se caracteriza por cambios cualitativos, por la prioridad que se le da a las actividades recreativas o a la preocupación cada vez mayor por las identidades, por citar algunos ejemplos. El *posmodernismo* llegó a tener un trasfondo marxista y de ahí que alimentara el resentimiento de los marxistas ortodoxos.

El poscolonialismo describía los traumas que causó el imperialismo en los países dominados. Asimismo, insistía en las perversiones que produjo en las sociedades occidentales; al darle un lugar a la dialéctica, a la que solía dejarse de lado, abrió nuevos intercambios culturales entre los dominantes y los dominados. Los efectos de dicha dialéctica se prolongaron mucho más allá de la Independencia, con lo cual Occidente no pudo redimirse de los daños que infligió sobre el resto del mundo, ni negar lo que obtuvo de ello y lo que sigue recibiendo.

El posmodernismo y poscolonialismo pusieron en evidencia los rasgos que la sociedad contemporánea debía a la persecución del progreso técnico en un mundo que ha dejado de creer en un futuro mejor. Además, insistían en el proceso de descolonización, el cual, yendo al fondo de su lógica, implicaba tanto la desaparición del dominio colonial como el fin de la supremacía del macho adulto blanco heterosexual sobre el resto de la humanidad.

Los análisis en términos de posmodernismo y poscolonialismo pusieron el acento en los cambios del mundo contemporáneo: el fin de las filosofías de la historia, la destrucción de las formas clásicas de la civilización occidental y la aceleración de la globalización. El *posestructuralismo* y la *idea de giro* se centraron de manera más directa en las transformaciones epistemológicas en curso.

Hablar de posestructuralismo implica señalar la ruptura que se produjo en las ciencias sociales alrededor de 1980 —aunque sería simplificarlo si se deja de lado el episodio del estructuracionismo, por ejemplo—.

La idea de *giro* es la que mejor define las transformaciones contemporáneas de las ciencias humanas y sociales. Se aplicó a todas las disciplinas, aunque la forma de describir el cambio en curso era distinta entre una y otra: a comienzos de la década de 1980 se hablaba de un giro lingüístico de la historia; hacia finales de esa misma década, de un giro espacial de la sociología; y, a partir de 1997, de un

giro cultural de la geografía, como si en el curso de esos cambios cada disciplina insistiera en lo que hasta entonces les había faltado, y como si todas, al mismo tiempo, se vincularan.

El giro de las ciencias sociales: nuevos modos de aprehender el mundo

¿Cómo caracterizar los nuevos modos de aprehender el mundo? Destacando que se basan en un cambio de perspectiva: lo que ha cambiado no un determinado método, es la relación del investigador con las realidades que estudia: se ha dado un giro (Claval, 2017).

La gente percibe el mundo a través de un filtro de representaciones e imágenes y actúan en consecuencia

El giro lingüístico parte de una afirmación simple: aprehendemos el mundo a través de nuestros sentidos y damos cuenta de él a través de las palabras, signos o formas. En las ciencias físicas y naturales, la creciente sofisticación de los instrumentos de observación permitió aprehender de manera cada vez más precisa la realidad. En el ámbito social, la situación era distinta: la actividad de los hombres era resultado de procesos mentales a los que no se podía acceder directamente por medio de la observación; la única forma en que el investigador podía captarlos era a través de sus manifestaciones exteriores, gestos, discursos, desplazamientos, elaboración de artefactos, organización del espacio y de formas diversas de expresión de la sociabilidad. El investigador no capta directamente lo que se halla en el corazón del mundo social; trabaja siguiendo rastros o imágenes (Boulding, 1955).

Por tanto, en las ciencias sociales el problema era que había una doble subjetividad: la del investigador, por un lado, y la de los grupos estudiados, por otro. Las ciencias sociales del pasado desarrollaron dos estrategias para resolver esta cuestión. La primera consistía en no interesarse por conocer el proceso de la decisión que motivó la acción y simplemente dedicarse a seguir sus huellas. La segunda se basaba en solicitarle al investigador que respetara las reglas correspondientes a los documentos con los que trabajaban. De ese modo, el sociólogo aprendió a usar de manera crítica las estadísticas y los sondeos. El historiador se inició en la lectura y en la interpretación de archivos. El geógrafo afinó su mirada: aprendió a escanear los paisajes y los mapas de manera sistemática, y logró hacerlo a distintas escalas; observaba los detalles, pero se enfocaba sobre todo en las líneas generales, en las discontinuidades y en los conjuntos. El perfeccionamiento de estas

disciplinas consistió en una cualidad que le faltaba al común de los mortales, y era el poder garantizar la cientificidad de su método.

Se volvió costumbre calificar como ruptura epistemológica cuando el sociólogo, el historiador o el geógrafo pasaban de un método ordinario al método científico. Y precisamente ese salto cualitativo que se dio de un solo golpe y de manera definitiva fue lo que cuestionó el análisis moderno. Y lo hizo por partida doble.

1. Los hombres, cuya actividad estudia el investigador, aprehenden el mundo a través de filtros asociados a su educación e intereses: perciben la realidad a través de palabras que transmiten fragmentos de esta, de imaginarios que se construyen sobre ella, de discursos que le dan sentido. Las huellas que analiza el investigador están codificadas y en parte formateadas por la situación y la cultura de quienes las dejaron. La lógica a la que están sometidas no responde necesariamente a las reglas universales de la racionalidad científica.

De ahí vino el giro en las ciencias sociales: es peligroso suponer, como hasta entonces lo habían hecho las ciencias sociales, que los filtros característicos de los grupos que estudian son los mismos que ha desarrollado la ciencia y que el investigador tiende a considerar como universales. Los historiadores debían poner atención a la especificidad de los sistemas simbólicos de las sociedades y las épocas que estudian —de ahí que se diera el *giro lingüístico* en su disciplina alrededor de 1980. Los sociólogos hablaban de las sociedades como si se tratara de realidades homogéneas y uniformes. Pero este postulado no se sostenía: ¿por qué los grupos sociales no habrían de ser heterogéneos? Así sobrevino el *giro espacial* de su disciplina en la segunda mitad de la década de 1980. Los geógrafos, quienes solían trabajar a escala de grandes regiones o en un marco internacional, atribuían a todos aquellos que estudiaban los mismos instintos y sistemas de valores compatibles e ignoraban lo que los diferenciaba profundamente. Esto condujo a que se impusiera entre ellos la idea del *giro cultural* en la década de 1990 (Cook, Crouch, Naylor y Ryan, 2000).

2. El cuestionamiento del enfoque tradicional iba mucho más lejos: implicaba también al investigador. Su forma de ver el mundo también tomó forma mediante la educación que recibió, por su edad, su sexo y su posición social, por los valores que adoptó y las ideologías de las que se empapó. El propósito de las reglas del método científico era liberar a la investigación de tales limitaciones, pero lo hacían de manera imperfecta, debido a que algunos de los supuestos en los que se basaban estaban implícitos. Por ejemplo, el geógrafo no se interesaba en lo que ocurría a escala doméstica porque carecía de una traducción perceptible del paisaje. Sin embargo, lo que estaba ignorando era todo lo que sucedía al inte-

rior de los hogares, todos los juegos de intercambio, de influencia y dominación que tienen lugar ahí y que son esenciales para entender el lugar de las mujeres en la construcción de la sociedad y en la configuración del paisaje.

Cuando el geógrafo analiza lo que los enfoques tradicionales no dicen, descubre lo que algunos aspectos de la realidad le ocultaban y modifica su punto de vista, precediendo así a un *giro metodológico*.

Las consecuencias del giro en las ciencias humanas y sociales

El giro que experimentaron las ciencias sociales desde la década de 1980 tuvo importantes consecuencias:

1. Relativizó la idea de ruptura epistemológica. Los esfuerzos por romper con los prejuicios y admitir la pluralidad de valores y puntos de vista no fueron en vano, pero tampoco fueron definitivos.

¿Eso significaba que solo los toucouleurs podían comprender y estudiar a los toucouleurs, los inuit comprender y estudiar a los inuit, y las mujeres comprender y estudiar a las mujeres? Claro que no, pero existía el riesgo de que las interpretaciones estuvieran sesgadas —y todos debían estar conscientes de ello—.

2. El giro de las ciencias sociales vinculó a las distintas disciplinas que enfrentaban los mismos problemas epistemológicos, ya que todas tenían el mismo objeto: el estudio del hombre social. Se diferenciaban por el tipo de rastros de la actividad humana que estudiaban. Su originalidad radicaba en las metodologías que empleaban para comprender tales rastros. Y coincidían en la interpretación que le daban a la vida colectiva —al respecto, he hablado de *metateoría* y *metadisciplinariedad*— (Claval, 2017).

3. El giro en las ciencias sociales las acercó a las humanidades: a partir de que dejó de creerse que bastaba con una ruptura epistemológica para alcanzar, de un jalón, el plano de las verdades universales, su método se volvió gradual. Se efectuaba por acumulación, revaluación y cuestionamientos permanentes, como la erudición.

4. Siguiendo el ejemplo de John Paul Jones III (2001) o el de Jones y Natter (1999), un cierto número de geógrafos pensaron que la frontera entre las ciencias sociales y las humanidades había desaparecido. Para ellos, la investigación consistía, en efecto, en la génesis de un mundo social modelado esencialmente por las representaciones.

Esta perspectiva se desarrolló particularmente entre varios especialistas de estudios de género, el cual no es un hecho biológico sino una construcción socio-

cultural. Precisamente en ello consiste la subversión de la geografía *queer* (la de las nuevas sexualidades).

5. Para otros, había una gran diferencia entre las ciencias sociales y las humanidades: las primeras no olvidan que las palabras y las imágenes aprehenden la realidad, aunque no la construyen, incluso si en el ámbito social ambas dinámicas están en juego. La atención que los geógrafos *queer* pusieron en la corporeidad muestra, además, que su discurso no se encierra en sí mismo, sino que se asocia con algo más y lo interpreta, pero no lo crea por sí solo.

La geografía a partir del giro

1. Lo que ahora interesa a los geógrafos ya no es lo que una mirada, entrenada y depurada como la suya, descubre del mundo; es más bien lo que ve y siente la gente a la que estudian, los valores que guían sus decisiones, los proyectos que emprenden y las acciones que realizan (Claval, 2012b; 2017).

Así, la imagen de la Tierra se ve difractada por la multitud de personas que la reciben de otros, que la retocan, la adaptan o la reconstruyen. El geógrafo sigue siendo devoto al campo, pero este ha dejado de tener principalmente una actividad al aire libre. Lo que ahora importa es interrogar a la gente, entrevistarla, someterla a cuestionarios; analizar los textos que escriben, las imágenes que aprecian, las fotos de las que se rodean; acompañarlos en sus desplazamientos, en su trabajo o en sus pasatiempos. Lo que le interesa al geógrafo que estudia un jardín ya no es simplemente la forma en que está diseñado y estructurado en planos, niveles y perspectivas por medio de árboles aislados, alineamientos y parterres; sino los usos que le da la gente, los momentos en que hacen la jardinería o en los que se ponen a la sombra para disfrutar del buen tiempo, y los juegos que ahí practican los niños; es el lugar que el jardín ocupa en su vida, el cuidado que le dan y las satisfacciones que les aporta. En un parque público, el investigador observa cómo se distribuyen los grupos, cómo algunos marcan su territorio y buscan aislarse, mientras otros grupos prefieren la multitud y el movimiento antes que contemplar árboles y flores. ¿Cómo se organizan las mujeres que van ahí con sus hijos pequeños? ¿En qué se entretienen los adolescentes? ¿Es un refugio de paz para las personas mayores, felices de encontrar ahí la calma, bancas y sillas?

De ese modo, el geógrafo se vuelve sensible a la variedad de comportamientos que tienen lugar en un entorno, a la variedad de actitudes de quienes lo frecuentan, a lo que les gusta y desagrada. Esto requiere de un estudio más minucioso. La disciplina presta mayor atención a lo que sucede a escala doméstica o a

escala del vecindario, algo que no ocurría cincuenta años atrás, y se ocupa menos de escalas más amplias, como la región, la nación o la esfera internacional.

2. El geógrafo ya no se detiene en lo que es observable de manera directa. Busca hablar con la gente, los escucha, analiza sus palabras. Les pregunta:

—"¿Se siente en su casa?"
—"¿Tiene la sensación de ser un extraño?"
—"¿El lugar donde reside actualmente es el más significativo para usted? ¿Es de donde usted es originario? ¿Es en el que pasa las vacaciones? ¿Es con el que más se identifica?

El investigador se interesa en los vínculos que los individuos y los grupos establecen con el espacio: no basta con residir en un lugar para sentirse parte de él. Es necesario echar raíces o encontrar en él todo lo que considere necesario para su desarrollo.

Asimismo, los lazos que se tejen evolucionan con el tiempo, con la movilidad de las personas y con su trayectoria profesional, y dependen de los medios de comunicación con los que disponen. Existen grupos cuyos miembros han sido convencidos de que todo su ser y todas sus aptitudes provienen de la tierra donde nacieron: a partir de Jean-Pierre Raison (1977) y Jöel Bonnemaison, se denominó sociedades "geográficas" a aquellas donde la gente es incapaz de pensarse fuera del contexto en el que viven, como las que se encuentran en Madagascar o en Oceanía.

La mayoría de las sociedades históricas vieron cómo se desarrollaban identidades empalmadas, donde el hecho de ser lemosín implicaba ser francés y, en un sentido más amplio, europeo. En el mundo musulmán, uno formaba al mismo tiempo parte de una comunidad local, la *asabiya*, y de la comunidad de creyentes, la *umma*.

En un mundo donde los medios de comunicación son cada vez más eficaces, el lugar cambia de significado. Ha dejado de existir la predominancia absoluta de los vínculos locales en un entorno que no recibe más que ecos debilitados y a veces pasados del resto del mundo. Ahora, desde cualquier lugar, tenemos acceso a una multitud de redes que nos hacen partícipes de la actualidad más efervescente.

La motorización, sumada al incremento de las actividades recreativas y a los periodos de descanso dieron origen a nuevas formas de nomadismo o seminomadismo. Los lugares se volvieron intercambiables: aprendimos a consumirlos durante el movimiento, en vez de contentarse —como antes— con un consumo a través de relatos de viaje.

Esto ayudó a comprender el mundo actual. Los hombres aprendieron a vivir en Estados separados por fronteras para protegerse del extranjero y para evitar que éste viniera a amenazar los estilos de vida y las identidades locales. La movilidad actual ha vuelto permeables a las personas y permite que cada uno pueda comparar las ventajas de los diversos territorios nacionales, lo cual relativiza el apego que siente por el lugar donde suele residir más tiempo. Pero, a la vez, las personas tienen la necesidad de resguardarse detrás de nuevas barreras, más inmediatas, que en lo cotidiano las mantenga a salvo de la amenaza que suponen las poblaciones flotantes: la multiplicación de zonas residenciales cerradas es prueba de ello.

Ahora la geografía se detiene a ver lo que pasa a la escala del vecindario y de la pequeña área, a diferencia de aquella que se practicaba hace cuarenta años que parecía ignorar los grandes problemas del mundo. Y, sin embargo, vuelve a tropezar con ellos conforme va identificando lo que se halla en el origen de las dinámicas y tensiones del mundo contemporáneo.

¿Después del giro cultural, esta geografía ignoró aquellas que la precedieron y que se preocupaban más por las actividades económicas o la tensión de clases? No. Las complementó, y lo hizo de dos formas: primero, en una sociedad más rica, donde la gente vivía más tiempo y gozaba de mayores actividades recreativas, la geografía se enfocó en aspectos de la existencia que ahora habían cobrado mayor importancia que en el pasado. Segundo, la geografía mostró el peso de las representaciones, de los sistemas simbólicos, las religiones y las ideologías en la vida colectiva: un peso que ha existido desde siempre, pero que el economicismo imperante había dejado de lado, y que la evolución contemporánea volvió a poner de relieve.

Por tanto, lo que conviene realizar ahora es una revisión de lo que la geografía, de ayer y hoy, nos ha aportado para comprender el mundo.

Capítulo 3. Lo que la geografía de ayer sigue enseñándonos

¿Qué es lo que la geografía, de ayer y de hoy, nos enseña sobre el mundo en que vivimos?

En principio, el análisis de los paisajes

La geografía, como descripción del mundo, nos ayuda en primer lugar a tomar conciencia de la prodigiosa diversidad de sus elementos, una variedad que se debe a la distribución de las tierras y los mares, al relieve, al clima, a la vegetación. Y que también es resultado de las múltiples formas que han inventado los hombres para explotar los espacios y para habitarlos: el análisis de los paisajes es el principal objeto de estudio de la disciplina (Claval, 2012b). Sin embargo, no todo lo que esta descubre es diversidad: en la superficie de la Tierra aparecen constantes en la variedad de climas y de formas vivas, así como en la distribución de los hombres, de sus actividades y sus obras.

Los paisajes reflejan el juego tanto de las fuerzas naturales como de los mecanismos socioeconómicos que operan en el momento que son observados. Las configuraciones que resultan de ello tienen su propio dinamismo y llega a suceder que se mantienen, pero los factores que las produjeron dejen de operar: la superficie uniforme en la que me desarrollo aquí, a los márgenes de un macizo antiguo, es resultado de un aplanamiento que se formó al final de la orogenia hercínica. El paisaje de esta región rural está aparentemente abierto, como en tiempos de los sistemas de rotación obligatoria de cultivos; funcionalmente, se ha vuelto un boscaje y, en ese sentido, es que las disciplinas colectivas de la parcelación desaparecieron allí. Ahora cada quien explota sus parcelas a su antojo, pero casi nadie lo nota ya que los alambres de púas o las cercas eléctricas impiden el paso del ganado. De ese modo, la diversidad de la Tierra refleja las fuerzas que hoy configuran el mundo y aquellas que, en ciertas zonas, operaron en el pasado.

La uniformidad de los paisajes en algunas áreas se debe a factores naturales —el clima, la vegetación, el suelo— y humanos. En las sociedades tradicionales, el costo de la difusión de las técnicas y la lentitud de la innovación llevaron muchas veces a que la explotación de una misma área produjera las mismas cosas al emplear las mismas técnicas. Con medios de comunicación más eficaces, fue más sencillo y rápido difundir las innovaciones, por lo que a nivel local se acentuó la diversidad.

El hombre y el medio ambiente

De los paisajes a los ecosistemas

El paisaje es aquello que se halla al contacto con la litósfera y la hidrósfera, por una parte, y con la atmósfera, por otra. Gracias a la fotosíntesis, la energía solar da origen ahí a la materia orgánica y a la vida: se trata de la *biósfera*. Así, el paisaje se conforma de la yuxtaposición de *ecosistemas* que, dentro de los mismos ciclos de circulación de la materia y de consumo de energía, incorporan a los microorganismos, las plantas, los animales y los hombres (Claval, 2012b).

En principio, el funcionamiento de un ecosistema depende de la energía que recibe y, por tanto, de la luz solar que llega a la Tierra, la cual puede variar según la latitud y la nebulosidad. Asimismo, los intercambios que sostienen entre sí los seres vivos y con el medio ambiente fluctúan según la temperatura, la cual resulta tanto de la intensidad de la luz solar local como del movimiento de las masas de aire calientes o frías que separan los frentes a través de los cuales se producen las precipitaciones. Las transferencias de energía térmica que se producen en la atmósfera están condicionadas, a su vez, por la dinámica de las masas oceánicas. La corriente de aguas tibias de las latitudes tropicales las lleva hacia las costas occidentales de los continentes en el paralelo 45 Norte, donde las calienta. Las aguas polares enfrían las costas orientales de los continentes que están en la misma latitud. La crecida de las aguas profundas muy oxigenadas que provienen de altas latitudes es la causa de las corrientes frías en las costas occidentales de los continentes con latitudes tropicales.

La mayoría de los desechos y de tejidos muertos que se generan por la actividad de los ecosistemas se queda en el mismo lugar, donde se recicla; otra parte de estos se disuelve en las aguas o es arrastrado por la escorrentía. Los gases son expulsados a la atmósfera. Cuando un ecosistema sigue funcionando normalmente, a pesar de que aumente o disminuye el volumen de materias a reciclar, se dice que

es *resiliente*. Y deja de serlo cuando las cantidades de materia a reprocesar rebasan cierto límite, o cuando algunas de las sustancias expulsadas alteran o destruyen el entorno vivo.

Las materias que viajan en las aguas o en el polvo que levanta el viento llegan a asentarse más o menos lejos, y pueden enriquecer los ecosistemas locales —o amenazarlos—. Algunos productos solubles llegan a concentrarse en el agua y algunos gases en la atmósfera, lo cual altera el equilibrio ambiental en áreas generalmente extensas. El metano y el dióxido de carbono aumentan el efecto invernadero que, de manera natural, produce la atmósfera; los compuestos de flúor destruyen la capa de ozono que protege a la Tierra de los rayos ultravioleta. Así, se ve amenazado el ecosistema planetario.

Cuando los hombres comenzaron a quemar la vegetación natural (práctica que inició en el Paleolítico) y a sustituirla (a partir del Neolítico) por capas herbáceas o por cultivos más productivos para ellos, modificaron a profundidad la biósfera; fueron considerables los desequilibrios que desde muy temprano produjeron en ella, aunque estos se mantuvieron a nivel local o regional. Con la Revolución industrial y la explotación de fuentes de energía fósil, se multiplicaron los efluentes líquidos y gaseosos, y se propagaron los contaminantes. Con la explosión de grandes cantidades de compuestos fluorados y de gases de efecto invernadero, hoy se ha puesto en riesgo la resiliencia del ecosistema global que constituye el planeta.

Los paisajes humanizados

Como todos los seres vivos, los hombres obtienen su sustento de productos orgánicos generados por la fotosíntesis —de la actividad de vegetales clorofílicos y de algunas algas, o de la transformación de tejidos procedentes de los herbívoros o carnívoros (Claval, 1974)—. Lo que extraían los hombres del Paleolítico del medio ambiente a través de la cosecha, la caza o la pesca era limitado. Esto también aplicaba, hasta hace poco, para algunas sociedades estudiadas por los etnólogos. A partir del Neolítico, el volumen de cosechas aumentó a raíz de la sustitución de espacios naturales por terrenos controlados o cultivados por el hombre, conduciendo a un rápido crecimiento de la población (Demoule, 2017).

En ese sentido, se tomaron dos vías (Hahn, 1914; Sauer, 1952). Por un lado, se destruía la vegetación natural incendiándola; sin embargo, con ello no se unificaba el entorno: se plantaban esquejes en hoyos hechos con varas para cavar o en medio de cepas calcinadas con ayuda de la azada, se plantaban juntas diferentes especies, pero los campos seguían teniendo el aspecto un tanto hirsuto de los

medios naturales. La ganadería, si es que ya existía, no se asociaba al cultivo porque no se podía arar la tierra antes de cultivarla (Gourou, 1947).

Por otro lado, el sistema de cultivo con azada, muy presente hoy día en el mundo tropical, rivalizaba con el sistema de cultivo de cereales, que surgió hace unos 10 000 años en Medio Oriente y un poco más tarde en China. Los granos germinaban mucho mejor cuando se había limpiado el suelo del follaje y se había mullido: así fue como la labranza y el rastrillado unificaron el entorno. Pero tales trabajos no podían realizarse en grandes superficies, a menos que se dispusiera de animales de tiro. Por tanto, la agricultura y la ganadería estarían indisociablemente unidas. El ganado, además de su fuerza de trabajo, es proveedor de leche, carne, cuero, e incluso del abono que nutre la tierra. En suma, este sistema garantizaba una alimentación más variada y rica en proteínas, y el trabajo era más productivo que el del sistema de agricultura con azada. Hasta el siglo XIX, estos universos técnicos evolucionaron lentamente (Slicher van Bath, 1963).

Entre el sistema de cultivo con azada y el de arado, se introdujo otro, sumamente productivo: el sistema de cultivo de arroz irrigado (Gourou, 1947; 1984): consistía en el cultivo de cereales basado en el arado, aunque el arroz no se sembraba, sino que se trasplantaba incrementando así los rendimientos; las algas verdeazuladas que aparecían en el agua que inundaba los campos fijaban nitrógeno atmosférico en ellos y, de ese modo, contribuían a conservar su fertilidad. El trabajo no era más productivo que el de los demás sistemas de arado, pero las densidades eran mucho más elevadas. El poco espacio que se le daba a la ganadería redujo los insumos de proteínas.

En el Nuevo Mundo, los sistemas de cultivo con azada se basaron en productos milagro, un cereal: el maíz; y, en la montaña, un tubérculo: la papa. Desde un comienzo, la productividad del trabajo agrícola realizado con azada fue mayor ahí que en los campos labrados del Medio Oriente, del mundo Mediterráneo y de Europa. Gracias a la quinoa y al amaranto, los insumos de proteínas fueron sustanciales.

El problema de la recuperación fue común en las agriculturas de azada y de arado: ¿cómo compensar la pérdida de elementos sustraídos de las cosechas y que no se pudieron reciclar ahí mismo? Se podría reparar si se dejara reposar la tierra volviendo a una vegetación de matorrales o arbolada (el barbecho largo, de 15 o 20 años, e incluso más, después de tres años de cultivo) o volviendo a una cubierta herbácea (barbecho corto, de un año por cada dos o tres de cultivo). Esto le daba a los paisajes de la mayoría de las sociedades tradicionales un grado de salvajismo.

En los trópicos secos, donde predominaba el barbecho largo, con una baja productividad de trabajo, resultaba difícil mantener a una población numerosa de artesanos, militares, sacerdotes o administradores (Gourou, 1947). En los países con sistemas de arado, un porcentaje significativo de la población —5, 10 y hasta el 20%— se componía de hombres de oficio, soldados, religiosos o gobernantes, que vivían en los pueblos o ciudades. Esta situación era similar en las regiones del Nuevo Mundo donde se había extendido el cultivo del maíz, así como en las tierras altas andinas donde predominaba el cultivo de papa.

A partir de los siglos XVII y XVIII la situación comenzó a cambiar progresivamente (Boserup, 1965). La productividad de la tierra aumentó gracias al desarrollo de la rotación de cultivos y a la desaparición del barbecho, que fue sustituido por raíces y tubérculos o por prados artificiales, con lo que aumentó la producción disponible tanto para el consumo humano como el del ganado. Mejor alimentados, y más numerosos, los animales producían mayores cantidades de carne y leche, y abonos más abundantes. La productividad del trabajo agrícola creció gracias a un mejor rendimiento. Además, se perfeccionó gracias al empleo de animales de tiro más fuertes, porque estaban mejor nutridos, y a un utillaje agrícola más eficaz. Hacia la segunda mitad del siglo XIX, un trabajador agrícola podía alimentar a su familia y vender lo necesario para alimentar a otros: el número de personas que trabajaba en las manufacturas o en las dependencias aumentó, y se acentúo la urbanización, la cual podía llegar a abarcar hasta la mitad de la población.

En el último tercio del siglo XIX se aceleró el progreso y cambió de naturaleza. El aumento de los rendimientos ya no se relacionaba con la supresión del barbecho y con la mejora de las rotaciones. Se debía al uso creciente de fertilizantes naturales (como el guano, que se recolectaba en las costas de Chile) o artificiales: los insumos de nitratos, fosfatos y potasio se volvieron cada vez más importantes. Y apareció el uso de pesticidas. La máquina de vapor, demasiado pesada para los trabajos, tuvo un impacto limitado en el trabajo agrícola, servía principalmente para moler los granos. Con la llegada del motor de combustión interna y del tractor para las labores agrícolas, y con la aparición del motor eléctrico para las que se realizaban en la granja se dio un salto en la productividad. En lugar de alimentar a 5 o 6 personas, como en los campos tradicionales, cada agricultor podía alimentar a 20, 30, 40, 50 personas o más. El porcentaje de la población vinculada a la tierra mediante el trabajo agrícola y la ganadería ya no representaba más que al 2 o 3% del empleo en las economías avanzadas (Claval, 2005, pp. 73-110).

La artificialización de los espacios se fue acentuando. La posibilidad de movilizar por todos lados formas concentradas de energía facilitó la irrigación. Los

cultivos en invernaderos se extendieron gracias al empleo de cubiertas plásticas. Ahora algunas plantas podían extraer los elementos que necesitaban de soluciones hidropónicas, es decir, fuera del suelo.

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, la evolución de las superficies cultivadas fue cambiando de un lugar a otro: en los países en vías de desarrollo, que entonces experimentaban un crecimiento demográfico desenfrenado, la agricultura seguía siendo tradicional, por lo que no tenían otra solución más que la de recortar los barbechos o conquistar nuevas tierras. Las tierras recién desbrozadas, por lo general, se encontraban accidentadas y ofrecían suelos pobres y frágiles: la erosión allí era dramática.

En el mundo desarrollado era tal el aumento de las cosechas que se podía concentrar los cultivos en las mejores tierras: las superficies boscosas crecieron rápidamente. Pero tal desarrollo produjo terribles problemas: el empleo masivo de fertilizantes y pesticidas provocó que los suelos perdieran parte de sus propiedades; la agricultura causó una contaminación masiva del agua y contribuyó a la de la atmósfera. El aumento de las cosechas se tradujo en la baja calidad de la mayoría de los productos alimenticios ofrecidos. Los productos químicos —los pesticidas en particular— que contenían resultaban nocivos para la salud de los consumidores.

La producción de materias primas no alimentarias

Por mucho tiempo, los seres humanos han necesitado del bosque para la construcción, para calentarse, para alimentar tanto los hornos de los alfareros y los metalurgistas como las fraguas de quienes forjan el hierro para convertirlo en acero. Han sacado del suelo la arcilla, la cual cuecen para hacer platos, tarros, ladrillos o tejas. El subsuelo provee la roca de los muros, la pizarra o la laja, o los esquistos de algunos tejados, pero también la piedra de yeso que, una vez cocida, se convierte en yeso, así como la piedra caliza molida que produce la cal, y cuando se la mezcla con arcilla, se convierte en cemento (Claval, 2005, pp. 143-181).

El uso de metales mejoró de manera extraordinaria la eficacia de las herramientas indispensables para cortar y trabajar la materia. Desde hace milenios, se explotan minerales como el cobre, el estaño, el hierro, el plomo —así como los de oro y plata para la circulación monetaria—. La época moderna agregó el uso del zinc, luego el del aluminio, el magnesio, el titanio, el níquel, el cromo, el molibdeno y el platino. A partir de la Segunda Guerra Mundial, con la fabricación de bombas atómicas y la producción de electricidad nuclear, el uranio se convirtió en un mineral estratégico. La producción de pantallas de televisión o de

teléfonos móviles requería el uso de tierras raras, cuya producción explotó desde hace veinte años.

Fuera del bosque, estos productos no son renovables; los desechos que quedan tras su uso son generalmente estériles y algunos son tóxicos. Además, los productos derivados de la industria nuclear guardan radioactividad por periodos generalmente prolongados. Los recursos minerales son agotables, y la gestión tanto de los terrenos estériles como de las herramientas y máquinas usadas en su extracción plantean problemas cada vez más graves. El reciclaje permite, afortunadamente, controlar esos daños.

Formas concentradas de energía y las revoluciones industriales

Desde hace mucho tiempo, los hombres han buscado obtener fuentes de energía menos difusas de las que aporta el sol a través de la fotosíntesis. Hace mucho que aprendieron a calentarse o a producir altas temperaturas mediante la combustión de madera —y, en menor medida, de la turba, de la paja, de la boñiga seca de vaca, o de las grasas y aceites animales y vegetales—. En materia de energía mecánica, los molinos les permitieron captar la energía del viento y de las corrientes de agua. Las actividades protoindustriales usaban fuentes de energía renovables —como la que proveían los propios trabajadores, y la de los hornos y molinos—.

La fuerza motriz del agua, que pudo aprovecharse mejor gracias a la invención de turbinas modernas, contribuyó a la Revolución Industrial, a la que, sin embargo, se asoció a las energías fósiles: carbón, petróleo y gas natural. A partir del siglo XVIII, la extracción de carbón, practicada desde tiempo atrás en algunas regiones—como Newcastle en Inglaterra, Lieja en Bélgica o en China del Norte— se realizó a otra escala. Las industrias de fuego —la alfarería, la cerámica, la metalurgia— fueron las primeras en beneficiarse de este avance. Los altos hornos de coque permitieron que la producción de hierro fundido tuviera un auge exponencial a partir de 1760; el convertidor Thomas-Bessemer hizo lo propio para la fabricación de acero un siglo más tarde. Las demás metalurgias evolucionaron paralelamente.

La máquina de vapor posibilitó la producción de energía mecánica concentrada a escalas hasta entonces desconocidas. Como al principio era poco productiva —transformaba en energía mecánica solamente el 2, 3 o 4% de la energía térmica que consumía— quemaba mucho carbón. Por eso, las primeras regiones industriales modernas se establecieron sobre la hulla; pero, como las fábricas contaminaban mucho, convirtieron esas regiones en territorios negros. La máquina de vapor se perfeccionó y con ello los transportes acuáticos se volvieron más

rápidos: por mar, por ríos y canales de gran tamaño; gracias al ferrocarril, que hizo posible la circulación de vehículos pesados, se dio una revolución en los transportes terrestres. Con máquinas menos consumidoras de carbón, las fábricas se instalaron más cerca de las minas, a lo largo de canales navegables o de vías ferroviarias que estuvieran bien comunicadas.

La primera fase de la Revolución industrial[4] transformó los paisajes tan solo en áreas reducidas; sin embargo, cambió por completo la economía al ofrecer por doquier productos manufacturados, generalmente nuevos (herramientas, máquinas, aparatos de calefacción en particular) o menos caros (textiles, cerámicas).

El petróleo y el gas natural tuvieron a su vez un impacto distinto: el motor de combustible interno permitió mecanizar los desplazamientos individuales gracias a la moto o al auto, el trabajo de la tierra gracias al tractor y un gran número de actividades artesanales o de pequeñas industrias gracias al diésel. El motor de gasolina, al ser ligero, aseguraba la propulsión de todos los aviones hasta que fue reemplazado por los reactores en la década de 1940. La energía eléctrica potenció esos procesos. La gama de poder de los motores se expandió hasta llegar al terreno de las tareas domésticas. Los refrigeradores y congeladores pusieron el frío al alcance de cada uno. Las telecomunicaciones —el telégrafo a partir de 1840, el teléfono a partir de 1880, la radio alrededor de 1900 y la televisión después de la Segunda Guerra Mundial— facilitaron la difusión instantánea de la información en todos los hogares.

La segunda fase de la Revolución Industrial transformó a fondo la vida doméstica, los desplazamientos cotidianos y la difusión de la información por todo el espacio. Además, condujo a una distribución menos concentrada de las fábricas industriales (Claval, 2005, pp. 111-141 y pp. 357-389).

En esta fase se dio un incremento en las ganancias de productividad en el terreno agrícola y manufacturero. Asimismo, hubo un aumento extraordinario de los salarios y favoreció un incremento en el consumo. Los intercambios se multiplicaron a fin de asegurar una producción constantemente diversificada y la distribución de los productos ofrecidos. El empleo en el sector de los servicios (cuya productividad mejoró hasta 1960) aumentó hasta rebasar al del sector de

[4] *Revolución Industrial* es el nombre consolidado, aunque se trató más bien de una *revolución técnica* que afectó primero la producción manufacturera, y posteriormente transformó los transportes marítimos y continentales, expandió los mercados, llevó a la especialización de actividades y condujo a una profunda transformación de las redes urbanas. Hubo dos fases en la *revolución industrial*: la primera se desarrolló entre 1770 y 1820; la segunda entre 1890 y 1914. Una tercera se dio entre 1950 y 1980, pero como no afectó exclusivamente a las fábricas, conviene más denominarla como *tercera revolución técnica*.

la agricultura, la silvicultura en las minas y al de la industria. Las poblaciones urbanas se inflaron a causa de la actividad manufacturera, y cada vez más debido a los servicios. La movilidad, que fue posible gracias a los transportes en general y al uso cada vez más frecuente del automóvil, desahogó las aglomeraciones.

Sin embargo, los logros de la Revolución Industrial tuvieron un costo: el consumo creciente de energía no renovable, el gas de escape de los motores de combustión interna y el humo de las fábricas y chimeneas domésticas elevaron la contaminación a escala local o regional. Las emisiones de compuestos fluorados y de gases de efecto invernadero comenzaron a alterar todo el ecosistema planetario.

Las sociedades y el espacio: redes y campos de fuerzas

Las lógicas de la Tierra

Las sociedades han tomado del medio ambiente lo que necesitan. Pero no todos los lugares se prestan a la misma explotación —es necesario que sean *fértiles* en cierta medida—. Cuando la economía se monetizó, el precio por hectárea de los terrenos dejó de ser igual. La presión sobre la tierra condujo a la formación de un campo de fuerzas donde se manifestó el valor de la tierra (Claval, 2005, pp. 277-311).

Mientras quedaran espacios vírgenes a orillas del área ocupada por algún grupo, se podía satisfacer el aumento de la demanda a través de la deforestación, y mantener el costo de la tierra reducido. Pero, cuando ya se había explotado todo el espacio y la población seguía creciendo, se producía un alza general del valor territorial.

Esto se aplicaba en las sociedades donde el consumo de productos alimenticios dependía de la producción local. Cuando los alimentos producidos se comercializaban y abastecían el consumo de hogares alejados, el costo de las tierras contemplaba, además, la *distancia* que debían recorrer los productos cultivados: los que venían de lejos ganaban menos por hectárea, ya que habían sido recortados de un costo más elevado de transporte; el precio de los terrenos de donde los traían también era menor. Los productos minerales y las fuentes de energía sufrían la misma depreciación cuando se les extraía lejos de su lugar de consumo. Esto se tradujo en el establecimiento de gradientes de costo.

La *fertilidad* y la *accesibilidad* no eran los únicos determinantes del precio de la tierra. Cuando una persona está buscando un departamento o una casa toma en cuenta el aspecto de la construcción, el comportamiento de quienes lo rodean,

la atmósfera del vecindario y la vista que tendrá desde las ventanas. Por tanto, *el valor estético* (o *paisajístico*) y el *estatus social* también cuentan.

Desde el siglo XIX, la economía espacial identificó los campos asociados a la producción y circulación de los productos agrícolas e industriales. El hecho de tomar en cuenta el flujo de la información atrajo la atención sobre otras fuerzas. En la ciudad o en las zonas turísticas el peso de las *amenidades* suele ser esencial.

Por tanto, el precio de las tierras refleja las potencialidades productivas de los terrenos (su *fertilidad* o su *constructibilidad*), su *accesibilidad*; y, en cuanto al hábitat, la *calidad del medio ambiente* y de *las edificaciones*. La lógica de la *fertilidad* es "vertical" y está fundada sobre las potencialidades de las parcelas; la de la *accesibilidad* es "horizontal" y se estructura entorno a un hogar central; la de la *calidad del medio ambiente* es "vertical" porque depende de la calidad subjetiva del lote o de la construcción, es "horizontal" porque se asocia a un juego de miradas, y es "multicéntrica" porque corresponde a la unidad paisajística o social donde se localiza la porción de tierra o de la construcción (Claval, 2012b).

Las sociedades se estructuran a partir de relaciones institucionalizadas y ponen en juego dos formas de división del trabajo

El hombre es un ser social (Claval, 2012a). Un hijo depende de una madre que lo amamanta, luego de sus padres que lo alimentan, lo visten, lo acompañan, lo protegen, y le enseñan a caminar y a hablar; después de un círculo más amplio de educadores, maestros y compañeros que contribuye a familiarizarlo con el medio en que vive, con las reglas de la vida social y con las instituciones de las que formará parte y con las que habrá de tratar. Los jóvenes por mucho tiempo dependen de los adultos. Y a partir de cierto momento, muchas personas mayores ya no pueden vivir solas y cubrir sus necesidades: entonces quedan a cargo de sus hijos o de la colectividad. De este modo, la vida en grupo se basa en una primera forma de *división del trabajo*: la que existe entre las *generaciones* y los *sexos* a fin de asegurar la reproducción biológica y social.

Existe una segunda forma de división de las tareas: resulta de la *especialización de las actividades productivas*. Este tipo de división va acentuándose a medida que se amplía la gama de productos alimentarios, de herramientas, de bienes de consumo duradero y de los servicios producidos e intercambiados.

Muchos empleos demandan aptitudes físicas particulares o una capacitación continua. En un mundo tradicional, donde la fuerza física de los trabajadores cuenta mucho, las mujeres están en desventaja. Tienen menor movilidad y disponibilidad cuando se embarazan y tienen que hacerse cargo de los pequeños,

lo cual representa otra forma de desventaja. Los hombres se han aprovechado de eso para imponerles tareas más pesadas e ingratas, guardándose para sí las más gratificantes —y que suelen ser más ligeras—.

Sea cual sea el grado de desarrollo, las relaciones que nacen de la complementariedad sobre la que se basa la vida colectiva suelen estar institucionalizadas. Y, en muchos casos, tienen una estructura piramidal: unos son los que mandan; otros los que ejecutan. En cierto modo, ese el caso de la vida familiar; de los ejércitos, donde se obedece a un jefe —y a una jerarquía de jefes—; y también es el caso de las empresas que participan en la producción. En otros sistemas, el contacto entre colaboradores, al menos formalmente, es igualitario: tal es el caso de las asociaciones o de los mercados donde se intercambian bienes y servicios.

Por tanto, la vida de relación se estructura a partir de diversas *redes de relaciones* —por lo común *institucionalizadas*— en las que participan los individuos (Claval, 1973; 2012b). Cada uno, a su vez, forma parte de varias de ellas —la familia, la empresa, el sindicato, la iglesia, etc.—. Cumple una función dentro de ellas y desempeña un papel. Sabe de quién recibe órdenes y a quién puede dárselas; sabe hasta qué punto puede confiar en sus compañeros y a partir de qué momento comenzar a desconfiar. Hay algunas cosas que pueden intercambiarse —venderse o comprarse si hay los mercados—. La circulación de ciertos bienes de capital y bienes de prestigio suele responder a otros criterios.

La distancia representa un obstáculo para la vida social porque aumenta el costo de los bienes que se intercambian y reduce el acceso a la información que se necesita. Los encuentros cara a cara, que permiten intercambiar la mayor cantidad de información e ideas en el mínimo de tiempo y con la máxima eficacia, suponen un desplazamiento que toma tiempo y cuesta dinero. Los efectos de la lejanía son menores cuando se puede confiar en los socios —de ahí la costumbre, en muchos sistemas políticos o comerciales tradicionales, de colocar a los parientes al frente de las filiales en circunscripciones alejadas—.

La lógica de los transportes, de las comunicaciones y las dinámicas de concentración

Cuando los miembros de una *red social* no viven en el mismo lugar recurren a *redes materiales* de traslado de productos, personas o información para comunicarse. La forma y el contenido de la información que circula en la red social varía según la naturaleza de los canales de comunicación que usa.

Las *vías de transporte* implican la creación de *infraestructuras*. En tierra son lineales (carreteras o vías de tren) y puntuales (estaciones de trenes o autobuses).

Por mar o por vía aérea son puntuales: puertos y aeropuertos se localizan a la partida y a la llegada de las conexiones.

Los transportes terrestres siguen una lógica: como estos son aun menos costosos que las infraestructuras lineales que utilizan resultan más rentables —aunque requieren de un tráfico importante para amortiguar la inversión—. Los lugares que se sitúan al lado de grandes infraestructuras se benefician de costos de transporte más bajos. Atraen actividades que implican gran movimiento de mercancías. De ese modo, la lógica de los transportes conduce a una *concentración lineal* de actividades cerca de las vías principales.

En materia de comunicación, el flujo de la información en un espacio donde se propagan las ondas sonoras o electromagnéticas, o a lo largo de las líneas telegráficas o telefónicas no es lo que sale más caro. Para cualquiera que mantenga relación con una pluralidad de interlocutores, el mayor gasto resulta del cambio de uno a otro, es decir, de la *conmutación* entre los interlocutores o entre las líneas que los comunican (Claval, 1977; 1981). Para reducir su costo, lo más sencillo es llevar a cabo todas las comunicaciones en un lugar equipado para facilitar el intercambio entre los involucrados: cuando el contacto es directo, cara a cara, se da en un distrito financiero del centro de la ciudad, donde a poca distancia se hallan todos los comerciantes y todos los servicios que se necesitan. En el caso de las conexiones telefónicas, la conmutación se realiza en una central telefónica. Para quien necesita comunicarse constantemente el estar ubicado cerca de un conmutador constituye una ventaja. Por tanto, la *lógica de las comunicaciones* conduce a una *concentración puntual* de las actividades. Ahora, los conmutadores modernos están automatizados y se controlan a distancia, por lo que ya no hay necesidad de estar cerca para sacarles todo el provecho.

Una parte importante de la información depende de las vías de transporte: es el caso de aquella que transmiten las personas, como de la que se difunde en cartas, desplegados, periódicos, libros, películas o grabaciones. En este caso, la lógica de los transportes se conjuga con la lógica de las comunicaciones: para participar en la vida de relación, uno está bien ubicado cuando se establece cerca de un eje de transporte importante; y lo está aun más cuando vive en un centro donde convergen vías de transporte bien equipadas, y que cuenta con un centro de negocios importante.

La ventaja de los grandes ejes de transporte y de los centros de conmutación que constituyen las ciudades se refuerza con la creación de modos más eficaces para el traslado de productos o la transmisión de información. Sin embargo, este desarrollo se ve contrarrestado por la polución, los contaminantes y las demás formas de deseconomías que surgen de la concentración de personas y de acti-

vidades que se asocian tanto a la saturación de vías como a la proliferación de contaminantes y daños al medio ambiente.

El porcentaje correspondiente a los *costos de transporte*, que la teoría de la localización elaborada en el siglo XIX fue la única en tomar en cuenta, como a los *costos de información*, a los que hoy día se les presta gran atención, varia con el progreso técnico, el cual obliga a una especialización cada vez más avanzada de los productos y los servicios y, por ende, a un crecimiento acelerado en el volumen de información que circula. La importancia de los recursos explotados disminuye en la ubicación de muchas actividades; en cambio, la de la comunicación aumenta. Ello vuelve más atractivas las *zonas céntricas* de los espacios económicos donde convergen las vías de transporte y donde se encuentran los centros urbanos más grandes (Ullman, 1958). En consecuencia, el peso demográfico de esas zonas aumenta dándoles mayor ventaja, ya que se reduce la distancia promedio para comunicar a las grandes concentraciones de población. Esta dinámica de *diferenciación centro/periferia* se detiene únicamente cuando las *deseconomías* ligadas a la concentración comienzan a predominar sobre las ventajas que genera.

Además, hay actividades donde el transporte necesario para el abastecimiento y la distribución de los productos no tiene tanto peso, y donde la información es de tal naturaleza que los medios de telecomunicaciones modernos permiten acceder a ella desde cualquier lugar y a un mismo costo. Asimismo, las preferencias de mano de obra se vuelven un factor de elección importante: cuando la empresa está ubicada en un lugar con un *clima agradable*, cerca de espacios propicios para realizar *actividades al aire libre* —montañas o ríos, en particular— y si, además, las *distracciones* y los *espectáculos* que ofrece son de calidad, tiene menos dificultades para atraer y conservar una mano de obra bien capacitada; el nivel de remuneración ya no es el único elemento que cuenta para los asalariados. A partir de cierto grado de desarrollo, las zonas céntricas dejan de ser las más solicitadas: para las industrias más sofisticadas, así como para actividades de investigación y desarrollo, estas compiten con regiones que disponen de *amenidades* importantes (Ullman, 1954b).

A partir de cierto momento, el desarrollo de los transportes rápidos, de la telefonía e internet redujo considerablemente el impacto de la lejanía sobre la calidad y la cantidad de las comunicaciones. En un número creciente de casos, la presencia de los trabajadores en las empresas dejó de ser necesaria: surgió el teletrabajo. El trabajo a distancia modificó a fondo la geografía del empleo y redujo el acaparamiento de las zonas céntricas. Sin embargo, como seguía siendo necesario mantener un contacto mínimo directo, los teletrabajadores procuraban

instalarse en lugares que estuvieran bien comunicados por el transporte rápido: la desconcentración, por tanto, no era absoluta.

De este modo, los transportes y las comunicaciones unificaron el campo de fuerza económica que estructuraba el espacio. Las decisiones de localización se volvieron menos sensibles a la ubicación de los recursos agrícolas, minerales y energéticos, y se guiaron más por que hubiera corredores de transporte y centros eficaces de comunicación. En la distribución espacial de las actividades, la lógica de las amenidades se sumó al peso que ya tenían los factores de producción, los transportes y las comunicaciones. Tales fueron las fuerzas que influyeron en la localización de las actividades económicas a mediados del siglo XX.

La inclusión del espacio jurídico y monetario

La aportación de la macroeconomía fue más allá de la toma de conciencia del ahorro, de la inversión y de su efecto en las dinámicas territoriales. Cabe destacar asimismo el papel fundamental que tuvieron los espacios institucionalizados, como son los territorios nacionales, en la vida económica (Claval, 1968, 1978, 2010). La construcción de las economías nacionales comenzó antes de que la revolución en los transportes condujera a la apertura de intercambios por todo el territorio nacional, y estuvo fuertemente condicionada por la homogeneización que avaló la soberanía: la uniformización del espacio monetario que concentra la economía en manos del poder central o de un banco en el que delega ese monopolio; de pesos y medidas; la uniformización del espacio jurídico, con tribunales distribuidos por todo el territorio y con órganos de apelación en los centros más importantes; unificación y mejora del nivel cultural a través de la implementación de un sistema educativo que abarcara a toda la población.

Entre las décadas de 1950 y 1960, los geógrafos comenzaron a tomar en cuenta estos elementos que antes habían ignorado porque no repercutían directamente en el paisaje. Y así descubrieron el vínculo existente entre el marco institucional instaurado y el desarrollo de las empresas. La unificación monetaria facilitaba las transacciones permitiendo a los emprendedores manejar una contabilidad en una moneda de referencia más o menos independiente del valor que tenían los bienes en moneda real. Esta unificación condujo, desde fines del siglo XVII en la Gran Bretaña y Suecia, y más tarde casi en toda Europa, a una práctica de redescuento, donde la masa monetaria en circulación se adaptaba al ritmo de producción y de ingresos que generaba su comercialización. Con ello, los fabricantes ya no necesitaban tener una liquidez tan grande y dejaron de sufrir la falta de efectivo que solía paralizarlos.

Por tanto, la homogeneización del espacio jurídico y del espacio monetario fueron dos condiciones favorables —aunque no necesarias— para el *desvío capitalista,*[5] es decir, para la exploración de fuentes de abastecimiento o de mercados que hasta entonces habían sido ignorados, o bien para la implementación de equipos nuevos por parte de los negociantes o de los industriales preocupados por hacer crecer el volumen de negocios y de ganancias. El Estado moderno creó un *ambiente propicio* para el desarrollo del *capitalismo*.

En el caso del comercio internacional, estas condiciones no se dieron de manera espontánea. Fue para asegurar, al menos parcialmente, que los Estados participarían en la expansión internacional, o delegarían su soberanía en empresas comerciales, cuya actividad era necesaria para incrementar sus recursos fiscales.

En el siguiente nivel de construcción de las economías nacionales, el sistema monetario permitía financiar parte de la inversión a través de la creación monetaria a corto y mediano plazo, sin ahorro previo: esta inversión autónoma de la macroeconomía era la que generaba el aumento necesario de ingresos para dar salida al crecimiento de la producción.

Expansión del derecho internacional y auge del capitalismo

A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX se elevó rápidamente el número de territorios que aceptó acatar las normas del derecho internacional, mediante las cuales se podía comerciar sin mayores riesgos: a las naciones europeas se sumaron, bajo ciertas condiciones, otras que, como el Imperio otomano, optaron por un régimen de capitulaciones que ofrecía a los comerciantes extranjeros condiciones aceptables; se sumaron también los nuevos países independientes: los Estados Unidos, a partir de 1776, y América Latina, entre 1810 y 1820. En el siglo XIX, la colonización expandió hasta África, Oceanía y Asia dichas condiciones favorables. La Revolución de Octubre sustrajo a la URSS de ese espacio internacional dejándola expuesta a las sacudidas de la economía internacional —el país no vivía en una total autarquía—.

Sería un error pensar que la articulación de un espacio de relaciones internacionales se detendría en ese momento. La Gran Depresión produjo la ruptura

[5] N. de la T. El autor emplea la expresión *détour capitaliste* en francés para referirse a un capitalismo de producción indirecta, que consiste en ir a buscar afuera aquello que es difícil o costoso conseguir a nivel local. Es decir, implica dar un rodeo para conseguir un objetivo. En el caso del comercio el rodeo es geográfico; en el de la industria, pasa por la inversión productiva, y en el del conocimiento por la inversión humana.

económica del mundo y acabó con el sistema creado desde el siglo XVII. Ahora cada país resguardaba su economía levantando fronteras aduaneras o recurriendo a prohibiciones. Alrededor de aquellas naciones que contaban con una zona de influencia económica importante o de un imperio colonial, como los Estados Unidos, el Reino Unido y Francia, se crearon zonas monetarias donde las transacciones siguieron siendo fluidas. Los demás países industrializados, como Alemania, Italia y Japón, estaban asfixiados. Las dificultades que enfrentaban y la convergencia de ideologías que identificaban a sus regímenes, favorecieron su alianza: el Eje que formaron anticipó el segundo conflicto mundial.

Una de las principales preocupaciones de las Naciones Unidas era la de reconstruir un sistema económico internacional en el que las monedas serían convertibles, el tipo de cambio no variaría de manera errática y los capitales podrían circular libremente: los acuerdos de Bretton Woods se encargarían de ello. El recorrido había sido tan largo que el regreso a la normalidad fue paulatino —pero lo esencial ya se había conseguido a finales de 1950—. Para ese entonces no quedaba más que perfeccionar el desarme arancelario.

Paralelamente, y aunque no se dice mucho, la unificación jurídica del espacio internacional seguía su curso. Bajo la égida de la ONU, la Corte Penal Internacional (CPI) se encargó de juzgar los crímenes contra la humanidad. Solo faltaba que ampliara su competencia para juzgar los crímenes contra el medio ambiente. Los tribunales de algunos países accedieron juzgar casos que no habían ocurrido en su territorio. Sus fallos solo tenían efecto cuando se acompañaban de sanciones: eso es lo que constituye la fuerza de las cortes norteamericanas y lo que ha permitido la penetración del derecho de los Estados Unidos casi en todo el mundo.

Al mismo tiempo, bufetes internacionales de abogados —básicamente estadounidense e ingleses— ofrecían a empresas y particulares los medios de evadir el pago de impuestos de los países donde operaban. A partir de la década de 1980, la desregulación amplió considerablemente su campo de acción.

Los intentos por edificar un espacio internacional socialista no tuvieron el mismo éxito. Así como el Pacto de Varsovia constituye la respuesta soviética a la creación de la OTAN, el Consejo de Ayuda Mutua Económica (COMECON) fue creado por la URSS en 1949 como respuesta al Plan Marshall. La planificación centralizada de cada uno de los países miembros y la falta de una moneda única (¡las finanzas se establecieron en dólares!) limitaron considerablemente sus efectos.

En conclusión, en el último medio siglo, los avances de la productividad del trabajo en los sectores primarios y secundarios produjeron un deslizamiento del empleo hacia los servicios. El desarrollo de los transportes rápidos y las teleco-

municaciones permitió que las fábricas industriales pudieran instalarse mucho más lejos del lugar de operación de las empresas, lo cual favoreció el desarrollo económico de los países emergentes. En el sector terciario, el teletrabajo tuvo los mismos efectos y frenó la tendencia a la centralización de las actividades y las personas. A medida que aumentó el tiempo libre, el turismo comenzó a tener un papel más importante en la vida económica.

El progreso de las telecomunicaciones y los transportes dio un respiro al hábitat: frente a la oposición ciudades-campo apareció un continuum: este iba de las zonas urbanas, por lo común gigantescas, de las ciudades globales a aquellas un poco menos extendidas de las metrópolis, a las ciudades medianas y pequeñas, a las zonas suburbanas desplegadas indefinidamente, a las zonas rurbanas, cuyo aspecto seguía siendo rural, pero su sociología se había vuelto urbana, a los campos agrícolas, muchas veces, en vías de desertificación, y a zonas donde la naturaleza recuperaba sus derechos (Claval, 2003).

En materia de organización del espacio, las enseñanzas de la geografía clásica y de la Nueva Geografía se conjugaron para mostrar el papel del medio ambiente y el de las relaciones sociales —y, en especial, el de aquellas asociadas al intercambio económico—. La dimensión cultural se volvió central para la interpretación del mundo con el giro que dio la disciplina en el curso de los últimos años cincuenta.

Capítulo 4. Los nuevos enfoques: El lugar de la cultura

La geografía actual difiere de la geografía clásica y de la Nueva Geografía por el giro cultural que dio en el curso de las tres últimas décadas. El reconocimiento más integral de todos los aspectos de la vida individual y social enriqueció significativamente la forma en que la disciplina concebía la naturaleza, al hombre y la sociedad: triángulo sobre el que está construida.

La naturaleza, el hombre y la sociedad en la geografía clásica y en la Nueva Geografía

En la geografía clásica

El hombre que la geografía clásica aprehende es, a la vez, un ser racional y una criatura de hábitos, cuya principal preocupación es saber enfrentar los desafíos que le presenta el medio ambiente. Y logra hacerlo de manera *racional*: el *género de vida* que hace suyo le garantiza su seguridad alimentaria. Una vez que ha logrado perfeccionar la serie de prácticas, habilidades y conocimientos que el conocimiento del medio ambiente le aporta y son indispensables para vivir, se apoya en lo ya adquirido: en la *fuerza del hábito* que perpetúa su inserción satisfactoria en el medio, y al lugar primordial que le da a aquello que se transmite de generación en generación, es decir, a la cultura.

El mundo que la geografía clásica intenta explicar se compone de la yuxtaposición de pequeñas comunidades, cada una de las cuales cubre gran parte de sus necesidades materiales: así sucedía en los primeros pueblos que dio a conocer la prehistoria o que analizaban los etnógrafos; así sucedía también en las sociedades tradicionales que agrupaban, todavía hasta 1900, al grueso de la humanidad. En estos casos, la economía fue en gran medida autosuficiente a escala local.

La modernización que se alcanzó con la Revolución Industrial y el progreso del transporte que la acompañó dio origen, a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX, a mercados que ahora son, en su mayoría, de talla mundial. El flujo que movían a larga distancia consistía en fuentes de energía concentrada que se

obtenía cada vez más de los minerales y las materias primas que solicitaban las manufacturas, así como de los productos alimenticios que consumían las nuevas concentraciones urbanas e industriales. Fue así como se constituyó una nueva disciplina enfocada en la geografía económica, aunque sin relación alguna con la materia principal de la geografía humana, ya que no se aplicaba a las mismas realidades. Tampoco guardaba relación con la ciencia económica de la época, porque sus objetivos eran más limitados: se interesaba específicamente en la economía de intercambio y en su funcionamiento interno, más que en las actividades de producción y distribución.

Los geógrafos no podían ignorar las relaciones de fuerza que existían entre las comunidades que estudiaban: en los pueblos originarios los conflictos entre grupos vecinos eran continuos; en las civilizaciones históricas, las masas campesinas, encargadas de asegurar la producción material, estaban controladas por las élites, maestras en el uso de la fuerza y las técnicas sociales de control.

Para dar cuenta de tales hechos, la geografía clásica fue más allá del análisis de las comunidades locales. Como en el caso de Ratzel, que puso el acento en los juegos de poder que caracterizan a las sociedades culturales y en la forma en que luchan para ampliar su *Lebensraum*. La geografía política, que coronó su interpretación, puso el acento en el Estado, es decir, el territorio que controla, las fronteras que lo delimitan y el centro que lo dirige; trasladó, a escala del mundo moderno, instrumentos diseñados para el análisis de pequeños grupos solidarios —o comunidades—, pero no tomó en cuenta las arquitecturas socioeconómicas de esas construcciones complejas en las que se convirtieron las sociedades modernas.

Si bien la geografía inspirada en el modelo de Vidal era sensible a las relaciones de fuerza, para esta la organización del espacio que instauró la Revolución Industrial era básicamente resultado de la ampliación de la esfera económica, y en ese sentido anunciaba la Nueva Geografía.

La primera geografía humana dio un amplio espacio a la cultura, aunque solo seleccionó una parte de ella: la que garantizaba el control del medio ambiente; se trataba, en general, de la cultura material. Cuando se ocupaba, como Pierre Gourou, de estudiar las sociedades históricas de las grandes civilizaciones del Este, del Sureste y del Sur de Asia, resaltaba otra faceta de la cultura y analizaba las técnicas de gestión que permitían a esos grupos el dominio de entornos difíciles, gracias a la coordinación de un conjunto de técnicas materiales simples.

En la Nueva Geografía

La Nueva Geografía se desarrolló para dar cuenta de geografías más complejas que se propagaron rápidamente con la Revolución Industrial. A diferencia de la geografía clásica, la Nueva Geografía no se detuvo tanto a analizar las relaciones entre el hombre y su entorno —y esta fue una de las críticas que le hicieron después de 1970, cuando se tomó consciencia de la gravedad de los daños al medio ambiente que generó el avance del progreso técnico. Al enfocarse en la circulación, puso el acento tanto en la vida de relación como en la organización del espacio que resultaron del intercambio de bienes y de la comunicación.

A partir de entonces, se concibió la sociedad como una estructura socioespacial articulada en *redes*. La geografía económica y política desarrolló instrumentos que no eran los adecuados para dar cuenta de las comunidades, pues aprehendía el espacio económico y el espacio político como campos de fuerzas estructuradas por ejes de transporte y de comunicación. Para garantizar la comunicación entre las líneas, estos ejes se articulaban alrededor de lugares céntricos. El poder ya no se interpretaba como una superestructura (el sistema político) que dirigía a un mosaico de comunidades. Como lo señaló Max Weber (Weber, 1971, 2013; Claval, 1973, 1978), constituía un componente más de todas las formas de relaciones; se basaba en la fuerza y la coerción física, en la influencia intelectual y moral o en la dominación económica. Las jerarquías, legitimadas por el reconocimiento de la autoridad de sus jefes y la eficacia con que aplican la fuerza, se individualizaron a partir de cierto momento y formaron un sistema político, aunque en ningún momento liberaron del todo a la sociedad civil de los juegos de influencia, de dominación o de poder.

El lugar que la Nueva Geografía le dio a la cultura es ambiguo. A medida que el progreso favorecía la creciente difusión de las técnicas, iba eliminando la diferenciación de las culturas materiales en zonas distintas de las que se ocupaba el capítulo central de la geografía cultural clásica: en vista de un progreso que racionalizaba y uniformizaba las herramientas, algunos no dudaron en profetizar la próxima desaparición de ese campo de estudio. En cambio, a medida que se puso el acento en las redes de relaciones, se redobló el interés por aquello que Gourou (1973) calificó como técnicas de formación de cuadros o técnicas sociales.

Coincidencias y diferencias entre la geografía clásica y la Nueva Geografía

Para la geografía clásica y la Nueva Geografía, los hombres son seres sociales, pero en distinta forma. Dentro de la visión de las primeras sociedades o de aque-

llas sumamente tradicionales que estudiaban los geógrafos alrededor de 1900, el hombre estaba en deuda con los grupos en los que vivía por las habilidades y conocimientos que le permitían tener control del medio ambiente e insertarse en pequeñas células sociales, cuya principal preocupación era la de asegurar la supervivencia colectiva frente a una naturaleza mezquina.

En la perspectiva de los geógrafos que trabajaban entre los años 1950 y 1960, las personas debían invariablemente enfrentarse a desafíos ambientales y responder a problemas sociales. Pero la abundancia energética modificó la percepción que tenían de la naturaleza: dejó de parecerles tacaña, y, a su modo de ver, se relajaron las restricciones que el medio ambiente imponía en los grupos humanos. Ahora el destino de los individuos dependía más bien de la posición que ocupaban en la sociedad —posición que se medía en términos de estatus, riqueza o poder—.

Por tanto, la Nueva Geografía se preocupaba básicamente por los problemas que surgían de la organización socioespacial del mundo: así fue como ciertos tipos de organización económica y política (empresas o administraciones) y de la vida social (estructuras de orden o de clases), que hasta entonces no habían sido tomados en cuenta, entraron en el campo de la disciplina.

La geografía clásica y la Nueva Geografía tenían en común pensar la sociedad como una construcción racional. i) Tal era el caso de las pequeñas comunidades homogéneas que fueron el tema central de los estudios de fines del siglo XIX y comienzos del XX: los géneros de vida que elaboraron respondían a desafíos ambientales aun cuando la división de trabajo que implementaron contemplaba únicamente la esfera doméstica y local y no incluía más que edad y género. ii) Tal era el caso también de las sociedades diferenciadas en las que se centró la investigación de mediados del siglo XX: la fuerte división del trabajo que las caracterizaba condujo a movilizar recursos sumamente eficaces para explotar el medio ambiente y hacer que la naturaleza fuera menos avara. Esta división condujo a una transformación más profunda de la materia y a una distribución más compleja del entorno donde vivían los hombres. Los conjuntos socioespaciales (las sociedades) a los que dio origen ofrecía a cada uno y a todos una vida más rica y mejores posibilidades de crecimiento.

En ambos enfoques se analizaba la vida social principalmente desde su aspecto material. Pero les faltaba tomar conciencia de todo lo referente a la ética, la estética, a la legitimidad de las instituciones, o al sentido de la vida y la muerte. El giro cultural vino a llenar esas lagunas.

Lo que engloba el giro cultural

El giro cultural

A partir de 1970, la visión del mundo que sostenía la geografía cambió radicalmente. La geografía clásica explicaba de manera satisfactoria las bases ecológicas de las primeras comunidades humanas donde la división del trabajo se limitaba a la comunidad. También se ocupaba de las sociedades históricas que se conformaban por comunidades reunidas en torno a un poder político sin perder el carácter esencialmente local de los ecosistemas en los que se asentaban.

La Nueva Geografía se ocupaba de aquellas sociedades donde la división del trabajo se había vuelto socioeconómica, donde la vida de relación se articulaba en redes complejas y propiciaba la formación de jerarquías de mando o de clases. Pero no prestaba suficiente atención a sus fundamentos ecológicos. En cualquiera de los dos enfoques, se observaban y describían las articulaciones socioespaciales en vez de explicarlas.

El giro cultural liberó a la investigación de tales limitaciones. Surgió a raíz de tres transformaciones:

1. La visión del hombre que sostenían la geografía clásica y la Nueva Geografía ignoraba las sensibilidades, los gustos, las preferencias y los imaginarios de los individuos que estudiaban. El giro cultural los tomaba en cuenta.

2. La geografía clásica solo se ocupaba de un mundo compuesto por comunidades yuxtapuestas, y la única forma en que podía explicar la formación de sociedades más grandes era a través de la implementación de un marco político —subestimando el papel del intercambio (excepto en el caso de Vidal del Blache)—. La Nueva Geografía proponía una interpretación predominantemente económica de las sociedades complejas, destacando el papel de las redes que las estructuraban y organizaban su espacio. No se interesaba mucho en la creación y circulación de las representaciones y símbolos que cimentaban el orden social y político. El giro cultural los incorporaba.

3. La geografía clásica y la Nueva Geografía tomaban en cuenta únicamente una rama muy estrecha de la cultura —la cultura material en el caso de la geografía clásica; la cultura material y las técnicas sociales en el de la Nueva Geografía. El nuevo enfoque abarcaba la cultura en su totalidad.

La cultura: lo que no es innato en el hombre

El nuevo enfoque adoptó la definición de Tylor (1871): "la cultura engloba todo lo que no es innato en el comportamiento humano". Se trata del conjunto de prácticas, habilidades, conocimientos, actitudes y creencias que se le enseñan al individuo o que él saca de su experiencia.

Para Darwin, lo innato en la humanidad contemporánea era relativamente estable: en lo esencial, la evolución había sido posible gracias al progreso de la cultura. En la versión lamarckiana del evolucionismo (que muchos geógrafos franceses habían adoptado), el desarrollo de aptitudes a través de la experiencia era inherente al patrimonio de las especies.

Las distintas variantes de la interpretación darwiniana predominaron durante mucho tiempo. Las investigaciones actuales señalan que las proteínas del ADN mitocondrial que más se parecen a las de los genes pueden transformar el ADN de estos e influir de ese modo en el proceso hereditario. Los límites de lo innato y lo adquirido serían menos claros de lo que durante mucho tiempo hemos creído; sin embargo, eso no entra en la escala temporal que estudia la mayoría de las ciencias sociales.

La cultura, que en esencia se conforma por aquello que se ha *transmitido* a cada persona a lo largo de su existencia, es ante todo una *herencia*. Lo que el individuo consigue por sí mismo es, en gran medida, producto de las aptitudes que desarrolló gracias a las primeras aportaciones recibidas. De ese modo, la transmisión cultural constituye el primero y más importante de los mecanismos sociales, aquel que explica la capacidad de reproducción de los grupos humanos. No tiene sentido comparar una geografía social con geografía cultural: los *procesos espaciales* que analiza la geografía humana son *socioculturales*.

La cultura se compone de todo aquello que hace de un individuo un ser social.

Las formas materiales e inmateriales de la cultura

La cultura se basa en el cúmulo de conexiones que el aprendizaje, el estudio y la experiencia desarrollan entre las neuronas del cerebro. Asimismo, pone en marcha mecanismos psíquicos que no son directamente observables. Su funcionamiento exacto es inaccesible incluso ahora que la resonancia magnética puede llegar, dentro del cerebro, a aquellos lugares donde se desarrolla la actividad mental, donde se almacena la información, o donde se activan las relaciones que guardan un registro de ellas: ahora sabemos dónde ocurren los procesos mentales, lo cual es clave, aunque no podamos penetrar en ellos.

Por tanto, es posible acceder a la cultura a través de las manifestaciones exteriores de los procesos mentales que se nutren de la aportación de esta: es decir, a través de la palabra y el gesto, como lo sostenía André Leroi-Gourhan (1964) —la palabra se transmite por la voz y el gesto se imita por la observación; la palabra fija la escritura y esta la difunde; el gesto es un mecanismo que prolonga, facilita y guía a la vez—.

Hoy día, las manifestaciones que se transmiten a través de la palabra y que tienen un contenido simbólico llaman particularmente la atención: los estudios abordan con gran interés textos literarios, imágenes, pinturas, estatuas, bellas creaciones arquitectónicas revelándonos lo que la cultura es capaz de ofrecer cuando recurre a sus expresiones más refinadas.

No obstante, persiste la duda sobre qué es cultura: ¿es todo lo que es innato, o bien es todo aquello que se expresa mediante signos y tiene un valor simbólico? Ambas definiciones serían equivalentes si todo lo que no es innato se expresara a través de palabras. Pero no es el caso: la transmisión de numerosas prácticas, actitudes y habilidades se realiza por medio de la imitación de gestos y comportamientos; es decir, no se verbaliza. Desde este punto de vista, la definición de Tyler es más satisfactoria.

La imposibilidad de aprehender directamente los procesos mentales llevó a las ciencias sociales a trabajar principalmente con los artefactos que empleaban los hombres, y a los geógrafos con su traducción a escala de los paisajes. Los prehistoriadores y los arqueólogos no tenían otros recursos. Los historiadores necesitaban corroborar lo que les revelaban los textos mediante el análisis de las edificaciones, las herramientas o las obras de arte que databan de la época que estudiaban. Las investigaciones culturales se apoyaban en los resultados de las excavaciones. Los testimonios que estas ofrecían del pasado se conservaban en museos arqueológicos.

Los textos y las obras de arte, que se conservaban en las bibliotecas y museos de bellas artes, constituían las manifestaciones más directas de los universos mentales; los especialistas en humanidades se ocuparon en estudiarlos; los geógrafos y demás investigadores en ciencias sociales los ignoraron porque los estimaban demasiado objetivos.

Durante mucho tiempo los estudios culturales se abordaron desde dos perspectivas y por diversos especialistas. En los análisis no se tomaba en cuenta el vínculo entre los artefactos y las representaciones que participaban en su realización. Pero un momento crucial en el desarrollo de este campo se produjo con los trabajos sobre los géneros de vida: los comportamientos, los artefactos que

empleaban, las prácticas que realizaban y las habilidades y conocimientos en los que se basaban participaban por primera vez en el mismo movimiento.

Para comprender el papel de la cultura en la vida social de los hombres, ahora sistemáticamente se establece un vínculo entre los dos puntos de vista que adoptó el enfoque cultural en sus comienzos: este abarca tanto las manifestaciones sensibles de la cultura como las representaciones necesarias para concebirlas y fabricarlas. El enfoque cultural combina el análisis minucioso que lleva a cabo el arqueólogo y la inspiración de aquellos que se dedican a las obras intelectuales: los humanistas.

Hubo varias circunstancias que favorecieron la difusión de este doble enfoque: i) Las ideas positivistas de la ciencia, en nombre de la objetividad que profesan, prohibían estudiar lo subjetivo, pero se libró este obstáculo. ii). El marxismo había difundido la idea de que el único objetivo de los discursos que producen los hombres para mantener las instituciones era el de ocultar su verdadera naturaleza. Pero esta opinión dejó de tener validez: la ideología no es necesariamente una falsa consciencia. iii). La preocupación por preservar la herencia cultural, que se redobló a partir del siglo XIX en el mundo occidental y después alcanzó a otras civilizaciones, reveló que, en algunos países, Japón en primer lugar, la conservación de las obras no es lo que se estima importante, sino las habilidades desplegadas para su elaboración. De ahí que la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) ampliara la noción de patrimonio de la humanidad a patrimonio inmaterial. Esto demuestra la importancia que actualmente se le da a los códigos y esquemas mentales sobre los que se basa la acción humana.

Cultura: pasado, presente y futuro

En el mundo actual, la cultura, como legado, garantiza la transmisión de *un bagaje producto del pasado*. Los procesos mentales que activa transforman las sensaciones en percepciones, ayudan a comprender el entorno material y el medio social, interiorizan las prácticas, las habilidades y los conocimientos, y dotan a los hombres de los medios que requieren para *actuar en el presente*.

Asimismo, la actividad mental produce *creencias* que se componen de una visión del mundo y de reacciones afectivas. También involucran emociones: alegría, felicidad y esperanza; placer, pena y dolor; tristeza, nostalgia y desesperanza; amor y odio. Desaprueban ciertas situaciones y valoran otras. Conminan a elegir lo que está bien, lo que es bello o moral y condenan lo que no lo es.

Las creencias incorporan la idea de "lo que debería ser" y de "lo que convendría que fuera" al análisis de lo que es: tienen un valor prescriptivo. Los conocimientos son útiles para actuar en el presente y para anticipar el futuro. La combinación de conocimientos y de creencias da a los hombres la posibilidad *de proyectarse a futuro* previendo lo que podría producirse y prescribiendo lo que convendría realizar.

La cultura no solamente es un reflejo del pasado y una herramienta para el presente: es la puerta al futuro: le da a cada persona los medios para actuar, le enseña a tomar decisiones, le inculca las normas a seguir, le transmite imágenes de futuros posibles y lo motiva a crear otros.

El enfoque cultural destaca la complejidad de las causalidades que actúan en el universo social: la cultura, como legado, hace del presente un producto del pasado; como proyecto, la razón calculadora y los universos imaginados se vuelven factores fundamentales en aquello que construyen los hombres. Las sociedades humanas y las geografías en las que estas se manifiestan no se pueden comprender sin tomar en cuenta la intervención de la causalidad que busca materializar la imagen que se hace uno del futuro: una causalidad utópica.

La cultura: homogénea o diferenciada

La heterogeneidad fundamental de la cultura

Resultante de la transmisión de múltiples conocimientos y de la experiencia de cada persona, el contenido de la cultura —el capital cultural, en el sentido de Pierre Bourdieu (1979)— no es igual para todos: dependiendo de las relaciones que teje el individuo a lo largo de su vida, varía según su trayectoria. La dimensión que Torsten Hägerstrand (1970) imaginó para visualizar las trayectorias de los seres humanos dentro de un área destaca esa heterogeneidad fundamental: dos personas nunca tienen exactamente la misma cultura porque no han frecuentado los mismos lugares al mismo tiempo, ni han conocido a los mismos interlocutores, ni accedido a las mismas redes de información.

Lo que comparten las personas es propio a la esfera —o esferas— de interacción en las que participan (así es como los especialistas de la comunicación entienden el conjunto de relaciones institucionalizadas). Nadie interioriza la totalidad de lo que ahí circula, ya que la adquisición de actitudes, habilidades y creencias no es automática: el individuo no está atento a todo lo que se le comunica, no

manifiesta la misma curiosidad que su prójimo, y tampoco comparte los mismos intereses ni las mismas motivaciones. Es incapaz de asimilar todo lo que se le presenta y rechaza cierta información —sobre todo, a partir de la adolescencia, cuando se afianza su autonomía—.

Por tanto, el empleo del término "cultura" debe hacerse con prudencia: no existe una panoplia de rasgos propios a determinada zona o civilización, y que podría aplicarse de manera indistinta a cada uno de sus miembros. Hablar de cultura francesa resulta peligroso cuando por ello se entiende que existen maneras de pensar y de actuar que engloban a todos los franceses bajo la misma etiqueta. A James Duncan (1980) debemos la crítica más sistemática a la concepción de cultura que prevalecía en el pasado: su naturaleza era dominante, "supraorgánica", ¡y, como la lluvia, su contenido caía encima de todos desde un nivel superior y exterior a los grupos!

La cultura es una abstracción conveniente, pero oculta realidades que varían de un lugar a otro, de un momento a otro y de un individuo a otro.

¿Un conjunto aleatorio o un todo coherente?

¿Por qué, aún así, se sigue hablando de cultura francesa o de cultura china? Por razones estadísticas: el número de personas cuyas formas de pensar y de actuar son similares o parecidas (sin ser idénticas) dentro de ciertos grupos o de ciertas zonas es demasiado grande como para ser aleatorio.

El ejemplo de la cultura china ayuda a comprenderlo, pues son evidentes las diferencias en sus componentes materiales: ¡no hay nada en común entre las prácticas alimentarias de los grupos que cultivan el trigo y el kaoliang en el ambiente seco y frío del invierno en las provincias del noroeste y aquellas de la parte central y meridional del país, donde predominan los arrozales irrigados! Si nos detuviéramos a ver las diferencias, no habría cultura china. Sin embargo, existen similitudes entre los chinos que viven del trigo y del kaoliang y los que comen arroz: comparten el mismo interés por el aprovechamiento de las tierras; y todos conciben de la misma forma las relaciones sociales y ponen a la familia y el respeto hacia los ancianos por encima de sus deberes.

Los rasgos materiales de la cultura evolucionan con relativa facilidad conforme unos van sustituyendo a otros sin comprometer la estructura del conjunto de recursos y reglas que aprendieron a aplicar los grupos: la introducción del maíz o de la papa en Europa o en Asia en la Era de los Descubrimientos no transformó de raíz a las sociedades campesinas de esos lugares, aun cuando les permitió explotar nuevos territorios y ampliar la base alimentaria que tenían.

Los componentes de la cultura referentes a la institución del mundo y a la organización social suelen tener vínculos estrechos entre sí: es difícil modificar uno sin afectar a los demás. La existencia de núcleos estructurados dentro de la constelación sumamente aleatoria de los elementos culturales presentes en un grupo o en una zona es la que permite decir que él (o ella) está dotado, o dotada, de una cultura específica —aunque dicha especificidad siempre será parcial—.

El doble carácter instrumental y prescriptivo de la cultura

Los procesos de transmisión de los rasgos culturales que acabamos de referir para explicar aspectos muchas veces contradictorios de su distribución espacial aclaran la doble naturaleza de lo que está en juego. Cuando se analiza la distribución de casi todos los aspectos materiales de la cultura, nos enfrentamos a rasgos cuya elección depende de criterios de oportunidad, utilidad y eficacia, es decir, de decisiones racionales. Cultivar trigo en vez de centeno generalmente no contempla decisiones metafísicas. Más bien tiene que ver con las características del medio (el trigo no se da en suelos ácidos a los que el centeno se puede adaptar), con las oportunidades del momento (se dispone o no de las semillas de uno u otro) y con los rendimientos de los dos cultivos (que dependen del suelo donde se practican y de la selección a la que han sido sometidas ambas especies). La adopción de tales componentes del cultivo corresponde a criterios racionales. Este primer aspecto es instrumental.

En China, el lugar que se le da a la familia es el fundamento de toda una serie de creencias: ¿acaso el Estado no es una familia extendida? ¿La figura del emperador no es homóloga a la del padre, aunque aparece revestida de un mayor honor y de mayores responsabilidades porque es el mediador entre los poderes terrestres y los del cosmos? Estos elementos de la cultura china no solamente describen lo que es, sino prescriben lo que debe ser.

La separación entre la parte analítica y la parte prescriptiva de la cultura, por lo común, resulta difícil de establecer —la palabra sirve para expresar cualquiera de esos registros— aunque es fundamental: la parte analítica explica las decisiones; la parte prescriptiva conduce a la acción e introduce dimensiones simbólicas.

La mayoría de las decisiones son resultado de un bricolaje intelectual: a lo mucho, concilian el interés personal y el respeto a las normas. La dimensión simbólica viene a incorporarse tomando en cuenta las necesidades económicas y las inercias sociales.

Ahora toca abordar esta última dimensión.

Las dimensiones simbólicas de la cultura

El imaginario

El lugar que se le da a lo simbólico en los estudios culturales no ha dejado de afianzarse desde hace una generación: actualmente se dice que este se focaliza en el *imaginario*. Para Castoriadis (1975), el imaginario era el fundamento de la sociedad. Alrededor de 1980, este término, tomado del psicoanálisis, se adoptó rápidamente para designar al conjunto de representaciones donde se manifiestan las aspiraciones y los sueños de las sociedades; apenas un poco más tarde se introdujo en el mundo anglófono, que suele seguir hablando de imaginación cuando nosotros decimos imaginario.

El análisis de los imaginarios amplió el estudio de las corrientes de pensamiento que se pusieron de moda alrededor de 1960 con la tercera generación de la Escuela de los *Annales*, integrada por Philippe Ariès, Jacques Le Goff, Georges Duby o Emmanuel Leroy-Ladurie.

Hablar de *imaginario* es dar cabida a una facultad del espíritu humano que no ha sido del interés de las ciencias sociales desde hace mucho tiempo: la imaginación. Se trata sobre todo de la esfera de poesía y libertad en la que el niño, como el *Principito* de Saint-Exupéry, mezcla la fantasía con lo real y embellece a uno con el otro —una esfera que sigue siendo preciada por muchos adultos—.

La cultura, el mundo y sus dobles

El estudio del imaginario va más lejos cuando se interesa en los otros mundos, en el más allá o en el más acá que los hombres sitúan fuera del mundo donde viven, y que constituyen cubiertas o duplicados de ellos. Mikhail Bakhtine (1978) se interesó en los mundos que creaba la literatura y analizó la relación de lugares y tiempos (que denominó *cronotopos*) donde los cuentistas y escritores situaban sus relatos. Tal elección daba un sentido a sus relatos, ya que determinaba el género que practicaban: el cronotopo del cuento se diferenciaba del de la novela.

En el ámbito religioso, el estudio de los mundos que constituyen un doble del nuestro comenzó a llamar la atención en 1913, con el sueco Nathan Söderblom: este autor sitúa lo sagrado en el centro de lo religioso. En 1917, el alemán Rudolf Otto explicó esa primera intuición: la experiencia de lo *numinoso* "se relaciona con la sensación de la conciencia de estar condicionada por una fuerza ajena a su voluntad, el Gran Otro" (Wunenburger, 1981, p. 9). Con Mircea Eliade (1965) se específica la noción de lo sagrado:

> La noción de lo sagrado parece indisociable de la experiencia y de la institución de lo religioso, es decir, de las relaciones del ser humano con un plano suprasensible, invisible: lo divino (Wunenburger, 1981, p. 3).

Ese plano que duplica el mundo varía según el caso: en las religiones reveladas trascendentes es suprasensible; en los animismos es inmanente, se halla enterrado en la esencia de las cosas y de los seres. En las corrientes ideológicas que, a partir del siglo XVII, complementaron o reemplazaron las religiones tradicionales, el referente que tenían del más allá era terrenal, aunque inaccesible porque se situaba en el pasado de la Edad de oro que había quedado atrás, en el presente de una Tierra sin Mal que nadie podía visitar o en el futuro de la Utopía (Claval, 1980, 2008).

Gracias a que la mente tiene la capacidad de imaginar otros mundos es posible, mediante la comparación, formarse un juicio del nuestro, concebir lo que es deseable y lo que no lo es, distinguir el bien del mal y orientar las acciones.

La capacidad de duplicar el universo que revelan los sentidos por aquellos que produce la imaginación muchas veces lleva a creer que los mundos que construye la mente son más reales, más verdaderos y justos que la realidad banal que nos rodea. La vida social busca atribuir a lo real características que naturalmente no tiene, pero que existen en esos otros mundos imaginados: tales características parecen ser tan esenciales para el desarrollo de las personas y la vida social que esta las instituye para que lo vivido se adapte a lo imaginario.

La institución del mundo

Para el hombre religioso —y, en cierta medida, todo ser humano lo es— el mundo que vemos no siempre existió. En algunos casos, los dioses son el mundo. En otros, el mundo fue creado e instituido por varias divinidades, como en el politeísmo; o por un Dios, según las religiones monoteístas. Así nos lo revela el relato del Génesis:

> En el principio creó Dios los cielos y la Tierra.
>
> Y la Tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.
>
> Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.

> Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas. (Génesis I, 1-4)

El mundo que Dios creó era perfecto. Y siguió siéndolo hasta el momento en que Eva, seducida por la serpiente, comió del fruto prohibido y se lo dio a probar a Adán. Por eso Dios los castigó:

> Y lo echó (a Adán) Yahvé Dios del jardín de Edén para que labrara el suelo de donde había sido tomado.
>
> Tras expulsar al hombre, puso delante del jardín de Edén querubines, y la llama de espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida. (Génesis, III:23-24)

Actualmente, la ciencia es la que construye el relato de la creación del mundo, gracias, sobre todo, a la astrofísica. Sin embargo, quienes lo elaboran no pueden evitar que sus lectores lo interpreten como un relato fundador…

La institución de la sociedad

Por mucho tiempo, los hombres concibieron la institución de la sociedad como una simple prolongación de la del mundo:

> Entonces Yahvé Dios formó al hombre con el polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente. (Génesis, II: 7).
>
> De la costilla que Yahvé Dios había tomado del hombre formó una mujer, y la llevó ante el hombre. (Génesis, II: 22).

El hombre y la mujer "que le llevaron": tal el prototipo de la familia y de cualquier sociedad, un prototipo instituido por Dios. En el mundo tradicional, la sociedad forma parte del cosmos; fue creada por el mismo movimiento que el propio universo, y, por tanto, se rige por los mismos principios.

En el Renacimiento comenzó a darse un cambio que se consolidó en el siglo XVII: para Tomás Moro (1512) no todas las sociedades estaban hechas con el mismo molde. Comparaba aquellas sociedades que se decían cristianas en la Europa de su tiempo con la isla Amaurota, que descubrió el viajero Rafael Hitlodeo. Este navegante abandonó a Américo Vespucio en las costas del Nuevo Mundo, atrave-

só el continente hasta los mares del sur, y llegó hasta una isla que no se parecía a ninguna otra, como lo cuenta el narrador que encontró en Amberes. La sociedad amaurota, la Utopía, no se construyó a partir de un plan divino; los principios que la rigen son meramente humanos: debe a sus miembros la sabiduría de ser infinitamente mejor que las que se encomiendan a su Señor. Los hombres son quienes inventaron la Utopía.

En ese tipo de sociedades se centraron, a partir de Hobbes, los pensadores que fundaron las ciencias sociales y concibieron, al mismo tiempo, el gran mito fundador de las sociedades modernas: el contrato social (Claval, 1980).

De ese modo, los hombres cubren el mundo real con duplicados cuya naturaleza no varía de un lugar a otro, con universos que niegan las particularidades locales, y con concepciones que hacen de la sociedad un cuerpo homogéneo y del espacio una extensión isótropa, donde nada obstaculiza la vida de relación.

La institución del hombre

La institución del hombre es paralela a la de la ciudad. Se vincula con ella según la prioridad que se les da a los imperativos sociales (por ejemplo, en las culturas *holistas*), o al desarrollo de la persona (lo que caracteriza los sistemas *individualistas*). Con Louis Dumont se aclaró la diferencia fundamental entre las civilizaciones tradicionales del *homo hierarchicus* y aquellas que dieron origen, en el Renacimiento, a la idea del *homo aequalis*. Según un caso u otro, se ha instituido a un hombre social o a un individuo-rey.

El hombre nace dos veces. En las sociedades holísticas su nacimiento fisiológico es seguido de un nacimiento social, que se confirma con su bautismo (o sus equivalentes). Distintos ritos acompañan cada etapa de su desarrollo, especialmente en etapas como la adolescencia, que marcan el paso de la infancia a la edad adulta. Asimismo, el hombre muere dos veces: fisiológica y simbólicamente, de otro modo, no se produciría el duelo por los muertos.

En el caso de las sociedades individualistas, los rituales que marcan la llegada al mundo y las distintas edades cambian de significado, donde la autonomía del individuo se afirma cada vez más en lugar de su sumisión ante el grupo. En una sociedad que se ha vuelto atea, la muerte es entendida como destrucción y ya no como acceso a Otro Mundo: se vuelve complicado darle un sentido e imaginar rituales de duelo.

En las sociedades democráticas se invita al individuo a participar en rituales de institución social como lo son, simbólicamente, la firma del contrato social y, en los hechos, su renovación a través de elecciones o ceremonias de conmemoración.

Las identidades

Los hombres asimilan la institución de la que son objeto: experimentan sentimientos de identidad. Estos nacen de la consciencia del vínculo que hay entre los diversos momentos de su existencia. También nacen de la cercanía que experimentan hacia algunos de sus prójimos con quienes se identifican.

Así, las identidades se enraízan en la familiaridad que se desarrolla entre quienes comparten los mismos gustos, las mismas conductas y creencias. Asimismo, unen a los individuos que, de manera voluntaria, se frecuentan y colaboran —si las circunstancias lo permiten— porque participan en los mismos círculos de comunicación, comparten los mismos referentes simbólicos y porque sus reacciones son, por consiguiente, previsibles. Las identidades locales nacen al frecuentar cotidianamente los mismos lugares y las mismas personas. Las identidades regionales se producen por la facilidad de relacionarse entre hablantes de un mismo dialecto y por frecuentar una misma gran ciudad o hacer las mismas peregrinaciones. Las identidades nacionales suelen basarse en una lengua compartida y en una historia común.

En todas las épocas han existido identidades de otro tipo, que, en vez de caracterizarse por una determinada escala espacial, lo hacían —si puede decirse— por escalas transversales o multiescalares. Una persona podía identificarse como católica porque tenía el mismo credo, rezaba las mismas oraciones, participaba en las mismas ceremonias, y ello sin importar el lugar o la distancia. Tales identidades se mantenían como potenciales debido a que la falta de proximidad reducía las oportunidades de vivirlas directamente. Sin embargo, cuando una comunidad católica resultaba afectada por un terremoto o un tifón al otro lado del mundo, o en cualquier parte del mundo, los fieles enviaban ayuda.

La revolución en los transportes rápidos y las telecomunicaciones propició ese tipo de identidades transversales, ya que la frecuencia de los encuentros aumentó con el número de desplazamientos y el contacto por medio de internet y las redes sociales. Estas identidades transversales, cimentadas sobre los mismos compromisos sociales o políticos, las mismas corrientes ideológicas o las mismas creencias religiosas, sorteaban las fronteras y daban voz simultáneamente a actores locales, regionales, nacionales o extranjeros.

La institución del espacio

Así como no basta con que la sociedad y el individuo existan para convertirse espontáneamente en realidades sociales, el espacio natural precisa de un segundo

nacimiento para volverse humano. La institución del espacio distingue dos distintos tipos de lugares o sitios: los que están bañados de *sacralidad* y aquellos que siguen siendo *profanos*. Las realidades del otro mundo afloran en ciertos puntos o en ciertas partes del nuestro: ello confiere un poder misterioso a su naturaleza y cuidados. En el animismo, donde el otro mundo es inmanente y está oculto en el fondo de las cosas o de los seres, lo sagrado puede surgir de todas partes: el mundo está encantado. En las religiones del Libro, el otro mundo, el del Cielo y el Infierno, se manifiesta en los lugares donde ocurrió la revelación, los que Cristo, el hijo de Dios, recorrió, o en los que la misa representa la Cena, la última comida de Cristo antes de su sacrificio; mientras el resto del mundo se encuentra desencantado y sigue siendo profano. El más allá de las ideologías es terrenal, aunque, en principio, no podamos alcanzarlo. De hecho, ya está aquí, en algunos lugares impregnados de sacralidad: como aquellos que conservan huellas de una Edad de Oro pasada, aquellos que de algún modo están ligados a una Tierra sin Mal, o aquellos que ven cómo se perfilan las primeras formas de Utopía.

El mundo profano no es uniforme: una parte de él no se socializa y se mantiene ajeno al control de los hombres. Alberga fuerzas peligrosas e inspira temor. Se vuelve necesario poner un límite para aislarlo del espacio de los hombres y protegerlo —es el caso, por ejemplo, del surco que hizo Rómulo cuando fundó Roma, y que Remo disfrutaba saltar, razón por la cual su hermano lo mató, ya que ese acto era un sacrilegio—.

Son incontables los rituales de purificación que, durante el largo andar de las procesiones y en el curso de las estaciones, renuevan la socialización y la humanización del mundo profano.

La socialización del espacio también cobra otras formas. En muchos casos se manifiesta en la deforestación y la sustitución de bosques o selvas por campos y praderas. Va acompañada de un bautismo del terreno, con el que se reviste a los lugares y superficies de palabras que permiten hablar de ellos. Esta forma de posesión simbólica, que nace de rituales de purificación, se refuerza con la posesión real que implica el establecimiento de derechos territoriales: derechos de uso y derechos de propiedad.

Por lo general, esta socialización del espacio tiene dos aspectos: privatiza las zonas dedicadas a la agricultura y, en muchos otros casos, a la ganadería y silvicultura; o abre espacios, ya sea que se traten de propiedades para la explotación común o de espacios reservados a la circulación, para encuentros, manifestaciones y rituales colectivos.

La institución del espacio se acompaña de una institución del tiempo que distingue al tiempo profano del trabajo e intercambio material del tiempo sagra-

do de las conmemoraciones simbólicas. Por tanto, el espacio, y en particular sus lugares públicos, se regeneran a través de las celebraciones.

Subversión y cuestionamiento de los procesos de institución

La institución del mundo, la sociedad, el individuo y el espacio tienen como propósito transformar lo que nos rodea y darle, como derecho, permanencia y duración. Pero este tipo de seguridad es frágil. La institución está a cargo de una sociedad determinada, no de un conjunto de sociedades humanas, de modo que algo preciado para un grupo en particular, que quiere preservarlo por encima de todo, puede volverse el objetivo de grupos hostiles que saben que cualquier profanación que intenten afectará la moral de sus adversarios más que cualquier masacre o destrucción material —que también llevan a cabo—.

Además, la disolución de una sociedad puede derivarse de causas internas: podía originarse por la subversión de valores hasta entonces válidos y por el cuestionamiento al orden simbólico en que el que se basaba. Asimismo, el paso de sociedades holistas a sociedades individualistas implicaba poner en entredicho todo aquello que, dentro de la organización social y territorial del mundo tradicional, correspondía a la idea de que la sociedad formaba parte del cosmos y debía reflejar el orden que reinaba en él. Esto suponía, por tanto, criticar la legitimidad de los soberanos, el carácter sagrado de las instituciones, los centros de poder y los templos.

Tales cambios cobraban una forma revolucionaria cuando implicaban la destrucción de un orden simbólico fijo y el único modo de cambiarlo era destruyéndolo y atacando a quienes lo integraban.

Las controversias simbólicas predominantes en el mundo postmoderno

La corriente actual de pensamiento otorga un lugar privilegiado a los procedimientos de deconstrucción. Ya no basta con que la investigación sea racional, tiene que ser crítica. Se han desmentido muchas aportaciones del conocimiento científico. La civilización occidental es responsable de todos los males.

En términos generales, la enseñanza del enfoque cultural fue que la única forma de poner en entredicho un orden de valores es promoviendo otro. Los movimientos de deconstrucción se correlacionan con la creación de nuevos mundos alternativos. Si el pensamiento crítico llegara hasta el límite de su lógica, tendría que analizar esos otros mundos a los que dicen pertenecer los movimientos ideológicos que intentan revolucionar el mundo actual.

En el Siglo de las Luces la crítica se inspiró en la imagen de un mundo perfecto que la Razón y la Ciencia lograrían instaurar tras el fracaso del oscurantismo, y cuyos contornos ya habían comenzado a delinearse. En el siglo XIX surgió una nueva forma de subversión tras revelarse que, en la sociedad, existen procesos ocultos al común de los mortales, quienes son inconscientes de ellos —como podían ser la explotación de la plusvalía generada por las ganancias capitalistas, los traumas de la infancia enterrados en el inconsciente o las limitaciones que el lenguaje impone en los seres humanos sin que estos se den cuenta de ello—. Así, Marx, Freud y Saussure contribuyeron a alimentar las controversias del siglo XX —lo cual coincide con la clasificación de las ciencias que elaboró Michel Foucault (1965), que, como vimos, sólo reconoce como válidas la economía marxista, la psicología freudiana y la lingüística saussuriana—.

Los movimientos subversivos que hoy día van viento en popa se basan en visiones alternativas del mundo. Para el ecologismo puro, la evolución cometió un error al crear al hombre. El otro mundo al que dice pertenecer este movimiento corresponde a una naturaleza donde no existiría el hombre, y su ideal consiste en reducir la huella humana en el planeta, es decir, optar por una economía del decrecimiento, usar exclusivamente energías renovables, reducir el consumo, limitar la movilidad, condenar la alimentación a base de carne, y hacer apología del veganismo…

Para los especialistas en materia de género, ese otro mundo de ensueño sería un lugar donde se abolieran todas las limitantes que la vida social impone al cuerpo y que mutilan al propio hombre del ser. También en este caso, se trata de una visión que rompe con lo que la historia ha creado. La orientación sexual ya no estaría determinada por la fisiología, como hasta hace poco, y cada uno sería libre, con la ayuda de la medicina, de elegir su orientación sexual y su género. De ese modo, la subversión LGBT amenaza a la célula social más elemental: la familia.

Cultura y civilización

La cultura que recibe, adapta y modifica cada individuo le abre múltiples posibilidades. Puede sacar provecho del arsenal de habilidades, conocimientos y valores que esta le ofrece para poner en práctica estrategias personales de desarrollo. Así, obtendrá un estatus; se beneficiará de ingresos y acumulará riquezas, o bien, se volverá influyente, dominará a los demás y ejercerá poder sobre ellos.

La instrumentación de la cultura por parte del individuo

Como asalariado o como independiente, cualquiera puede vivir de un trabajo que vale por el gasto de energía física que implica (lo cual es muy variable según la profesión en general, y más importante, en el mundo de ayer que en el de hoy) y por las habilidades que pone en práctica. Sus ingresos también pueden provenir de la posesión (y de la gestión) de propiedades y bienes inmuebles, de bienes de capital, de la toma de riesgos de la especulación o del emprendimiento.

Ganar dinero no es el único motivo del trabajo. También puede obedecer al ejercicio del *poder*. Los periodistas y los intelectuales influyen en la opinión de sus lectores. Los responsables de los recursos dominan a quienes se ven obligados a recurrir a ellos. Tener armas representa una amenaza y, a través de ellas, se puede controlar la voluntad de los demás. La combinación de la influencia y la fuerza le da al poder medios más eficaces para garantizar su legitimidad.

La preocupación de las personas es *distinguirse* de los demás a través del valor, la fe, la sensibilidad o las habilidades que les permitan acceder a un *estatus* privilegiado. Cuando sus acciones han sido útiles o han inspirado a otros generan su *reconocimiento,* y cuando el éxito es radiante, les da *prestigio* y los lleva a vivir rodeados de *deferencia*. El reconocimiento y el prestigio son la prueba de que existen ante los ojos de los demás.

A excepción de la antropología, las ciencias sociales se interesaron más en aspectos económicos o políticos de la vida colectiva que en la cuestión de la búsqueda del estatus. Esta cuestión, sin embargo, pone en juego procesos culturales que ejercen una fuerte influencia en el destino de todas las sociedades.

El proceso de civilización y sus transformaciones

La carrera por el estatus transformó a fondo la sociedad: es el motor del proceso de civilización. De hecho, supone un esfuerzo por parte de todos; el éxito que algunos logran alcanzar les permite superar a los demás y salir de lo ordinario, garantizándoles una notable visibilidad que representa el estatus que gozan. Su ejemplo sirve de modelo y estimula la competencia.

Las sociedades tradicionales colocaban en un pedestal la *virtus* en el sentido romano, aquella que dotaba al dirigente de una voluntad inflexible, que daba al guerrero valentía, audacia y osadía, y lo llevaba a conquistar la gloria. Asimismo, colocaban al mismo nivel la *vertu* en el sentido moral, que conducía a la santidad mediante una profunda fe, daban muestras de caridad, y garantizaban su brillo predicando con el ejemplo.

Norbert Elias (1939, 1974) atrajo la atención hacia una forma más moderna del proceso de la civilización: al poner el perfeccionamiento de las costumbres muy por encima de la gloria militar, los monarcas absolutos de los siglos XVII y XVIII, como Luis XIV de Francia, obligaban a sus aristocracias a refinar sus costumbres y a moderar sus relaciones sociales.

Asimismo, las élites intelectuales y artísticas desarrollaban las artes, las letras y las ciencias como un medio de distinción. De ese modo, aseguraban su notoriedad. La visibilidad con la que celebraban sus logros estimulaba la creatividad de la sociedad donde se desempeñaban y aceleraba el progreso.

Pierre Bourdieu (1979) destaca el papel fundamental que tiene la búsqueda del reconocimiento en nuestras sociedades, es decir, que hay que esforzarse por actuar de manera extraordinaria para darse a conocer. Nathalie Henich (2005), que fue alumna suya, muestra cómo se manifestó ese proceso en las sociedades igualitarias instauradas en el siglo XIX primero en los Estados Unidos y luego en Europa: ahí, la élite artística rehuía a la monotonía general y se revelaba contra la atmósfera asfixiante de una sociedad burguesa demasiado ocupada en refinar sus costumbres. Para distinguirse, realizaban actos de provocación y encabezaron las vanguardias, una carrera que condujo a la búsqueda desenfrenada de la modernidad.

La revolución contemporánea de los medios de comunicación dio lugar a otras estrategias. Ya no había necesidad de hacerse notar ni de distinguirse a través de sus *virtus*, de la fineza de sus costumbres, de los logros de sus creaciones intelectuales o artísticas, ni de la modernidad constantemente renovada de su inspiración. Ahora lo que importaba era llamar la atención de los periodistas y fotógrafos, diferenciándose por sus estilos de vida, de vestir, de consumir o de divertirse. Como lo señala Nathalie Heinich (2012), hemos entrado a un mundo donde la búsqueda de la distinción ya no pasa por un deseo de excelencia, sino que va directamente tras su objetivo, optando por una *visibilidad* que se asocia al eco que tienen los actos más ordinarios cuando se ponen en escena.

Cultura y comunicación

Los procesos de transmisión juegan un papel clave en la iniciación cultural de la que se benefician los jóvenes, así como en el enriquecimiento y fortalecimiento progresivo del capital que logran conseguir —un movimiento que continuará toda su vida—. Nos encontramos en el registro de la comunicación, una

comunicación que suele ser repetitiva, ya que hay que retomar, en muchos casos, los mismos ejemplos y consejos para transmitir los mensajes.

El contenido y extensión de los mensajes

Los contenidos que se comunican son variados (Claval, 2012a). Algunos se refieren a sucesos que ocurren en alguna parte: se habla de *noticias*. Otros tienen que ver con el mundo natural y social, y los mecanismos con los que operan: se trata de *prácticas*, *habilidades* o *conocimientos*. Algunos mensajes son de *naturaleza afectiva* y producen, en quienes los reciben, un efecto en su sensibilidad: se dice que su contenido es *simbólico*.

Es muy variable el volumen de información que necesitan transmitir esos diversos contenidos. Unas cuantas palabras son suficientes para informar de algún evento: "El archiduque Francisco Fernando de Austria acaba de ser asesinado en Sarajevo", o de una situación económica: "El índice del CAC 40 cerró a 5282 en la Bolsa de París el 12 de octubre de 2017" Fue así como el telégrafo, diseñado para transmitir mensajes breves, permitió la difusión global de noticias económicas o políticas desde mediados del siglo XIX.

Espacio y comunicación

El bebé aprende a hablar escuchando lo que se dice alrededor suyo, repitiendo por diversión lo que oye y esforzándose en articular adecuadamente las palabras mágicas que habrá que pronunciar para que los adultos le den de comer y de beber, lo escuchen y lo atiendan. Cuando un niño juega con sus amigos y amigas, reproduce los gestos que observa, o cuando va al médico, imita al doctor que lo ausculta o a la enfermera que le da su medicina.

Así, la primera forma de comunicación se establece a través de los gestos y las palabras, uno complementando al otro. Si bien ello facilita la comprensión, supone que los interlocutores se encuentran a poca distancia —a algunos metros a lo mucho para no forzar la voz—.

Para transmitir mensajes a larga distancia, solo hay dos soluciones: la primera supone el desplazamiento de quien posee la información o el de aquel que busca obtenerla —a menos que ambos hagan respectivamente la mitad del recorrido—; la segunda requiere que se le pueda dar una forma material a los mensajes para que puedan difundirse. Por tanto, esta segunda opción supone que la información se almacene en un soporte —que tome la forma de una memoria

exterior— antes de ser trasladada, si lo que se busca superar es el obstáculo de la distancia, o de preservarla, cuando el obstáculo es temporal.

Por mucho tiempo ha sido imposible crear memorias de gestos. Los artefactos que se han fabricado tenían la forma, pero no la dinámica. La forma de las herramientas podía indicar la manera de agarrarlas y utilizarlas, pero no lo hacía automáticamente. En cambio el registro de la palabra por medio de signos dio origen a un texto fácil de conservar y transportar, que podía leerse en cualquier lugar y en cualquier momento.

Hacer llegar un mensaje es difícil cuando es demasiado largo y cuando las palabras o el texto no se prestan a transmitir su contenido —tal es el caso de los mensajes que tienen una fuerte carga emotiva—. En esos casos pueden ser sustituidos por "un objeto o una imagen con un valor evocativo, mágico o místico" (*Petit Robert*), un *símbolo* que los "represente [...] en virtud de una correspondencia" (*Petit Robert*).

Cuando el mensaje toma la forma de una imagen, de un eslogan, de una canción, esta imagen u objeto produce una reacción en quien lo percibe, porque remueve recuerdos, recuerda escenas vividas o reactualiza las creencias colectivas con las que se identifica. La comunicación *simbólica* se basa en el empleo de este tipo de representaciones. Y es tan económica como la noticia en cuanto al volumen de información: una expresión, una melodía, una imagen pueden impulsar actos y despertar pasiones.

La gente, a lo largo de su educación, se familiariza con un cierto número de símbolos como con su contenido emotivo; cuando los redescubren, vuelven a provocar en ellos la misma cólera, la misma angustia o el mismo entusiasmo. Desde este punto de vista, la comunicación simbólica juega un papel esencial en la vida social: puede hacer que el corazón de una multitud palpite al unísono —sin embargo, el símbolo no es un "pedazo de objeto compartido entre dos personas que sirve como *signo* de reconocimiento entre ellas" (*Petit Robert*)—. Cuando la comunicación simbólica se difunde a través de la prensa, la radio o la televisión, es capaz de movilizar la opinión de grupos enteros o de toda una nación. Los hombres políticos que dominan este tipo de comunicación pueden llegar a congregar enormes masas en torno a sus proyectos: son los llamados *líderes carismáticos*.

Culturas orales y culturas escritas

La trasmisión directa, cara a cara, a través de la palabra o el gesto, fue por mucho tiempo la única posible. Implicaba que los interlocutores estuvieran en contacto

directo, de modo que la difusión de la cultura y la sociedad se realizaba en el mismo lugar: las prácticas, los hábitos, los comportamientos, los conocimientos o las creencias se quedaban encerrados en los mismos lugares donde se habían producido —a menos que la población entera emigrara—.

Suele denominarse orales a este tipo de culturas, lo cual resulta reduccionista, ya que lo que se transmite por imitación se realiza en silencio.

La escritura vino a cambiar esta situación. Los gestos y las herramientas en los que se basa la cultura material seguían reproduciéndose localmente —de modo que el universo técnico tendía a perpetuarse en los mismos lugares por largos periodos, o variaba ligeramente—. En cambio, aquella parte de la cultura que se asociaba a los conocimientos, las normas morales y las creencias podía transcribirse fácilmente y viajar lejos. Por tanto, su difusión tiene gran alcance.

En las sociedades prehistóricas o en las poblaciones divididas y aisladas que estudiaban los etnólogos desde el siglo XIX en las dos Américas, en África, en una parte de Asia y en Oceanía, el mapa cultural solía componerse de la yuxtaposición de unidades homogéneas, cuyo tamaño variaba básicamente en función de la historia de las migraciones que experimentaron las zonas estudiadas.

En las sociedades que estudiaban los historiadores, y que dominaban la escritura, la situación era distinta: las técnicas de la vida material —que son las que empleaban los trabajadores manuales, los campesinos o artistas — siempre se transmitían localmente y, por tanto, solían variar en distancias cortas. En cambio, todo lo que pasaba por escrito y que, en principio, era un privilegio de las élites, se difundía en áreas extensas. Después de las primeras comunidades humanas, culturalmente homogéneas, vino el dualismo de las civilizaciones históricas: aquellos que practicaban únicamente la comunicación directa, en gran medida oral, que constituían el grueso de las poblaciones campesinas y una fracción importante de la población de las ciudades, rivalizaron con las élites que sabían leer o escribir, y si no contrataban a escribanos o copistas para que les ayudaran en esa tarea. Dichas élites debían a este medio de comunicación, del que tenían el monopolio, la posibilidad de extender sus redes sobre grandes espacios y dominarlos.

Las sociedades históricas solían tener una doble cultura: la cultura escrita (aunque fuera de manera parcial, ya que buena parte de lo que circulaba al interior seguía haciéndose de manera directa, a corta distancia y a través de la voz o el gesto) de sus élites que difería profundamente de la cultura oral (también conocida como vernácula) de sus clases populares.

Cultura y comunicación en la era de los medios de comunicación

La invención de la imprenta redujo considerablemente los costos de lo escrito. El aprendizaje de la lectura y la escritura se volvió más fácil. La población alfabetizada no dejaba de aumentar. Con la enseñanza obligatoria, el analfabetismo desapareció casi por completo. Entonces muchas personas pensaban que el dualismo cultural de las sociedades históricas estaba destinado a desaparecer y que las culturas elitistas terminarían por imponerse sobre la población en su conjunto.

Pero eso no fue lo que sucedió, y hubo dos razones: primero, a pesar de todos los esfuerzos realizados para que todos compartieran el mismo interés que las élites tenían en las formas sofisticadas del arte, la música, el teatro o la literatura, una parte considerable de las clases populares se mantuvo reticente hacia ellas. Gracias al progreso de las técnicas de comunicación, la difusión de los mensajes era más rápida y el registro de la voz y las imágenes fijas o animadas se hizo posible. Las culturas orales experimentaron un segundo aire. Los círculos restringidos en los que se hallaban encerradas se abrieron. Y estas nuevas culturas orales aparecieron como culturas de consumo, debido a que los medios de comunicación publicitaban mejor los estilos de vida que las técnicas de producción. Además, las nuevas plataformas se prestaban para la difusión de mensajes religiosos cuando tomaban una forma afectiva y espectacular. En muchas ocasiones, los medios de comunicación daban espacio a los mensajes de sectas cristianas o fundamentalistas de todo tipo.

Asimismo, la computadora e internet modificaron a fondo las culturas elitistas de antaño. Ahora le daban mayor lugar a las técnicas y a la ciencia, y dejaron de tener el monopolio de la oferta religiosa e ideológica que detentaron por mucho tiempo.

El papel de la comunicación nos lleva a un ámbito más amplio donde se tejen las relaciones entre cultura y espacio.

Cultura y espacio

Los procesos que pone en juego la cultura son múltiples y ha llegado el momento de precisar la forma en que afectan al espacio. Para incluirlo en su estudio, los geógrafos adoptaron diversas perspectivas: se aproximaban al espacio como *medio* o *marco dentro del cual se desarrolla su vida*, o bien como *superficie,* y se ocupaban de su manifestación sensible: el *paisaje*.

Cultura, medios y contextos de vida

Para el funcionamiento de los ecosistemas naturales o de aquellos por los que los sustituyeron los hombres, la circulación de energía y de materia a lo largo de las cadenas alimentarias (o cadenas tróficas en términos científicos) es esencial. En las células sociales de las que se ocupan los mismos alvéolos, las relaciones institucionalizadas son de corto alcance. Algunas se tejen entre generaciones al interior de las familias y determinan la distribución de las mujeres en los linajes. Otras se encargan de la circulación de los bienes a través del don, el contra don y otras formas de intercambio. Finalmente, eso es lo que le da un sentido a la vida de todos y cada uno.

Los hombres toman de su entorno lo que necesitan para vivir. Todo un entramado de creencias y prácticas busca reequilibrar simbólicamente tales intercambios a fin de garantizar su perduración: este se halla en el centro de la vida religiosa.

Una serie de decisiones configuran medios y cuadros de vida. ¿Qué es lo que lleva a los miembros de un grupo a elegir entre una y otra actividad, entre un tipo u otro de uso del suelo, entre un determinado hábitat y otro? Tales decisiones racionales conducen a un mismo resultado sin importar el bagaje cultural del grupo ni el lugar donde se tomaron. De hecho, las opciones elegidas cambian únicamente cuando los elementos contemplados se han modificado —por ejemplo, cuando se cambia de un medio natural a otro —.

Si bien la geografía clásica y la Nueva Geografía tomaban muy en cuenta tales elecciones, eran incapaces de explicar todo lo que revelaba su análisis: quedaba un residuo con el que no sabían qué hacer. Así que se adoptó la costumbre de decir que este se explicaba por factores culturales. ¡Ahí nos damos cuenta de la poca atención que la mayoría de los investigadores prestaba a un ámbito al que solo aludían para responder a lo inexplicable!

¿Realmente eran residuales esos hechos que no sabían explicar? ¡No! Parecían serlo porque los radares que entonces empleaban los geógrafos para explorar lo real no estaban diseñados para detectar el campo simbólico.

Sin embargo, en las sociedades tradicionales esos radares evidenciaban elementos relevantes para quienes estudiaban la cultura. Se trataba, sobre todo, de la diversidad de herramientas y las formas de emplearlas. Un ejemplo de ello es el siguiente: en el centro-oeste de Francia había una zona donde el límite entre el uso de la carreta y el arado de cama se traslapaba exactamente con el de los dialectos de la lengua de oc y la lengua de oíl (Trochet, 2000). Las herramientas eran diferentes, pero unas y otras se habían adaptado tan bien a los suelos de la

región y a las labores que estos exigían y cuyos resultados eran similares. De un lado y otro de la frontera lingüística, los fabricantes de carretas y de arados trabajaron a modo de fabricar herramientas que resolvieran racionalmente el desafío ambiental que enfrentaban —aunque la respuesta resultó de la implementación de un aparato mental diferente, de una forma distinta de cultura—.

Las herramientas que analizaban los especialistas de la cultura material generalmente cumplían de manera satisfactoria la misión que les habían confiado. La diferenciación en sus formas podía obedecer a dos causas: i) el medio —y, por tanto, el problema a resolver— cambiaba según los lugares; ii) el equipo mental de los fabricantes variaba porque no habían tenido la misma cultura, pero, a pesar de ello, lograban satisfacer a sus clientes mediante soluciones distintas.

La geografía cultural de los artefactos correspondía a un estado determinado de los medios de producción, de transporte y comunicación. A partir de que las técnicas dejaron de formar parte del conjunto de prácticas y conocimientos que la cultura oral transmitía localmente —aunque se integraron a formas especializadas difundidas a través de lo escrito, ahora acompañado de internet— el aparato mental que ocupaban se uniformizó. Los ingenieros que diseñaban los tractores lo hacían siguiendo siempre los mismos principios y las mismas normas. La publicidad daba a conocer sus modelos a gran distancia; el transporte garantizó su comercialización incluso en los lugares más alejados —muchas veces a escala mundial—. Así se cierra un capítulo del análisis cultural de los medios locales.

La naturaleza de los contextos de vida no depende solamente de las decisiones racionales que tomaron los actores locales en el ámbito económico o político. También guardan el rastro de elecciones simbólicas de índole religiosa o ideológica —decisiones que no detectaron los radares que utilizaron los geógrafos del pasado—. Tales decisiones condujeron, entre otras cosas, a frecuentar lugares en zonas altas porque ahí soplaba el espíritu, como a la construcción de monumentos y la multiplicación de manifestaciones que son al mismo tiempo religiosas e identitarias. Y, en algunos momentos, estas llegaron a modificar la naturaleza de los lugares, los cuales purificaron, reconfiguraron o revitalizaron con ceremonias y fiestas.

Cultura y organización del espacio

Los geógrafos no se limitaron a analizar la génesis, el funcionamiento y el significado de los medios y contextos de vida. Estudiaron los desplazamientos, tanto los que ocurren en el mundo natural como los que nacen de la vida social. ¿En qué medida los procesos culturales afectaban la organización del espacio donde

se representa el juego de complementariedades y el funcionamiento de las redes por las que circulan los flujos?

El análisis de la comunicación nos dio parte de la respuesta: la oralidad (aunada a la imitación), la escritura (que completa la imagen) y los medios influyen en el contenido de las culturas, asegurando su transmisión y reproducción de una generación a otra: no hace falta volver sobre las culturas orales, las culturas escritas, sobre la larga imbricación de las sociedades históricas ni sobre el actual surgimiento de la cultura mediática.

La geografía económica y la geografía política de antaño proponían un análisis esclarecedor de la organización del espacio, pero no tomaban en cuenta todas las dimensiones de la vida social; se basaban simplemente en la hipótesis de que los procesos de decisión que se llevaban a cabo estos ámbitos eran racionales.

El enfoque cultural incorporó lo que esta hipótesis dejaba fuera. Antes, los estudios identificaban tres categorías del uso del espacio: i) sus usos productivos (caza, pesca, agricultura, ganadería, silvicultura, industria); ii) sus usos improductivos (el hábitat y la circulación en general); iii) y un ámbito residual, lo que el hombre no controlaba, es decir, la naturaleza. La perspectiva actual añadió al hábitat todas las zonas de dominio público destinadas a actividades de recreación, descanso o meditación, y aquellas dedicadas a cultos y ceremonias religiosas. En términos generales, la investigación se centró en los espacios destinados al desarrollo de la vida individual y en los rituales de conmemoración y de reconstrucción de la sociedad. Asimismo, hacía hincapié en los cambios de uso que se producen en determinados momentos, ya sea que se tratara de aquellos que surgen de las fiestas que revitalizan a los individuos, los grupos y los lugares; o de aquellos que afectan a regiones enteras cuando ocurren catástrofes naturales, guerras u oleadas de terrorismo. La geografía se interesó en espacios de muerte que hasta entonces habían sido ignorados.

Al focalizarse en la vida económica y en los juegos políticos, la geografía limitó su campo a actividades motivadas por la búsqueda de la riqueza o el poder. Y pasó por alto la búsqueda de bienes inmateriales, como el prestigio y la visibilidad, que permiten a las personas afirmar su identidad y acceder a un estatus.

Esta ampliación de la perspectiva transformó la geografía social en geografía sociocultural y condujo a repensar desde una perspectiva cultural la geografía económica, la geografía política y la geografía de los asentamientos humanos. Estableció una nueva forma de ver las relaciones del hombre con el medio ambiente.

Cultura y paisaje

Las decisiones que toma el hombre se inscriben en el paisaje, el cual se rige por sus propias lógicas.

En principio, los terrenos obedecen a una *lógica hipotecaria o inmobiliaria* que fija su valor. Luego, responden a una *lógica de desbordamiento* (*overspill*): las actividades llevadas a cabo en una parcela tienen efectos sobre los terrenos vecinos, cuyo valor modifican. Y, finalmente, los terrenos siguen una *lógica paisajística*, que nace de la mirada que arrasa con lo que se le presenta: esta es horizontal, mientras que la lógica hipotecaria e inmobiliaria es en gran medida vertical, y la del desbordamiento transgrede los límites del terreno.

No todos tienen la posibilidad de dejar su marca en el paisaje. Es un privilegio del que gozan los propietarios de terrenos o inmobiliarios en el ámbito privado, y las autoridades políticas en cuanto a los espacios públicos se refiere: los que modelan el paisaje dentro de una sociedad son por lo común una minoría. Las diversas fracciones de una sociedad comparten subculturas —culturas de clanes, culturas de castas, culturas jerárquicas, culturas de clases—. Tales fracciones no tienen las mismas posibilidades de afirmar su identidad ya sea configurando el paisaje, construyendo un monumento en el espacio público o adueñándose simbólicamente del espacio cuando ocurre un desfile, una procesión o cuando hay una manifestación política.

Denis Cosgrove resume de la siguiente manera este aspecto del análisis de los paisajes: las culturas dominantes se enfrentan a las culturas alternativas. La cultura dominante contribuye en gran medida a la configuración del paisaje en general. Sin embargo, ello no impide que algunas culturas alternativas hagan sentir su presencia. Tal es el caso de las culturas emergentes, cuya presencia se manifiesta en algunos sectores, pero que aún no se han implantado al conjunto de la población y el espacio. En cambio, aquellos que son excluidos no tienen ninguna influencia en los paisajes donde viven, simplemente se les han impuesto.

De ese modo, el paisaje es lo que está en juego en las dinámicas de dominación: a través de las formas que plasman, los propietarios de terrenos o edificios buscan transmitir mensajes de excelencia en materia de gusto, lo cual les confiere autoridad. Los demás grupos luchan por hacer notar su existencia manifestando su presencia en lugares públicos, ocupándolos durante las manifestaciones o buscando imprimir ahí su marca.

La coexistencia en el paisaje de culturas con orígenes y temporalidad diferentes se explica, en buena medida, por la inercia de algunos de sus componentes: el ciclo de vida de muchos elementos del medio ambiente es largo; el costo de

los terrenos o de los edificios frena la remodelación de estructuras territoriales o inmobiliarias. Por lo que muchos aspectos del paisaje se explican por las condiciones que reinaban en el pasado y no por las que existen ahora.

Las investigaciones sobre el paisaje realizadas en el siglo XIX destacan la armonía que lo caracterizaba y que reflejaba, según creían, la consonancia que reinaba en el cosmos. A partir de Don Mitchell (2000), los estudios contemporáneos se enfocan más bien en las *guerras culturales* a las que dio lugar.

Las dimensiones culturales de la geografía

La toma de consciencia de la cultura condujo a una restructuración profunda de los estudios geográficos. La naturaleza, por un tiempo olvidada, volvió a ser tomada en cuenta, ahora desde una doble perspectiva: la naturalista, de los ecosistemas, y la humanista, de la responsabilidad del hombre frente al medio ambiente.

El hecho de recurrir al uso de categorías sin definir claramente su sentido, como la de sociedad, produjo sesgos e impidió plantear preguntas fundamentales: ¿existen las sociedades como realidades sustanciales o son simplemente conceptualizaciones convenientes, aunque imperfectas? ¿Sus contornos y sus límites son claros, o bien, se trata de conjuntos que nunca llegan a ser homogéneos y cuya naturaleza es porosa? ¿Los tres tipos de procesos que pone en juego la vida social, aquellos que apuntan a la riqueza, al poder o al estatus, son independientes o bien influyen unos sobre otros?

La organización del campo de la geografía evoluciona gracias a que hoy se plantean estas preguntas.

Perspectiva ecológica y perspectiva mesológica sobre la relación del hombre con la naturaleza

La segunda fase de la Revolución Industrial, que hizo posible el aprovechamiento de formas concentradas de energía, dio la sensación al hombre de haber acabado con la tacañería de la naturaleza. Pero no tardaron en despertar de ese sueño: el progreso técnico no había logrado desaparecer los límites de la naturaleza. Al aumentar la contaminación y empobrecer los ecosistemas, privando a muchos de ellos de su principal cualidad, que es la resiliencia, la fragilidad de la naturaleza se hizo cada vez más evidente. La retórica que glorificaba su conquista pasó de moda. El hombre es, en gran parte, responsable de la evolución del medio ambiente y debe asumir tal responsabilidad.

Esta situación condujo a pensar las relaciones del hombre con el medio ambiente desde una doble perspectiva. La primera es la de la ecología, que analiza los flujos de energía y de materia que tienen lugar entre los animales, las plantas, la atmósfera y los suelos; además, evalúa la riqueza de un mundo que vive en términos de patrimonio genético y biodiversidad. Este enfoque es naturalista.

La segunda perspectiva es la de la *mesología*, que ya no considera como totalidades separadas al medio ambiente, por un lado, y a sus componentes vivos, por otro. Su teórico, Agustin Berque se inspiró en dos autores: el naturalista alemán Jakob von Uexküll y el filósofo japonés Tetsuro Watsuji.

> Uexküll propuso […] una distinción fundacional entre el entorno (*Umgebung*) y el medio (*Umwelt*). El entorno es un hecho bruto y universal, visto en abstracto por la mirada puesta en ninguna parte de la ciencia moderna, por tanto, en principio válido como tal para cualquier ser vivo; mientras que el medio es una realidad concreta y singular, válida solamente desde el punto de vista del ser considerado, y en un acoplamiento dinámico con la constitución de dicho ser (Berque, 2018).

La mesología adopta la perspectiva de la *Umwelt*:

> [La mesología] considera a los seres vivos […] no [como] objetos, sino [como] *sujetos*, sujetos que interpretan el hecho ambiental de una manera propia a su especie, confiriéndole así un significado particular, y actuando en función de ese significado (*Bedeutung*), (Berque, 2018).

El geógrafo que adopta el punto de vista mesológico debe "penetrar en el significado para definirlo desde adentro, es decir, desde el punto de vista propio al sujeto estudiado" (Berque, 2018), el punto de vista del hombre, en general.

> Más que una disciplina […], hay que considerar [la mesología] como una perspectiva general, que vuelve obsoleto al dualismo moderno clásico […]. Para la mesología, la realidad, la de los medios concretos, no es ni propiamente objetiva ni propiamente subjetiva, sino *trayectiva*. Ello atañe tanto a las ciencias de la naturaleza como a las ciencias humanas (Berque, 2018).

¿Cuál es el propósito de este cambio de perspectiva? "Volver a darle un aspecto cósmico a la existencia humana, redefinirla, reacoplarla a la Tierra, tal es el triple objetivo que se propone la mesología" (Berque, 2018).

Para comprender la dinámica de las relaciones entre los hombres y el medio ambiente, el punto de vista ecológico es indispensable, pero insuficiente. Asimismo, es conveniente analizar la manera en que cada grupo concibe su integración en el medio ambiente, valora la naturaleza, o la ve simplemente como un arsenal de recursos a explotar sin darle cuentas a nadie.

La mesología nos ayuda a comprender que el ecologismo, tan presente hoy día, sólo es una de las muchas interpretaciones posibles de nuestra relación con el medio ambiente.

Una geografía social con fundamentos culturales

Para la geografía de ayer, la humanidad estaba dividida específicamente en grupos, cada uno de ellos formaba una entidad distinta, una sociedad.

La *geografía humana* se interesó en las sociedades tradicionales, así como en las construcciones más complejas que históricamente las fueron reemplazando. En el caso de estas últimas, delegó el estudio de las dinámicas de riqueza y poder en la geografía económica y la geografía política

La *geografía social*, por su parte, se centró en la estratificación que se produjo por la necesaria división del trabajo para la producción de riquezas o para la búsqueda del poder. Asimismo, estudiaba las clases sociales en el mundo que surgió de la revolución industrial y del triunfo del *homo aequalis*, y las estructuras del clan o las jerarquías de las sociedades históricas, donde predominaba el *homo hierarchicus* de Louis Dumont (1966, 1977). En ambos casos, pasó por alto a una clase que era, sin embargo, fundamental: la de los clérigos, los hombres de letras, o los intelectuales.

La *geografía cultural* se ocupó de un campo distinto y más estrecho: estudiaba sobre todo comunidades del mundo primitivo con una limitada división del trabajo y, en menor medida, de las comunidades que seguían agrupando al grueso de la población de las sociedades históricas. Se enfocó básicamente en las formas de dominio del medio ambiente en esas comunidades y en los artefactos que empleaban para lograrlo. Pero, como el progreso técnico uniformizó los artefactos, su campo se fue reduciendo…

El giro cultural cambió la perspectiva: las sociedades humanas dejaron de pensarse como conjuntos cuya unidad es evidente a simple vista. No son perfectamente homogéneas y suelen presentar contornos difusos y límites porosos. Las comunidades de poblaciones primitivas y las sociedades que la historia hizo surgir, y que se volvieron cada vez más complejas, nacieron de la socialización sin la cual los jóvenes no habrían tenido acceso al arsenal de medios creados por

el grupo del que forman parte. Sin esta no hubieran sido capaces de vivir de su entorno e integrarse en el medio social. Todos los grupos son resultado de un *proceso* que es a la vez *social* (basado en un juego de relaciones entre generaciones, que transforma a los jóvenes en seres socializados) y *cultural* (que corresponde a la asimilación de comportamientos, prácticas, habilidades, conocimientos y creencias; desarrolla capacidades, sobre todo, mentales, que sirven para dominar la naturaleza y mantener en orden la sociedad, y añade una dimensión simbólica a la vida individual y colectiva).

El campo de lo que era la geografía social se transforma a medida que los límites entre lo social, lo económico y lo político dejan de ser herméticos, y a raíz de que la dimensión simbólica de las dinámicas sociales, por fin, se toma en cuenta.

La *geografía humana* dejó de analizar únicamente las divisiones del corpus social que surgen de las actividades productivas y los juegos de poder. Se volvió *sociocultural* y se dedicó a estudiar aspectos de la vida colectiva que hasta entonces habían sido ignorados. Ahora abordaba actividades simbólicas, religiones e ideologías que los complementan o los reemplazan. Le otorgó un lugar importante a la fiesta. Tomó en cuenta las miles de prácticas de la vida cotidiana, las formas de sociabilidad, la vida al aire libre. Se ocupó ampliamente de las actividades recreativas —revolucionando, de golpe, el análisis del turismo (Claval, 2018)—. Dio seguimiento a las etapas de la vida: la infancia, la adolescencia y la vejez en lugar de enfocarse solamente en los adultos. Analizó los ritos de iniciación que estructuran la existencia. Y examinó los corpus y las practicas que surgieron de ello. Sin embargo, la geografía de género, desde la perspectiva de los estudios *queer*, llamó más la atención, ya que cobró una dimensión tan subversiva como la de los enfoques radicales de base social.

La dimensión cultural de la geografía económica

La geografía económica se basaba en los siguientes postulados: los hombres son capaces de clasificar racionalmente sus necesidades y sus preferencias, y, por ende, sus demandas; la actividad económica tiene como propósito producir y distribuir de manera rentable los bienes escasos; la articulación de la oferta y la demanda se lleva a cabo en los mercados, donde el uso de la moneda facilita su actividad. El sector económico por fin es independiente de los demás segmentos de la vida social.

El enfoque cultural mostró lo poco realistas que eran estos postulados. La demanda no es resultado de decisiones racionales: en buena medida está motivada por la dimensión simbólica asociada al consumo de bienes, al prestigio que

ofrece y al estatus que confiere. Está sometida a la tiranía de la moda y es sensible a las seducciones de la publicidad. Por tanto, el valor de los bienes refleja toda una serie de consideraciones extra-económicas.

Las empresas productivas no tienen como único objetivo la maximización de sus ganancias. Constantemente tienen que mediar, entre la necesidad de brindarles seguridad a sus empleados y atender la preocupación que tienen por obtener mayores ingresos o disponer de más tiempo libre. Para resolver tales problemas, las empresas desarrollaron formas específicas de cultura.

Los mercados reales nunca han ofrecido la perfección que por mucho tiempo se les dio en teoría. La distancia que hay entre los involucrados perjudica la buena circulación de la información volviéndola deficiente. Se produce una profunda desigualdad entre quienes tienen acceso a la información y aquellos que no gozan de ella. Esta desencadena formas de dominación que no son solamente características de los mercados de trabajo, cuya crítica se remonta a Marx.

El mercado no es la única modalidad de intercambio —ni siquiera en las economías liberales desarrolladas—. Las formas de redistribución del mercado son múltiples. Las compras se realizan muchas veces como regalos.

La dimensión cultural de la geografía política

A partir de Ratzel, la geografía política y la geopolítica, que se desprendió de ella, se especializaron en el análisis del Estado territorial tal y como se había desarrollado en Europa a partir del siglo XVII, antes de difundirse por todo el planeta: se centraron en el *Estado westfaliano* de los politólogos. Sin embargo, no se interesaron para nada en otras formas conocidas del Estado —monarquías feudales, ciudades-Estado, imperios—, imperios coloniales en particular. Tampoco tomaron en cuenta los juegos de poder que ocurrían dentro de la sociedad civil.

Estos enfoques se interesaron únicamente en uno de los vínculos existentes entre lo económico y lo político: aquel que nace de la recaudación de impuestos necesarios para el funcionamiento de la esfera política. Por lo demás, ignoraban la intensificación de las actividades que podía darse del intercambio internacional, así como del incremento de la densidad de la que entonces se beneficiaron los comerciantes y manufactureras. De ahí que la superficie —el *espacio vital*— se convirtiera en la variable central de sus análisis. En ellos se pensaba la esfera internacional más desde el ángulo de las luchas por el poder que desde el de la cooperación.

El enfoque cultural dinamitó tales postulados y condujo a una recomposición de los campos de la geografía política y la geopolítica. Esto se relacionaba

con la nueva forma de concebir el poder, el cual dejó de apoyarse únicamente en el recurso de la violencia y el uso de la fuerza. Si bien existía la posibilidad de que hiciera uso de ellas, y si lo hacía era para mantener la paz interna y para proteger el territorio nacional contra los ataques externos, su eficacia provenía de la autoridad que tiene, es decir, de su legitimidad. Esta radica en el peso de la tradición, la fuerza convincente de argumentos racionales o en la capacidad de seducción de los líderes carismáticos. Conduce a los sujetos o a los ciudadanos a delegar en el gobernante su poder de decisión en varios ámbitos. Los actos de legitimación están a cargo de grupos sociales específicos: los clérigos en el mundo tradicional; los escritores, los periodistas y los intelectuales en los países modernos. Estos grupos se dedican a fortalecer la confianza que la gente deposita en las instituciones y en los políticos, o bien se empeñan en demolerla. En los regímenes representativos, que hoy día están muy expandidos, es muy importante analizar las modalidades y el funcionamiento de la *opinión pública*.

Tales son los componentes culturales del poder, a los que convendría añadir aquellos que santifican los lugares o los territorios haciendo nacer ideologías nacionalistas sobre las que suelen apoyarse los regímenes.

Los estudios políticos no deberían limitarse a las sociedades dotadas de una esfera política que encabeza y domina la esfera civil. Como lo señaló Pierre Clastres (1974) hace más de cuarenta años, la mayoría de las sociedades fragmentadas que estudia la antropología no desconocen los juegos de poder, pero su propósito, en cambio, es el de evitar la proliferación de la desigualdad y la acumulación de herramientas de poder en manos de una sola persona: se trata de las *sociedades contra el Estado*. En este tipo de sociedades, lo político es una de las facetas de la competencia por el estatus, en la que se esfuerza por limitar los efectos de la desigualdad.

Desde siempre, se ha hablado de gobierno de las sociedades, es decir, de estructuras de poder que las encabezan y sirven para dirigirlas. Desde hace unos cuarenta años, el término gobernanza se generalizó. Traducía la transformación en curso del funcionamiento político de las sociedades modernas y la reorientación de las investigaciones sobre ellas. En las agrupaciones humanas complejas de nuestros días, las instituciones políticas son la causa directa solo de una parte de las iniciativas que buscan orientar la vida colectiva. Además, empresas y asociaciones intervienen en gran medida. Se habla de buena *gobernanza* cuando se logra una articulación entre las iniciativas del Estado y las de la sociedad civil, la cual concilia sus objetivos y hace más eficaz su acción.

Aquí, como en el ámbito económico, la toma de consciencia de la dimensión cultural de la vida colectiva contribuye a repensar la disciplina y a extenderla a las

representaciones que legitiman el ejercicio del poder, cimientan las identidades, arman los nacionalismos, así como las diferentes formas de internacionalismo. Ahora, la geografía política ha tomado en cuenta la multiplicidad de canales mediante los que se ejerce el poder y la dominación. Presta constante atención a la formación de opiniones, al funcionamiento de la esfera pública, al papel que por mucho tiempo tuvo el *establishment* intelectual y a las sacudidas que supuso ponerlo en tela de juicio.

En conclusión, la cultura combina tres conjuntos: i) prácticas y habilidades que permiten a los hombres explotar su medio ambiente, insertarse en el mundo social y conocer sus reglas; ii) conocimientos discursivos y representaciones gráficas que la razón sistematiza y unifica —las cuales ayudan a comprender cómo funciona el mundo y la sociedad, y contribuyen a tener, hasta cierto punto, un dominio más fiable del mundo material; iii) las creencias, que se inscriben en el registro de la emotividad, pueden formularse de manera discursiva, pero también pueden expresarse a través de símbolos fáciles de transmitir.

Los dos primeros registros hablan del medio ambiente natural y del universo social tal cual son, así como de los medios a implementar para sacar de ellos su sustento y poder vivir ahí. El tercer registro pasa de la aprehensión del ser al del deber-ser dando a la existencia un tono moral y emotivo. Lo hace colocando sobre lo real un surrealismo religioso o ideológico que institucionaliza la vida colectiva, los regímenes políticos y los espacios donde se desarrollan las relaciones. En esta esfera es donde se producen los *imaginarios* y los *discursos prescriptivos* que canalizan las sensibilidades y guían la acción de los individuos y las organizaciones.

La curiosidad, alimentada por las dimensiones culturales de la vida social, expande el dominio de la geografía, que, desde entonces, se centra en el análisis de las formas de comunicación y en su papel. A diferencia de las relaciones económicas y políticas que eran centrales para la geografía clásica, da lugar al intercambio simbólico; destaca la presencia de otros mundos creados por el imaginario; otorga un lugar importante a la afirmación de identidades y a la competencia por el estatus.

Esta ampliación de la geografía muestra en qué medida las dinámicas sociales y culturales se encuentran estrechamente imbricadas. Lo cual conllevó a una reconstrucción de la geografía humana, la geografía política y la geografía económica. Nuestra disciplina se habría creado para explicar la forma en que las sociedades estudiadas por los etnólogos y las masas rurales de las sociedades históricas sacaban provecho de su medio ambiente, y para dar cuenta del funcionamiento (en gran medida económico) de las sociedades que surgieron de la Revolución Industrial. El giro cultural explora aspectos ignorados de las primeras

comunidades humanas y de las sociedades históricas. Restituye a las sociedades de la época industrial parte de la dinámica asociada a la cultura. Sin embargo, su principal aportación fue la de dotar a la investigación del arsenal que le faltaba para comprender el mundo posindustrial y posmoderno: el mundo globalizado en el que vivimos.

Capítulo 5. Comprender el escenario mundial en construcción

El descubrimiento de América por parte de Cristóbal Colón y el viaje de circunnavegación de Magallanes dieron una nueva dimensión a la historia europea: el comienzo de la globalización interpela a la inteligencia occidental. ¿Cómo pensar un escenario que no deja de expandirse?

El choque de culturas y las reflexiones que suscita

La exploración del mundo que se aceleró a finales del siglo XV abrió nuevos horizontes a los europeos. Los viajes tenían una dimensión científica puesto que podían determinar exactamente la *latitud* de los lugares descubiertos y, con un margen de error aún importante, la *longitud*. Por lo demás, se trataba de una geografía burda, de marinos, de comerciantes, de soldados o de misioneros. Como ya lo había señalado Rousseau, los tres primeros grupos no tenían ni la formación, ni el interés por anotar todo; los últimos estaban mejor armados intelectualmente, pero su preocupación por salvar almas les impedía poner atención a muchas otras cosas. Los nuevos conocimientos geográficos se recogían, de algún modo, en su estado bruto. ¿Cómo interpretarlos?

El asombro se produjo, en principio, de los lugares recorridos. Los navegantes no imaginaban la exuberancia de los bosques tropicales y no creían que se podía vivir debajo del Ecuador. Era difícil traducir con palabras la extrañeza de algunos lugares, y aunque los lectores no la captaban por completo, el conocimiento que se tenía, en el ámbito natural, sobre la forma de la Tierra y la luz solar propia a cada latitud, aportó un *principio de clasificación e interpretación.*

Analizar el escenario mundial es describir al mismo tiempo la diversidad de los pueblos que lo han habitado y comprender cómo vivían. El contacto con nuevas sociedades produjo un tremendo choque, como lo recuerda el capítulo "De los caníbales" en los *Ensayos* de Montaigne (1580). Las lenguas, las costumbres, las técnicas, el hábitat no se parecían nada a los de Europa. En el Viejo Mundo,

ya conocido, la escritura se practicaba por todas partes de una forma u otra. En cambio, gran parte de las culturas descubiertas en los viajes de navegación eran exclusivamente orales. Esas sociedades, que ignoraban la escritura, por lo general se hallaban desperdigadas: los pueblos eran innumerables y sus lenguas muy diversas. El explorador aplicaba en las zonas que recorría las categorías que funcionaban en Europa. Hablaba de pueblos, naciones, reinos. De ese modo, Jacques Cartier llamó "rey y señor" al jefe de Hochelaga, la ciudad iroquesa que precedió a la actual ciudad de Montreal. Rousseau resumió en una frase crítica esta etapa:

> Desde hace trescientos o cuatrocientos años que los habitantes de Europa inundan otras partes del mundo, y publican constantemente nuevos relatos de viaje y cartas de relación, estoy convencido de que los únicos hombres que conocemos son los europeos (Rousseau, 1755, citado por Salomon-Bayet, 1968, p. 159).

Sin embargo, hubo un avance. Los viajeros se dieron cuenta de que las palabras de su lengua traicionaban lo que observaban. Los españoles tomaron prestado de las lenguas indígenas el término "cacique" para referirse a los dirigentes con los que trataban. Durante su estancia en Huronia, en la década de 1630, el padre Juan de Brébeuf describió las instituciones complejas de manera más precisa. Para él, los dirigentes de las grandes ciudades de la región eran *capitanes* y no reyes. De ese modo, mostró las complejas diferencias que caracterizaba a la mayor parte de las Américas, del África y Oceanía. Asimismo, estaba consciente de la distancia que había entre los amerindios y las poblaciones del Asia oriental: "No pretendo comparar a nuestros salvajes con los chinos, los japoneses y demás naciones perfectamente civilizadas…" (Brébeuf, 1996, p. 196).

Si bien es cierto que en Extremo Oriente existen construcciones políticas —reinos o imperios— tan sólidas y complejas como las de Europa, su organización es diferente. ¿Cómo explicar tales distribuciones geográficas?

Desde los primeros descubrimientos, la enorme diversidad de hombres e instituciones hizo que los europeos se cuestionaran. El nuevo interés que entonces despertó el pensamiento hipocrático invitó a relacionar los regímenes políticos y el *clima* de las tierras donde se encontraban. En ello se basó la geografía política de Jean Bodin y de Montesquieu. Rousseau fue más allá: no podemos acceder directamente a la historia del desarrollo de la humanidad, indispensable para comprender nuestro devenir, pero podemos reconstruirla estudiando aquellos grupos que no alcanzaron al mismo grado de desarrollo que los europeos:

> Imaginemos a un Montesquieu, un Buffon, un Diderot, un Duclos, un d'Alambert, un Condillac, o a hombres con ese temple, viajando para instruir a sus compatriotas, observando y describiendo, como ellos saben hacerlo, Turquía, Egipto, la Berbería, el imperio de Marruecos, la Guinea, el país de Cafrería, el interior de África […] China, Tartaria y sobre todo Japón, y al otro hemisferio, México, Perú, Chile […] sin olvidar la Patagonia […] Florida y todas las tierras salvajes, el viaje más importante de todos, y el que habrá de hacerse con la mayor cautela; imaginemos que esos nuevos Hércules, al volver de esos memorables recorridos, escribieran por placer la historia natural, moral y política de aquello que vieron, nosotros mismos veríamos surgir de su pluma un nuevo mundo, y, así, aprenderíamos a conocer el nuestro (Rousseau, 1755, citado por Salomon-Bayet, 1968, p. 160).

La *idea de progreso*, entonces establecida, condujo a que ubicaran a los pueblos que estaban descubriendo en una escala que iba de los más primitivos —los patagones u otros— hasta los más desarrollados —los europeos. Los viajes de fines del siglo XVIII mostraron que los primeros pasos de la civilización que estos últimos dieron fue en Egipto, en Levante, en Mesopotamia y, en general, en Oriente. Ello abrió el panorama sobre el devenir de la humanidad y dio un sentido a la geografía humana del mundo. La formulación más bella de esta interpretación la encontramos en Hegel:

> La historia universal va del Oriente al Occidente, ya que Europa es en realidad el final de Asia y el comienzo de la historia. Para la historia universal, existe un Oriente por excelencia […]; de hecho, aunque la Tierra forme una esfera, la historia, no describe un círculo alrededor de ella; más bien refiere un Oriente determinado que es Asia. Ahí sale el sol exterior, físico, pero en Occidente sale el sol interior, el de la consciencia que propaga un brillo superior (Hegel, 1965, p. 280).

La historia del *proceso de civilización* es la de los pueblos que tuvieron acceso a la escritura. Ello explica la severidad que Hegel manifiesta hacia África:

> El África propiamente dicha [es decir, subsahariana] no es interesante desde el punto de vista de su propia historia, sino por el hecho de que ahí vemos al hombre en un estado de barbarie y salvajismo que le impide ser parte esencial de la civilización. África, desde tiempos inmemorables, se ha mantenido cerrada, sin vínculos con el resto del mundo. Es el país […] de la infancia que, más allá del

> día de la historia consciente, está envuelta por el color negro de la noche (Hegel, 1979, p. 247).

América es más afortunada; ya que el progreso se propaga de Oriente a Occidente: está llamada a devenir, en el futuro, el hogar de la civilización.

Por tanto, *dos dimensiones* se desprenden progresivamente para quien quiere comprender el escenario mundial. A partir del Renacimiento sabemos que muchas de sus características se organizan en función de la *latitud*, y que, desde del siglo XVIII, se sumó una dimensión temporal: la del *progreso*.

La era de las geografías universales

A lo largo del siglo XVIII se perfeccionaron los instrumentos con que se disponían para describir y comprender el mundo. La invención del cronómetro marino facilitó el hecho de poder determinar la longitud. Con ello, los geógrafos dejaron de cumplir una de las tareas fundamentales que tenían desde la Antigüedad: calcular las distancias entre un lugar y otro —y a partir de ello, su longitud— mediante el desmenuzamiento de los relatos de viaje y las bitácoras de las embarcaciones. Ahora tenían que readaptarse. Algunos lo hicieron centrando su análisis en los paisajes. Las investigaciones de los botánicos, los zoologistas y los geólogos les aportaron mucha información: gracias a Carlos Linneo dispusieron de una nomenclatura para clasificar y nombrar a todos los seres vivos. Los mineralogistas fueron los encargados de distinguir y nombrar las rocas. Los geólogos, por su parte, diferenciaron las que eran de origen sedimentario, de las que resultaban de erupciones volcánicas y de aquellas, como el granito, que no contenían fósiles y parecían haber sufrido fuertes presiones y elevadas temperaturas.

Alexander von Humboldt dominó todos esos saberes. A lo largo de su periplo en la América española analizó los paisajes y fundó la biogeografía, la oceanografía y la climatología modernas (Humboldt, 1805). Además, estaba instruido en técnicas estadísticas apreciadas por la ciencia cameralista alemana. Atento a la historia de las civilizaciones y a los testimonios que han dejado, abrió el camino a una geografía humana inteligente (Humboldt, 1811).

Los conocimientos proliferaban y, en el curso del siglo XVIII, ambiciosas enciclopedias los pusieron al alcance de un amplio público. La curiosidad por la diversidad terrestre motivó a editores ingleses a producir un nuevo tipo de obra: las *geografías universales*. Conrad Malte-Brun, un danés naturalizado francés y muy abierto a lo que se hacía por toda Europa, se lanzó, durante el Primer Im-

perio francés, a la redacción de la primera geografía universal en lengua francesa (Malte-Brun, 1810-1929). En ella destacaba la singularidad de los lugares, por lo que estaba atento a los avances de la geografía natural.

En Alemania, Carl Ritter replanteó los fundamentos de la geografía. Fue colega de Hegel en la Universidad de Berlín, y, como él, se interesó en registrar el progreso en el espacio terrestre. Desde 1822 hasta su muerte en 1859, se dedicó a redactar la *Geografía general comparada*, que sigue el trayecto de la civilización. Para ello, tomó en cuenta las aportaciones de Humboldt en el ámbito natural y humano; adoptó la idea de Herder de que existe un acuerdo entre los pueblos y los espacios que habitan, y destacó en qué medida la navegación a vapor acercaba a los países, estimulaba el comercio y conducía a nuevas especializaciones y a una nueva organización de la economía mundial.

Élisée Reclus tomó cursos con Ritter en la Universidad de Berlín en 1849. Adoptó los principios y métodos de su obra geográfica. Conjugó su anarquismo de convicción con una visión de la historia de la civilización que condujo a una *liberación* progresiva de la *humanidad*. Pasó más de veinte años redactando la monumental *Nueva geografía universal* (1876-1893), cuyas conclusiones publicó unos años más tarde en los seis volúmenes de *El hombre y la Tierra* (1905-1908).

Reclus estaba muy al corriente de los avances de la geología y las ciencias naturales, así como de la etnología y la arqueología. Como se acostumbraba en aquella época, organizó sus observaciones en torno a dos grandes ejes: la latitud y el grado de civilización. Según él, la marcha del progreso seguía una doble trayectoria de ambos lados de una zona vacía que separaba el Asia de la Siberia occidental del Golfo Pérsico pasando por los desiertos de las altas cadenas montañosas del Asia central. El proceso en curso alcanzó las grandes cuencas fluviales y los deltas de China, Indochina y la India en Oriente, y se desplazó hacia Occidente desde Persia, Mesopotamia y Egipto. La convergencia de rutas naturales hacia el Mediterráneo garantiza por un tiempo la superioridad del mundo occidental. El futuro verá, según Reclus, el regreso al predominio de Asia.

La calidad de la información etnográfica de la que disponía Reclus, gracias a su hermano mayor, Elie, explica la precisión de las descripciones que hizo de los mundos primitivos, de África en particular. Le fascinaban las zonas donde la naturaleza no había sido contaminada por el mundo moderno. En cambio, en el campesinado veía a una fracción reaccionaria de la humanidad, por lo que no se detuvo mucho en el estudio de las zonas rurales. Era mucho más sensible a las ciudades, que aprendió a analizar cuando participó en la redacción de las guías Joanne. La miseria que se observa en las ciudades es terrible y la contaminación que produce la Revolución Industrial es grave, pero en ellas es donde

se inventa el progreso, y es gracias a ellas que la humanidad se libera (Reclus, 1895).

Así, el hecho de tomar en cuenta la latitud y los climas, así como el progreso de la humanidad le permitió a Élisée Reclus encontrarle un sentido al escenario mundial. Pero, pronto aparecieron otras visiones.

La aportación de la geografía clásica

Las ciencias sociales tomaron la forma que hoy les conocemos en un siglo y medio, de finales del siglo XVIII a comienzos del siglo XX. *La riqueza de las naciones* de Adam Smith preparó el terreno en 1776. Basada en la hipótesis de que el comportamiento económico es racional, para producir riqueza solamente se requería de datos que la estadística comenzaba a proporcionarle. Las viejas disciplinas que eran la geografía y la historia se transformaron alrededor de 1800: el estudio de la Tierra volvió a centrarse en el análisis de los paisajes; el del pasado se focalizó en la génesis de las naciones y la evolución de los pueblos. El folclor y la etnología se definieron a partir de 1800. La sociología alrededor de 1830. Cuando descubrieron la proximidad del sánscrito con las lenguas europeas, los filólogos crearon una nueva disciplina: la lingüística. La formalización de las ciencias políticas se logró hasta comienzos del siglo XX, aunque los trabajos de los historiadores, juristas y geógrafos habían sentado las bases para ello durante todo el siglo XIX.

Sin embargo, se presentó un acontecimiento más grande: se produjo un gran cambio en la historia a raíz de las revoluciones. La Revolución francesa, que siguió a la Revolución Gloriosa inglesa de 1688 y a la Independencia estadounidense, anunció el éxito de los gobiernos democráticos. La Revolución Industrial puso a disposición del hombre formas concentradas de energía, dio un nuevo impulso a las actividades manufactureras, logró bajar el precio de los artículos que confeccionaban e incitó a producir otros nuevos. Asimismo, la máquina de vapor revolucionó los transportes por mar y tierra, aceleró los desplazamientos, sorteando, en parte, los caprichos del clima y los vientos. El telégrafo y luego el teléfono garantizaron la transmisión casi instantánea de la información.

Las descripciones que hacían del mundo los especialistas de las ciencias del hombre social tomaban en cuenta aspectos políticos, económicos y culturales. El mundo estaba dominado por Estados-nación totalmente soberanos —eran los Estados *westfalianos* (Gottmann, 1972; Badie, 1995)— que se consolidaron en el siglo XVII. En la Europa occidental se beneficiaron de la unificación que llevaron a cabo en los siglos anteriores las monarquías en turno; en el siglo XIX,

Alemania y Italia verían consumada su unidad. Los Estados Unidos, desde su nacimiento, formaron parte de ese club selecto. El éxito de Japón, tras la revolución Meiji, significó su entrada a ese grupo. Los dominios británicos, cuyo estatus de casi independencia estaba en proceso de definirse, también formaban parte de la familia.

A estos Estados se les considera como avanzados: son nacionales y están camino a la democracia: su economía es liberal y se basa en el juego de mercados. Las burguesías comerciantes e industriales juegan un papel dominante. Las clases medias son cada vez más numerosas. La mayoría de su población está alfabetizada. Desde finales del siglo XVIII la mortalidad comenzó a decrecer, al igual que la natalidad.

Dos imperios continentales, Austria-Hungría y Rusia, también tenían algunos de estos rasgos, como la presencia de regiones industriales en particular, aunque se diferenciaban por sus regímenes autoritarios y por su carácter plurinacional.

Los Estados avanzados estaban dotados de imperios coloniales. Gran Bretaña, los Países Bajos, Francia, España y Portugal se hicieron de ellos desde los siglos XVI y XVII, pero la guerra de los Siete años, la aventura napoleónica y la independencia de los países americanos recortaron en gran medida los de Francia, los Países Bajos, España y Portugal. En el siglo XIX, casi toda África y Oceanía cayeron bajo la dominación europea, además de amplias porciones de Asia. Comenzaba el desmantelamiento del imperio otomano y de China.

Los geógrafos, que en ese momento estudiaban la situación mundial, destacaban el lugar que algunas naciones tenían en el escenario internacional (Arrault, 2008): para ellos se trataba de *grandes potencias*. Formaban parte de ellas los Estados avanzados con la industria más eficaz y con imperios coloniales importantes: Reino Unido, Francia, Estados Unidos, Alemania, aunque también los Países Bajos y Bélgica, debido a sus colonias en ultramar. Posteriormente, se sumarían Japón e Italia.

El siglo XIX hizo descubrir a la población europea parte de las praderas, estepas y bosques templados —con sus variantes cálidas o frías— que hasta entonces se habían mantenido más o menos desocupadas: Siberia, Manchuria, la isla de Hokkaido en Asia, el Oeste de los Estados Unidos y Canadá, Argentina, Uruguay, Chile y Brasil meridional en Sudamérica, así como Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda en Oceanía.

Se le llamó *países nuevos* a las grandes zonas que se abrieron a un poblamiento de tipo europeo. Esas tierras requerían de capital para crear la infraestructura de transporte indispensable para vender o comprar al exterior. Eran proveedoras

principalmente de productos agrícolas o mineros —la industria aún no se había desarrollado a pesar de que ya contaban con las condiciones necesarias—.

Algunas de las grandes potencias, o de los países que estaban en vías de serlo, eran al mismo tiempo países nuevos: tal era el caso de Rusia gracias a Siberia, y de los Estados Unidos y Canadá gracias a las vastas áreas de la Pradera y las Rocallosas.

En el resto del mundo, los geógrafos distinguían tres conjuntos:

- Antiguos imperios en vías de implantación o de desmantelamiento —el imperio otomano y China, principalmente.
- Estados independientes que no contaban con los medios para asumir por completo su soberanía: por ejemplo, Etiopía en África, Persia, Afganistán y Tailandia en Asia, y los países sudamericanos en su conjunto. Estos países no escaparon a la nueva ola de colonización a causa de la rivalidad entre las potencias imperiales que los codiciaban, o debido a la protección que los Estados Unidos garantizaron, a partir de la declaración de la Doctrina Monroe, a todo el continente americano.
- Los imperios coloniales rediseñaron el mapa político de más de un cuarto de la superficie terrestre. En la mayor parte de los espacios ocupados por pueblos fragmentados en sociedades orales, se ejercía directamente el poder colonial; y, donde ya existían Estados estructurados, solía optarse por la fórmula del protectorado, la cual no representaba los mismos gastos para la potencia colonial; la legitimidad de las estructuras que se conservaron permitió ejercer la dominación de manera más sencilla.

Para los geógrafos, los países colonizados aparecían como territorios sin personalidad política. Sus fronteras solían ser arbitrarias. ¿En África acaso no fueron trazadas por diplomáticos que ignoraban todo de las realidades durante el Congreso de Berlín? Para facilitar su acción, las potencias coloniales, sin embargo, estaban preocupadas por delimitar territorios coherentes. Sus posesiones se dividían en círculos y en otras circunscripciones; burocracias modernas se hicieron cargo de la administración. Así, los territorios coloniales se organizaron siguiendo un principio similar al implementado en los países colonizadores.

Países industrializados, *grandes potencias*, *países nuevos*, *imperios residuales*, *Estados débiles*, *territorios colonizados*: las herramientas intelectuales de las que se disponían justo antes de la Primera Guerra Mundial se adaptaron a las realidades del momento. Describían el mapa político del globo tomando en cuenta las condiciones económicas (el país está o no industrializado), las dimensiones sociales

del ejercicio del poder (el país es o no democrático), las posibilidades de desarrollo (es un país nuevo o un país viejo), la viabilidad de sus instituciones (es un país plenamente soberano, como los países industrializados; o un país cuya soberanía es parcial o la ha perdido).

Las geografías universales no habían pasado de moda. Armand Colin confió a Paul Vidal de la Blache, con la ayuda de Lucien Gallois, la concepción y dirección de un nuevo compendio de este tipo a principios de 1910. Se diseñó muy rápido el plan y se designaron a los autores de los diferentes volúmenes. La Primera Guerra Mundial retrasó la publicación de la colección (iniciada en 1927) y la Segunda Guerra Mundial la de los últimos volúmenes (aparecidos en 1948).

Los principios que aplicó Vidal de la Blache diferían de los que había seguido Élisée Reclus. El plan general dejó de organizarse en función de los climas y los niveles de desarrollo. Los continentes se abordaron uno por uno. Y, al interior de cada cual, se analizó cada Estado (en aquellos casos donde las formaciones políticas eran independientes) o cada territorio (en las zonas colonizadas) por separado. De ese modo, se podían tomar en cuenta las condiciones económicas y sociales de la vida de los pueblos, sin que hubiera necesidad de explicitar la lógica general. Le tocaba al lector deducirla. Y lo hacía sin dificultades: la división del mundo en conjuntos territoriales aparentemente similares es universal; aunque, de hecho, son muy diferentes. En los países industrializados y democráticos contrastan las zonas donde la economía es dependiente y el Estado es débil de aquellas que están bajo el control de potencias extranjeras. El propósito de la *Geografía universal* de Vidal de la Blache no era el de dar una visión simplificada del planeta, sino, por el contrario, detallar la organización territorial de cada uno de sus componentes, Estado o territorio colonial, y, de ese modo, precisar el lugar que ocupan en la vida del globo.

Una sola de las categorías en uso a comienzos del siglo XX dejó de ser pertinente: los *frentes pioneros* que abrieron los países templados a la agricultura moderna ocupando todos los espacios explotables. La era del mundo finito comenzó con ellos, como lo señala Frederic L. Turner (1963): las tierras vírgenes ahora estaban ocupadas, y el proceso se detuvo en los Estados Unidos en la década de 1890. Las olas de colonización y de explotación no desaparecieron, pero ahora se llevaban a cabo en el mundo tropical, como lo mostró Isaiah Bowman (1931), el gran especialista en la materia. La del estado de Sao Paulo, en Brasil, comenzó en la década 1870; arrasó con su mitad occidental y con las tierras ricas de los estados vecinos del Paraná, Mato Grosso del Sur y el triángulo minero de Minas Gerais en el periodo de entreguerras, como lo afirmó la tesis de Pierre Monbeig (1952). Este seguía siendo un frente pionero, cuya producción, el café, iba destinada al

mercado mundial. Los avances que se lograron en las décadas siguientes en el resto de la América española estuvieron enfocados en satisfacer las necesidades de las poblaciones locales que crecían rápidamente.

La ambición planetaria no desapareció, pero ahora se encontraba en otros textos, en particular los de Albert Demangeon. Especialista en la Europa industrial del noroeste (Bélgica, los Países Bajos, las Islas Británicas, 1927), publicó en 1920 *El declive de Europa*: la primera Guerra Mundial puso fin al predominio de este continente, que ya no era capaz de unificar el espacio económico mundial, como lo había hecho antes de la guerra:

> [Europa ha tejido alrededor del mundo] una red de vínculos económicos que constituye su fortuna privilegiada. [Es] el gran banco que abastece los capitales de las nuevas regiones […], la gran empresa de armamento que transporta de mar en mar a los hombres y los productos de toda la tierra, la gran fábrica que vende a las poblaciones jóvenes sus colecciones de artículos manufacturados. […]. Es la gran potencia económica del mundo (Demangeon, 1927a, pp. 15-16).

El Reino Unido abrió el camino hacia esa dominación. Demangeon dedicó en 1923 una obra que ahondaba en la subida al poder del Imperio británico y en su previsible declive. Tenía un nuevo propósito:

> Nuestro propósito no es el de contar la historia de la conquista […] ni el de describir a los países involucrados […] Es fundamentalmente el de estudiar el contacto entre dos tipos de pueblos, que deben relacionarse en el seno de una colonia: un pueblo desarrollado, bien provisto de capital y equipamiento material, que busca nuevas riquezas, espacialmente en movimiento, abierto a la idea de empresa, de aventura, a lo desconocido y exótico; el otro, encerrado sobre sí mismo, fiel a sus modos de vida tradicionales, con horizontes limitados y mal provisto de armas y equipamiento. La investigación consiste en explicar cómo el pueblo colonizador actúa a fin de explotar ese territorio, producir riqueza y dominar y utilizar a los indígenas, y de cómo el pueblo colonizado, en función de su contexto natural y del grado de civilización de sus habitantes reacciona ante la corriente de un nuevo pensamiento (Demangeon, 1923, pp. V-VI).

El motivo de la expansión es psicológico y económico (el deseo de enriquecimiento) o cultural (el gusto por lo desconocido y por lo exótico; el espíritu de emprendimiento y de aventura). Solamente analizando estos aspectos se puede comprender el desarrollo del imperialismo del Reino Unido a escala mundial.

Para consolidar su dominación en los territorios codiciados, los británicos implantaron su modo de vida, su sociedad y sus fuerzas armadas en los reducidos espacios donde residían. Para apropiarse de los países, recurrieron a los medios más eficaces que ofrecían la investigación científica y las técnicas industriales: así, los dotaron de puertos, carreteras y, más tarde, de vías férreas y de líneas telegráficas y telefónicas para que estuvieran informados de lo que pasaba en todo momento. Para sacarlos adelante, hicieron fuertes inversiones que provenían del Reino Unido: así, desarrollaron la explotación de las minas y la agricultura.

El imperio británico se basó en el avance científico y técnico de los países y en el dominio de cierto número de técnicas de organización social que unían a las élites colonizadoras y estructuraban los espacios dominados mediante eficaces burocracias militares y administrativas relativamente pequeñas. Sin embargo, estas fórmulas podían difundirse y copiarse, como lo advierte Demangeon (1923). En la década de 1920 comenzó a darse el desarrollo de movimientos nacionalistas en Egipto, en el resto de los dominios británicos ubicados en el mundo árabe y en las Indias —amenazando con el fin del imperio—. En los países musulmanes algunas de esas corrientes eran religiosas.

El apasionante interés que pusieron los geógrafos de fines del siglo XIX y comienzos del XX en el escenario mundial se tradujo en el éxito cada vez mayor de la geografía política. El término fue propuesto por Friedrich Ratzel en 1898, aunque algunos ya la practicaban sin darle un nombre, como Élisée Reclus cuando trazó el recorrido de la civilización (1876-1894), o Vidal de la Blache cuando mostró el papel que tuvo la apertura del canal de Suez en el Mediterráneo (1873), o cuando analizó lo que hace la fuerza de los países alrededor de Francia (1889). Lo que llamaba particularmente la atención de autores ingleses o norteamericanos, trátese del almirante Alfred Mahan (1890) o de Mackinder (1904), eran los juegos de poder y el peso respectivo de las fuerzas navales y los ejércitos en la dominación mundial.

El propósito de esas investigaciones era evidentemente el de explicar las decisiones estratégicas de los hombres políticos y militares. Y se volvió aún más evidente cuando el geógrafo sueco Rudolf Kjellén (1916) dedicó una nueva disciplina, la *geopolítica*, al estudio de los juegos internacionales de poder. Karl Haushofer (1928) retomó y desarrolló esa idea en Alemania. Basada en fundamentos ambiguos, la geopolítica no tardó en ser explotada y desvirtuada por los nazis, lo cual explica su desaparición durante toda una generación.

El espacio mundial desde la perspectiva del desarrollo desigual

La Segunda Guerra Mundial aceleró los cambios que ya se perfilaban en el periodo de entreguerras. Por todas partes, los independentistas aprovecharon el debilitamiento o la desaparición momentánea de las potencias coloniales para atraer a un sector importante de la opinión local. Las dos superpotencias que entonces dominaban la escena mundial, los Estados Unidos y la Unión Soviética, condenaban la dominación colonial. La URSS armó y apoyó los movimientos insurreccionales. La diplomacia estadounidense se dedicó a minar las políticas coloniales de sus aliados europeos: el Reino Unido y Francia. La acción conjunta de los Estados Unidos y la Unión Soviética hizo fracasar, en 1956, la operación franco-británica en el canal de Suez. ¡El respiro que gozaron algunas colonias no fue sino de corto plazo!

¿Cómo pensar la geografía mundial en una coyuntura donde los territorios coloniales rápidamente se transforman en Estados-nación, cuya estructura se parece oficialmente a la de los países occidentales (Claval, 2005, pp. 459-473)? La dominación directa desaparece inmediatamente, y la geografía política se uniformiza. Las variables económicas se mantienen. Las nuevas técnicas de compatibilidad nacional ponen en evidencia un hecho vergonzoso: la diferencia es de 1 a 100 entre el ingreso por cabeza en los países más pobres y los más ricos. Psicológicamente es más incisivo que decir que hay territorios despojados y otros que viven en la opulencia. La magnitud de la desigualdad por fin se dimensiona. La interpretación del mundo siempre se había hecho en términos de progreso, pero el rezago de los países pobres ahora se presenta como un hecho escandaloso (sobre la historia de la reflexión y el subdesarrollo véanse Gerschenkron, 1962 y Higgins, 1959).

Este contraste resultó aún más inquietante debido a que el crecimiento de los países pobres tuvo una aceleración brutal: gracias a la Segunda Guerra Mundial, la medicina de masas se difundió rápidamente. Consistía en el uso masivo de un pesticida, el DDT, en las zonas con malaria, en la vacunación sistemática de la población y en el empleo de antibióticos. En las regiones pobres, las familias siempre han tenido muchos hijos, aunque la mitad de ellos moría antes de los 5 años. Esta cifra pronto pasó a 3 de cada 10, luego 2 de 10 y, finalmente, 1 de 10 que morían así; más tarde fue 1 de cada 20 y luego 1 de 30… Las tasas de crecimiento anual superaron entonces 20 por cada mil en muchos países, ¡donde la población se duplicó en menos de 15 años!

El problema del desarrollo parecía irresoluble: para que el crecimiento económico superara el 2% por año, tasa necesaria para enfrentar la expansión de-

mográfica, era necesario un nivel de inversión que estuviera por encima de las posibilidades de la frágil economía local. ¿Se cuenta con el apoyo de los países ricos? Estos hacen un esfuerzo, pero es tan limitado que no resulta de gran ayuda.

En la escena mundial, la perspectiva del desarrollo siempre ha contrastado a un centro progresista debido a la industrialización y a una periferia rezagada, pobre y dominada, aunque se ha modificado esta interpretación. La expansión imperialista del centro ya no puede justificarse por la diferencia en los niveles culturales y económicos que existe entre este y el resto del mundo. ¿Quién podría defender una dominación que ha durado un siglo, un siglo y medio o dos, y decirse civilizadora cuando se dimensiona el abismo que separa a los ricos —los colonizadores— de los parias de la tierra —los colonizados—? Los países imperialistas no han sabido —ni tampoco han querido— expandir el progreso. No han logrado instruir a los pueblos dominados, ni iniciar la modernización de sus sociedades y de sus economías. Al contrario, los han desestructurado al someterlos a una explotación que, con la explosión demográfica, de los años 1950 y 1960, les quitó la posibilidad de escapar por sí solos de la miseria.

La invención del término tercer mundo por parte de Alfred Sauvy (1952) popularizó la lectura del mundo en términos de desarrollo y subdesarrollo. Hubo muchas variantes de ella. La versión que adoptaron los tercermundistas moderados, comúnmente de inspiración cristiana, reconoce la culpa de los países desarrollados y propone solucionar el problema promoviendo la ayuda internacional.

Los marxistas se remitieron a los textos que, a comienzos del siglo XX, Rosa Luxemburgo y Lenin dedicaron al imperialismo como estadio supremo del capitalismo. Como la rentabilidad del capital disminuía en Occidente, los países ya industrializados sintieron la necesidad de explotar los recursos del resto del mundo. Las independencias no ayudaron a resolver el problema: el capitalismo occidental siempre ha explotado a las naciones en vías de desarrollo. La descolonización es pura fachada; una nueva forma de dominación, el neocolonialismo ha reemplazado al anterior. No hay que esperar nada de los países ricos: es muy poca la ayuda que proporcionan como para garantizar el despegue del tercer mundo. Su única función es la de aparentar ante la opinión pública que tienen la consciencia tranquila.

La lucha contra las viejas potencias imperialistas debe continuar aun después de la independencia. Actualmente, esta apunta sobre todo a los Estados Unidos, ya que su poder financiero ha reemplazado al control político que ejercían las metrópolis europeas, y su forma de dominación es más eficaz y difícil de denunciar porque es más hipócrita.

El apelativo tercer mundo contribuye a fijar la versión marxista de la interpretación en términos del desarrollo desigual: a finales de la década de 1960 y comienzos de 1970, la *intelligentsia* de izquierda profesó con agrado la *teoría del desarrollo del subdesarrollo* (Frank, 1966); para esta corriente, la política actual no conducía al auge de los países pobres, sino que acentuaba su rezago. Estas ideas encontraron una amplia audiencia al mismo tiempo que los cuatro dragones del Sudeste Asiático vivían un auge acelerado. En menos de diez años, el éxito de estos últimos volvió obsoleta la lectura del mundo en términos de estancamiento prolongado —o de desarrollo del subdesarrollo—.

Braudel, Wallerstein y las economías-mundo

La globalización está en marcha desde hace medio milenio. Ha producido numerosas corrientes de pensamiento que tienen en común identificar sus efectos en determinado momento, aunque no los explican a largo plazo. El primer trabajo que abarcó todo el periodo es de un historiador, Fernand Braudel (1979), en el que se inspiró Immanuel Wallerstein (1974-1988) en los Estados Unidos.

Durante su cautiverio en Alemania, en la Segunda Guerra Mundial, Braudel descubrió temas que surgieron del pensamiento alemán y que eran desconocidos en Francia. La idea de economía-mundo propuesta por el historiador Wilhelm Röpke, lo sedujo. ¿De qué se trata? De la zona en la que se inscribe, en un momento dado, la cuasi totalidad de los intercambios económicos observables alrededor de cada uno de sus puntos. Una economía-mundo engloba, por lo general, una pluralidad de unidades políticas cuya consistencia varía del centro a la periferia. Lo político y lo económico no se inscriben en la misma escala, sino que estos dos ámbitos corresponden a dos vertientes de una misma realidad.

La Era de los Descubrimientos amplió la esfera donde se desarrollaba la economía-mundo centrada en Europa. Volver a trazar la dinámica de la economía-mundo europea significa reconstituir las etapas de la globalización.

1. En el capitalismo comercial que se desarrolló desde el siglo XVI, el contacto entre mundos distintos y la explotación de sus producciones tan diferentes fue lo que condujo rápidamente a hacer fortuna. Se obtenía una gran ventaja de ello, aunque era frágil: el éxito que tuvieron los navieros y los comerciantes que enviaron sus flotas en el momento correcto y al lugar adecuado despertó envidias; la competencia obtuvo información, corrompieron a pilotos, consiguieron mapas, enviaron navíos a hacer viajes de exploración. Los negociantes necesitaban de un poder que los protegiera a evitar las pérdidas, que organizara convoyes armados

para defenderlos de los piratas o corsarios y que fortificara los puertos donde se llevaban a cabo los intercambios. Si el Estado no contaba con los medios para financiar tales políticas, entonces ¡que les delegara su soberanía y les diera el derecho de encargarse de la defensa de las plazas —y los territorios— necesarias para la expansión de sus negocios!

El Estado era sensible a tales demandas, ya que el comercio exterior era una de las principales fuentes de ingresos fiscales: llevada a cabo en muy pocos puertos, la recaudación de impuestos sobre los productos importados era fácil. Sin la quinta parte que los Estados ibéricos recibían de la producción de metales preciosos y de diamantes de México, Perú y Brasil, sus ingresos se verían muy limitados; de hecho, se desplomaron tras el agotamiento de las minas.

Del siglo XVI al siglo XVIII, la economía-mundo fue impulsada por los Estados europeos que disponían de armas y flotillas de guerra eficaces, así como por ciudades que dominaban a la perfección las tácticas del comercio y la banca—Génova y Venecia en el mundo mediterráneo; Amberes, Ámsterdam y Londres en el Mar del Norte—. Estas ciudades se presentaban como ciudades-Estado (como en el caso de Génova o Venecia), o como capitales y centros de impulso económico de los Estado territoriales (como Ámsterdam en Holanda o Londres en Inglaterra). Gracias a sus recursos financieros y a sus fuerzas armadas estos Estados eran totalmente soberanos. El paisaje político del centro de la economía-mundo europeo se conformaba por Estados que muy pronto se habían vuelto westfalianos, y por algunas ciudades-Estado, cuyo papel era cada vez más limitado.

La periferia se constituía de espacios políticamente poco estructurados y que las potencias europeas explotaban a través del comercio; instalaban ahí suboficinas que solían fortificar; así, garantizaban mejor el control sobre los espacios continentales vecinos.

Entre el centro imperialista y la periferia cada vez más dominada se interponía una serie de Estados estructurados, capaces de defenderse, pero cuyo poder seguía siendo débil. Constituían lo que Wallerstein llamó la semi-periferia. La explotación a la que las potencias del centro los sometieron fue principalmente comercial.

La eficacia del *capitalismo* se debió al *cambio de rutas* que operaron los agentes económicos entre el momento en que tomaron consciencia de la demanda y el momento en que se equiparon para satisfacerla. En el capitalismo comercial, ese cambio era espacial: una forma de conseguir ganancias más elevadas fue yendo a buscar a los países lejanos los recursos o los productos que salían más baratos que en Europa. Para conservar esta ventaja, los negociantes se apoyaron en el

poder militar de sus países, y así fue como la creciente expansión de la economía-mundo europea fue acompañada de la primera ola de expansión imperialista.

El esquema propuesto por Fernand Braudel, que retomó —y retocó— Immanuel Wallerstein, es atractivo. Si bien el capitalismo es lo que unifica nuestro planeta, la concepción de Braudel es muy diferente a la que prevalecía entre los marxistas. Para él, la vida económica global que se consolidó a partir de la Era de los Descubrimientos no se construyó simplemente sobre el saqueo del resto del mundo; se basó en una forma geográfica del desvío capitalista y se benefició de la diversidad de los recursos o de la productividad que dio lugar a la ampliación de la esfera terrestre conocida y recorrida. Este tipo de desvío precedió al de la inversión técnica en el que se basó el capitalismo industrial.

2. Los vínculos que tejió con el poder el capitalismo industrial, instaurado en la Gran Bretaña en los últimos años del siglo XVIII, son de otra naturaleza. Ya había un conocimiento del mundo. Y se disponía de más información sobre los recursos que podían explotarse en cada país: se ganaba menos distribuyendo la producción hacia los mercados del centro. Las ganancias se obtenían de otra parte. Se generaban por el manejo de las nuevas técnicas de la industria, que constituían *la nueva forma del desvío capitalista*.

Las industrias esperaban mucho de los Estados, que debían facilitarles la elaboración de sus proyectos garantizando la seguridad de los productos y la estabilidad de la moneda al interior del territorio nacional. Para estos fines, convenía que establecieran el oro como moneda de referencia y que crearan un banco central. Tenían que desarrollar una infraestructura de transporte y comunicaciones para unificar los mercados nacionales. Además, se hizo indispensable proteger durante algunos años los procedimientos de fabricación que acababan de inventar las empresas: diseñar y fabricar una máquina costaba caro; no podían arriesgarse a menos que estuvieran protegidos de los imitadores por un lapso suficiente para amortizar su trabajo explotando ellos mismos el nuevo equipo o vendiéndolo a otros productores: así, surgió la necesidad de implementar un sistema de derechos de propiedad intelectual. Asimismo, se le solicitó a los Estados vigilar las rutas marítimas e intervenir cuando los términos de las transacciones realizadas con socios extranjeros no se respetaran.

La hulla y las máquinas en poco tiempo dieron a los países de Europa del Norte y Occidental en vías de industrializarse una ventaja decisiva sobre los viejos centros manufactureros de China y la India. Ya no fue necesario proteger los productos europeos. Ahora lo que importaba era evitar que los países extranjeros blindaran sus mercados con el cobro de elevados derechos de aduana o mediante

prohibiciones. Durante una primera fase, el libre intercambio funcionó como un medio de expansión.

La industria se difundió rápidamente por todo el occidente, norte y centro de Europa, así como en Estados Unidos. La competencia entre esos países se volvió más intensa cuando expiraron las patentes de los primeros inventos. Hacia fines del siglo XIX, muchos industriales solicitaban a sus gobiernos protegerlos contra esa competencia restableciendo los derechos de aduana.

Los Estados cedieron fácilmente ante esa presión, por lo que terminaron dependiendo cada vez más de los impuestos que recibían de las industrias. Los impuestos podían ser elevados, y con los medios de transporte y comunicaciones de la época, las empresas no podían situar los establecimientos de sus cadenas productivas demasiado alejados entre sí: por eso, resultaba difícil instalarlos en el extranjero. Gracias a que tenían un fuerte control del mundo industrial, los Estados podían disponer de cómodos ingresos fiscales, mantener servicios públicos eficaces e implementar políticas sociales. Gracias a la recaudación y redistribución que la industrialización hizo posible, el porcentaje del ingreso nacional que circulaba al interior de los territorios se elevó; las economías de los países industrializados se volvieron nacionales; los efectos multiplicadores de las inversiones realizadas al interior de ellos se fortalecieron. El crecimiento se sostenía por sí solo.

Sin embargo, estas políticas tuvieron efectos negativos en el resto del mundo: a partir de 1900 desaceleraron la difusión de la industria a escala global; la mayor parte de las manufactureras se quedaron concentradas en Europa, los Estados Unidos y Japón.

El poder de los países industrializados creció, y ahora podían proceder al desmantelamiento de los países menos desarrollados de la semiperiferia.

El éxito de las tesis de Braudel-Wallerstein fue considerable. Tuvieron un amplio eco entre los historiadores y economistas. Asimismo, atrajeron a muchos geógrafos que redescubrieron la geografía política y la geopolítica. La revista *Political Geography* contribuyó en dar a conocer esas interpretaciones en la década de 1980. Peter Taylor ofreció el mejor ejemplo de esta tendencia, como lo mostró en su *Political Geography. World Economy, Nation State and Locality* (1985), basada en los sistemas-mundo, es decir, las economías-mundo.

Stéphane Rosière destaca la originalidad de la concepción del espacio que esta propone:

> …El sistema-mundo construye no una red clara y tangible, sino campos de fuerza, gradientes de poder que determinan los centros y las periferias, es decir,

> los "salientes" y los "huecos" de un sistema en el que prima el desarrollo económico, principal componente del poder (Rosière, 2009, p. 21).

Braudel y Wallerstein propusieron un enfoque que tomaba en cuenta al mismo tiempo la evolución técnica, la vida económica y la organización política. Pero, en cambio, ignoraba la dimensión cultural. En *The Way the Modern World Works. World Hegemony to World Impasse* (1966), Taylor, a diferencia de ellos, le da un lugar esencial en la dinámica del sistema-mundo global que se puso en marcha en el Renacimiento (Taylor, 1999). Influido por las perspectivas marxistas de muchos geógrafos británicos, era sensible a las tesis de Antonio Gramsci sobre el papel de los intelectuales en el establecimiento de las hegemonías. De hecho, mostró que el polo mundial de la vida intelectual, las relaciones económicas y la supremacía política se estableció en Ámsterdam alrededor de 1600, se desplazó a Londres y la Gran Bretaña hacía 1680 —en Manchester especialmente en el siglo XIX— y migró hacia los Estados Unidos alrededor de 1890. En estos lugares fue donde se elaboraron los sistemas de pensamiento que justifican y promueven la hegemonía occidental. Así, la modernidad se presenta como una aventura que se juega en los países protestantes donde el calvinismo solía tener un papel principal (como en los Países Bajos, en Escocia o en Nueva Inglaterra) o importante (como entre los disidentes ingleses o en los Estados Unidos en general).

El talón de Aquiles del análisis basado en la noción de economía-mundo extendida a escala planetaria fue el de insistir demasiado en el juego de fuerzas económicas. Taylor no escapó a la crítica: para él, las fuerzas productivas ejercen a su vez un peso determinante en las dinámicas culturales que tienen prisa por llevar a la práctica.

La globalización coloca la información y el conocimiento en el centro de la vida económica

1. El progreso de la navegación, y posteriormente el del transporte continental y aéreo, han contribuido a reforzar el impacto de la globalización: cada vez es más fácil llegar a lugares apartados, los cuales reciben sin dificultad productos provenientes de todas partes del mundo. En cambio, el lugar que se le da al progreso de los medios de comunicación sigue siendo limitado en la mayoría de las interpretaciones de la globalización que hemos revisado. El análisis del capitalismo comercial propuesto por Braudel es el único que la pone en primer plano.

El "desvío" en el que este se basa es resultado de la complicada construcción de vínculos confiables entre informantes lejanos.

2. Sin embargo, no se habla tanto de que Braudel también puso el acento en el papel de la información dentro del capitalismo industrial: el retrato que hizo de los hombres nuevos que garantizaron el éxito industrial de Inglaterra a comienzos del siglo XIX lo muestra de manera admirable:

> Ante todo, esos nuevos emprendedores son operadores, y en muy raras ocasiones [...] son pioneros de grandes innovaciones o los propios inventores. Los talentos a los que aspiran, las tareas que se asignan, consisten en dominar la mayor parte de las nuevas técnicas, dirigir a contramaestres y obreros, y conocer como expertos los mercados para poder ellos mismos destinar su producción, con las derivas que ello implica. Buscan deshacerse del intermediario del comerciante a fin de controlar por sí solos la compra y el traslado de la materia prima, su calidad, su regularidad. Deseosos de vender en masa, quieren ser capaces de conocer por sí mismos los movimientos del mercado y adaptarse a él (Braudel, 1979, p. 516).

La necesidad de estar perfectamente bien informados de los movimientos del mercado era más importante para los industriales que para el negociante o el naviero del periodo anterior —lo cual los llevó a reemplazarlos—. A partir de la década de 1840, el telégrafo contribuyó a que tuvieran mejor conocimiento de los recursos y las oportunidades que ofrecían los países lejanos. El desvío del capitalismo industrial no solamente era el de la inversión en medios de producción, sino era espacial, lo que garantizaba el control de la información. Por eso, desde un principio, el capitalismo industrial es indisociable de la creación de sistemas de comunicación cada vez más eficaces.

El doble desvío —temporal, a través de la inversión en equipos productivos, y espacial, a través de la exploración de los mercados— de los industriales se vio favorecido con la instauración, por parte del Estado, de un espacio jurídico que garantizara la propiedad y sancionara a quienes no cumplieran con los contratos en los que se habían comprometido; asimismo, con la emisión por parte del banco central de una moneda estable, y, finalmente, con la implementación de un sistema monetario internacional basado en el oro y la libra esterlina.

3. Alrededor de 1900, con el triunfo de la gran industria, se logró el cambio. Este fue posible gracias a que la cadena de montaje permitía dividir las tareas, evitando los tiempos muertos y multiplicando el uso de máquinas que aceleraban el trabajo. Aunque también fue gracias a la eficacia de la organización interna de

la empresa. La gran empresa supo cómo sacar provecho de la división entre los Estados mayores que piensan y conciben la acción y una estructura lineal que garantizara su ejecución. De ese modo, la gran empresa pudo coordinar eficazmente el trabajo de miles o decenas de miles de personas repartidas en talleres u oficinas que generalmente se encontraban alejadas entre sí. Para lograr hacerlo, puso el acento en la ejecución de las tareas más que en la iniciativa —lo cual, evidentemente, hizo más pesado su funcionamiento—.

La globalización se fue consolidando progresivamente con los Grandes Descubrimientos en la década de 1960. Al principio, el mundo existía simplemente como una construcción intelectual; no procedía de una experiencia real. A medida que esta se ampliaba, el interés por pensar aquello que se descubría era mayor. Los teólogos, los filósofos, los físicos, los naturalistas y los geógrafos dirigieron ese pensamiento, como también aquellos que comenzaban a dedicarse al estudio del mundo social. Las geografías universales elaboraron y explotaron criterios de interpretación basados en la posición geográfica (longitud y, sobre todo, latitud) y en la idea de progreso. Alrededor de 1900 podían distinguir a las grandes potencias, a los países nuevos y a las zonas penetradas por el imperialismo europeo, o en vías de serlo, y cuyo papel era pasivo. Después de 1945, la idea de que no había ninguna razón para que el desarrollo siguiera siendo el privilegio de algunos pueblos dio lugar a una nueva concepción de la mundialización y condujo, con Braudel y Wallerstein, a las primeras interpretaciones de la globalización en general.

La globalización, en gran medida, fue resultado del progreso de la navegación y de formas de organización política que surgieron en Europa y luego se extendieron a los Estados Unidos. Estos dos conjuntos se aprovecharon de ella para saquear cada vez más los recursos del planeta en beneficio propio.

Estados y empresas participaron de manera conjunta en tales transformaciones: los Estados se fortalecieron al afirmar su soberanía y ejercer su poder soberano en el ámbito aduanero y monetario a fin de cimentar sociedades y economías nacionales. Los empresarios pusieron en marcha dos formas de *desvío capitalista*: el *desvío espacial*, que se beneficiaba de la repartición y el desarrollo desigual de los espacios geográficos, y el *desvío productivo*, que apostaba por la inversión para posteriormente beneficiarse de las economías de escala. Y, a escala local, se sumó un *desvío informativo,* que se tradujo en la propagación de las economías externas.

Por tanto, la *globalización* va acompañada del auge del *capitalismo*. ¿Pero, es resultado de la existencia de un sistema capitalista, que sustentaría toda esa transformación? No: participan una pluralidad de actores cuyas acciones no están necesariamente coordinadas —los empresarios que imaginan las siguientes formas

del desvío capitalista y se benefician de ello, y los Estados que crean a tientas un entorno que facilita el éxito de las iniciativas de los primeros.

Hubo otros mecanismos que influyeron en la aceleración contemporánea de la globalización, como veremos más adelante.

Capítulo 6. La génesis de los espacios nacionales y regionales

Desde siempre, los geógrafos han trabajado con distintas escalas, pero la de su preferencia ha ido cambiando. En el siglo XIX y comienzos del XX emplearon la escala global, como lo demuestran —y lo hemos visto— sus reflexiones sobre las dinámicas de la época, el papel de las grandes potencias y la competencia entre ellas (Arrault, 2008). En la época en que nació la geografía clásica, alrededor de 1900, prestaron particular atención en la escala mediana de la nación o la región. Tuvieron dos motivos para ello: el primero es porque el mundo industrial entonces se estructuraba en Estados-nación; ellos eran quienes conducían la carrera hacia el desarrollo y se adjudicaban imperios coloniales cuyos territorios organizaban siguiendo el modelo de los estados europeos. Comprender el mundo implica analizar las entidades que los organizan y lo dominan, es estudiar el papel del Estado-nación, es comprender cómo obtiene de la organización regional de su territorio los elementos para su éxito. El segundo motivo es porque la geografía humana surgió del reciente interés que la teoría de la evolución despertó por el medio ambiente. Los métodos de trabajo de los geógrafos se vieron profundamente modificados: estos ya no podían limitarse a contemplar los mapas; para analizar los medios y la manera en que los hombres se integran a ellos, los explotan y los transforman, debían convertirse en hombres de campo. Para reconstruir la formación y la vida de las sociedades humanas debían estudiar las relaciones que sostienen los grupos con su medio ambiente. Ahora, la diferenciación regional de la Tierra ocupaba el centro de sus preocupaciones.

El giro cultural condujo, posteriormente, a los geógrafos a cambiar de foco —ahora privilegiaban lo local y lo doméstico o volvían a lo global—. Desde luego, eso no significa que las escalas medianas hayan dejado de ser pertinentes.

El desarrollo de los estudios de escala nacional y regional

La división del mundo en países cuyas provincias y ciudades son descritas

Para describir el mundo, lo más sencillo es distinguir los grandes conjuntos que lo conforman y subdividirlos en elementos más pequeños. A semejanza de Marco Polo, los viajeros y los geógrafos elaboran generalmente el cuadro de las entidades políticas o administrativas (Estados o provincias) que visitan o estudian: "La Armenia Mayor es una provincia muy extensa […] Los habitantes son armenios y súbditos de los tártaros" (T'Stertevens, 1955, p. 74), o también: "En Georgia hay un rey que se llama David Melic, lo que significa, en español, rey David. También está sometido al tártaro" (T'Stertevens, p. 74). Marco Polo suele asociar a cada provincia una gran ciudad: su capital, pero suele ocurrir que recuerde la ciudad solamente cuando es muy importante: "[Saint Marcan] Samarcanda es una grande y noble ciudad. Los habitantes son cristianos y sarracenos, y son vasallos del sobrino del Gran Khan…" (T'Stertevens, p.108).

La *Cosmografía universal* (1544) de Sebastian Münster traza el cuadro del mundo que se descubrió en la Era de los Descubrimientos. La obra se estructura por países, como lo muestra su libro II, que trata sobre Inglaterra, Escocia, Irlanda, España, Portugal, Francia, Bélgica, los Países Bajos, Luxemburgo, Saboya, Tréveris e Italia. Cada país ha sido cartografiado y descrito a detalle. Los criterios que aplicó para el relieve son simples: contrasta las planicies con las montañas; se analizan brevemente las provincias y sus recursos; se citan las ciudades, muchas veces representadas en el plano o en perspectiva, y se precisa su papel —se trata de la sede de un obispado, o de una corte de justicia, de tal o cual gobierno…—.

Las obras de geografía que proliferaban adoptaron desde entonces el modelo de la *Cosmografía universal*. En Alemania, Philipp Clüver (1580-1622) reunió los resultados de la Era de los Descubrimientos en un esquema riguroso, pero con una forma simple que mantuvieron las descripciones regionales de los siglos XVII y XVIII.

Las descripciones cifradas

Los datos que aportaron esas primeras descripciones de los países y las provincias no proporcionaban la información que necesitaban los políticos. Esto condujo a la apertura de nuevos campos de investigación. En Italia, Giovanni Botero publicó en Roma, entre 1591 y 1595, los tres volúmenes de *Le relazioni universali*, que marcaron el nacimiento de la *estadística* o ciencia descriptiva del Estado: de he-

cho, constituía una geografía aplicada a las necesidades de los países que en aquel entonces consolidaban su soberanía. Para Antoine de Montchrestien, en Francia, la *economía política*, sobre la que publicó un tratado en 1615, debía ayudar al Príncipe a "multiplicar a los hombres y al ganado" en los que reside su poder.

Así, aparecieron sucesivamente descripciones calificadas como ciencia del Estado, o estadística. Elaboraban un inventario de las poblaciones y las actividades de un país o de una provincia. William Petty puso el ejemplo en las islas británicas: por encargo de Cromwell, levantó el catastro de Irlanda y el inventario de su riqueza; practicó la *Aritmética política* —título de su obra póstuma publicada en 1691— mediante la cual complementó la descripción clásica de los datos demográficos con una primera forma de contabilidad territorial. El *Proyecto de un diezmo real,* que publicó Vauban en 1707, iba en el mismo sentido.

En Alemania fue donde este movimiento cobró mayor fuerza. Como su principal ambición era la de garantizar mayores ingresos fiscales al Estado, llevó el nombre de ciencia cameralista —siendo la *cámara* el espacio donde el Príncipe guardaba su tesoro—. El término apareció en el siglo XVI, pero la disciplina se desarrolló sobre todo en los siglos XVII y XVIII. El *Von teuchen Fürststaat* que Veit Ludwig von Seckendorff publicó en 1655, donde describe los principados alemanes, impulsó el movimiento, que se compaginó con Hermann Conring (1677). Sus conferencias, publicadas en 1677, inscriben a la nueva estadística dentro de un marco aristotélico: la riqueza de una comunidad natural depende de una causa material (la población y el número de hombres), de una causa final (los propósitos que se fija esta comunidad), de una causa formal (el derecho, la tradición, y el derecho del príncipe), y de una causa eficiente (la administración, es decir, el conjunto del aparato jurídico y burocrático) (Lécuyer, 1985, p. 577). En el siglo XVIII, el legado de Conring se difundió en la Universidad de Halle (fundada en 1694) y más tarde en la de Gotinga (que data de 1737). Una escuela de ciencia cameralista, que encabezó Gottfried Achenwall (1719-1772), entre otros, se desarrolló en Gotinga. Preocupado por expandir sus dominios, Federico Guillermo I de Hohenzollern, promovió la corriente cameralista, que desde entonces fue especialmente predominante en Prusia.

El énfasis puesto en las realidades del Estado y en las condiciones de su funcionamiento se asocian al triunfo del Estado westfaliano: el soberano tiene todo el interés en ampliar las riquezas del país donde reina a fin de afianzar sus ingresos fiscales. En una Alemania fragmentada en 300 entidades políticas, todo príncipe buscaba lograr rodearse de una Corte y construir un palacio que se pareciera al de Versalles.

El método de las descripciones estadísticas se consolidó a finales del siglo XVIII. Tras la independencia de los Estados Unidos, Thomas Jefferson propuso, en sus *Notas sobre el Estado de Virginia* (1787), una descripción estadística del Estado que gobernó por varios años. En Francia, la creación de departamentos por parte de la Asamblea Nacional Constituyente derivó en la redacción de las *Statistiques départamentales* [Estadísticas departamentales], que dieron a conocer esas nuevas circunscripciones, dándole un amplio espacio a los datos numéricos —a la estadística en el sentido moderno del término (Bourguet, 1989)—.

Las tablas con cifras no tienen voz, pero la cartografía las vuelve elocuentes. La publicación del barón Charles Dupin (1826) de un mapa coroplético donde destaca, en blanco y negro, el contraste entre la Francia iluminada y la Francia oscurantista (son los términos que emplea) produjo un gran impacto. La estadística geográfica se volvió uno de los instrumentos favoritos de las dependencias encargadas de realizar los censos. En ella, los datos numéricos se representaban mediante puntos o círculos proporcionales; las densidades a través de áreas coloreadas o sombreadas; los campos de fuerza con líneas de igual intensidad, y los movimientos con flechas, cuya longitud era proporcional a los flujos, como en los mapas que desarrollaría Charles-Joseph Minard entre 1830 y 1860 (Palsky, 1996).

Gracias a la estadística se pudo caracterizar a cada comunidad, cada cantón, cada distrito, cada departamento a partir de los datos recogidos *in situ* durante los censos periódicos (uno cada cinco años en Francia desde 1801) que realizaban las alcaldías, las prefecturas, los servicios del Estado o las cámaras de comercio o agricultura. La cartografía temática (Palsky, 1996), que se desarrolló progresivamente en el siglo XIX, puso en evidencia las configuraciones y los flujos que permiten comprender cómo se articula y cómo funciona un país.

Contra lo arbitrario de las fronteras: la invención del Estado-nación

La estadística tal y como se practicaba en el siglo XVII y comienzos del siglo XVIII tenía un grave defecto: las divisiones que describía nacieron de decisiones políticas (Leyser, 1726). Las fronteras de los Estados se desplazaban a voluntad de los príncipes, al azar de sus matrimonios o a la fortuna de sus ejércitos. No podía ser de otro modo, ya que quienes gobernaban eran soberanos absolutos, ejercían un magisterio terrenal que les fue delegado por Dios, por lo que nadie podía cuestionar su autoridad. Tal era el caso de Francia: lo que unificaba al país era el vínculo establecido entre el rey y cada uno de sus súbditos. Como el vasallaje era personal, las leyes y los reglamentos podían variar de un grupo social a otro, de

un espacio territorial al siguiente. El único elemento que todos tenían en común era la soberanía del monarca.

El pensamiento político se transformó en el siglo XVIII con el triunfo de las teorías del contrato social (Claval, 1980): ahora el pueblo era el único poseedor de la legitimidad, la cual delegaban en los encargados de crear las leyes y en un presidente o un primer ministro, responsables de velar por su cumplimiento. La Revolución Gloriosa de 1688 en Inglaterra, la Independencia estadounidene y la Revolución francesa manifestaron ese cambio: el espacio sobre el que se edificaba el Estado dejó de ser arbitrario; es el de la nación. Desafortunadamente, la mayoría de las construcciones políticas existentes no se concibieron sobre este modelo. En aquellos lugares donde eran bastante antiguas, lograron, al menos, unificar parcialmente a las poblaciones que agrupaban. Tal era el caso en Europa occidental.

En Francia, durante los últimos años del Antiguo Régimen, era común que poblaciones diversas por sus lenguas y costumbres vivieran juntas. Una misma civilización, que se refleja en el progreso de sus letras, artes y ciencias, y que se expresa en francés, contribuyó a tal unidad. El sentimiento de cercanía entre los diversos grupos asentados en el Reino era demasiado fuerte como para que el Estado ahora pudiera identificarse con la nación —una nación, sin embargo, que se sabe heterogénea y que no conocen bien—. La Fiesta de la Federación, celebrada el 14 de julio de 1790, simboliza su unificación.

El Estado soberano del Antiguo Régimen sacaba de su territorio y de sus súbditos los recursos necesarios para sostener su poder y esplendor. El Estado-nación conservó esa preocupación de contar siempre con los medios suficientes para afirmarse frente a los otros, defender sus fronteras y sus aguas territoriales, y resistir a las revueltas internas. Pero, para justificar la legitimidad del poder ante los ojos de todos sus ciudadanos, ya no bastaba con salvaguardar el espacio nacional: ahora, el gobierno debía procurar el desarrollo de todos encargándose de su educación y permitiéndoles acceder al bienestar y a la felicidad.

Los medios necesarios para el buen funcionamiento del Estado-nación son diversos: no podían faltar aquellos que todo gobierno requiere para proteger su territorio; a estos se sumaron los que necesita para promover la educación y el bienestar de todos los ciudadanos, quienes, por su parte, debían contar con conocimientos básicos para beneficiarse a plenitud de la colectividad nacional y de sus componentes regionales. Allá, donde los Estados existentes se mostraban indiferentes a las fronteras de los grupos nacionales, finalmente fue necesario delimitarlas y ayudar a los miembros de esas colectividades a tomar consciencia de su historia, si es que la habían olvidado, y de su unidad, si nunca la habían

tenido. Estas acciones se basaron en una nueva concepción de la cultura, y sus verdaderas raíces se volvieron populares, como lo sostuvo Herder (1962, 1964) a fines del siglo XVIII.

Contra lo arbitrario de las divisiones administrativas: la invención de la región natural

Las circunscripciones de las que se hizo un inventario en cada país nacieron en momentos distintos y con propósitos variados: organizar la vida de la Iglesia, asegurar el control y mantener el orden del espacio, recaudar los impuestos, etc. Por lo general, sus límites no se superponían; pero ya no se adecuaban a las realidades actuales.

Por eso, la geografía se preocupó por definir conjuntos territoriales que no cayeran en la arbitrariedad del Príncipe. La Ilustración refutó los caprichos de los déspotas con los sólidos resultados de la razón científica. Reveló las fuerzas y los equilibrios que nacen del juego de la Naturaleza. La evidencia de unidades "naturales" se impuso a todos los investigadores.

El afán de racionalidad llevó a que diversos ensayistas propusieran divisiones territoriales basadas en los meridianos y los paralelos. En Francia, Robert de Hesseln se convirtió en el teórico de esa propuesta en 1780. Thomas Jefferson, entonces embajador en París de los Estados Unidos, fue seducido por esas ideas: en 1783 hizo que el Congreso estadounidense adoptara el *grid pattern* —el principio de una organización global de los territorios que se incorporaron a los trece Estados originales (Johnson, 1976). El sistema consistía en una cuadricula donde se representaban los meridianos y los paralelos, en la base cuadrados de 6 por 6 millas formaban *townships*, y encima, se dibujaban Estados formados por rectángulos esféricos entre dos meridianos y dos paralelos. Este principio podía aplicarse a un país nuevo que hubiera que construir a partir de la nada. Pero no estaba diseñado para países cargados de historia como los de Europa.

La geografía física, tal y como se practicaba en ese momento, proponía guiarse por la división del espacio en cuencas hidrográficas que están delimitadas por una divisoria de aguas. ¿Acaso no se trataba de divisiones fundamentales, ya que destacaban la estructura general del relieve, mostraban hacia dónde se drenaban las aguas y cómo se organizaba la solidaridad humana a las que se asociaban? Hasta fines del siglo XIX, ese fue el principio de análisis regional que siguieron algunos geógrafos, y no cualquiera, como Élisée Reclus. En Francia, de ese entusiasmo por las cuencas hidrográficas, perduró la costumbre de ponerle nombres de ríos a algunos departamentos: la Seine, el valle del Loira, la Île y Vilaine, etcétera.

La geografía física se transformó con los nuevos saberes que desarrolló la observación naturalista: Carlos Linneo propuso un modelo universal de clasificación de los seres vivos (plantas y animales). Se definió a las rocas por los minerales que las componían o por la forma en que se habían formado. Botánicos, zoólogos, especialistas en minerales y geólogos pasaron de la determinación y la clasificación de las especies a la de los espacios: distinguieron en la distribución de los bosques, las estepas y los desiertos cómo influye la luz solar, la temperatura (ambos dependientes de la latitud) y las precipitaciones sobre la vegetación. Asimismo, advirtieron en zonas altas el escalonamiento de frondosos, coníferas y praderas alpinas (Humboldt, 1805).

Los geólogos observaron que la vegetación natural y las culturas variaban según la naturaleza de los afloramientos que aprendieron a cartografiar. A ellos se debe la definición más fecunda de la región natural, que hacía falta. En su *Historia natural de la Francia meridional*, Giraud-Soulavie (1783) mostró cómo el sustrato geológico, los tipos de relieve, el clima y la vegetación combinaron sus efectos para que se formaran los siete conjuntos naturales del Vivarés: Montaña, el río Ródano, Maillaguès, la alta y baja región de Saint-Julien Boutières, Saint-Gineis-en-Coiron y las Cevenas. Y comprobó que los habitantes de esta región conocían desde siempre tales divisiones, como lo demuestra los nombres que les asignaron.

Estos resultados tuvieron una gran repercusión. Alexander von Humboldt los conocía y se basó en ellos para sus análisis sobre América española. En Francia, los geólogos se encargaron de desarrollarlos, y, además de trazar los mapas, hicieron el inventario de las regiones naturales que dividían el país; también anotaron los nombres que sus habitantes les daban localmente. De ese modo, se aseguró la transmisión, como lo hizo el belga Omalius d'Halloy durante el Imperio, Arcisse de Caumont y Antoine François Passy durante la Restauración, y Élie de Beaumont y Dufresnoy durante la Monarquía de Julio (Gallois, 1908).

La idea de región natural no había madurado lo suficiente como para inspirar la concepción de departamentos, pero solía estar presente entre los autores de las estadísticas departamentales. En la *Guide pittoresque du voyageur en France* [*Guía pintoresca del viajero en Francia*] que elaboró "una Sociedad de gente de letras, de geógrafos y artistas", publicada en 100 fascículos por Firmin Didot entre 1825 y 1838, el autor de la descripción estadística de Calvados presenta este departamento de la siguiente manera:

> Además de las llanuras del campo de Caen, el país de Auge y el de Lovaina (*sic*) ofrecen una perspectiva continua de las colinas y valles, donde el ojo puede

> descansar complaciente sobre magníficos pastizales, fuente inagotable de riquezas, que no requieren ni cuidados, ni cultivos. Los valles son la parte más rica de Calvados… En los grandes pastizales pacen las vacas que dan las famosas mantequillas de Trévières y de Isigny-sur-Mer, y los bueyes… El litoral del Bessin ofrece una extensa sucesión de praderas no menos fértiles, que terminan, al sudoeste, en las bardizas del bocage. En el distrito de Bayeux, las propiedades suelen estar rodeadas de zanjas con plantas y de setos que le dan a esta región un aspecto muy variado (*Varii. Auct.*, 1838, *Calvados*, p. 3).

La región como construcción histórica

El conocimiento del territorio que necesitaba tener el Estado-nación condujo a un análisis más profundo de sus componentes. Ya no bastaba con delimitar las circunscripciones, medir su población y describir sus actividades para comprender el papel que tenían en la economía nacional. Era necesario, asimismo, indagar sobre su cultura.

Entonces, las ciencias humanas y sociales se constituyeron o redefinieron. En vez de enfocarse en los grandes hombres, monarcas o generales, que uno a uno fueron ocupando el primer plano de la escena política, la historia se focalizó en el pueblo y se interesó en la Edad Media porque ahí se hallaban sus raíces. Esta construyó los grandes relatos nacionales que le daban sentido a la evolución de los grupos humanos. Otras disciplinas se abrieron a la exploración, la etnografía y los estudios folclóricos, por ejemplo: ¡pensemos en la Sociedad de los Amigos del Pueblo, en las investigaciones de Gérando, o en la enorme empresa de exploración del pasado nacional a la que se lanzaron Charles Nodier, el barón Taylor y Alphonse de Cailleux en 1820!

Los geólogos no fueron los únicos en enfocarse en la escala regional. Los estudios medievales dieron a conocer una Francia donde el espacio se dividía en una multitud de señoríos y se estructuraba en espacios feudales más o menos extensos. ¿Cómo no ocuparse de Fulco Nerra que reunió las tierras de Anjou? ¿Cómo no interesarse en la Gran Bretaña, tan dinámica bajo el reinado de Ana, en vísperas de su alianza con Francia? ¿Cómo no analizar el reino de los burgundios y de la Borgoña que nació de este? En ciertos momentos, ¿acaso el Ducado de Borgoña no conoció, gracias a Cluny y a Císter, un brillo superior al de la Isla de Francia?

Los historiadores se encargaron, en gran medida, de llevar a cabo la investigación regional. Los eruditos locales que conformaban las sociedades científicas

también se consagraron a esta. Con ellos, la Francia de las provincias volvió a estar a la orden del día.

La idea de organización regional de la nación

Una nueva visión del espacio germinó durante la Monarquía de Julio: la de la organización regional del espacio nacional. Esta también fue obra de historiadores y geólogos. Otros cambios similares tuvieron lugar al mismo tiempo en otras partes de Europa.

Jules Michelet estaba a la vanguardia de las investigaciones. Su contribución a la construcción del relato nacional francés es fundamental. Como estaba muy influido por las ideas de Herder, decidió que su *Historia de Francia* fuera precedida por un *Cuadro de Francia*. Así, el genio del pueblo francés estaba construido en armonía con el contexto en el que se enmarcaba. Y era diverso en la misma medida en que las provincias francesas lo eran. Michelet lo explica así:

> El verdadero punto de partida de nuestra historia debe ser una división política de Francia, hecha a partir de su división física y natural. La historia es ante todo geografía. No podemos contar la época feudal o *provincial* (esta última, además, la define muy bien) sin haber caracterizado cada una de sus provincias (Michelet, 1966, pp. 11-12).

En cada región, la historia ha forjado a hombres con caracteres opuestos:

> Es un gran y magnífico espectáculo pasear la mirada del centro a los extremos, y abarcar con el ojo ese vasto y poderoso organismo donde lugares diversos están tan hábilmente cercanos, opuestos, asociados; lo débil con lo fuerte, lo negativo con lo positivo; ver a la elocuente y vinosa Borgoña entre la irónica ingenuidad de la Champaña, y la dureza crítica, polémica y guerrera del Franco Condado y la Lorena; ver el fanatismo languedociano entre la ligereza provenzal y la indiferencia gascona; ver el espíritu conquistador de la Normandía contenido entre la resistente Bretaña y el espeso y masivo Flandes (Michelet, 1966, p. 141).

Así, Michelet expone el plano general de esta construcción territorial:

> Vista a lo largo, Francia oscila entre dos grandes sistemas orgánicos, al igual que el cuerpo tiene un doble aparato, gástrico y cerebroespinal. Por un lado, las

> provincias de Normandía, Bretaña y Poitou, Auvernia y Guyena; por otro, las de Languedoc y la Provenza, Borgoña y Champaña, así como las de Picardía y Flandes, donde ambos sistemas se unen. París es el *sensorium* (Michelet, 1966, p. 141).

Finalmente, Michelet precisa el funcionamiento del todo:

> La fuerza y la belleza del conjunto consiste en la ayuda recíproca, en la solidaridad de las partes, en la división del trabajo social. La fuerza resistente y guerrera, la virtud de la acción corresponde a los extremos, la inteligencia al centro; el centro se conoce a sí mismo y conoce al resto. Las provincias fronterizas cooperan de manera más directa en la defensa, conservan las tradiciones militares, preservan el heroísmo bárbaro y renuevan constantemente con una población enérgica al centro alterado por la rápida fricción de la rotación social. El centro, resguardado de la guerra, piensa e innova en la industria, en la ciencia, en la política; transforma todo lo que acoge. Toma la vida en bruto y la transfigura. Las provincias se miran a través de este; por este se aman y se admiran en una forma superior; apenas se reconocen a sí mismas. (Michelet, 1966, p. 141).

La fisiología nos enseñó a analizar la estructura y el funcionamiento de los seres vivos. Michelet se basó en la metáfora del organismo para comprender la construcción nacional como la de un conjunto funcional.

Algunos años más tarde, Elie de Beaumont y Dufresnoy, que acaban de completar la elaboración del mapa geológico de Francia a una escala de 1:1 000 000, sacaron las conclusiones del cuadro de regiones naturales que ofrecía. Para ellos, Francia estaba estructurada en torno a un polo de divergencia de aguas, el del Macizo Central, y de un polo de convergencia, el de la cuenca parisina (Dufresnoy y Elie de Beaumont, 1841). Los valles hacían de París, de forma natural, el lugar de encuentro de todo lo que ocurría en la parte septentrional del país. El muelle central era un obstáculo para la vida de relación; sin embargo, las tres entradas de Poitu, Lauragais y Borgoña permitían, rodeándolo, pasar fácilmente de la cuenca parisina a la cuenca de Aquitania, de esta a las llanuras de Languedoc y al corredor del Ródano y el Saona, y volver de aquí hacia la capital: así es como se construye y funciona el espacio nacional.

Se trata de una visión orgánica, fundada en la circulación y ya no en la complementariedad de los temperamentos regionales. Si bien el análisis de la organización del espacio nacional aún no era realmente científico, la cuestión ya estaba planteada.

La geografía humana, el Estado-nación y la región

Los viajeros y los geógrafos fueron los primeros en describir el Estado y sus subdivisiones, pero se debe a los estadísticos los primeros esfuerzos por desarrollar más a fondo este enfoque. Los geógrafos, por su parte, señalaron lo arbitrarias que eran las divisiones administrativas, ya que dividir un país de acuerdo con sus cuencas hidrográficas, o según sus meridianos y paralelos no era una buena solución. A escala de la nación, las mejores propuestas venían de historiadores y de los primeros especialistas de la cultura. A escala regional, los geólogos y otros naturalistas estaban a la vanguardia, pero luego se sumaron los historiadores para introducir la idea de que los espacios nacionales están regionalmente estructurados y organizados.

En las décadas siguientes, los geógrafos volvieron a tomar la iniciativa. Élisée Reclus era quien entonces dominaba la materia tanto en Francia como en el extranjero. La *Nueva geografía universal* lo convirtió en un especialista de la descripción de los espacios nacionales. Atento al avance del progreso, puso el acento en el impacto del ferrocarril y los barcos de vapor, en la vida de relación, en el desarrollo de las industrias y la urbanización. Haciéndole poco caso a las agriculturas campesinas, que calificaba de retrógradas, apenas si se interesó en el mundo rural y en los límites naturales que en parte explicaban sus singularidades. Por el contrario, era sensible a la regularidad de las redes urbanas, cuyo papel en la estructuración del espacio comprende bien. La idea le vino de un tal Gobert (o Gaubert):

> Un breve folleto escrito en 1850 por Gobert, hombre ingenioso e inventor, que vivía en Londres como refugiado, atrajo la atención sobre la sorprendente regularidad en la distribución de las grandes ciudades en Francia, antes de que la explotación minera o industrial viniera a alterar el equilibrio natural de la población (Reclus, 1895, retomado de Roncayolo y Paquot, 1992, p. 162).

He aquí cómo se expresa esta regularidad:

> Si la Tierra era totalmente uniforme en su relieve, en la calidad del suelo y las condiciones del clima, las ciudades tendrían una posición geométrica, por así decirlo: la atracción mutua, el instinto de sociedad, la facilidad de los intercambios habría influido para que surgieran a la misma distancia unas de otras. Al tratarse de una región plana, sin obstáculos naturales, sin ríos, sin puertos, situada de manera particularmente favorable, y no dividida en distintos Estados

> políticos, la ciudad más grande se erigiría justamente en el centro del país; las ciudades secundarias estarían repartidas a intervalos regulares en la periferia, espaciadas armónicamente, y cada una de ellas tendría su sistema planetario de ciudades inferiores, que a su vez tendrían su séquito de pueblos. En una superficie uniforme, la distancia normal de una jornada de camino era el intervalo entre las diversas aglomeraciones urbanas (Reclus, 1895, retomado de Roncayolo y Paquot, 1992, p. 162; 1905, p. 342).

Mientras preparaba las guías de la colección Joanne, Reclus aprendió a describir el nacimiento de las ciudades, a detallar su crecimiento, a señalar los movimientos de su población y a explicar sus funciones e influencia. El retrato que hizo de Boston es, desde entonces, el de un espacio metropolitano moderno:

> La ciudad actual es treinta o cuarenta veces más extensa que la isla originaria, y sería aún más grande si el círculo de la metrópolis abarcara todas las aglomeraciones que se formaron en sus alrededores como consecuencia de la atracción de Boston. Al describir una circunferencia de 12 millas […] alrededor de Beacon Hill, se abarca un territorio que comprende más de un tercio de la población del Estado […] Sus habitantes le han puesto el nombre de *Hub* o "eje", como si fuera el centro alrededor del cual gira la rueda de la fortuna estadounidense. Cambridge es "the Hub of the Hub" (Reclus, 1892, p. 178).

Solemos olvidar el papel que desempeñó Émile Levasseur en la génesis de la geografía humana en Francia, quien supo sacar provecho tanto de la tradición estadística, como de sus traducciones gráficas e investigaciones económicas. Destacó las relaciones naturales y sociales de dependencia que existen entre los elementos que estudian los geógrafos:

> El hombre, de algún modo, recibe de la naturaleza el calor solar y la tierra. Con su inteligencia y trabajo, lleva a la práctica esas fuerzas naturales para poder vivir: crea riqueza, forma sociedades y estructura Estados. La naturaleza es un instrumento; el hombre es el agente; se sirve de ella como un bien legítimo en busca de su propio interés. Se establece en la tierra, convirtiéndola en su propiedad, de ella saca productos derivados de la agricultura y las minas; traza sobre ella vías de comunicación; la vuelve más habitable con sus construcciones y servicios; la divide en circunscripciones que responden a sus necesidades políticas y administrativas; la defiende con sus ejércitos (Levasseur, 1890, pp. 288-289).

En este aspecto, los geógrafos siguieron a Levasseur a tal punto que recurrentemente se les reprocharía el modelo de cajón que adoptaron, y cuya finalidad olvidaron: evidenciar las cadenas causales que existen entre los diversos estratos de la realidad geográfica.

Levasseur tomó diversas nociones de economía espacial de su conocimiento de la estadística y la economía. Así, explicó la localización de las industrias:

> La industria, sin duda, no está tan estrechamente ligada a la naturaleza como la cultura o la explotación minera: el hombre que cuenta con los materiales puede transportarlos y emplearlos donde mejor le parezca. […] El hombre inteligente, para desarrollar su industria, elegirá precisamente la ubicación donde podrá obtener el mayor beneficio […] El manufacturero siempre obedece a la atracción natural o a la atracción social. La atracción natural es la que producen los materiales de la naturaleza […]. Cuando los materiales son complejos, el manufacturero puede deliberar y elegir entre cocer su loza cerca del barro o de los bosques, hacer su hierro con el estrato del mineral de hierro o con los estratos del carbón, y siempre decide estar cerca de donde se hallan las materias primas, dado que su transporte resultaría más oneroso. Por eso tantas industrias diversas, llamadas industrias de fuego […] terminan concentrándose en terrenos de minas de carbón.
>
> No basta solamente con haber fabricado el producto: hay que venderlo. Es útil estar cerca de los compradores para recibir sus pedidos e incluso para estimular su consumo. También puede ser útil, desde otro punto de vista, establecerse en un gran centro de población: ahí es más fácil encontrar obreros. Esto en el caso de la atracción social (Levasseur, 1872, pp. 39-41).

Reclus y Levasseur incorporaron al enfoque geográfico métodos desarrollados en otras partes; pero el mérito de darle una forma científica al análisis regional corresponde a Vidal de la Blache. Al igual que los geólogos, Vidal era sensible a la influencia de los afloramientos y los suelos en el emplazamiento de la agricultura: así, sistemas paisajísticos traducen la división del espacio en regiones naturales que los hombres transformaron en regiones geográficas (Vidal de la Blache, 1903). Para él, como para los historiadores y los geólogos, la organización regional del espacio también es resultado de la circulación de los hombres, las ideas y los bienes. En la sociedad tradicional, las complementariedades crean vínculos con las regiones naturales próximas, como pudimos verlo en las antiguas provincias. La Revolución Industrial y la de los transportes reforzaron las especia-

lizaciones; la iniciativa y la coordinación de los intercambios ahora eran obra de las metrópolis, encargadas de dirigir y cimentar las regiones económicas que controlaban. En los Estados Unidos fue donde se dio una mayor transformación.

> Si se quiere ver la vida urbana, por sí sola, actuar con toda su fuerza, es… a los Estados Unidos a donde hay que voltear a ver. La necesidad de manejar la distancia, de integrar vastos espacios en un dominio económico es imperativo. La ciudad, el único organismo que responde a tales necesidades, imprime por todas partes su huella. (Vidal de la Blache, 1922, p. 293).

La misma transformación se llevó a cabo en Europa.

Estado y región en el mundo tradicional y como resultado de la primera Revolución Industrial: una comparación

El análisis de la organización del espacio que propuso la geografía explicó el paso del mundo tradicional a un mundo configurado por la Revolución Industrial y la de los transportes.

En el mundo tradicional, la aplastante mayoría de la población (80%, e incluso más del total) se dedicaba a obtener de la explotación de las tierras los productos necesarios para la alimentación de todos. Los sistemas agrarios relativamente estables sostenían la producción agrícola renovando la fertilidad del suelo y garantizando un cierto equilibrio social. Como el transporte era oneroso, el porcentaje de la producción que se destinaba al consumo local era mayoritario, por lo cual en todas partes se implantó un policultivo más centrado en los cereales o en los productos sustitutivos, como la castaña. Una mayor concentración de artesanos en ciertos pueblos o en algunas ciudades dio origen a regiones protoindustriales que se encargaban de proveer herramientas y productos de consumo. El crecimiento de las ciudades se vio limitado por la dificultad que tenían para que llegaran los víveres que necesitaban. Solamente un pequeño porcentaje del territorio (el 10% en la Francia de los años 1820) escapó a tales limitaciones; fueron aquellos que se encontraban cerca de los litorales o de los ríos y canales navegables (Demonet, Dumont y Le Roy Ladurie, 1976). Nada más en estos casos podía encontrase ciudades con más de 30 000 habitantes. Como el comercio a larga distancia solo podía realizarse por la vía navegable, las producciones regionalmente excedentarias se exportaban por mar al extranjero en vez de comercializarse dentro de la región: donde no había economía nacional.

La primera revolución apenas llegó directamente a una parte de los espacios nacionales, ya que no afectó la productividad de las tierras ni la del trabajo agrícola: las estructuras agrarias y los paisajes en los que se reflejan permanecieron relativamente estables.

La primera Revolución Industrial se basó en la utilización de formas de energía concentrada (suministrada por las cascadas y sobre todo por la hulla blanca) para mecanizar las operaciones de transformación. Como el rendimiento de las primeras máquinas de vapor era muy bajo, las fábricas se instalaron alrededor de las minas o a lo largo de corrientes de agua por las que se trasladaba el carbón a bajo costo. Los efectos de la Revolución Industrial no tuvieron proporción con su impacto directo —espacialmente muy limitado— en el paisaje. La revolución en los transportes que la acompañó, gracias al barco de vapor y al ferrocarril, multiplicó al menos por 10 el radio de los mercados y por 100 su alcance. Las autarquías locales o regionales desaparecieron del ámbito agrícola conduciendo a una especialización más profunda. Los productos industriales llevaron a la ruina la artesanía tradicional, provocando una primera ola de éxodo rural. Todas las ciudades se beneficiaron de la creciente circulación. Y ahora que se podían traer las provisiones de lejos, los grandes centros se multiplicaron.

El *espacio* seguía sirviendo básicamente de soporte para la *producción* (la agricultura, la ganadería y la silvicultura primordialmente; a la industria y servicios en zonas más limitadas), para los *transportes* (carreteras y vías el tren) y para la *reproducción* de la sociedad (hábitat, educación, salud). La Revolución Industrial favoreció el aumento de las clases medias, las cuales podían acceder a actividades recreativas y practicar el turismo: al uso del suelo, además de su uso productivo y del hábitat, ahora se le dio un lugar para el esparcimiento y el descanso, es decir, a *espacios de bienestar individual o colectivo*.

Desde el punto de vista económico, el Estado se había vuelto nacional: su población consumía un importante porcentaje (más del 60%, y a veces más del 80%) de la mayoría de sus producciones.

Al cabo de la primera fase de la Revolución Industrial se reforzó el sentimiento de ser francés; la consciencia local y regional, y la consciencia nacional dejaron de parecer contradictorias. Las diferencias regionales ya no molestaban cuando estaban asociadas a la desigual repartición natural de las partes del país. Sin embargo, el pleno desarrollo de todas las potencialidades regionales parecía indispensable para el éxito del Estado y para consolidar su lugar en el concierto de las naciones. Esto era lo que, en aquel momento, profesaba Vidal de la Blache, cuya reflexión inspiro la división regional de Francia que propuso Henri Hauser tras la Primera Guerra Mundial (Hauser, 1925). ¡Las regiones Clémentel —que

llevan el nombre del ministro de la industria que encomendó el estudio— inspiraron las conformaciones de los departamentos propuestas hasta el 2015!

Modernización y cultura

La voluntad de romper con la tradición y de explorar los caminos de la modernidad se impuso durante la crisis de la conciencia europea de la que hablaba Paul Hazard a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, y que daría lugar a la Ilustración. En principio, el cambio solo afectó a las élites más cerradas, y luego se aceleró con la primera Revolución Industrial, en las primeras décadas del siglo XIX.

Primera Revolución Industrial y empobrecimiento de las culturas populares

La primera Revolución Industrial afectó de distintas formas a las clases populares y a la cultura de la que son portadoras. Los medios campesinos se salvaron de ello debido a que las nuevas técnicas no transformaron directamente el trabajo de la tierra: los conocimientos tradicionales del cultivador ni de su mujer tampoco se vieron alterados, como lo fue el paisaje donde se desarrollaban. En cambio, los jornaleros resintieron brutalmente el cambio, tanto que la miseria los empujó hacia las ciudades, y los artesanos, a quienes la industria los dejó en la ruina.

Para los artesanos, el despojo fue el primer efecto de la Revolución Industrial: sustituyó con artículos industriales, cuya fabricación consistía en la repartición de tareas, a los productos artesanales, cuya confección implicaba una división del trabajo bastante limitada. Una minoría de obreros muy calificados, a quienes generalmente se les confiaba el ensamblaje, el mantenimiento y cuidado de un utillaje y una maquinaria compleja, ahora se enfrentaban a una masa trabajadores, encargados simplemente de la reproducción indefinida de algunas acciones. Tejer implicaba tanto meter los hilos de la urdimbre como encargarse del vaivén de la máquina donde se insertaba el tejido. Había que cambiar la posición de los hilos antes de iniciar el movimiento del telar, ya que el tipo de tejido que se deseaba producir lo exigía: el trabajo del tejedor estaba calificado. Ahora, al obrero que supervisaba una máquina de tejer lo único que se le pedía era intervenir inmediatamente cuando se rompía un hilo y mostrar gran habilidad para reanudarlo: las muchachas jóvenes sin ningún tipo de calificación eran las que mejor cumplían esas tareas.

De ese modo, la Revolución Industrial volvió obsoletos los saberes productivos, cuyo monopolio hasta entonces era de los medios populares: en un primer

momento, afectó los saberes del herrero, el tejedor o el molinero; en un segundo momento, y con el progreso de la confección, los del sastre y los de la costurera también. Con la industria de la conserva, los conocimientos de las amas de casa también resultaron afectados.

En el transcurso del siglo XIX, la parte masculina de las culturas populares tradicionales se vio fuertemente sacudida, ya que los conocimientos artesanales fueron los más afectados por las repercusiones de la Revolución Industrial. La parte femenina resultó menos perjudicada.

En las regiones industriales surgió una nueva cultura obrera, que ya no giraba en torno a los conocimientos técnicos, pero conservaba su huella dada la importancia que le daba a la herramienta de trabajo: la maestría de un oficio ya no era lo que distinguía a las tareas industriales, sino la aptitud para valerse de las máquinas que se encargan de realizar las mismas operaciones. A partir de entonces, se puso el acento tanto en la dimensión social del trabajo como en sus aspectos técnicos. La cultura obrera se consolidó como una cultura de la solidaridad.

El desarrollo no era el mismo en las regiones mineras, o en aquellas donde predominaba la metalurgia o las actividades textiles. En las primeras, los salarios de los hombres solían ser bastante elevados, a fin de que las mujeres se quedaran en el hogar tras haberse casado: así se consolidó el papel de la esposa, de la "burguesa". En el caso de las segundas, era más común que la mujer trabajara toda su vida en la fábrica.

Al comienzo de la Revolución Industrial el mundo laboral se caracterizó por la movilidad: muchos artesanos arruinados por las nuevas fabricaciones y jóvenes en búsqueda de empleo usaban las carreteras; los continuos desplazamientos de una parte de la clase trabajadora suscitaron inquietud en las poblaciones locales, lo cual explica las acciones de vigilancia que idearon entonces —la cartilla obrera, por ejemplo—. Conforme el empleador proporcionó alojamiento, la Revolución Industrial condujo a la sedentarización de muchos obreros y a su arraigo.

La alfabetización da lugar a una primera forma de cultura de masas

En el transcurso del siglo XIX, la modernización condujo a la alfabetización generalizada de la población en los países industrializados —aunque las fechas varían de un país a otro—. A la edad en que los niños están empapándose de los gestos, comportamientos y tradiciones orales de su entorno, entraban a la escuela, donde adquirían otros conocimientos, se abrían a otros discursos y otros imaginarios.

Entonces, ¿quienes accedían a la alfabetización compartían la cultura que hasta entonces había estado reservada a las élites? No. En algunos medios, la

apertura siguió siendo virtual: sabían que existían otros mundos, conocían los valores en los que se asentaban, pero estos parecían no tener nada que ver con el medio del que formaban parte —ese solía ser el caso del mundo rural—.

Las clases populares urbanas no dieron muestras de la misma desconfianza, aunque la cultura tradicional las intimidaba (Loyer, 2017): preferían modos de expresión más directos y contextos sociales que no estuvieran tan alejados de ellas. ¿Por qué los odios, las traiciones, los asesinatos serían exclusivos de los poderosos? ¿Acaso no están presentes en la sociedad en que viven? ¿Por qué el heroísmo estaría reservado a los semidioses?

Las novelas por entregas respondían a esa nueva demanda. De lo histórico con Alejandro Dumas se pasó a lo contemporáneo con Honoré de Balzac, y se hizo popular con Eugène Sue. En el mundo de lengua inglesa, el éxito de las novelas de Dickens fue todavía mayor. Así fue como se puso en marcha una primera forma de cultura de masas a partir de 1830: combinaba lo que había quedado de los saberes y prácticas transmitidos localmente, los conocimientos difundidos gracias a la educación primaria y a los imaginarios transmitidos tanto por la prensa como por el teatro y las novelas populares. Pero la literatura no fue la única en participar en tal desarrollo: los impresionistas rompieron con las convenciones con las que la pintura se había regido desde el Renacimiento. Dejaron de buscar su inspiración en la historia y se liberaron de las reglas de academicismo. Ahora pintaban la vida cotidiana, la belleza de la naturaleza y sus juegos de luces, o también los pasatiempos populares a la orilla del agua, en el verano, etcétera.

Esta primera forma de cultura de masas se propagó rápidamente en las poblaciones recién urbanizadas. Sedujo a los empleados, a los pequeños comerciantes y a muchas mujeres. Pero no interesó tanto entre los medios obreros, donde la educación siguió siendo, por un tiempo, menos frecuente, y donde se valorizaba más el trabajo manual, los juegos deportivos o las nuevas formas de espectáculo, como el circo.

Esta primera forma de cultura de masas alcanzó a un gran número de efectivos en la Gran Bretaña, en Francia y el resto de Europa del Norte y Occidente. Su éxito fue aún mayor en los Estados Unidos, donde la democratización en la década de 1830 llevaba a la uniformización de la cultura, como lo señaló Tocqueville (1835-1840). Ahí, la conquista del Oeste se presentaba como la gran epopeya del mundo moderno —una epopeya propiamente estadounidense, a diferencia de las que proponían las formas elitistas de la cultura clásica (Smith, 1950)—.

En las sociedades que se modernizaron más temprano, la educación generalizada facilitó tanto la difusión de los conocimientos como los imaginarios de las nuevas culturas de masas, a pesar de que la democratización empujaba hacia

su estandarización. En respuesta a ello, los medios burgueses buscaron diferenciarse de la masa poniendo el acento en una educación refinada que le daba gran importancia a las artes, al estilo del *Biedermeier* de los países de lengua alemana.

Los artistas se sintieron amenazados ante tales cambios. No tomaban a bien la nivelación de la cultura hacia la que tendía la democracia. No se identificaban con las formas estéticas que tanto encantaban a las clases burguesas. La élite artística manifestó su singularidad rechazando los estilos hasta entonces dominantes de la producción artística y exaltando la creatividad de las vanguardias que sabían captar la esencia de una modernidad en constante renovación (Heinich, 2005).

La nueva apertura de una parte de las culturas de clase popular y de las nuevas clases medias, mucho más permeable a los modelos elitistas, se tradujo en la irrupción de nuevos rasgos en el paisaje: los notables de los pueblos y las pequeñas ciudades seguían el modelo de lo que se hacía en la ciudad. Los huertos ahora también eran jardines ornamentales. Las clases medias se mandaron a construir casas rodeadas de jardines…

La primera Revolución Industrial modificó los países a los que llegó. La segunda Revolución Industrial aceleró las transformaciones, dando origen a economías nacionales, como veremos más adelante.

Capítulo 7. Naciones y regiones en la era de las economías nacionales

La formación de las economías nacionales fue resultado de la construcción de redes de ferrocarriles en Europa, los Estados Unidos, algunos países coloniales o bajo un dominio económico, y en Japón durante la segunda mitad del siglo XIX. Esta aumentó la influencia de los Estados en la vida económica y expandió sus medios financieros. Los gobiernos se aprovecharon de esto para implementar medidas sociales, como la prohibición de emplear a niños en las fábricas y la limitación del horario semanal de trabajo. Pero tuvo que pasar un tiempo para que esta transformación diera sus frutos. Habría que esperar sobre todo a que llegara la segunda Revolución Industrial.

El impacto de la segunda Revolución Industrial

La modernización del cuerpo social cobró impulso desde fines del siglo XIX hasta la década de 1960. A raíz del impacto de la segunda Revolución Industrial, las bases de la economía se volvieron más complejas. Las formas de energía concentrada obtenidas para mecanizar las actividades productivas se diversificaron: al carbón se sumó el petróleo y, en menor medida, el gas natural; la electricidad transmitía a mayores distancias la energía que se obtenía de las cascadas de agua, de las máquinas de vapor, de las turbinas o los motores diésel. Los motores seguían teniendo la misma potencia, pero ahora eran más ligeros. En las fábricas, un sistema de ejes, engranajes, poleas y bandas distribuía a todos los sectores la energía que aportaba una potente máquina de vapor, ya que difícilmente podía ser trasladarla más allá de unos cuantos metros. ¡En tales condiciones resultaba imposible escalonar la producción! Las fábricas se construían a varios niveles, con estructuras pesadas porque en cada piso se instalaban las máquinas. En cambio, la fábrica moderna se construyó a nivel del suelo, ¡ya no era necesario construir a lo alto porque cada máquina contaba con su propio motor que se alimentaba mediante electricidad! (Claval, 2005, pp. 357-389).

El motor de explosión interna revolucionó el transporte: gracias al neumático, los vehículos automotores pudieron circular por todos los caminos. La revolución en los transportes logró abarcar la totalidad del espacio. La distancia entre el domicilio y el trabajo, o entre el domicilio y los centros comerciales y de recreación podía ampliarse: los suburbios y las zonas suburbanas se extendían a lo ancho en vez de ramificarse a lo largo de las líneas del tranvía o de las vías del tren.

El motor de explosión interna era lo suficientemente ligero para garantizar el despegue y la propulsión de los aviones: los transportes de larga distancia se volvieron más rápidos y requirieron de infraestructuras específicas, como los aeropuertos.

Los campos se beneficiaron del crecimiento generalizado de la movilidad. El tractor y la posibilidad que ofrecía de mecanizar formas de cultivo transformaron los campos a profundidad. Las estructuras agrarias tradicionales se pusieron en duda: hacían falta campos más grandes para que las máquinas pudieran maniobrar y para obtener mayores cultivos a fin de recuperar la inversión que representaba la maquinaria.

Gracias a la electricidad, la modernización alcanzó las tareas domésticas: las familias se equiparon con aspiradoras, refrigeradores y congeladores, de máquinas para lavar los trastes y la ropa… y la lista no terminaba de crecer. El mantenimiento del hogar tomaba menos tiempo: cada vez eran más numerosas las mujeres que entraban al mercado laboral.

Las implicaciones espaciales de los nuevos medios de comunicación

El telégrafo nació durante la primera Revolución Industrial. La aparición del teléfono, las grabaciones sonoras, el cine, la radio, y, en 1930, la televisión marcaron la segunda revolución. El telégrafo resultaba útil sobre todo a los gobiernos y a los operadores del mercado, ya que por medio de este se informaban sobre lo que pasaba a distancia. Los nuevos medios de comunicación que transmitían el sonido, la voz y ya no solamente lo escrito cambiaron la vida de todas y cada una de las personas. Con el teléfono y el auto, era más fácil vivir lejos de todo, lo cual acentuó el espaciamiento del hábitat. Las figuras políticas usaban la radio, el cine y, más tarde, la televisión para difundir sus discursos y enardecer a la población. Los regímenes autoritarios, fascistas o socialistas, fueron los primeros en sacar provecho de ellos, lo cual debilitó por un tiempo a las democracias. Las empresas comenzaron a gastar cada vez más en publicidad para ampliar su clientela y ganarse su lealtad.

La segunda Revolución Industrial transforma la vida del hogar y la estructura empresarial

Gran parte de las técnicas en las que se basó la segunda Revolución Industrial se conocían desde 1880. Pero su impacto fue gradual: hubo que esperar el descubrimiento de yacimientos de petróleo, equiparlos, construir buques petroleros, oleoductos y refinerías, además, edificar presas o poderosas centrales térmicas. Tomó años poder sacar provecho de la disponibilidad, ahora universal, de esas formas de energía concentrada. Los cambios se volvieron notorios en 1900. Se ampliaron las redes telefónicas, el automóvil se volvió confiable, los barcos frigoríficos comenzaron a transportar hacia Europa —sobre todo a la Gran Bretaña— la carne del hemisferio sur. Los Estados Unidos encabezaron el movimiento de mecanización de la agricultura gracias a la segadora y la cosechadora que habían fabricado desde 1880. Los tractores modernos aparecieron alrededor de 1910.

La segunda Revolución Industrial diversificó los usos de las máquinas en la producción. Además, creó una nueva serie de bienes diseñados para el hogar: los *productos de consumo durable*. En principio destinados para un uso frecuente y que pronto se volvió permanente, estos productos modificaron las condiciones de vida de quienes los adquirían. La bicicleta, la moto, el automóvil facilitaron la movilidad. Las personas ahora podían guardar el recuerdo de un rostro o de un paisaje gracias a la cámara fotográfica o escuchar grabaciones en discos gracias a su fonógrafo. La radio y, posteriormente, la televisión, permitieron llevar hasta el hogar voces e imágenes que venían de lejos.

La segunda Revolución Industrial no solamente modificó la producción, los transportes y las comunicaciones, sino que transformó profundamente la vida cotidiana de quienes tenían acceso a los nuevos productos. Sin embargo, la industria europea no imaginó que un día las clases populares podrían adquirir la mayoría de sus artículos. La iniciativa surgió en los Estados Unidos, donde Henri Ford lanzó la construcción del modelo T, un coche sólido y accesible para las clases medias —y para sus obreros, a los que les pagaba bien—. Ford desarrolló la línea de ensamblaje y tuvo éxito.

El nuevo modo de producción fue acompañado de la consolidación y la racionalización de la gran empresa. Las funciones del Estado mayor (objetivos comerciales, financiamiento, organización de la producción, compras, distribución) quedaron claras; la cadena de mando se simplificó. Ahora, la dirección se podía manejar eficazmente en un radio de 200 o 250 kilómetros en el caso de los centros de fabricación, y mucho mayor en el caso de los servicios de compra y venta —si bien es cierto que ello implicaría una mayor carga administrativa

y elevados costos de comunicación para la compañía—. Las grandes empresas podían asumirlos, ya que en la época no existía otro medio eficaz de trasladar a distancia una gran cantidad de información.

En la producción en cadena, el peso del producto fabricado era igual a la suma de sus piezas y sus subconjuntos. Estos eran transportados en vagones o en camiones completos, lo cual lo hacía menos caro que transportar los vehículos ensamblados —pues su volumen era claramente superior—. El funcionamiento de una cadena no requería gran cantidad de energía: el ensamblado podía hacerse lejos de las minas de carbón, de las grandes presas o de las refinerías de petróleo. Las grandes firmas de automóviles estadounidenses adoptaron la costumbre de acercar sus cadenas a la clientela: así fue como empezó a perfilarse un movimiento de descentralización industrial (Cox, 2016).

Un impacto desfasado en el tiempo

A partir de 1910, los Estados Unidos se transformaron con la segunda Revolución Industrial: detonó el consumo en masa, el automóvil expandió el hábitat y el tractor revolucionó la agricultura.

Los efectos de la segunda Revolución Industrial no fueron tan inmediatos en Europa: a los empresarios les tomó un tiempo adoptar el modelo estadounidense de producción en serie. La propagación del consumo en masa se vio frenada por la Primera Guerra Mundial, las crisis de entreguerras, la Segunda Guerra Mundial y el periodo de reconstrucción. La reactivación del crecimiento, estimulada por el Plan Marshall, se dio a finales de la década de 1940. En Europa occidental se llevó a cabo con un ritmo desenfrenado: en muchos casos, ¡la producción aumentó a más del 3% por año! ¡En Francia la población urbana creció, entre 1945 y 1975, lo mismo que entre 1800 y 1945! El progreso avanzaba tan rápido que los Estados Unidos diseñaron todo lo necesario para aprovechar a su máxima capacidad las nuevas tecnologías. A los europeos no les quedaba más que copiar lo que se hacía al otro lado del Atlántico.

El Estado-nación nunca asumió tantas responsabilidades como en los gloriosos treinta. Se mantuvo soberano —aún cuando, en el marco del mercado común, compartió parte de su soberanía para beneficiarse de las economías de escala ahora realizables, y a pesar de que delegó parte de sus responsabilidades estratégicas a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)—. El papel económico de los gobiernos era importante porque contaban con sectores de actividad que habían nacionalizado, porque controlaban el crédito y porque eran actores principales del nuevo *capitalismo urbanizador* que se instauró para

responder a las necesidades de una población en vías de urbanización. Su papel social era igualmente decisivo, porque les tocaba reglamentar la duración del trabajo, crear y administrar sistemas de retiro y seguros para el desempleo y la enfermedad. Tales políticas resultan caras, por lo que una parte de ellas estaba financiada con un alto porcentaje de los impuestos.

Comprender la dinámica económica de las naciones

Los Estados-nación que lograron alcanzar un estadio donde su economía fuera totalmente nacional se diferencian de las organizaciones territoriales que los precedieron por un rasgo principal: a partir de cierto punto, su economía tendía naturalmente al crecimiento (Claval, 1968), lo cual no era el caso de las economías anteriores: se trataba del "despegue hacia un crecimiento sostenido" (*take-off into sustained growth*) de Rostow (1960). La ciencia económica, tal y como se había desarrollado desde comienzos del siglo XIX, no era capaz de explicar tal cambio. Para hacerlo era necesario otra perspectiva: en lugar de interesarse solamente en los equilibrios (sino también en las crisis) que caracterizan a los mercados donde se confrontan los proyectos de los productores o vendedores con los de los compradores o consumidores, la ciencia económica ahora se ocupaba de los conjuntos territoriales, es decir, de los Estados. El enfoque pasó de ser micro a macroeconómico. Esta tentativa tenía precedentes: la aritmética política de William Petty buscó determinar el ingreso de los territorios; el cuadro económico de Quesnay anunció la futura contabilidad nacional; *La riqueza de las naciones* fue de lo que se ocupó Adam Smith. Sin embargo, se abandonó el terreno antes de haberlo realmente descifrado. Más tarde se volvería a retomar gracias al desarrollo de nuevas herramientas estadísticas. Para planificar la economía soviética, los economistas del Gosplan aprendieron a elaborar una contabilidad de las existencias de todas las producciones dentro de la URSS. Algunos desertores, como Vladimir Leontiev, se fueron a los Estados Unidos, donde establecieron, en términos monetarios esta vez, una contabilidad nacional de la economía del país. Este método medía el ingreso nacional en un momento preciso y evaluaba su crecimiento de un año a otro.

¿De qué dependía la dinámica de una economía cerrada? De su tendencia al ahorro y de la capacidad de inversión que se derivaba de ella. Hasta cierto punto, la inversión servía para amortizar, es decir, para reemplazar los equipos usados y aquellos que con el progreso técnico se volvieron obsoletos. Además, creaba nuevas capacidades productivas que aseguraban el crecimiento de la producción.

Cuando parte de la inversión se realizaba sin un ahorro previo, los ingresos que generaba provocan una mayor demanda.

El crecimiento económico se producía sin dificultades cuando el crecimiento de la producción se equilibraba con el de los ingresos. Cuando el crecimiento de la producción era inferior al de los ingresos se presentaba una tendencia inflacionista, que socialmente resultaba peligrosa porque reducía el poder adquisitivo de ciertos sectores, cuyos ingresos no correspondían al alza de precios. Cuando el crecimiento de los ingresos era menor al de la producción, una parte quedaba sin venderse, los precios bajaban: entonces surgía una tendencia deflacionaria que conducía a la crisis. Era necesario cierto grado de inversión autónoma para equilibrar el crecimiento, sin tendencias inflacionistas o deflacionarias.

El modelo se extendió fácilmente a las economías abiertas: el aumento de las exportaciones incrementó la actividad de las empresas nacionales y los ingresos recaudados: desde ese punto de vista, tuvo el mismo efecto que una inversión complementaria.

Así, la macroeconomía explica el paso a un crecimiento sostenido de las economías nacionales relativamente cerradas en sí mismas, que se puso en marcha con la segunda Revolución Industrial. En caso de una crisis, parte de la capacidad de producción no podría utilizarse a falta de clientes; los ingresos generados por la inversión autónoma —un programa de obras públicas, por ejemplo— permitiría vender todos los artículos en el mercado, como lo sostenía John Maynard Keynes.

Los principios de la organización regional de las naciones económicas

La macroeconomía ayudó a comprender la mecánica implementada en los Estados Unidos, los cuales se beneficiaron con la segunda Revolución Industrial, aunque no aclaró su organización regional. Esta fue explorada por los economistas espaciales y por la Nueva Geografía, que cooperaron en el nuevo campo que, a partir de 1950, constituyó la "ciencia regional".

Los estudios regionales evolucionaron. En Francia, desde el periodo de entreguerras, insistieron en las nuevas formas que tomaron las relaciones entre las ciudades y el campo. Algunas tesis se centraron en el dinamismo de las regiones industriales, la Sarre (Capot-Rey, 1934), la Puerta de Borgoña y de Alsacia (Gibert, 1930), o la región de Saint-Étienne (Perrin, 1937), por ejemplo. El movimiento se confirmó después de la guerra. Jean Labasse (1955) destacó el papel que tuvo la banca en la construcción y el funcionamiento de la región lionesa. A

partir de Michel Rochefort (1960), el estudio de las redes urbanas fue central en muchos de los estudios que se llevaron a cabo en 1960.

La economía espacial y la Nueva Geografía contribuyeron a explicar la localización de las actividades agrícolas, de las industrias y los centros de servicios. Y evidenciaron un nuevo hecho: la tendencia de las actividades manufactureras y los servicios administrativos a concentrarse en la zona central de los espacios nacionales. En 1926, el geógrafo sueco Sten de Geer (1927) ya había señalado la existencia de un "*industrial belt*", un cinturón industrial donde se agrupaba la mayor parte de las actividades manufactureras de los Estados Unidos, entre el Atlántico medio y Mineápolis. Los estudios que Edward Ullman (1958) dedicó a las dinámicas territoriales mostraron que ese conjunto pesaba igualmente en el sector de los servicios. El corredor urbanizado que va a lo largo del litoral atlántico de Portland, en el estado de Maine, hasta Newport News, en Virginia, concentra, por su parte, —y desde hace tres siglos— todo lo que controla la economía estadounidense, como lo mostró Jean Gottmann en *Megalópolis* (1959).

En Escandinavia, Torstein Hägerstrand (1968) destacó el papel de la comunicación en la difusión de las innovaciones agrícolas. Su alumno, Gunnar Törnqvist (1968, 1970), mostró cuánto pesan los costos de la comunicación sobre las empresas para decidir dónde establecer sus centros productivos.

Se hizo una síntesis de tales aportaciones (Claval, 1968). A las contribuciones de la microeconomía y la economía espacial clásica, que explican la localización de las actividades económicas, se sumaron los conocimientos de los geógrafos escandinavos sobre el papel de la comunicación. La macroeconomía puso el acento en la inversión, particularmente en la inversión autónoma, en sus efectos multiplicadores y en el crecimiento.

El nivel óptimo de fabricación es aquel donde el costo marginal (el de la última unidad producida) iguale el costo medio: rebasarlo reduciría la ganancia. La introducción de máquinas más potentes modificó la situación. Entonces, el nivel óptimo se fijó a un costo menor por un volumen de producción mayor: así aparecieron las *economías de escala*. El precio de los artículos o de las máquinas que salían al mercado podía bajar. Si bien la producción aumentaba, se fabricaba en lugares cada vez más restringidos. Y como la zona a la que abastecían se extendía, se les daba una prima a las ubicaciones centrales, ya que ahí el número de clientes era más importante.

Las *economías externas* surgieron de todo aquello que podía beneficiar a la producción sin que tuviera que ser facturado: se trata en específico de la información que se obtiene cuando se convive con otros productores, como suele suceder en los *distritos industriales* o en las grandes *metrópolis*.

Asimismo, cabe destacar el papel de las economías de escala encargadas de garantizar las grandes infraestructuras de transporte. También el de la reducción del costo de las operaciones de *conmutación* (uno de los componentes principales de los costos de comunicación, Claval, 1977) cuando se llevan a cabo en lugares específicos como son los barrios de negocios de las ciudades, o cuando los conmutadores donde convergen todas las líneas realizan el paso de una a otra. Desde hace medio siglo esas operaciones se hacen automatizadas, se controlan a distancia y se dirigen con la ayuda de programas que transmiten los mensajes a través de líneas no saturadas.

Así, economistas y geógrafos proponen una interpretación satisfactoria de las dinámicas territoriales que operan en los países industrializados desarrollados, la cual conduce a una arquitectura regional que se caracteriza, primero, por una estructura dividida en regiones que son dominadas por las grandes ciudades, y, segundo, por una oposición entre las economías de los espacios periféricos, que son más simples y se dedican sobre todo a actividades primarias, y las de las zonas céntricas, que son más complejas porque conceden mayor importancia a las industrias de transformación y a los servicios.

El papel fundamental del Estado-nación

Hasta alrededor de 1970, el dinamismo que experimentaron los países industrializados estuvo íntimamente ligado a las políticas proteccionistas que les permitieron complejizar sus circuitos económicos al incorporar nuevas actividades industriales y servicios: multiplicando así los efectos externos de los que se beneficiaron sus empresas. Los asalariados que esas empresas empleaban gastaban ahí mismo gran parte de sus ingresos y compraban muchas de sus fabricaciones industriales. Así se sostenía el crecimiento.

De ese modo se consolidó el papel del Estado-nación durante la segunda Revolución Industrial (Claval, 1968). Pese a estar completamente integrado en las redes mundiales de intercambio, el ingreso nacional, que se gastaba localmente, debía beneficiar el aumento de la inversión o de las exportaciones, lo cual le garantizó un rápido crecimiento.

Además, los países ya industrializados se beneficiaron, hasta 1973, de un costo muy bajo del petróleo, que las grandes compañías petroleras sacaban de los países aún poco desarrollados. Así, las dinámicas nacionales, el proteccionismo e imperialismo económico estaban estrechamente ligados.

Sin embargo, casi no se menciona la fragilidad de un sistema basado en un proteccionismo relativamente alto y en un imperialismo económico que sobrevivió a la descolonización.

Segunda Revolución Industrial y cultura

La segunda etapa de la Revolución Industrial estuvo acompañada de una transformación más profunda de las culturas, lo cual no había sucedido en su primera fase.

Una parte de lo local se reduce en las culturas populares

Una parte de la cultura transmitida localmente siguió disminuyendo. Esto tenía que ver, por un lado, con la ampliación de la escolaridad obligatoria, que pasó de 14 a 16 años, y en muchos casos se prolongó hasta los 20 años y más: ya no era en la casa o el taller donde los adolescentes pasaban los años en que su personalidad y su cultura terminaban de formarse, sino en un colegio o un centro de aprendizaje.

Por otro lado, tuvo que ver con la irrupción de la radio y la televisión en la vida doméstica: palabras, música e imágenes provenientes de otras partes invadían los hogares. Los pequeños estaban fascinados con las pantallas frente a las que pasaban horas. Durante el aprendizaje de la lengua, las voces que escuchaban en la radio y la televisión se sumaban a las de sus parientes. El mundo con el que se iban familiarizando desde la edad más temprana ya no se limitaba al de la casa, el jardín, el parque o la colonia.

Los adultos escuchaban o miraban los nuevos medios de comunicación a tal punto que su semana de trabajo se volvió más corta y ahora gozaban de vacaciones pagadas: sus actividades recreativas aumentaron. La televisión desempeñó un papel esencial en esos cambios: influía en el comportamiento de las personas no tanto por las intrigas que se desarrollaban en las películas, sino por el espectáculo que ofrecían, donde presentaban espacios acondicionados con todas las comodidades, con bellos jardines, llenos de césped y piscinas; hacían soñar a la gente con autos y viajes, con playas, el mar y el sol, la montaña, con ir esquiar o escalar, con el ocio, los buenos restaurantes o los cafés agradables. Las revistas difundían el mismo imaginario.

La disminución de una parte de lo local en las culturas populares también repercutió en la evolución del trabajo. La miniturización de los motores y la

facilidad para alimentarlos gracias a la electricidad condujo a la mecanización de un número creciente de actividades: la división del trabajo se generalizó y se volvió la norma en las cadenas de montaje de los nuevos bienes de consumo durable. Así fue como la inmensa mayoría de obreros fue despojada de sus saberes tradicionales y perdió una parte esencial de su cualificación.

Tal despojo alcanzó a más mujeres de lo que lo hizo en el siglo XIX. En la mayoría de los ámbitos, la mano de obra industrial seguía siendo masculina. Las innovaciones de los aparatos domésticos y la disminución del número de hijos por familia abrieron la posibilidad a las mujeres de ejercer un empleo pagado. Cuando era industrial, era menos calificado que el de los hombres. Las jóvenes obreras ya no dominaban los saberes domésticos que hasta entonces estaban reservados a ellas y contaban con poca calificación en el ámbito industrial.

Los hogares ahora se hallaban despojados a la vez de su mantenimiento productivo y de sus prácticas domésticas. Estas últimas fueron en parte reemplazadas por un bagaje de saberes —muy simplificados— que implicaba el funcionamiento de la casa y el mantenimiento de los nuevos equipos. Esos nuevos saberes se transmitían a través de los manuales que venían con los nuevos aparatos, de las instrucciones de los ensambladores, de los consejos que proporcionaban las revistas especializadas en la jardinería o en los aparatos domésticos, y a través de la prensa, la radio y la televisión.

De ese modo, una parte de lo que se transmitía localmente en las culturas populares se redujo considerablemente, a pesar de que la parte del trabajo manual siguió siendo importante.

El fin de los campesinos

El impacto de la segunda Revolución Industrial fue particularmente duro en el mundo rural. Durante la primera Revolución Industrial había perdido a la mayoría de sus artesanos y sus jornaleros; aunque los conocimientos agrícolas no resultaron tan afectados, ya que los instrumentos de labranza apenas habían evolucionado —incluso si ya no se fabricaban localmente o en las cercanías—. Asimismo, las actividades femeninas se vieron enriquecidas: la elaboración de confituras y repostería se democratizó tras la baja de precio del azúcar; la conserva de verduras o de grandes cantidades de carne se volvió una práctica común; las máquinas de coser facilitaron la fabricación de ropa a domicilio. En las grandes explotaciones agrícolas, la riqueza no se medía solo por la extensión del cultivo y el número de bestias, también se expresaba en la ropa de cama y las sábanas (hasta 100 o 150 pares) apilados en los grandes armarios…

Con la llegada del tractor la situación cambió. Desaparecieron los cultivos demasiado pequeños o que no eran administrados con demasiada prudencia, acelerando así la última fase del éxodo rural. El agua potable, la electricidad y los aparatos electrodomésticos aparecieron casi al mismo tiempo aligerando considerablemente las tareas domésticas. Ello condujo a un número cada vez mayor de mujeres a buscar un empleo fuera de la siembra, que garantizara su independencia y complementara el presupuesto familiar. Además, cerraron las escuelas demasiado pequeñas. El transporte escolar recogía a los niños en los pueblos o aldeas; los adolescentes, a su vez, asistían al colegio de alguna pequeña ciudad cercana.

Los saberes tradicionales del agricultor y su esposa fueron superados y reemplazados por conocimientos y habilidades que ahora se adquirían en la escuela, se difundían por los fabricantes de maquinarias, los técnicos de servicios agrícolas, los proveedores de fertilizantes o de alimento para el ganado. Buena parte de los conocimientos locales dejó de transmitirse a los jóvenes porque se volvió obsoleto y porque fue reemplazado por lo que se aprendía en la escuela y el colegio, así como por lo que ofrecían los nuevos medios de comunicación.

En pocos años el mundo rural desapareció: Henri Mendras analizó el caso de Francia en su obra *La fin des paysans* (1967). Casi al mismo tiempo, Harvey Franklin publicó en 1969 European *Peasantry: the Final Phase* en Gran Bretaña. Evidentemente, no todas las técnicas tradicionales se perdieron: los saberes empleados en muchas producciones de calidad, la cosecha de vinos en particular, lo demuestran —aunque no perduraron debido a que fueron reformulados por agrónomos, enólogos y químicos en lo que respecta a los conocimientos científicos y las técnicas modernas—.

Una nueva dinámica de la distinción social

Parte de la autarquía familiar desapareció casi por completo como efecto de la segunda Revolución Industrial: en el campo dejó de producirse el trigo para el propio pan, y las legumbres y la carne que lo acompañaban. Las conservas y productos congelados empleados en la preparación de la comida salían de las fábricas. Dejó de tejerse el lino, el cáñamo o la lana, producidos localmente, para confeccionar la propia vestimenta. Dejó de encargársele al herrero de la esquina la elaboración de diversos instrumentos. Ahora todo eso se compraba en las tiendas. A los productos y artículos tradicionalmente empleados se sumaron productos de consumo duradero que eran, evidentemente, de fabricación industrial.

En el ámbito alimentario existían escalas de prestigio—era más valorado comer pan blanco de trigo que alimentarse con pan oscuro de centeno o de granos de avena; el venado, los buenos trozos de carne para rostizar, el *fois gras* estaban reservados para las mesas de gente adinerada—. El rango social también se reflejaba en la ropa, en los tejidos con los que estaba hecha, en la forma que se seguía la moda. Sin embargo, para la gran mayoría de la población los bajos ingresos los excluían de cualquier competencia en este dominio.

La llegada al mercado de productos de consumo duradero modificó las cosas: uno podía distinguirse de los demás por sus bicicletas, sus autos, sus refrigeradores, sus máquinas de lavar o por los muebles que compraban. Como lo señaló entonces Vance Packard (1959), los compradores se convirtieron en *Status Seekers*. Los productores lo sabían y se aprovecharon de ello: cuidaban el diseño de sus productos y lo renovaban frecuentemente, por lo regular cada año, para que, a los ojos de los compradores, los artículos, que podían tener una larga duración, se volvieran obsoletos. Así, aceleraban su renovación.

La sociedad se transformó en una sociedad de consumo a partir del momento en que comprar se volvió un medio para afirmar su estatus. A la producción en masa ahora se sumaron otras formas de consumo igual de masivas ya que estaban organizadas y aceleradas por la cultura —una cultura cuya dimensión visual se consolidó gracias a las fotos difundidas a través de la prensa y el cine—.

Cultura de masas y culturas elitistas

Las peculiares mezclas de formas tradicionales y modernas de cultura que predominaban a fines del siglo XIX fueron cada vez más cuestionadas en el siglo XX. Apareció una segunda generación de cultura de masas (Loyer, 2017).

La gama de industrias culturales se amplió al pasar del siglo XIX al siglo XX. A la escritura se sumó la producción de grabaciones sonoras, de fotografías y, a partir de 1895 con los hermanos Lumière, la del cine. Como la cultura estadounidense se decía democrática, el éxito de estas nuevas actividades fue más inmediata en los Estados Unidos que en Europa. La música jazz, los nuevos ritmos como el *one step* o el *charleston*, y los filmes *western* no tardaron en difundir por todo el mundo una versión de la cultura popular elaborada por las industrias culturales de los EUA. Esas producciones incidían en los horizontes individuales a través de su efecto de exhibición: el público imitaba el modelo de las estrellas de cine; copiaba sus atuendos, fantaseaba con conducir los mismos autos, navegar en los mismos yates y vivir en las mismas mansiones. Así fue como la sociedad de masas, gracias a la publicidad que hacían las estrellas del *show business* y los

miembros del *jet society*, se convirtió en una sociedad de consumo —y que, entre esos consumos, los productos de las nuevas industrias norteamericanas tuvieron éxito—. ¿Era una cuestión de publicidad? No, directamente: no eran los centros de negocios estadounidenses los que subvencionaban a Hollywood, sino las ganancias que obtenían los productores con sus filmes que deleitaban al público.

Al mismo tiempo, los intelectuales europeos constataban que el público sensible a la gran literatura, al teatro y a la música clásica seguía siendo reducido. El teatro de bulevar, la ópera cómica y la ópera bufa tenían un público más amplio, aunque únicamente llegaba a las clases más modestas. Tal situación parecía insoportable para muchos ciudadanos informados que vivían en países que pretendían ser democráticos.

Se redoblaron esfuerzos para facilitar la difusión de la "alta" cultura entre las clases populares. Tal fue la ambición del Teatro Nacional Popular (TNP) que nació en Francia, bajo la dirección de Firmin Grenier, en 1920 y desapareció en 1945. Fue la tarea que se asignó Jean Giraudoux cuando fue nombrado comisario nacional de información, en julio de 1939. Y también fue el objetivo de Jean Vilar cuando asumió la dirección del nuevo TNP en 1951.

La política cultural de la URSS y de las democracias populares tuvo las mismas ambiciones. Cuando André Malraux se convirtió en ministro de cultura, adoptó de los Países del Este sus casas de cultura. Cabe señalar que tanto en el Este como el Oeste tales políticas de democratización tuvieron resultados muy limitados. Su punto débil radicaba en la concepción de cultura que tenían.

Al mismo tiempo, el jazz, los *westerns* y las series estadounidenses seducían a las generaciones jóvenes de países del Este europeo. Ello no se debía al poder de las industrias culturales norteamericanas: su publicidad terminaba en la cortina de hierro. Se debía a que ofrecían productos que respondían a las aspiraciones y a la sensibilidad de las poblaciones del mundo socialista —particularmente a la de sus integrantes jóvenes—.

Divisiones al interior de la cultura de masas

Se denominó culturas de masas a las culturas populares que se conformaron a raíz de la segunda Revolución Industrial, sin que hayan resultado necesariamente de las mismas transformaciones: en ellas concurrieron tanto la creación de una amplia gama de bienes de consumo duradero como el impacto de las industrias culturales. La diversidad de su alcance se subestimó. Por ejemplo, en las ciudades estadounidenses de mediados del siglo XX, la eficacia de los mercados inmobiliarios, aunada a la búsqueda de estatus, llevó a aquellos grupos que tenían los

mismos ingresos a residir en los mismos espacios. Había zonas pobres donde no se encontraban salarios mayores a los 15 000 dólares; otras, habitadas por las clases medias, que tenían ingresos de 15 000 a 40 000 dólares por el mismo periodo de tiempo, y espacios a los que solo podían acceder aquellos que percibían más de 40 000 dólares.

Había un elemento que complicaba tal distribución: en la categoría de ingresos ligeramente superiores a la media coexistían dos tipos de barrios: unos estaban poblados por obreros calificados, y otros por empleados. Los de "cuello azul", o clase trabajadora, no se relacionaban con los de "cuello blanco", u oficinistas; ambos se diferenciaban por sus culturas. En los barrios obreros se valoraba el trabajo manual, los saberes y la maña, así como los placeres simples del cine, los bailes populares y la música *country*. La lectura y el saber libresco no atraía para nada el voto popular. Por su parte, los empleados se sentían mucho más atraídos por la versión "democratizada" de las culturas elitistas pasadas: leían libros, iban al *music-hall*, al teatro o a los conciertos.

A pesar de sus diferencias, esas clases medias compartían la misma percepción de la sociedad norteamericana como portadora de ascenso social.

Las culturas elitistas del pasado fueron reemplazadas por culturas basadas en la adquisición de conocimientos de alto nivel: culturas para las cuales se creó internet y que se benefician ampliamente de este (Claval, 2012a). El respeto a los criterios de cientificidad condujo a producir saberes que se adoptaron en el mundo físico y natural. Nadie puso en duda la eficacia que aportaron a las técnicas que se basaron en sus resultados.

Otra vertiente de las culturas elitistas del pasado tenía que ver con las creencias y las filosofías de la historia, que se basaban sobre todo en la idea de progreso. Surgidas desde fines del siglo XIX, las dudas sobre su validez se acentuaron hacia 1960. Las culturas científicas actuales han dejado de ser portadoras de normas.

Nuevas formas de pensar las dinámicas socioculturales

Los geógrafos fueron sensibles a la transformación de las dinámicas socioculturales. Durante la primera Revolución Industrial, los avances que observaron a lo largo de sus viajes llevó a suponer que el desarrollo era posible, aunque los actores de inicio y el capital que requería el desarrollo siguió siendo sobre todo local: la iniciativa nació de los comerciantes o artesanos que vivían ahí mismo; posteriormente, fue impulsada y coordinada por los centros urbanos regionales y sus bancos, que atraían el ahorro de espacios vecinos y facilitaban la inversión local

(Labasse, 1955). Gracias a las actividades financieras se aceleró el auge de las ciudades más importantes y el impulso que dieron al desarrollo; los grandes centros se transformaron en metrópolis.

Las dinámicas que operaron en la segunda Revolución Industrial fueron distintas. Las nuevas fábricas solían ser establecimientos que instalaban en ciudades de provincia los grandes grupos industriales. Eso se reflejó en las estructuras sociales: el manejo económico dejó de estar arraigado en la provincia; la dirección de la empresa ahora lo había sido asumido. Así, los técnicos, los comerciantes y los ingenieros cambiaban, a lo largo de su carrera, de un establecimiento a otro, de una ciudad a otra e incluso de un país a otro. Celebraban el dinamismo que el éxodo de los establecimientos de fabricación produjo en las ciudades medianas, pero no tenían consciencia de la diferencia que había respecto a las transformaciones anteriores. La industrialización ya no se traducía por la creación local de una directiva competente y arraigada. Y, aunque el empleo aumentó, lo que ofrecían los grandes grupos industriales eran sobre todo puestos para obreros sin experiencia o poco calificados. Los más preparados se quedaban en las grandes ciudades. Nicole Commerçon (1988) denominó a las ciudades medias de la región lionesa como ciudades-medios, ya que solo servían para establecer una nueva forma de segregación espacial entre la clase obrera y los órganos de dirección.

Los estudios regionales entonces adquirieron una dimensión social que hasta entonces no tenían. Insistían en la división de clases que identificaban, pero también advertían las diferencias que se manifestaban entre ellas: a las burguesías tradicionales, sólidamente establecidas, arraigadas a la tierra, a la historia local y al folclor, se sumaron las élites que surgieron de las grandes escuelas de ingenieros o de comercio, y que tenían poco tiempo de estar ahí. Sus horizontes, sus perspectivas y el interés que tenían en el medio local y en la región eran muy diferentes. La clase dejó de ser monolítica porque sus miembros tenían intereses, proyectos e imaginarios diversos. La geografía regional se volvió sociocultural.

Una nueva actitud frente a las desigualdades territoriales

A finales de la segunda fase de la Revolución Industrial, entre los años 1950 y 1960, las desigualdades a nivel regional llamaron cada vez más la atención. Esto se debía a la nueva percepción que se tenía del desarrollo, el cual ya no aparecía como el resultado, desigual en cada lugar, del aprovechamiento de las potencialidades económicas naturales. Era más bien resultado del trabajo de los hombres, de su capacidad creativa y su sentido de organización. Desde esta óptica, las desigualdades dejaron de percibirse como naturales. Se producían tanto, o más, por

la distinta capacidad de las sociedades de explotar el espacio y los recursos naturales que ofrece.

A escala nacional, la suma de las capacidades productivas alcanzó un cierto nivel de desarrollo, donde el producto interno bruto, el PIB, marcaba la pauta tanto a nivel nacional como para los conjuntos territoriales más pequeños. El desarrollo social de cada región dejó de basarse únicamente en sus potencialidades naturales. ¿Acaso no debía reflejar los rendimientos de toda la sociedad? ¿Acaso no todos tenían derecho a las mismas satisfacciones? ¿No correspondía a la nación garantizar el desarrollo de todo el territorio y llevar al mismo nivel a todas sus regiones, así como a las personas que lo habitan?

Así fue como el sentido de justicia comenzó a interactuar con la preocupación ahora universal del desarrollo. En el contexto de la economía nacional que impulsa, el Estado debe garantizar que todos tengan el mismo acceso al éxito y al bienestar. Lo hace, primero, recaudando mediante los impuestos una parte de los ingresos y redistribuyéndolos, y, segundo, organizando el territorio. Como la nación es percibida como pieza clave del escenario económico, se lucha por mayor justicia espacial. Este imperativo es lo que vuelve a centrar la atención en la región.

A partir de entonces, el análisis territorial cobró una doble dimensión: por un lado, mostró cómo los diversos componentes del espacio nacional se articulaban al interior de la economía nacional, y, por otro, señaló lo que el Estado debía hacer para responder al ideal de equidad territorial que ahora se hacía necesario.

El geógrafo se enfocó, por una parte, en los flujos que determinan el lugar de una fracción determinada del territorio dentro del conjunto nacional, y, por otra, se dedicó a analizar la percepción de desigualdad que alimentaba los sentimientos de frustración y las demandas de las poblaciones locales.

Una reflexión insuficiente sobre los países en vías de desarrollo

Las dos guerras mundiales y la Gran Depresión desaceleraron durante cuatro décadas el desarrollo económico del planeta. Transformaron el mapa político de Europa, pero casi no afectaron el del resto del mundo. A partir de 1945, la descolonización multiplicó los nuevos Estados, los cuales se inscribieron, sin embargo, dentro de las fronteras establecidas por las potencias colonizadoras, y cuya Organización de las naciones Unidas (ONU) garantizaba su integridad.

Al finalizar la guerra, el desarrollo apenas benefició a una mínima fracción de la superficie de la Tierra. Entonces, los estudios sobre las dinámicas del tercer mundo se propagaron rápidamente, aunque las formas que tomaron limitaron su

pertinencia. Varios estudios (Nurkse, 1953; Higgins, 1959, por ejemplo) se enfocaron en las espirales que bloqueaban a los países en rezago, donde la pobreza limitaba el volumen del mercado interno, que sería insuficiente para comercializar la producción si esta aumentaba. Esto desvió al ahorro de la inversión productiva y lo condujo hacia la usura, la cual perpetúa la miseria y la pobreza, reproduciendo así el ciclo de estancamiento. La mayoría de los expertos no encontraron otra salida más que la de recurrir a la ayuda internacional; sin embargo, esta resultó ser ineficaz porque su capacidad era insuficiente y porque, en parte, se había desviado de sus fines debido a la corrupción y al clientelismo.

Para los economistas radicales, el círculo vicioso del subdesarrollo no se originó en los países del tercer mundo, sino que se debía a los intercambios que sostenían con los países desarrollados de economía capitalista. Su desequilibrio tomó sucesivamente dos formas: en una primera fase, los productos alimenticios, los minerales y las fuentes de energía importados por el mundo desarrollado estaban a bajo costo, mientras sus exportaciones de productos de consumo duradero y bienes de capital se cobraban a precios elevados: ello aseguraba a sus comerciantes grandes ganancias. En un segundo momento, cuando estos bajaron debido al aumento de los salarios y a la lucha contra la contaminación en los países industrializados, la transferencia de capitales que se dio ya no estuvo destinada a promover el desarrollo de los países del tercer mundo. Ahora su objetivo era exportar la contaminación, que ya se había prohibido en el mundo desarrollado, y beneficiarse de sus bajos salarios. De ese modo, asistimos al desarrollo del subdesarrollo más que a su desaparición (Frank, 1966).

Son pocos los estudios que destacan que las dificultades económicas del tercer mundo provienen sobre todo del proteccionismo de los países avanzados. Sin embargo, este fue perdiendo rápidamente terreno conforme los bloques fueron desapareciendo.

Capítulo 8. Las lógicas de lo local y lo doméstico

Durante mucho tiempo, los geógrafos se han destacado por la descripción de los lugares; sin embargo, no han analizado realmente los procesos que operan a escala local, y, por ende, tampoco han tomado en cuenta la escala doméstica. Demangeon justificaba la renuencia a abordar la casa rural a causa de la preocupación de permanencia que debía guiar el trabajo del geógrafo:

> Todas esas adaptaciones, curiosas y pintorescas, de la casa según las condiciones del entorno geográfico dejan intactos sus órganos esenciales; no importan, por así decirlo, sus funciones. Modifican sus contornos, le dan una originalidad superficial, pero no crean su verdadera personalidad.
>
> [...] Los muebles, los utensilios, las herramientas, todas esas cosas inanimadas que ocupan la habitación y le dan una vida íntima, suelen parecernos como uno de los elementos fundamentales de su fisonomía: es por esos interiores rurales que nuestro espíritu no puede desprenderse de su marco de piedra, de bosque o de hojarasca y que le gusta establecerse en ese medio geográfico: con la landa bretona, con los pequeños campos amurallados con piedras secas, con los terraplenes plantados con tojos, con las chozas pequeñas y sombrías construidas con esquisto o arenisca, asociamos las viejas alcobas esculpidas en madera sobre las que se ponían las camas, los armarios de roble con herraje brillante, las burdas escudillas con sus cubiertas de madera, la pesada artesa donde se preparaban las hogazas de pan negro, el horno donde ahumaban los jamones. Sin embargo, nada es permanente dentro de esos hogares campestres; ahí todo evoluciona muy rápido incluso más que su construcción; la vida rústica de otros tiempos da lugar al bienestar y a sus comodidades; en el mismo lugar de la choza apenas modificada, vemos entrar las comodidades banales de la vida moderna. Todos esos objetos familiares, que nos parece que contienen la esencia misma de la vida cotidiana, desaparecen unos tras otros.
>
> La personalidad territorial de la habitación rural no está compuesta de esos elementos que cambian y que pasan; emana sobre todo de la disposición interna

> de los edificios, la cual nace de las necesidades agrícolas. La casa del campesino ofrece la solución al problema vital que es el de saber cómo se establecieron relaciones recíprocas entre los hombres, los animales y los bienes. (Demangeon, 1927b, reproducido en Demangeon, 1942, pp. 265-266).

Por tanto, lo que aleja al geógrafo de la escala local y doméstica es su preocupación por mostrar las estructuras e identificar, a través del aspecto cambiante de las cosas, la existencia de configuraciones estables que responden a funciones permanentes. La atención que pone el investigador en aquello que "realmente cuenta" (la producción), lo hace distanciarse de la vida familiar, de los hijos que nacen y crecen, de los saberes que se transmiten; también lo aleja de aquello que endulza la vida de cada persona y de los momentos de ocio o placer que procura un hogar armonioso.

Pero fundamentalmente lo que más aleja a Demangeon y a la mayoría de los geógrafos de lo local y lo doméstico es la concepción que tienen del hombre dentro de la geografía humana:

> Lo que estudia [la geografía humana] son los hombres como parte de una colectividad y agrupación; son las acciones de los hombres en cuanto sociedad. En nuestras investigaciones, debemos partir no del individuo, sino del grupo (Demangeon, 1942, p. 28).

¿Había un absoluto silencio sobre lo que sucedía a escala del departamento, de la casa, el pueblo y la región, o del barrio y la ciudad? No, aunque no se les describía propiamente, se les cartografiaba o fotografiaba. Se analizaba cómo se construyeron esos entornos, los materiales que se habían empleado, las herramientas y los modelos que habían seguido los constructores. Se puso gran atención en las técnicas. En este aspecto, los etnógrafos fueron más lejos que los geógrafos y, al entrar en contacto con ellos, fue como Jean Brunhes y Pierre Deffontaines desarrollaron la primera forma de enfoque cultural de la geografía en lengua francesa. Prueba de ello fue la *Revue de géographie humaine* que publicó Deffontaines en 1948, en colaboración con el etnólogo André Leroi-Gourhan.

Aprehender lo local y lo doméstico

Las realidades locales y domésticas no se aprehenden del mismo modo que las de escala regional o nacional, o las de escala global. El lugar que se le da a lo con-

creto, a lo sensible y al comportamiento individual es más importante. A través del paisaje se puede interpretar lo local; la esfera doméstica se aborda a partir de las casas y sus dependencias, o a través de los edificios habitacionales y sus departamentos.

Para comprender una región, el paisaje a observar se vuelve una construcción intelectual: hay que eliminar los detalles y conservar solamente los elementos que se repiten: la ondulación del relieve en una parte, su planicie en otra, la repetición de acantilados de roca pelada un poco más adelante, la de picos afilados en altas montañas, como en los Alpes; la fragmentación de espacios explotados que en un punto forman un bocage, o los grandes horizontes con campos abiertos en otro punto: la presencia de pueblos en una parte, o la distribución de granjas y aldeas en otros lugares.

El paisaje local, en cambio, es resultado de una aprehensión directa: como el de un antiguo campo abierto que ahora se usa para la cerealicultura en terrenos de 20, 50 hectáreas o más, un pueblo con pequeños tejados rojizos, una iglesia donde se mezclan los estilos gótico y renacentista, antiguas casas de jornaleros que los parisinos convirtieron en granjas, y cuatro grandes cultivos cuya construcción está dispuesta alrededor de un patio cerrado con grandes palomares como los que tanto se ven en el Vexin. A orillas del pueblo, tres grandes hangares albergan máquinas y estabulaciones abiertas. Al norte del antiguo centro se despliega un complejo de casitas casi idénticas, de donde todas las mañanas salen los adultos a trabajar en las oficinas de Cergy-Pontoise o en las fábricas de Flins. Hileras de árboles cortan las laderas del pequeño valle donde se encuentra el poblado…

Ese paisaje cobra vida por las mañanas, cuando los tractores arrancan hacia los campos y los coches se dirigen hacia los centros de trabajo que se encuentran a veinte o treinta kilómetros; y por las tardes, cuando es hora de volver. ¿Y los niños? El autobús escolar pasa a recogerlos a su casa por la mañana y los lleva de vuelta al mediodía. ¿Y las compras? No hay más que una tienda de conveniencia local. La gente hace las compras en los supermercados de Magny-en-Vexin, de Cergy o de Les Mureaux.

El estudio se realiza por medio de entrevistas y cuestionarios que se hacen a la población: cada persona detalla sus desplazamientos, indica los lugares donde se abastece, habla de sus salidas para ir a un restaurante, ver un espectáculo, o asistir a un evento deportivo. La encuesta también se ocupa de las asociaciones que fomentan la vida local: ¿quiénes las dirigen? ¿a cuántas personas agrupa? Además de la escuela, ¿a dónde van los niños para practicar un deporte, aprender música, tomar algún curso de baile?

¿La gente tiene jardines? El investigador los visita, los fotografía, observa el área que corresponde a las frutas y legumbres, la que tiene pasto, la que tiene flores. Registra las horas, los días y las temporadas en que las familias trabajan, descansan y toman sus alimentos.

Una vez que se cruza la frontera entre lo local y lo doméstico, se pasa de una escala kilométrica o hectométrica a una escala decamétrica o métrica. Se sustituyen los mapas por los planos de departamentos y casas, donde se anota la ubicación de los muebles. ¿A qué hora se encuentran ahí los padres? ¿Y los hijos? ¿Padres e hijos comparten el almuerzo? ¿Dónde cenan y a qué hora? ¿Y el desayuno?

Los geógrafos fueron quienes adoptaron la costumbre de cartografiar a detalle el hábitat y las regiones, y elaborar los planos de los jardines y los lugares habitados —el análisis de los terrenos cultivados o con jardines fue también la especialidad de los equipos de investigadores que mantuvo la ORSTOM, [la Oficina de investigación científica y técnica de ultramar] durante las últimas décadas del siglo XX en la África subsahariana y otras partes del mundo. Con la colaboración de los etnógrafos que formaban parte de los mismos equipos de ultramar, o de los sociólogos que los reemplazaban en Francia, los geógrafos multiplicaron los cuestionarios y las conversaciones que tenían el propósito de saber en qué empleaba su tiempo la gente, sobre su trabajo, sus actividades recreativas, sus desplazamientos y sus relaciones sociales.

El hecho de interesarse en lo local y lo doméstico dio al investigador acceso directo a las realidades materiales: los campos, las herramientas empleadas para trabajarlos y garantizar sus cosechas; los jardines, las plantas comestibles y las flores que ahí se cultivaban; las casas, los materiales empleados en la construcción de sus muros, sus estructuras y sus techos; el mobiliario de las diversas habitaciones… La lista de objetos que valía la pena observar es interminable. Su estudio sistematizado constituyó, tanto para la geografía humana como para la etnografía, una de las grandes áreas de especialización de las ciencias sociales francesas desde los años 1930 hasta 1960 —pensamos, por ejemplo, en André Leroi-Gourhan, Georges-Henri Rivière, en François Sigault o, más recientemente, en Jean-René Trochet—. Fernand Braudel recurrió en gran medida a esos estudios para enriquecer su obra *Civilización material y capitalismo*, que publicó en 1967. En su primera fase, hasta la década de1960, la geografía cultural francesa se centró en estos aspectos.

El nuevo interés por la escala doméstica

Un interés que se reafirma

Dentro del espectro de las lógicas espaciales que exploraba la geografía, faltaba una rama: la doméstica. Se hablaba del pueblo y sus casas; se describían las actividades que realizaban en los talleres que había allí, pero no las que sucedían en las habitaciones de una vivienda. La marginación que habían sufrido durante los últimos cincuenta años desapareció (Collignon y Stasak, 2004). El investigador que se dedica a estudiar lo local ya no se detenía a la entrada de la casa, ahora examinaba lo que sucedía en su interior. Es ahí donde vive el bebé, allí donde aprende a caminar y hablar, donde encuentra el entorno afectivo que necesita, allí donde asimila las palabras, los gestos, las imágenes que forjan su ser. También es ahí donde ocurre una parte esencial de las relaciones entre hombres y mujeres, ahí donde se reparten las tareas. Ahí es donde se desarrollan lazos fundamentales, pero también ahí es donde se establece la subordinación de las mujeres ante los hombres, y de los niños ante los adultos o personas mayores. Ahí es donde nacen algunas de las formas más comunes de explotación y poder. Por no haber tomado en cuenta esas realidades es que por mucho tiempo los geógrafos se mantuvieron indiferentes a la situación injusta en que se encontraban las mujeres.

El interés por la escala doméstica se asoció a las transformaciones a las que dio lugar la modernidad, a su apertura cada vez mayor hacia el mundo exterior y a la externalización de una parte de las tareas que se realizaban allí: fue debido a que las mujeres ya no tenían que acarrear todos los días el agua, moler el mijo, hornear pasteles, hacer la comida, lavar la ropa y asumir, muchas veces solas, o con ayuda de sus madres, sus hermanas o cuñadas, el cuidado y la educación de los hijos que, por fin, la inferioridad de su estatus pareció escandaloso.

El entorno doméstico y la evolución de las técnicas

El interés por el mundo doméstico en principio se centró en el entorno donde se desarrollaba: la vivienda y sus inmediaciones, el patio, el jardín y la entrada. No se tomaba en cuenta los materiales con los que estaba construida, ni en su aislamiento y su climatización, ni en su iluminación o sus puertas. Se describía su división en piezas y el uso particular de cada una de ellas (si es que lo tenían): donde dormían los padres, las que estaban reservadas a los niños, donde la comunidad familiar se reunía para comer, para realizar tareas y para estar en vigilia, donde se recibían visitas y las que servían de talleres o bodegas.

Las formas y las cualidades de los espacios domésticos dependían de los materiales empleados en su construcción. Por mucho tiempo, la gente solo pudo usar aquellos que se producían localmente —hubiera salido muy caro traerlos de lejos—. Los planos y los estilos de construcción nacían de los acuerdos entre los maestros constructores, albañiles o carpinteros, y los responsables del proyecto. Los primeros contaban con los conocimientos y los modelos que en gran parte habían adquirido localmente; los segundos hablaban de sus necesidades y aspiraciones, que muchas veces estaban moldeadas por lo que habían observado y vivido. Eso daba como resultado que hubiera cierta familiaridad en las formas, los colores y las proporciones de los edificios construidos en una localidad. Si bien la construcción no era uniforme, tenía esa armonía que sigue siendo el encanto de los pueblos y barrios antiguos.

Gracias a la revolución en los transportes fue posible traer de lejos materiales de construcción y, cada vez más, conjuntos prefabricados, paneles, puertas o ventanas, y armazones, por ejemplo —¡a veces, incluso, la casa entera llegaba lista! —. La gente viajaba más y soñaba con casonas como las que admiraban en las ciudades aledañas, en la montaña o a orillas del mar. La arquitectura vernácula de antaño dio lugar a construcciones diseñadas por arquitectos que estaban al corriente de todas las posibilidades y todas las modas. La construcción se volvió heterogénea. Pese a que las casas estaban bien diseñadas y construidas, respondían a cánones estéticos distintos y carecían de armonía.

En un principio, los edificios habitacionales no rebasaban los 4 o 5 pisos. Posteriormente, el acero, el hormigón armado y el elevador dieron lugar a construcciones mucho más altas, de 10, 20 pisos o más. Esos edificios rompieron con las líneas de horizonte y taparon la vista a muchas casas individuales.

La zonificación no produjo la total uniformidad de los barrios residenciales: estos contaban con tiendas, centros comerciales cercanos, escuelas y otros edificios públicos. Las preocupaciones de quienes los mandaron a construir eran distintas a las de los individuos, quienes estaban más abiertos al empleo de nuevos materiales y estructuras más ligeras. Ello introdujo formas disonantes en la configuración arquitectónica.

En las zonas artesanales, comerciales o industriales, la reciente libertad de elegir los materiales y modelos de construcción derivó en una verdadera cacofonía de volúmenes y colores: para edificar las grandes superficies de muchos de esos edificios, fue necesario recurrir a estructuras de carga modernas. Los materiales con los que se fabricaban las paredes, que ya no sostenían nada, eran más ligeros y mucho más coloridos. Así, el universo en el que transcurría la vida diaria experimentó una transformación profunda en los últimos cincuenta años.

El mundo doméstico se abre al exterior

El mundo doméstico refleja múltiples dinámicas. El interior no constituye una zona de libre circulación: uno no entra a cualquier hora a la habitación de los padres; a los niños les gusta disponer de espacios privados. En el mundo musulmán existe un barrio de mujeres, donde también pueden vivir los niños hasta los 7 años; únicamente las niñas pueden quedarse después de esta edad. Los niños entonces son admitidos en el barrio de los hombres.

El espacio doméstico no es un espacio cerrado. Se comunica con el exterior a través de ventanas y puertas. Cuando las ventanas son de vidrio, permiten ver desde adentro lo que pasa en la calle o el jardín y dejan ver componentes del paisaje más lejanos. Las cortinas impiden que los paseantes miren, de día, lo que pasa al interior, y así se protege la intimidad de los inquilinos. Sin embargo, ese no es siempre el caso: las casas de los Países Bajos no tienen cortinas: según la visión calvinista, ¡no había nada que esconder en la vida que lleva la gente en su casa! Yo tuve en Taipéi una experiencia contraria: la universidad que me invitó me alojó en una casa un tanto antigua, cuyas ventanas estaban cubiertas de vidrio catedral, y era igual en todas las casas del barrio. Eso no me molestaba en el caso de la cocina, que estaba ubicada en la parte trasera del departamento y daba a un callejón de apenas un metro de largo, enfrente estaba la ventana de otra cocina, de la que podía escuchar todos los ruidos ¡y de la que hubiera podido ver todos los movimientos si no contara con el vidrio catedral! En el resto de las habitaciones, me sentía un poco encerrado…

En el mundo musulmán hay muchas casas que se abren al exterior solamente por una puerta estrecha puesta con trabas para controlar de manera más eficaz las entradas. Las habitaciones dan a un patio interior como si le dieran la espalda al mundo exterior.

A la apertura real que representan las puertas y ventanas, se suma la ampliación que aportan los espejos al espacio, así como las aperturas simbólicas que ofrecen los cuadros o fotografías de paisajes colgados en las paredes: estas son ventanas imaginarias (Claval, 2004)… Recuerdo cuál fue mi sorpresa cuando vi la fotografía de La Croisette en la sala de estar de un muy humilde cultivador *hua* (chino de religión musulmana), en el pequeño oasis de Ānxī, en Quanzhou, cerca de la frontera de Sinkiang. ¿Dónde la consiguió? ¿Qué evocaba para él? Un lugar de ensueño…

El espacio doméstico está físicamente abierto, aunque en distintos grados. Augustin Berque lo señaló al mostrar el contraste entre el lado *omote* y el lado *oku* de la casa japonesa:

> *Omote* es lo que está del lado de la cara […]. Es la fachada, la parte de la casa en la que se recibe, en la que se tratan los asuntos públicos y comerciales. En este último sentido, *omote* es lo opuesto de *oku*, el fondo. […]. *Ura*, lo contrario de *omote*, es el lugar oculto de las cosas, el interior, el fondo, la cara posterior (Berque, 1982, p. 135).

Y Berque precisa:

> [La casa japonesa], en principio, no es más que un refugio para dormir. Las actividades intradomésticas abarcan tanto la vida propia de la familia, como los eventos que, en un principio, se realizaban afuera, pero que poco a poco penetraron al interior. Se hizo necesario separar esos dos aspectos, proteger lo cotidiano de lo fasto, de lo íntimo, de lo ostensible. El lugar de lo cotidiano […] son las partes traseras (Berque, 1982, pp. 135-136).

Sin embargo, la apertura del mundo doméstico no solamente se lee en las puertas por donde pasan los hombres. Desde hace mucho tiempo, pasa por la carta que trae el cartero, por los periódicos o las revistas puestas sobre una mesita de la sala de estar, o por los libros de la biblioteca. Los medios de comunicación modernos sumaron la radio, la televisión y todas las pantallas conectadas a internet: ¡gracias a ellos, la vida exterior penetró hasta lo más íntimo! Hubo un tiempo en que toda la familia se reunía a comer escuchando las noticias en la radio; más tarde, miraban los programas en la televisión de la sala con un plato de comida sobre las piernas. Ahora, cada habitación está conectada gracias a las computadoras, las *tablets* y los *smartphones*. El mundo exterior llega a lo más profundo del hogar, y lo hace tanto de día como de noche. ¡Esto, evidentemente, transforma la vida de todos e influye en la socialización de los niños que ya no depende solamente de la familia o los vecinos que venían a pasar la tarde alrededor de la chimenea!

El mundo doméstico, matriz y producto de la sociedad

Analizar las relaciones que se establecen en el mundo doméstico resulta muy provechoso para explorarlo. Las relaciones se estructuran por reglas, normas y aspiraciones que atraviesan el cuerpo social. Se manifiestan a través de los hábitos, los reflejos y los tipos de socialización, que garantizan su transmisión, y constituyen una de las matrices fundamentales de la vida colectiva.

Lo doméstico es, ante todo, el lugar donde se desarrollan las relaciones familiares —tradicionalmente, la pareja e hijos—: el hogar es donde uno duerme,

descansa, recibe cuidados durante enfermedades pasajeras y pasa el periodo de convalecencia; la familia garantiza la alimentación durante la primera infancia y con ella se comparten numerosas comidas; asimismo, muchas actividades recreativas se realizan en casa.

Todo ello implica un sinfín de decisiones, las cuales se toman mediante intercambios de puntos de vista, que a veces van acompañados de discusiones. Se toman en situaciones donde los argumentos que cada uno defiende no son los únicos puestos en duda: no hace mucho, la decisión correspondía legítimamente a la autoridad del jefe de familia; hoy corresponde a ambos cónyuges. Entre el esquema de lo legal y la realidad, suele haber un margen importante —ya que los juegos de poder e influencia son múltiples, y están acompañados de violencia verbal y a veces física—.

El mundo doméstico es aquel donde se desarrollan las relaciones entre hombres y mujeres, y donde evolucionan. Lo único que el marco legal suele hacer es reconocer y sistematizar un estado de las cosas.

El mundo doméstico es aquel donde los niños aprenden la vida social, el respeto hacia los otros, la necesidad de diálogo y los juegos de autoridad y poder: la socialización es ante todo transmisión de una cultura, y una parte esencial de dicha transmisión sigue dándose en la casa. En casa es donde los niños se empapan de muchos de los sueños e imaginarios que los acompañarán toda su vida.

Entonces comprendemos por qué es útil analizar de manera conjunta las lógicas de lo local y lo doméstico.

Las lógicas de lo local y lo doméstico: los pueblos originarios

Para el investigador el hecho de interesarse en lo local y lo doméstico no se deriva simplemente de un cambio de enfoque. En la geografía natural implica detenerse ante un objeto que tiene cierto significado —en un ecosistema (escala local) y en un elemento del ecosistema (lo equivalente a la escala doméstica) —. En la geografía humana, supone estudiar las unidades básicas en las que se inscribe la vida social —familia, clan, comunidad local—. ¿Cómo ocurría esto en los pueblos originarios?

El alcance de lo local: el caso de los pueblos originarios

En *Tristes trópicos* (1955/1953), Claude Lévi-Strauss presenta un relato apasionante de su aprendizaje como etnólogo en medio de la soledad septentrional de Mato

Grosso, en Brasil, entre los nambikwara, uno de los pueblos más desfavorecidos. Los nambikwara han evolucionado en un ambiente tropical con prolongadas sequías y suelos pobres. La impronta humana apenas es visible: "Los paisajes totalmente vírgenes reflejan una monotonía que le resta valor significativo a su salvajismo" (Lévi-Strauss, 1955, p. 237). En este espacio en apariencia uniforme, el etnólogo —o el geógrafo— tuvo dificultades para determinar la extensión y los límites locales. Esto debido a la escasa presencia humana y a la dinámica propia de los ecosistemas donde se insertaba.

De acuerdo con las estaciones, esos amerindios adoptaban dos estrategias para explotar su medio ambiente:

> El año nambiquara se divide en dos períodos. Durante la esta-ción lluviosa, de octubre a marzo, cada grupo vive en una pequeña eminencia que domina el curso de un arroyo; los indígenas cons-truyen allí chozas groseras con ramajes o palmas. Queman pedazos de terreno en la selva-galería que ocupa el fondo húmedo de los valles, y plantan y cultivan huertos donde se encuentra sobre todo mandioca (dulce o amarga), diversas especies de maíz y de tabaco, a veces porotos, algodón, maníes y calabazas. Las mujeres rallan la mandioca sobre planchas incrustadas de espinas de ciertas palmeras…
>
> A comienzos de la estación seca la aldea es abandonada, y cada grupo se desintegra en varias bandas nómades. Durante siete meses, esas bandas vagan a través de la sabana, en búsqueda de caza —sobre todo pequeños animales […], y de frutos, granos, racimos o miel salvaje, en suma, de todo aquello que les impedirá morir de hambre […] Es la época en que el problema alimentario absorbe todos los cuidados. Las mujeres se valen de la azada, con la que extraen raíces y aplastan pequeños animales; los hombres cazan con grandes arcos […]. (Lévi-Strauss, 1955, p. 240).

Los problemas que enfrentaban los inuinait, los esquimales del cobre, que estudia Béatrice Collignon (1996) en el Gran Norte canadiense, eran bastante similares. En la temporada de verano, estos grupos nómadas se iban, por familias, en sus kayaks a lo largo de las costas del continente y las islas del archipiélago ártico, donde pescaban o perseguían a pie la caza en las llanuras de la tundra. En el invierno, las familias se reunían en la costa, justo donde abundaban las focas de las que se alimentaban. Lo local era el espacio donde se desarrollaba su existencia, el campamento móvil bajo las tiendas, en verano, en medio de una zona de pesca o caza; era el poblado asentado con iglús y cercano a la banquisa,

en invierno. Cada vez que se instalaban en algún sitio, los inuinait tapizaban toda la zona que ocupaban de topónimos para designar los lugares en los que se desarrollaba su vida cotidiana.

Las condiciones eran distintas en los pueblos que se instalaban en entornos más fáciles de desbrozar y aprovechar. Bronislaw Malinowski pudo comprobarlo durante y tras la Primera Guerra Mundial en el archipiélago de las islas Trobriand, al noreste de la Nueva Guinea. Estas islas estaban pobladas por pescadores y agricultores que eran excelentes jardineros. Así, modificaron profundamente el espacio, a pesar de que sus técnicas agrícolas imponían un periodo mayor de reposo a la tierra: "A simple vista, calculo que una quinta parte o quizá un cuarto de la superficie total se cultivaba simultáneamente. (Malinowski, 1974, p. 60-61). El paisaje se diferenciaba bastante:

> El paisaje de las Trobriand no resulta hermoso a primera vista. Nos encontramos sobre una plataforma de coral plana y uniforme, cubierta en su mayor parte de fértil tierra negra… Alrededor de las costas norte y este de la isla principal… corre una cadena de arrecifes de coral baja e irregular… cubierta de selva virgen. El resto está casi completamente sometido a cultivo intermitente, de tal forma que la maleza, talada cada pocos años, no puede crecer hasta ganar altura. Cuando se camina por el campo, o bien se desplaza uno entre dos murallas verdes de jungla baja y verde, de reciente crecimiento, o bien se cruzan huertos…
>
> Desde luego, los huertos son la parte más atractiva de la isla. Recorremos terrenos completamente despejados que dejan ver la lontananza, donde el horizonte se rompe con ocasionales grupos de árboles que señalan el emplazamiento de un *boma* (bosque sagrado) o de uno de los numerosos poblados; o bien nuestra mirada se extiende hasta la jungla del arrecife de coral o cruza la laguna verde... Pueden verse estos frutos ya crecidos, los altos penachos de la caña de azúcar, las jóvenes hojas en forma de corazón de los taros, y aquí y allá los primeros sarmientos de la variedad grande de ñames (*kuvi*) trepando alrededor de los pedúnculos que se dejan en pie después del corte y el quemado…
>
> O también atravesamos un huerto de ñames en pleno desarrollo, que recuerda algo los campos de lúpulo de Kent e indiscutiblemente resulta más atractivo. Los exuberantes sarmientos trepan alrededor de los altos y recios postes; sus sombreadas guirnaldas de follaje, levantándose como surtidores verdes o bien derramándose hacia tierra; el efecto que causan es ése de abundancia y obscuri-

> dad que con tanta frecuencia suelen referirse los conjuros indígenas (Malinowski, 1974, pp. 60-61).

Por tanto, lo local presenta rasgos muy diferentes de aquellos que caracterizaban a los hombres del paleolítico o a los pueblos originarios. A partir del Renacimiento, los exploradores comenzaron a descubrirlos al recorrer el mundo: lo local está fijo en lugar de desplazarse constantemente; se lee claramente en el paisaje; la unidad elemental se constituye por el pueblo y la región que lo rodea.

Las relaciones con lo local y con el mundo exterior entre los pueblos originarios

Los procesos que configuran las realidades locales y domésticas son simples: para el etnólogo, las células del mundo primitivo, grupos o tribus, están aisladas unas de otras. Tienen baja densidad, y extensas zonas desocupadas separan a los grupos humanos. Hay poco contacto entre ellos y suele ser hostil, como pudimos observarlo apenas hace cuatro o cinco décadas en la Amazonia o en las tierras altas de Nueva Guinea: ahí, cada grupo percibía a sus vecinos como diferentes; la verdadera humanidad solo existía entre ellos. Así, el mundo originario es percibido como un archipiélago de humanidades cada una de las cuales vive sola.

Los problemas que enfrentan estos grupos son simples: ¿cómo aprovechar su entorno para subsistir? ¿Cómo organizarse? ¿Qué relaciones establecer con los hombres y las mujeres? ¿Cómo estructurar las relaciones de descendencia dentro de los linajes y de alianza entre los linajes? ¿Cómo llevar a cabo la socialización de los niños? ¿Cómo solemnizar la adquisición de conocimientos y comportamientos que convierten a hombres y mujeres en adultos?

La organización de la producción se refleja en la estructura de la sociedad, como lo muestran los nambikwara:

> […] es indispensable tener presente el carácter fundamental de la *pareja* entre los nambikwara: es la unidad económica y psicológica por excelencia […]. Los nambikwara viven de una doble economía: de cazadores y jardineros, por un lado, y de recolectores, por otro. De la primera se encarga el hombre y de la segunda la mujer (Lévi-Strauss, 1955, p. 252).

La vida es posible gracias a la complementariedad de las tareas asignadas a cada uno de los sexos, aunque la parte que toca a las mujeres se ha desvalorizado sistemáticamente. El nomadismo pesa mucho sobre ellas:

> Todos los bienes de los nambikwara se recolectan fácilmente con el cuévano que llevan las mujeres en el transcurso de la vida nómada […] Su dimensión puede alcanzar 1 m 50, es decir, que a veces son tan altos como la portadora (Lévi-Strauss, 1955, p. 242).

Los nacimientos deben tener un espacio de tres años al menos: ¿cómo podría una mujer embarazada cargar sobre sus espaldas a un niño que sigue amamantando y los 30 kilos o más del cuévano?

Se tiende a pensar que la evolución de esos grupos se desarrolló en forma aislada. Los estudios muestran que tal aislamiento era relativo. Los ritmos de vida y las técnicas empleadas permitieron a los pequeños grupos en los que se dividieron los nambikwara sobrevivir frugalmente en ese difícil entorno. ¿Eso quiere decir que formaban universos-islas, según la bella expresión de Jean Brunhes? No:

> Por rudimentaria que fuera la cultura de los nambikwara, muchos de los productos de la industria de cada grupo se traían de afuera. Los orientales necesitan cerámicas y semillas; los septentrionales consideran que sus vecinos más al sur hacen collares particularmente preciosos. Así, el encuentro de dos grupos, cuando puede llevarse a cabo de manera pacífica, trae como consecuencia una serie de regalos recíprocos; el conflicto da paso al mercado (Lévi-Strauss, 1955, p. 269).

Los grupos paleolíticos, así como los pueblos originarios de los antropólogos, eran tan reducidos que tenían pocos intercambios entre sí, aunque estos jugaban un papel importante en sus vidas, enriquecía sus herramientas y fomentaba la difusión de rasgos culturales: los nambikwara conocían la agricultura, a pesar de que el entorno en el que vivían les impedía sacarle los recursos suficientes.

Con un entorno más humanizado gracias a una agricultura ya científica, los intercambios tuvieron un papel fundamental en las islas Trobriand que estudiaba Malinowski, los cuales, localmente, tomaron la forma de trueque, en el que los productos alimenticios siempre tuvieron un lugar preponderante: un cesto de ñames de algún pueblo del interior a cambio de un cesto de pescados de algún pueblo de la costa… Cuando se trataba de adquirir un objeto artesanal, se invitaba al especialista a realizar el trabajo mediante un "presente de solicitud". Cuando mostraba su boceto, recibía un "presente de espera". Y, a la entrega, le otorgaban un "presente de conclusión" (Malinowski, 1974, p. 46). Nada de pagos, ni de donativos…

> Pero los intercambios que se realizaban tenían más largo alcance, como lo muestra el circuito *kula* (Malinowski, 1963). En este la transacción iniciaba con un "presente de inicio" y un "presente de contrapartida", que se complementaban con "presentes de solicitud" —se trataba de mecanismos similares a los implementados a escala local, pero que vinculaban a los pueblos dentro del inmenso espacio de circulación de bienes de prestigio del *kula*—.

De los poderes y desigualdades limitados

Los nambikwara brasileños así como los trobriandeses vivían en sociedades con jefes tribales —evidentemente, más complejas las segundas que las primeras—.

Entre los nambikwara, el jefe, el único miembro del grupo que podía ser polígamo, disponía de una fuerza de trabajo que le daba ventaja sobre los demás —una ventaja frágil, sin embargo, ya que las parejas no dudaban en cambiarse de un grupo a otro si no estaban a gusto—.

En las islas Trobriand, el jefe debía su posición a la acumulación de riquezas: convirtiéndose así en un *big man*. Su éxito le daba prestigio y, para transformarlo en poder, debía redistribuir lo que había obtenido.

> […] el jefe tiene, por un lado, el poder de acumular los productos de la tierra y disponer del ganado y los árboles del distrito; y, por otro, tiene el derecho y el deber de utilizar sus riquezas. Bajo sus órdenes, se fabrican objetos de valor, se construyen canoas, cuartos y viviendas. Asimismo, dirige las grandes empresas. Con sus riquezas […], puede costear una guerra […]. En la práctica, el poder del jefe es en gran medida económico. Debe retribuir cada servicio, y obtiene tal retribución de la obligación que la mayoría de sus súbditos tienen de producir para él (Malinowski, 1974, p. 51).

De ese modo, el poder del jefe no sólo está socavado y limitado, sino que es producido.

Las desigualdades aparecieron durante el Neolítico, como lo sostiene Jean-Paul Demoule (2017): "En los primeros siglos del Neolítico europeo, entre 6500 y 4500 antes de nuestra era, los entierros no muestran ninguna diferencia social notable más que en cuestión de edad y de sexo" (Demoule, 2017, p. 114). Con el aumento de la densidad, con la intensificación de los intercambios, surgieron las desigualdades y los jefes, como lo testifican las tumbas monumentales que albergan sus restos. Los nambikwara de Lévi-Strauss se sitúan al inicio de ese proceso. Los trobriandeses se hallan un poco más adelante de esa transformación. La so-

ciedad estaba en vías de jerarquizarse, pero el poder seguía siendo frágil. Gracias a algunos de los grandes inventos, la escritura en particular, el Estado terminó por imponer la jerarquización.

Los investigadores solían pensar que la fuente de autenticidad de los pueblos y las culturas se situaba en la prehistoria o en la historia más remota, aquella donde los grupos habían aprendido a sacar provecho de su medio ambiente: así fue como se forjaron vínculos profundos y duraderos entre los hombres y su entorno. Lo que el estudio de los grupos originarios nos enseñó es el papel que jugaba entre ellos la división del trabajo entre un género y otro, pero también sobre su temprana apertura al intercambio. Las sociedades, entre los nambikwara de Lévi-Strauss como entre los trobriandeses de Malinowski y los indígenas de la isla Tanna que estudió Joël Bonnemaison en Vanuatu, estaban poco jerarquizadas a nivel local. Solían estar contra el Estado (Clastres, 1972) y las relaciones que mantenían entre sí constituían redes entre pares, sin ningún tipo de subordinación (Bonnemaison, 1992). Estas condiciones cambiaron en el mundo histórico.

La cultura estructuraba y orientaba la vida de los hombres en las sociedades originarias, donde, sin ser reduccionistas, todos contaban con los mismos conocimientos, tenían los mismos instintos, mostraban los mismos comportamientos y compartían las mismas creencias. Las enseñanzas que tomaban de la vida eran demasiado similares como para conducir a que mujeres y hombres modificaran de forma significativa lo que habían recibido como herencia: no se observaba una divergencia notable al interior de la cultura del grupo. La única diferencia tenía que ver con la lógica dominante: los que demostraban ser más generosos y cumplían mejor con las normas comunes eran merecedores de respeto y se beneficiaban del reconocimiento general: gozaban de un estatus particular. A la competencia por el poder y la riqueza se sumó también la del prestigio, debido a la influencia que garantizaba: es uno de los tres motores de la existencia colectiva.

Las lógicas de lo local y lo doméstico: las sociedades históricas

El desarrollo de la agricultura, el aumento de la densidad demográfica, gracias a este, y el surgimiento de ciudades dieron lugar a sociedades que se diferenciaban por su estructura jerárquica. La invención de la escritura dotó a los dirigentes de dichas sociedades de medios de comunicación y control más eficaces. Conocemos esas sociedades a través de las inscripciones y los textos que nos dejaron: están inscritas en la historia.

El alcance de lo local en las sociedades históricas

El paisaje humanizado de las islas Trobriand que describe Bronislaw Malinowski no es muy diferente de aquel que en 1946 nos informó Charles Robequain: el de Java, en Indonesia, en un país con una civilización antigua donde existen desde hace mucho tiempo las ciudades y los centros ceremoniales, y donde desde hace más de mil años existen los Estados. Robequain va más lejos: la organización tradicional del espacio javanés no es muy diferente a la de Europa antes de la Revolución industrial: tiene la misma yuxtaposición de múltiples comunidades rurales que producen la mayor parte de la riqueza del país, emplean las mismas técnicas donde el medio natural es uniforme, el mismo papel de las ciudades —en el fondo, la misma estructura regional—.

Esto se debe a que las civilizaciones históricas seguían basándose en una agricultura (o en una ganadería) que alimentaba y empleaba a la mayoría de su población. Como las técnicas básicas de la agricultura y ganadería casi no cambiaron desde el fin del Neolítico, la Edad del Bronce y la Edad del Hierro sino hasta el siglo XIX, el análisis local dio a conocer un mosaico de comunidades rurales que vivían de la agricultura y la ganadería y eran sedentarias —con desplazamientos de trashumancia de vez en cuando; todas estaban conformadas por un grupo de familias y un terreno a explotar—. Este tenía una extensión limitada, ya que los desplazamientos eran lentos: 4 o 5 kilómetros por hora para el trabajador que salía solo al campo o con un carruaje de caballos; 2 o 3 kilómetros por hora si trabajaba con bueyes. La toponimia y la arqueología muestran que en muchas zonas la siembra de las comunidades rurales tenía más o menos la misma densidad hace dos mil años que hoy.

Las sociedades de dos niveles

En un nivel superior, las sociedades históricas presentaban arquitecturas complejas. Las formas que tomaban eran múltiples: ciudades-Estados, monarquías, imperios, sistemas feudales. Su tamaño variaba, aunque el número de miembros que agrupaban era muy superior al de las sociedades sin escritura. Los transportes seguían siendo lentos y complicados incluso en las culturas que contaban con animales de monta, de carga o de tiro, y que habían desarrollado la rueda: la velocidad era limitada; además carecían de los medios para construir y mantener los caminos. En cambio, la circulación y el intercambio eran mucho más activos que en el mundo primitivo. ¿Ello significaba que el espacio estaba irrigado por todas partes de las corrientes que aparecían, y que estas abarcaban a toda la población?

No: en las sociedades históricas no todos participaban en la ampliación de las esferas de interacción (Claval, 2012b).

Esta circunstancia se debía, en primer lugar, a razones económicas: como quiera que fueran, ¡los desplazamientos costaban caro! Alrededor del año mil, ¡las herraduras de un caballo valían incluso más que la propia bestia! Y había múltiples peligros: viajar solo era peligroso; había que ir en caravanas; pagarles a guardias; cambiar de bestia en una parada era caro; los albergues no estaban al alcance de todos los bolsillos. Solamente los poderosos, los ricos o los grupos organizados —como los comerciantes o la gente de la Iglesia— contaban con los recursos necesarios.

En segundo lugar, esta situación se debía a razones culturales: el espacio se hallaba lejos de estar lingüística y culturalmente unificado. Las zonas donde se hablaba la misma lengua eran poco extensas, salvo en algunos casos: cuando una oleada de gente se apoderaba de un espacio virgen —aunque un proceso de diferenciación dialectal no tardaba en comprometer la unidad que tenían en principio; cuando una aristocracia guerrera conquistaba a una población con una lengua diferente —aunque, la unificación lingüística, reservada al principio a las altas clases, no abarcaba necesariamente a toda la población, y cuando un Estado conquistaba por la fuerza a pueblos vecinos empleaba una lengua de comunicación única y con ella seducía a las élites locales, que terminaban adoptándola y difundiéndola por todo el cuerpo social —pensamos, por ejemplo, en la conquista de las Galias por Julio César—.

Cuando el poder central se debilita al punto de no ser perceptible apenas se aleja un poco de su asiento, como en los regímenes feudales, las fuerzas unificadoras desaparecen simultáneamente: se acelera la división en dialectos.

El resultado era simple: en la mayoría de las sociedades históricas, se sumaba a la jerarquía social una discontinuidad cultural a fin de alejar a una parte de la población local de la esfera de relaciones generales. Esto también se debía a la desigual alfabetización de dichas sociedades. Una parte de las élites dirigentes sabía leer y escribir, conocía la lengua dominante o las lenguas cultas que usaban los religiosos. No todos los políticos y militares tenían ese conocimiento, pero se rodeaban de clérigos que se encargaban de redactar su correspondencia, comunicar las normas de derecho y difundir las órdenes. Los dirigentes se mantenían al corriente de lo que pasaba en el espacio donde reinaban o que administraban gracias a los emisarios que enviaban y traían mensajes.

La gran masa de la población no sabía leer ni escribir y vivía en esferas de pura oralidad: tal era el caso de la inmensa mayoría de los trabajadores de la tierra y de buena parte de los artesanos. Solamente hablaban el dialecto local, y a través

de este fue como se iniciaron en los usos domésticos y sociales, en los saberes y prácticas implementadas para explotar el medio ambiente y transformar sus productos: por tanto, a través de las técnicas que seguían siendo patrimonio de las clases modestas fue como las civilizaciones históricas consolidaron su dominio de la naturaleza y la materia, así como el de las prácticas de la vida local. Sin embargo, estas sociedades no contaban con las técnicas de organización social y de comunicación que permitían superar el obstáculo de la distancia; los modos de expresión eran los que garantizaban la difusión a distancia de las creencias religiosas y las reglas morales.

Así, la dualidad de las sociedades históricas tenía múltiples dimensiones: era, a la vez, social, cultural y geográfica. En la base, la mayoría de la población estaba conformada por comunidades locales de agricultores y artesanos entre las cuales se transmitían los fundamentos de la vida práctica y productiva, y cuyo trabajo hacía funcionar a la economía. En la cúspide se encontraban las clases dirigentes que sacaban provecho de lo escrito, ya sea directamente o a través de especialistas, para controlar el espacio y propagar sus creencias o ideologías.

Cuando, en una sociedad, la escritura le abre otros horizontes a unos cuantos, se hace posible una diferenciación interna de la cultura. La mayoría sigue viviéndola en un primer grado, cumpliendo con las costumbres y normas que ha recibido y adaptándolas a su situación. Paralelamente, otros aprovechan que han adquirido referentes más amplios para adoptar comportamientos menos estereotipados. Se diferencian al apelar a otras formas de cultura, las cuales les garantizan un mejor dominio del espacio.

La articulación entre los dos mundos era posible gracias a la presencia, en cada célula local, de personas que hablaban tanto el dialecto local como la lengua dominante y de civilización, y que, en algunos casos, sabían leer y escribir. Además, ocupaban funciones de autoridad (el cura, el pastor, etc.), de mando (el señor feudal, el alcalde, el policía, el recaudador de impuestos, etc.), o de cumplimiento con lo escrito (el notario, el abogado, el administrativo, el maestro de escuela, etc.). Al llegar al siglo XIX y primera mitad del siglo XX, los politólogos simplificaron estas categorías acomodando a todos estos grupos dentro de una sola: la de notables.

La importancia de lo local y lo doméstico: una lectura ideológica

Los documentos escritos que ha dejado el pasado, trátese de inscripciones o de textos, permiten escribir la historia, pero una historia estructuralmente sesgada, ya que los sectores populares de la sociedad no han dejado documentos escritos.

Actualmente, aprehendemos la evolución de esos estratos gracias a los avances de la arqueología y a la consulta de archivos que durante mucho tiempo fueron ignorados.

A partir de las excavaciones de tumbas y los asentamientos, la arqueología nos informa cómo eran físicamente los entornos populares del pasado, sobre lo que comían, sobre las cabañas o casas donde vivían y sobre sus herramientas. Los archivos de los notarios proporcionan los contratos que celebraban y el inventario de sus bienes al momento de su deceso; los de los tribunales revelan las exacciones o los conflictos que enfrentaban.

Estos estudios se desarrollaron a lo largo del siglo XX, aunque la toma de consciencia sobre el papel de las masas trabajadoras apareció antes, en el momento en que nació el Estado-nación: fue entonces cuando los intelectuales comenzaron a interesarse en el pueblo. Lo hicieron empleando los métodos que mejor dominaban, aquellos que estaban relacionados con los discursos. Recolectaron cuentos y leyendas; se interesaron en las canciones y en la música; dieron a conocer la riqueza de los poemas populares. En algunos países, las élites tendían a abandonar sus costumbres nacionales para imitar lo que se hacía en los países vecinos. Tal fue el caso de la Alemania del siglo XVIII, donde las clases dirigentes tomaron el modelo de Versalles y siguieron el estilo francés. Para Herder (1962, 1964) un pueblo que busca permanecer fiel a su genio no tiene de otra más que ir a sacarlo de su verdadero fondo, que son las literaturas populares. Por doquier, los músicos recogían las melodías tradicionales y se inspiraban en ellas para sus composiciones.

Los investigadores fueron más allá de la simple curiosidad: no se conformaron con recoger lo que decían y cantaban las clases populares de la sociedad. También fueron sensibles a la belleza de los objetos que creaban, a la solidez y la armonía de las construcciones que edificaban, al ingenio de las herramientas que elaboraban y empleaban. Los folcloristas hicieron inventarios cada vez más completos de los saberes, los conocimientos y los productos de las clases populares. El Museo Nórdico, que en 1873 creó Artur Hazelius en Estocolmo, reúne todos los tipos de casas rurales del país: ello ilustra la dimensión que ya había tomado el movimiento en Europa del Norte y del Centro. En la misma época, Wilhelm Heinrich Riehl (1862) incitaba a los jóvenes de los países germánicos a lanzarse al descubrimiento del país donde vivían y de sus capas populares: así podrían tomar consciencia de la autenticidad de lo que estaba inscrito en el paisaje y en la memoria de la gente. Con ese mismo espíritu, la reforma de las escuelas primarias prusianas de Wilhelm Stiehl generalizó, a partir de 1854, la enseñanza de

Heimatkunde —es decir, la historia local— que es a la vez una iniciación al medio, a la geografía local y a la patria.

Así, el estudio de lo local despertó un inmenso fervor, ya que —en nuestra opinión— permitió anclar la conciencia nacional en las tradiciones más auténticas. Una primera ola de populismo acompañó al movimiento en los países de la Europa del Este y del Centro, donde la consciencia nacional estaba a punto de nacer. A veces, los estudios locales servían para hacer notar el parecido entre tradiciones aparentemente alejadas: las investigaciones que entonces se realizaban en el mundo mediterráneo, las excavaciones arqueológicas que se multiplicaban en el Asia Menor, en Levante o África del Norte, así como algunas relecturas de la historia antigua de Grecia y Roma condujeron a evocar la "mediterraneidad" que imprimía sus marcas por todas partes.

Este tipo de generalizaciones produjo muchas veces conclusiones dudosas: en 1895, August Meitzen publicó un trabajo sobre las estructuras agrarias de los antiguos pueblos de Europa. Se basaba en el escrutinio de la cartografía catastral levantada por todo el imperio alemán. Ahí, Meitzen compara, por ejemplo, las zonas de campos abiertos y pueblos agrupados de la Alemania del Sur y del Oeste con zonas de aldeas y pequeños poblados circulares de la Alemania oriental, empezando por los alrededores de Berlín. Su trabajo fue el primero en apoyarse en una amplia documentación local, cuya interpretación fue simple: cada uno de esos tipos fue creado por el primer pueblo en haber practicado ahí la agricultura, algunos tipos son germánicos (los de Alemania del Sur y Occidental), otros eslavos (los de la Alemania Oriental), romanos o finlandeses.

Sus ideas fueron ampliamente retomadas en Europa. En Francia, donde los estudios sobre las estructuras agrarias llevaban una generación de retraso en comparación con los realizados en Alemania o en la Gran Bretaña, Gaston Roupnel (1932), uno de los tres precursores en este campo de estudio, se alineó a la interpretación étnica, mientras que los otros dos, Marc Bloch y Roger Dion, se mostraron más prudentes.

Los geopolíticos nazis se beneficiaron de lo que se sabía de la distribución de los paisajes agrarios para reivindicar como germánica a buena parte de la Francia del Norte y del Este. La inanidad de este tipo de interpretación no tardó en manifestarse: los estudios que realizó Anneliese Krenzlin (1961) a partir de la segunda mitad de la década de 1940, mostraron que los campos abiertos presuntamente asociados a la capacidad de organización de los pueblos germánicos desde su origen aparecieron hasta los siglos VI y VII de nuestra era en Alemania del Sur y tomó varios siglos para que llegaran a Inglaterra del Sur-Este y a la Francia del Norte y Este.

A partir de Herder, a fines del siglo XVIII, la investigación tuvo tendencia a insistir en la capacidad de resistencia de los miembros populares de las poblaciones locales ante las élites dirigentes: desde luego, estas les parecían, política y administrativamente sumisas; las religiones que practicaban y las ideologías que profesaban les habían sido impuestas desde arriba, por medio de centros de difusión muchas veces lejanos. Sin embargo, creemos, que las clases populares las habían adaptado a sus necesidades y renovado, ya que, si se rascaba un poquito en ellas, aparecía un fondo de supersticiones más antiguas, que daban testimonio de la persistencia de antiguos politeísmos que las distintas creencias modernas no habían logrado remover. Su resiliencia, así como la autenticidad y la originalidad de sus culturas se debía a la capacidad de transmisión oral de las tradiciones y conocimientos locales y a la inventiva propia de los medios populares.

Procesos más complejos

Actualmente, la investigación ha llevado a puntos de vista más matizados, ya que los procesos que operan en las sociedades culturalmente estratificadas son complejos. El papel de la transmisión local a través de la palabra y el gesto es, desde luego, esencial, pero hace falta distinguir, dentro de la cultura, lo que corresponde simplemente al discurso y lo que es competencia de los conocimientos. Lo que persiste durante largo tiempo en las culturas locales son los comportamientos, las habilidades, las maneras de emplear las herramientas y de trabajar, pues la imitación del comportamiento desempeña un papel importante en su transmisión. En lo que respecta al discurso la evidencia es distinta. Los folcloristas mostraron, por ejemplo, que de un extremo de Europa a otro —incluidos los grupos cuyas lenguas solamente eran habladas por un pequeño número de hablante en una zona reducida, como en el caso del vasco— la base de las leyendas es idéntica. La gente escucha con agrado los relatos intrigantes de los viajeros y los repiten. Con el tiempo, la transmisión de lo que era estrictamente oral pudo hacerse a largas distancias. El inventario de mitos amerindios que realizó Lévi-Strauss condujo a conclusiones similares.

La difusión de las creencias de arriba hacia abajo se hizo más lenta, aunque no se detuvo, con la dualidad cultural de las sociedades históricas. La del comportamiento se ralentizó más, pero eso no la excluyó. El etnólogo Jean-Michel Guilcher (1969) reconstruyó la historia de la contradanza muy practicada en la Baja Bretaña. ¿Constituye una tradición antigua? No: el *country dance* inglés se conoció como baile de la corte durante el reinado de Isabel I. Luego, se volvió contradanza y se puso de moda en Versalles en el siglo XVIII, antes de alcanzar los

medios populares bretones que la adoptaron a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Por tanto, las dinámicas culturales que configuraron el medio local son múltiples: la transmisión local jugó un papel preponderante debido a que el componente popular de la población se inscribía en la esfera de la oralidad. Los movimientos ascendentes, de lo local a lo nacional, que los nacionalistas de Europa central y oriental buscaban estimular en el siglo XIX se mantuvieron relativamente limitados. Los movimientos descendientes, de las élites hacia las clases populares, fueron en todo momento importantes para las creencias, y más lentos en el caso de las habilidades y los conocimientos.

El lugar de lo doméstico

Los estudios sobre la escala doméstica en el siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX se centraron sobre todo en el contexto donde se desarrollaba. No había nada que se dejara de lado en este terreno, ya fuera que se tratara de las construcciones (casas y edificios), de los espacios relacionados a estas (jardines, patios, vías cercanas), del mobiliario, de la cocina (con su chimenea, su estufa o su horno, los utensilios que se ocupan y los trastes donde se sirve), la máquina de coser, etc. Asimismo, describían las labores de la mujer y los juegos de niños.

Igual que Demangeon, los geógrafos desestimaron esos estudios. La mayoría los realizaron los folcloristas con el fin de hacer un inventario. Sus trabajos eran descriptivos y casi no prestaron atención en las representaciones que los condicionan y los complementan a la vez. La división de las tareas entre géneros era un dato de observación. Se enfocaban en precisar los aspectos, más aún cuando sabían que las condiciones de vida estaban a punto de cambiar en los campos. Era importante registrar, en la medida de lo posible, las prácticas y la decoración que estaban en vías de desaparecer. Sin embargo, no se interrogaban sobre los problemas que planteaba la vida doméstica, sobre los avances que serían deseables en este ámbito y sobre los cambios de rumbo que sería importante hacer.

Lo local, lo doméstico y los medios urbanos

Mientras las ciudades no rebasaran algunos miles de habitantes y ocuparan más de un ciento de hectáreas —tres o cuatro veces más con sus zonas hortícolas—, la definición de lo local no planteaba ningún problema: igual que en las zonas rurales, la vida cotidiana del grupo estudiado: hábitat, espacios de circulación o

de reunión, talleres o jardines, se insertaba en el perímetro urbano y en su centro más cercano.

Sin embargo, tanto la densidad como los efectivos globales eran más elevados. ¿Había que dividir la zona urbana en subconjuntos para aprehender mejor sus particularidades? La división administrativa de centros en barrios, o la religiosa en parroquias, invitaba a hacerlo: ¿acaso no era a esta escala donde se desarrollaba parte esencial de la vida de la gente? Sin duda lo era en el caso de la vida de los niños, de muchas personas mayores y de las amas de casa, pero no era el caso de todos. Era significativa la cantidad de hombres cuyo entorno cotidiano era más amplio; sus trayectos abarcaban los alrededores e incluían al menos los comercios y talleres del barrio central, así como las calles y plazas donde a todo mundo le gustaba encontrarse después de la jornada laboral.

En sus proyectos, los urbanistas de la primera mitad del siglo XX —y un poco más allá— optaban por subdividir los espacios urbanos que diseñaban: dividían los nuevos conjuntos en unidades vecinales, dentro de las cuales, según ellos, se llevarían a cabo la mayoría de los desplazamientos y las relaciones sociales. A esta escala es en la que instalaban los servicios públicos —escuelas, centros de salud, ayuntamientos anexos— y los centros comerciales necesarios para los nuevos habitantes.

Cuando observamos qué pasó con esos servicios, nos damos cuenta de que, por lo general, estaban mal ubicados y planeados, al grado que pronto parecieron inútiles o insuficientes, o se les dio un uso distinto al que tenían en principio. Esto puede verse en el caso de Brasilia: a lo largo de las dos grandes avenidas que parten en "V" del barrio de la Presidencia y la Explanada de los Ministerios, cada unidad vecinal, cada "supercuadra" está equipada de escuelas y un centro comercial cercano, que nunca ha servido realmente: los residentes de los grandes complejos no tardaron en adoptar la costumbre de tomar el coche o el autobús para hacer sus compras en los supermercados e hipermercados mejor abastecidos y menos caros que se ubicaban fuera del perímetro planificado. Por tanto, los comercios especializados se apropiaron de los locales de los centros comerciales cercanos: en una cuadra encontrabas electrodomésticos, en otra electrónicos. Cada uno abastecía a una zona que abarcaba por lo menos a todo el núcleo de la aglomeración.

El fracaso de esas formas de planificación provino de que la movilidad en la ciudad siempre ha sido muy diferenciada: ¡dividir el espacio urbano en unidades vecinales es olvidar tal multiplicidad y complejidad!

¿Eso significa que todos los estudios dedicados a las subdivisiones del espacio urbano carecen de interés? No: los historiadores y los geógrafos reconstruyeron las etapas del crecimiento del espacio urbanizado; observaron que cuando el

crecimiento de la población implicaba una mayor densidad se reemplazaba la construcción inicial de pequeñas casas individuales por edificios. Por tanto, la unidad local se definía por el momento de urbanización, su morfología posterior y el estilo arquitectónico de sus edificios. Si bien se trata de un estudio apasionante, aporta muy poco sobre la vida social de la gente, sus empleos y sus relaciones.

Por tanto, si la expansión industrial no hubiera estado acompañada de una crisis aguda de alojamiento, de un aumento de pocilgas y de una profunda miseria, las clases obreras, entonces en plena expansión, hubieran sido ignoradas igual que los demás grupos urbanos. A partir de la década de 1840, los parlamentos y las autoridades municipales emprendieron una serie de encuestas para medir la falta de infraestructura en esos barrios, evaluar su estado sanitario y diagnosticar sus problemas. Su propósito era direccionar las políticas de acción social que acababan de lanzar.

Esas encuestas tenían la ventaja de ser sumamente minuciosas: el sondeo se hacía calle por calle, casa por casa, departamento por departamento. No se centraban solamente en lo construido: abarcaban el espacio interior, las distintas habitaciones de las viviendas, el equipamiento de las cocinas, la existencia de baños, la disponibilidad de agua potable. Estos fueron los primeros estudios científicos que correspondían realmente a la escala doméstica. Las preocupaciones que podían leerse ahí eran tanto higienistas como morales. A las primeras se debía la precisión de los inventarios de infraestructura; a las segundas, el hecho de que el comportamiento de los habitantes más que realmente ser analizado se juzgara. El mejor ejemplo de este tipo de investigación lo constituyen los 17 volúmenes que coordinó Charles Booth (1893-1903) sobre los barrios del East End de Londres. De ahí se desprende una imagen irreemplazable de la miseria que había en esos barrios populares; sin embargo, su tono moralizador empaña un poco los resultados. Incluso no logra captar el ritmo de vida de los barrios y la manera en que se vivían los problemas domésticos.

Los rasgos comunes de los espacios locales del pasado

De las sociedades neolíticas a los espacios rurales de civilizaciones históricas, algunos rasgos fundamentales del espacio local y doméstico casi no han cambiado: por un lado, su dimensión; por otro, las difíciles relaciones que mantenían con las construcciones territoriales de menor escala, de la región, nación o gran área.

1. De hecho, localmente las realidades sociales se reflejaban en la existencia de pequeñas células con límites claros. Cada una de ellas extraía gran parte de lo

que necesitaba de su medio ambiente inmediato, lo que podía obtener cotidianamente al ir a pescar, a cazar, a recolectar o labrar en los campos. En el caso de Francia, esas realidades se plasmaban en una red de 36 000 comunas rurales: una extensión media de 1 500 hectáreas, en un radio de 2.8 kilómetros.

2. Estas células estaban relativamente aisladas unas de otras. Tal era el caso de los grupos paleolíticos y de los pequeños grupos de cazadores-pescadores-recolectores que describían los etnólogos: esas unidades no podían subsistir más que desplazándose continuamente a lo largo de extensas superficies casi vacías; sus encuentros con otros grupos eran raros. El contacto exterior era mucho más frecuente en las sociedades históricas, donde existía un marco general que aseguraba la circulación de los hombres, los bienes, las ideas y órdenes en los espacios, por lo común, bastante extensos. Sin embargo, existía una ruptura entre un estrato superior, cuyos miembros sabían leer y escribir (y donde una minoría que contaba con tales conocimientos sacaba provecho), y la masa de la población que seguía viviendo en esferas mucho más reducidas, caracterizadas por la oralidad.

La naturaleza de las relaciones que se tejían entre unidades locales cambió: entre los paleolíticos y muchos de los neolíticos, como entre los pueblos de cazadores-pescadores, recolectores que estudiaban los etnólogos, se establecieron relaciones cuyas redes eran horizontales. Desde el fin del Neolítico y en las sociedades históricas, la estructura se volvió jerárquica con la aparición de nuevas formas de poder y la conformación del proto-Estado y, posteriormente, de los Estados.

Los métodos empleados para comprender lo local en las sociedades históricas no se ajustaban a los espacios urbanos, donde muchos individuos (hombres en su mayoría) se desplazaban continuamente hacia un hogar (o varios hogares) más importante(s). Los demás miembros de sus familias se desarrollaban en círculos más pequeños, como barrios y unidades vecinales, cuyos limites eran vagos y muchas veces se traslapaban.

La revolución en los transportes y los medios de comunicación modificó profundamente la naturaleza de lo local, como lo veremos enseguida al analizar los cambios en curso del mundo contemporáneo.

La cambiante articulación de redes y territorios a lo largo del tiempo

Acabamos de trazar la evolución de las realidades geográficas con escalas global, media (nacional y regional) y local (doméstica) a lo largo del tiempo. En todos esos niveles, el análisis de las redes se ha combinado con el de las construcciones territoriales.

Las dinámicas asociadas al espacio y al territorio

Así como la evolución de la guerra puede presentarse como una carrera-persecución entre la lanza y el escudo, las transformaciones de la geografía humana puede leerse como un duelo donde se enfrentan y se mezclan continuamente el *territorio* y la *red*: el territorio proporciona al hombre de recursos y un espacio para vivir; además, resulta indispensable para el cumplimiento del derecho y la instauración de la seguridad; la red canaliza las relaciones sociales y ofrece la posibilidad de escapar a las limitaciones propias de los espacios cerrados. En el caso de la guerra, como en el de la geografía humana, el desarrollo de nuevas técnicas (armas de defensa y de ofensa, por un lado; herramientas y medios de producción, de transporte y comunicación, por otro) es el origen de las transformaciones.

El espacio humanizado que es el *territorio* se estructura por la atribución de derechos de propiedad o de uso a los individuos o a las comunidades, lo cual los estabiliza, delimita sus zonas de circulación, en caso de ser nómadas, y su lugar de residencia, en caso de ser sedentarios, y en todos los casos les asegura una base productiva para vivir. Las identidades y, con ellas, el arraigo a los lugares daban una dimensión cultural a la superficie: hablamos de *territorialidad*. El espacio se vuelve fluido paralelamente al establecimiento de *redes* donde circulan los hombres, los bienes, los medios de pago y la información.

En las dinámicas que acabamos de describir, la escala de realidades que atañen a los hombres, y cuya formación intenta explicar la geografía, fue volviéndose global a partir de la Era de los Descubrimientos; sin embargo, por mucho tiempo, la Tierra siguió percibiéndose como un espacio a recorrer y explotar, y no como una superficie sometida a reglas y leyes: aun no estaba del todo regida por un sistema de pilotaje, de vigilancia y control, es decir, por una lógica territorial. Esta se manifestaba únicamente a escala local (familia, comunidad vecinal o área de clan o tribal) y media (de la región y el Estado).

La modernidad convierte al Estado en la mayor unidad territorial

Las transformaciones asociadas al progreso técnico marcaron una secuencia histórica que va del Renacimiento y la Era de los Descubrimientos hasta mediados del siglo XX. Gracias a los avances en los transportes (la navegación primero) y las comunicaciones (a partir de la democratización de la escritura que se dio con la imprenta), las redes se extendieron y se volvieron más eficaces. A medida que el progreso fue afectando las técnicas de producción, confirió cierta ventaja

a los territorios de escala media, como lo eran los Estados. Al incrementar sus recursos, permitió a quienes en lo sucesivo denominaremos westfalianos dotarse del poder de la pólvora y las fortificaciones que desde entonces transformaron el arte de la guerra. Así podrían ejercer una soberanía absoluta sobre el espacio que dominaban y controlar estrictamente las unidades que lo conformaban (comunidades locales y regionales) insertándolas en una red administrativa. A partir del siglo XVIII, momento en que tomaron la forma nacional, el poder central que gobernaba a la población del país dependía, asimismo, de ella, pues era de donde obtenía su legitimidad. Los componentes políticos y culturales de la vida social se inscribieron, desde ese momento, en el mismo marco.

El establecimiento de redes modernas de circulación terrestre surgió en el siglo XVIII y transformó rápidamente las naciones en espacios unificados en términos de comunicación, como lo prueba el nacimiento, a esta escala, de una opinión pública sin la cual el funcionamiento de los sistemas políticos modernos —las democracias en particular— sería imposible. Para que se consolidara su unificación económica hubo que esperar la revolución del ferrocarril, que finalmente transformó los espacios nacionales en mercados donde comercializar los productos agrícolas del país y, cada vez más, los de sus fábricas.

De ese modo, el Estado-nación logró implementar dentro de sus mismos límites los componentes políticos (el poder centralizado), culturales (los sentimientos de identidad, entre otros) y económicos de la vida colectiva: como lo había deseado Herder, ofrecía a los grupos humanos la oportunidad de beneficiarse del progreso, a su escala y en la forma que conviniera a su idiosincrasia. Se entiende lo atractivo de un modelo semejante y la fuerza que tomó con los nacionalismos.

Gracias a los avances de la navegación, la ampliación, a escala nacional, de todos los mercados de productos estuvo precedido por aquel, a escala internacional, del gran comercio y las redes en las que se basa. A partir del siglo XVI, el espacio mundial fue dominado progresivamente por la acción de los Estados westfalianos de la Europa Occidental, a los que se sumó la acción de los Estados Unidos a finales del siglo XVIII. Sus gobiernos promovieron la exploración de mares y continentes, y multiplicaron los puertos y los fuertes. Su acción se llevó a cabo de la mano de los armadores, los negociantes y las compañías de comercio de sus países, a quienes brindaron su apoyo. A cambio, estas empresas financiaban en buena parte una expansión política de la que sacaban grandes beneficios. Todavía no había actores que obraran en nombre de la humanidad —el planeta todavía no era un territorio organizado— pero la escala global ofrecía a los países occidentales la posibilidad de proyectarse hacia el exterior y sacar un doble beneficio, estratégico (interviniendo en todas partes del mundo) y económico.

Así, el Estado westfaliano se convirtió, entre los siglos XV-XVII y mediados del XX, en el actor principal de la escena geográfica: en el espacio nacional, garantizó la inserción de unidades territoriales más pequeñas dentro de una construcción más amplia —hablamos de la organización regional del país—. A escala internacional, contribuyó a estructurar el espacio global mediante redes económicas cuya creación se vio facilitada por los puntos de apoyo que tenía gracias a los territorios que colonizó. Todavía no existía la escena planetaria como arena de competencia y enfrentamiento. Ningún Estado-nación era capaz de eliminar a otros; pero, según la época, un Estado u otro lograba ejercer su hegemonía sobre los demás. Así, comenzó a perfilarse un cierto orden mundial. Empezó a consolidarse en el curso del siglo XIX y la primera mitad del XX, pero funcionaba únicamente bajo la férula de la potencia dominante. La Gran Bretaña asumió esta responsabilidad en el siglo XIX. Los Estados Unidos se negaron a hacer lo mismo durante el periodo de entreguerras. Su postura cambió tras el segundo conflicto mundial, aunque el equilibrio disuasivo que produjo el armamento nuclear impidió, después de 1945, a la Organización de las Naciones Unidas —cuya creación apadrinaron— regular realmente el escenario global.

Capítulo 9. Nuevas dinámicas

Hasta 1989, la Guerra Fría y el frágil equilibrio que se produjo acapararon la atención a tal punto que no se dimensionó bien el impacto de las nuevas dinámicas mundiales. Hubo una tendencia a atribuirlas todas a la globalización, que se aceleró a partir de 1960, y cuyos efectos son considerables (Boquet, 2018). Estos se combinaron con los efectos de la tercera fase de la Revolución Industrial y con el cuestionamiento de aquellas ideologías de progreso que desde hace varios siglos han inspirado a Occidente. Las transformaciones han estado ahí escalonadas en el tiempo, pero, a veces, su combinación conduce a cambios y profundas reestructuraciones: es lo que viene produciéndose desde hace medio siglo.

La distinción entre lo doméstico, lo local, lo regional, lo nacional y lo mundial se basaba en criterios relativamente estables. Ahora, el panorama es confuso: los fundamentos de la organización del espacio se han puesto en entredicho a todas las escalas.

Factores de cambio

El progreso en los transportes y el liberalismo aceleran la globalización

La aceleración de la mundialización fue resultado, en principio y a todas luces, de la disminución del costo de transporte de las mercancías pesadas; de la revolución logística que dio lugar al uso de contenedores como nuevo medio de traslado rápido; de los trenes a gran velocidad o aviones, avances que ampliaron los mercados y multiplicaron tanto los intercambios económicos como la circulación de las personas. Por primera vez, las materias primas más pesadas podían exportarse hasta el otro lado del mundo; ese ya era el caso de todos los productos agrícolas o de los artículos manufacturados; y es el caso actual del carbón o del mineral de hierro. Los desplazamientos se aceleraron y se volvieron menos caros. Se intensificaron a todas las escalas: a la de las comunidades locales, cuyo radio se amplió hasta terminar empalmándose unas con otras; la del Estado, donde se desdibujaron muchas de las particularidades regionales, y la de las relaciones

internacionales, donde los viajes de negocios, los viajes turísticos y las migraciones temporales o definitivas se incrementaron. Estas transformaciones se inscriben en la misma línea continua de aquellos cambios que iniciaron la primera y segunda Revolución Industrial.

De ese modo, la aceleración de la globalización se relacionó con el triunfo del liberalismo en materia de relaciones internacionales. El proteccionismo exacerbado de 1930 demostró ser catastrófico. Los acuerdos de Bretton Woods, firmados en 1944, contemplaban un retorno al *liberalismo*; sin embargo, las economías estaban demasiado frágiles como para que de repente se suprimieran las barreras arancelarias. La apertura de los mercados nacionales se negoció durante varios *rounds*; al mismo tiempo, las zonas de libre intercambio, el mercado común y las alianzas económicas establecieron una escala intermedia. El verdadero efecto de estas medidas se hizo sentir a partir de 1980.

El liberalismo económico volvió a ser militante: Margaret Thatcher en la Gran Bretaña; Ronald Reagan en los Estados Unidos; Brian Mulroney en Canadá, y Augusto Pinochet en Chile procedieron, a marchas forzadas, a la *desregulación* de sus respectivas economías. A partir de mediados de 1980, este movimiento tuvo efectos sobre la mayoría de los demás países. Ahora, las empresas estaban mucho menos restringidas por el aparato estatal.

Así, la fase actual de la globalización se inscribe dentro de una secuencia de transformaciones que comenzaron con la primera y segunda Revolución Industrial, y se distingue por un cambio de filosofía en materia de relaciones internacionales. Además, se sumó un nuevo factor: la facilidad de comunicación gracias a la *revolución informática*: a esta última se debe la reestructuración en curso del espacio material y de sus usos sociales.

La revolución informática transforma el sector terciario

En el ámbito de la información y las comunicaciones, el cambio prolongó, en el curso de los últimos 150 años, aquel detonado por la creación de nuevos medios de comunicación a distancia: cada uno de ellos abarcó los signos (la telegrafía), los sonidos (la telefonía y, más tarde, la radio), y las imágenes (la televisión). Semejantes innovaciones condujeron a la grabación y conservación del sonido (con los primeros gramófonos), la imagen (gracias a la fotografía) y el movimiento (con el cine). Pero una mayor invención aceleró y modificó el significado de tales cambios: el de la *computadora*, que nació durante la guerra para hacer los cálculos necesarios para elaborar la bomba atómica. Este nuevo instrumento suponía el uso del *sistema binario* —con el que se aprendió a registrar, almacenar y

transmitir información sin importar cuál fuera su forma inicial: escrita, sonora o visual—. Así, las operaciones de clasificación y cálculo (una parte esencial del trabajo intelectual) se aceleraron asombrosamente: se trataba de la *revolución informática* que transformó a fondo la comunicación.

De ese modo, la invención de la computadora dio lugar a la tercera gran revolución técnica que ha experimentado el mundo desde hace poco más de dos siglos. Las dos primeras transformaron el trabajo industrial y los transportes (durante la primera y segunda revolución), a las que se sumó la producción agrícola y la movilidad individual (durante la segunda), gracias a la invención de la máquina de vapor (durante la primera), al motor de combustión interna y al motor eléctrico (durante la segunda): las energías fósiles implementadas correlativamente no tardaron en aumentar la productividad del trabajo en la industria, los transportes y la agricultura. La segunda revolución generalizó el impacto de la primera al garantizar la disponibilidad de fuentes concentradas de energía en cualquier parte de la superficie terrestre.

La tercera revolución técnica, que es la que estamos viviendo, no se basa en la movilización de nuevas fuentes de energía: la nuclear, cuyo manejo es mucho más lento y difícil de lo que se pensó hace medio siglo, no ha cumplido todas sus promesas. El progreso ya no es resultado del empleo de nuevas y abundantes fuentes de energía. Para enfrentar la demanda que crece rápidamente, hay que recurrir cada vez más a las energías renovables a fin de evitar un empeoramiento en el equilibrio natural.

La tercera revolución técnica no modificó sustancialmente lo que habían aportado la primera y segunda revoluciones industriales en el ámbito de la producción y los transportes, sino que afectó principalmente el manejo de la información: en 1949, Jean Fourastié resumió los efectos del progreso técnico señalando que era el causante del impresionante aumento de la productividad del trabajo en los sectores primario y secundario de la economía. En ese momento, las condiciones que imperaban en el sector terciario no habían cambiado casi nada desde la Antigüedad. La tercera revolución técnica, basada fundamentalmente en la *informática* y, en menor medida, en las *biotecnologías*, fue la primera en afectar los servicios. Su impacto en la agricultura y la industria se debe sobre todo a la mejor articulación de las tareas que permite la informatización.

Las ideologías de progreso pierden su credibilidad

Desde el siglo XVII, Occidente se guió por una convicción: ¡que cuando la humanidad tome el destino en sus manos, la suerte de cada uno mejorará y tendrá

garantizada una larga vida! ¡Podrá acceder a la felicidad aquí en la Tierra! El progreso técnico y el racionalismo científico que avanzaban rápido dieron credibilidad a estas creencias. La gente tenía la sensación de vivir mejor que sus antepasados y apoyaban las políticas de transformación y reforma de sus dirigentes.

Así, la filosofía de progreso se volvió una ideología atractiva. Se diferenciaba de las religiones en que solo se interesaba en nuestro mundo, pero se inscribía en el mismo registro de estas al darle un sentido a la existencia individual o colectiva: ayudaba a soportar las dificultades de la vida actual siempre y cuando prometieran un futuro mejor: había una voluntad exacerbada por que el porvenir llegara lo más pronto posible.

El avance que se dio en los pueblos tradicionales produjo un sentimiento de superioridad que justificaba las acciones de los países occidentales para que los demás pueblos "se beneficiaran" de las mismas ventajas: el imperialismo obtuvo, de ese modo, apoyo en la opinión pública.

La ideología occidental de progreso se diversificó en el curso del tiempo. Su variante liberal, que confiaba en el mercado y la libre empresa, se definió en la segunda mitad del siglo XVIII y se impuso en la mayor parte de Europa y los Estados Unidos durante el siglo XIX. La Revolución Industrial aceleró el progreso, pero, en sus inicios, hundió en la inseguridad y la miseria a la masa obrera que había agrupado. La variante socialista de la ideología de progreso nació de la voluntad por repartir de manera equitativa los frutos del desarrollo. Esta corriente triunfó en Rusia tras la Revolución de Octubre de 1917.

Las diversas variantes de la ideología de progreso eran exportables siempre y cuando no afectaran la vida espiritual y las creencias religiosas que la estructuran. A lo largo del siglo XIX, cautivaron a una parte de las élites de los países que se abrían a las relaciones internacionales y de los países colonizados.

A finales del siglo XIX se dio una crítica filosófica de la ideología del progreso, aunque su audiencia creció hasta el final de la Primera Guerra Mundial y, luego de la Segunda: las nuevas técnicas contribuyeron a modernizar la guerra, a que fuera más sangrienta y a que sus terribles consecuencias llegaran a todas las capas de la población, ¡así como a mejorar sus condiciones de vida!

Con las dos guerras mundiales, la duda llegó hasta los países dominados: habían visto cómo se enfrentaban sus señores, las dificultades que tenían y, en el caso de algunos, sufrir la derrota. Y ahora parecía posible liberarse del yugo que les había sido impuesto. ¿Eso significaba que sus élites, y, si eran independientes, sus gobiernos renunciaban al ideal de progreso que había difundido Occidente? No: más bien optaban por su variante socialista y esperaban que la URSS los ayudara en su lucha contra el imperialismo.

La crítica de la idea de progreso se acentuó en 1960. ¡Ya nadie podía ignorar los desequilibrios medioambientales generados por el crecimiento, y nadie podía imaginar un mundo donde las primaveras serían silenciosas tras la desaparición de los insectos y las aves! (Carson, 1962). El consumo de recursos energéticos y minerales de la Tierra que crece a una tasa exponencial conduce inevitablemente a su agotamiento, como lo señaló el Informe Meadows y el Club de Roma (Meadows, Meadows y Randers, 197e). En 1987, la Comisión Bruntland señaló las consecuencias: el crecimiento debe volverse sostenible.

Al mismo tiempo, la crítica filosófica sobre la idea de progreso se agudizó. La idea de que la ciencia no solamente debe ser eficaz, sino que debe mostrarse crítica permeó en un número creciente de investigadores. Las técnicas de la deconstrucción pusieron en evidencia el lado oscuro de la empresa occidental.

Con la caída del Muro de Berlín en 1989, la ideología alternativa de progreso que proponía el socialismo perdió toda su credibilidad. Las poblaciones que por mucho tiempo habían sido dominadas ya no encontraban en Occidente un modelo que pudieran adoptar. Y no es que renunciaran a beneficiarse de las ventajas que trae consigo el progreso técnico, sino que, para darle un sentido a su vida, tuvieron que reinterpretar las tradiciones religiosas o bien adherirse a nuevas ideologías.

Por tanto, no es una sola sacudida la que ha sufrido el mundo desde hace medio siglo, sino una triple convulsión: el crecimiento de la movilidad que acortó las distancias, la revolución informática que socavó las jerarquías locales y el cuestionamiento a la ideología que dirigía el curso de la historia desde hacía más de tres siglos. La organización geográfica de la Tierra se modificó profundamente.

Los efectos de la creciente movilidad

Los efectos de las innovaciones tecnológicas en el ámbito de los transportes

La mayoría de las tecnologías que aumentaron la movilidad de los hombres y los bienes surgieron durante la primera Revolución Industrial (el ferrocarril y el barco de vapor) o en la segunda (el tranvía, la bicicleta, el automóvil, el avión). Del camino a la carretera, del ferrocarril al tren de alta velocidad, de la pista de aterrizaje de arcilla a los grandes *hubs* del tráfico internacional, el avance de la infraestructura se desarrolló paralelamente a la de los vehículos, aunque con un cierto atraso —este requería el financiamiento y la construcción de vías y otras

instalaciones— ya que la movilidad ha seguido creciendo a tal punto que no ha habido ninguna innovación importante en este ámbito desde hace medio siglo.

Por un tiempo, lo barato de los productos derivados del petróleo facilitó los desplazamientos. Sin embargo, ese ya no es el caso, y no es el alza de precios lo que ha desmotivado la mayoría de sus usos.

La extensión de las zonas suburbanas nunca fue tan espectacular como a partir de 1980. Las zonas rurbanas, donde los desplazamientos cotidianos suelen ser largos no han dejado de crecer. Los movimientos interregionales han dado un salto. El flujo internacional de viajeros ha aumentado gracias al automóvil en distancias promedio y al avión en el caso de viajes más largos.

Nuevas formas de nomadismo

Los hombres siempre han estado en movimiento. Con la modernización, los viajes turísticos se sumaron a los desplazamientos motivados por el trabajo, los intercambios o la fe. En sociedades donde todos los estratos de la población podían acceder a actividades recreativas, muchos aprovecharon para descubrir nuevos horizontes, disfrutar de paisajes más espectaculares, entrar en contacto con la naturaleza, practicar deportes o visitar monumentos antiguos y aquellas ciudades de las que todo el mundo habla.

El progreso contemporáneo ha multiplicado esos desplazamientos. Los turistas ya no provienen solamente de países europeos y de América del Norte. Han incrementado rápidamente los viajeros procedentes del Asia Oriental, de Japón, Corea, y sobre todo de China. A las montañas europeas —los Alpes en particular— y las regiones mediterráneas, en donde por mucho tiempo convergieron la mayoría de los visitantes, se añadieron los países del Caribe, buena parte de las islas y las costas del mundo tropical y aquellos que albergaban sitios con antiguas civilizaciones.

El alojamiento móvil fue importante desde un comienzo: para quien se lanzaba al descubrimiento de las montañas y las regiones sin equipo ¡no tenían de otra más que dormir en tiendas de campaña! La ampliación de vacaciones pagadas a las clases populares hizo que el *camping* se convirtiera en una de las principales formas de turismo. Este cambió de naturaleza con el aumento de los *camping-cars*: ahora tenían una casa rodante. En Francia, muchos recién jubilados cambiaban su residencia fija por su *mobil-home* en cuanto llegaba la temporada de calor y volvían hasta el otoño. Otros se iban más lejos, llegaban hasta el sur de España o Portugal, o se instalaban en Marruecos —sobre todo en el sur—

para pasar el invierno. Los parques donde se detenían las caravanas no paraban de crecer. El cambio fue aún más profundo en Estados Unidos.

Así, las sociedades del ocio, como son las nuestras, han creado nuevas formas de trashumancia y nomadismo —y modos muy particulares de existencia, con relaciones sociales desplegadas en el espacio y parcialmente renovadas en cada etapa—.

Flujos migratorios y desarraigo

El desplazamiento de los frentes durante la Segunda Guerra Mundial, el establecimiento de nuevas fronteras y las operaciones de limpieza étnica que se derivaron de ello llevaron al éxodo a miles de personas. Y, más tarde, seríamos testigos de las migraciones de trabajo, que salen del mundo mediterráneo con destino, en su mayoría, a la Europa industrial y, en menor medida, a los Estados Unidos, América del Sur y Australia.

A partir de 1970, la situación cambió rápidamente. Con la mecanización de las tareas y la competitividad de los países emergentes, se volvieron cada vez más escasos los empleos poco calificados en el mundo desarrollado; aun así, las olas de inmigrantes que intentaban establecerse ahí no disminuían. Se trataba de jóvenes sin perspectivas de empleo originarios de Medio Oriente, de la África subsahariana, de Latinoamérica o de algunos países del Asia Meridional. Cuando lograban instalarse, se traían a su familia. Eran numerosos los que se iban a buscar trabajo a Singapur, a Arabia Saudita o a los países del Golfo Pérsico, pero la mayoría se dirigía a Europa o a Estados Unidos, ya que esperaban poder beneficiarse de los sistemas de salud y ayuda social que no tenían en sus lugares de origen.

A estos flujos, cuya motivación era económica, se sumaron grupos cada vez mayores de refugiados, perseguidos por guerras civiles o por conflictos regionales. Además, el cambio climático contribuyó a inflar el número de migrantes que salían del Sahel o de algunas islas.

Fue gracias al trabajo como la mayoría de los recién llegados se integró a las sociedades que los acogían. Pero el empleo comenzó a escasear, y la mayoría de los trabajos requería de una mano de obra calificada que no tenían los migrantes, por lo que tuvieron dificultades para integrarse a su nuevo entorno. Solían agruparse en comunidades, muchas de las cuales se situaban en las grandes zonas metropolitanas: a su llegada, ocuparon casuchas ubicadas en el centro, en barrios decadentes en la periferia o en barrios marginales —y al cabo de un cierto tiempo en viviendas sociales—. La geografía de esas zonas se vio profundamente modificada: la escala local dio a conocer una realidad cada vez más multicultural.

Los efectos de la revolución informática

El freno que la distancia había puesto al desplazamiento disminuyó considerablemente. Al mismo tiempo la revolución informática volvió más transparente el espacio y transformó la estructura de las redes.

La revolución informática facilita la difusión de la información y modifica la dinámica de las culturas

La primera revolución de la información y la comunicación se dio con la invención de la escritura. Si bien sus efectos fueron profundos, se sintieron lentamente. Representar las lenguas mediante signos que traducen palabras implica la creación y el empleo de miles de caracteres, lo cual lleva un largo aprendizaje de lectura y escritura: en China o en Japón, ¡los niños necesitan siete u ocho años para asimilar la cantidad de caracteres que se usan en los periódicos y acceder a su lectura! El material —la piedra, la arcilla, la cera o la madera— fue durante mucho tiempo inconveniente. El pergamino era caro. Los primeros avances se dieron con la creación de la escritura alfabética (entre 1800 y 1100 antes de nuestra era), luego, con la utilización de materiales ligeros y duraderos, como el papiro en Egipto o el papel en China, que llegó a Europa con las Cruzadas, en el siglo XII.

En las condiciones que prevalecieron hasta la invención de la imprenta, la escritura fue accesible solo para una pequeña fracción de la población. Y se empleaba con diversos fines —culto a los muertos, inscripción de la ley, para mantener la correspondencia y contabilidad comercial o para recolectar información con propósitos fiscales o administrativos. Es en este último uso donde las incidencias geográficas son mayores: replicar la realidad en un mundo de papel, proporcionaba a los negociantes, por un lado, y a los gobernantes, por otro, la información necesaria para manejar asuntos a distancia o para administrar grandes espacios.

La imprenta industrializó la reproducción de los textos. La alfabetización de la población se democratizó. En la mayoría de los países europeos fue casi total durante el siglo XIX. Entonces pareció que había llegado el momento inminente en que la dualidad cultural de las sociedades históricas, que opone a las clases populares con los grupos dirigentes, desapareciera. La evolución se dirigía efectivamente —y hasta cierto punto— en ese sentido: gracias a la escuela, la clase media, que se multiplicó durante las dos fases de la Revolución Industrial, asimiló los preceptos, las ideas y las creencias que hasta entonces habían estado reservadas a las élites.

La revolución informática, que mejoró de manera espectacular los procedimientos de grabación y difusión de la palabra y el movimiento, modificó esa dinámica: las culturas que se transmitían mediante la observación y la escucha dejaron de estar confinadas a espacios reducidos; se convirtieron en culturas de masa con gran difusión. La alfabetización se acompañó de una ampliación de la escolaridad facilitando que todos tuvieran acceso al pensamiento racional, crítico y científico. Sin embargo, eran numerosos los que preferían la cultura de masas que difundían los medios de comunicación porque se presentaba de manera más atractiva y no requería el mismo esfuerzo de comprensión y asimilación.

La evolución resultó más impactante porque la información a la que ahora tienen acceso los individuos es pletórica. Cuando tienen un problema que resolver, la pregunta que se plantean ya no es: ¿existe la información que necesito? ¿Puedo acceder a ella? ¿Cómo?, sino: entre la cantidad de respuestas que hay, ¿cuál elegir? Y, ¿quién podrá ahorrarme el esfuerzo de elegir por mí? En internet abundan los sitios donde hay "expertos" independientes del Poder y del Capital —o que dicen serlo— que ofrecen las "verdaderas" soluciones…

Para muchos, la decisión ha dejado de ser racional: se basa en razones afectivas. Hemos entrado en la "era de la posverdad", según la expresión que inventó el escritor estadounidense Ralph Keyes en 2004.

La revolución informática unifica las redes y modifica la cantidad y la calidad de la información que se comparte

Las innovaciones que se han producido durante los últimos cincuenta años en el ámbito de la comunicación han hecho posible la transmisión casi instantánea de cualquier cantidad de información sin importar la distancia, ya sea que el mensaje se transmita por líneas, cables, fibras ópticas u ondas hertzianas. La cantidad de mensajes que circulan en determinado tiempo ya no está limitada por las características técnicas de la red: eso cancela los niveles donde se resumían o comprimían los mensajes —y donde muchas veces se manipulaban— durante su recorrido.

Las redes de circulación de la información también estaban jerarquizadas debido a que la capacidad de los conmutadores (los barrios de negocios en las ciudades o las centrales telefónicas) que se encargaban de comunicar a un interlocutor con otro era limitada. Para establecer una conexión se debían llevar a cabo varias operaciones consecutivas, como lo muestra el ejemplo del teléfono: en la primera fase, ascendente, los conmutadores abrían uno tras otro la vía hasta llegar al primer enlace que cubriera la zona donde se hallaba el destinatario. En la siguiente

fase, descendente, cada conmutador permitía elegir la esfera más pequeña donde se encontrara el receptor hasta que fuera localizado directamente.

La pluralidad de niveles que implicaba la tecnología de redes tradicional favoreció la jerarquización de las relaciones sociales, ya que a cada nivel intervenían actores que recibían información, la filtraban y cuidaban su adecuada trayectoria.

Con la automatización y el control a distancia de los conmutadores que forman los nudos de las redes de telecomunicación desaparecieron los intermediarios y con ellos su poder. Las computadoras que gestionaban el tráfico transmitían los mensajes en los itinerarios menos saturados, aunque las rutas que tomaban podían variar de un instante a otro. Para operar eficazmente, los conmutadores, cuya capacidad había dado un salto, ya no implicaban más de dos o tres niveles —ascendentes y luego descendentes—.

Al aplanamiento de las redes materiales de comunicación se sumó la crítica contemporánea a todas las formas de poder y dominación que operan en las relaciones institucionalizadas. Estos dos factores contribuyeron conjuntamente al cuestionamiento de las jerarquías.

La movilidad se benefició de la revolución de las telecomunicaciones: la gestión de la circulación se volvió más eficaz; los sistemas de reservaciones se generalizaron. Los servicios informáticos, como BlaBlaCar, garantizaban una mejor información sobre la oferta de transporte por parte de particulares y ofrecían garantías tanto a los transportistas ocasionales como a los pasajeros.

La obtención, el manejo y la difusión de la información por parte de la prensa ilustra las formas de funcionamiento de las redes de comunicación que han prevalecido durante mucho tiempo: agencias, que cuentan con oficinas por todas partes del mundo, recogen y seleccionan las noticias. Los periodistas redactan sus artículos a partir de los comunicados de las agencias y de la información que proporcionan los corresponsales locales a través de sus diarios, quienes clasifican la información según su ética profesional (verificando la autenticidad de los hechos y contrastando las fuentes…) y la explican de acuerdo a su opinión política. De ese modo, la información es sometida a una doble selección: la de las agencias y la de los periodistas. Además, en los regímenes autoritarios se suma la censura y la amenaza que sufren los redactores, amenaza que muchas veces los lleva a practicar la autocensura.

La situación que provocó la revolución informática es diferente: las redes sociales se multiplicaron. Dentro de estas, todos los participantes se sitúan a un mismo nivel y cada quien es libre de decir lo que quiera, de comunicar los sucesos de los que es testigo —o que inventa— y de comentarlos. La clasificación que antes realizaba la prensa ya no existe: lo cual, aunque elimina cualquier forma

de censura, priva a la información de las garantías que hasta entonces le eran propias.

La opinión pública ya no se construye de la misma forma ni tiene la misma solidez: ahora se muestra menos escrupulosa con la calidad de las fuentes y menos preocupada por la coherencia. Los programas que conectan a los miembros de la red con quienes están hablando del mismo tema favorecen el surgimiento de corrientes de opinión que, hasta ahora, no tienen ningún control.

Los regímenes autoritarios intentan controlar las redes y lo hacen cortando sus conexiones internacionales e imponiendo a los operadores un filtro de la información que circula.

El crecimiento de la movilidad y la transparencia transforman Estados y empresas

El motor del crecimiento se debe al auge de las *tecnologías de la comunicación y de la computación*. Al robotizar las instalaciones y controlar sus flujos por medio de la informática, el desarrollo comienza a ir mucho más allá de la simple mecanización de la producción industrial. Remodela las empresas y cuestiona al Estado westfaliano; acentúa la disociación entre los lugares de producción, los sitios que uno habita, y aquellos donde uno gasta y se divierte. Este desarrollo transforma finalmente la vida de los individuos.

En medio siglo, el contexto tecnológico, económico y cultural en el que evoluciona el mundo ha cambiado por completo.

Globalización, revolución informática y Estado

Desde hace mucho tiempo, la información ha circulado entre las diferentes escalas de la realidad geográfica, aunque no lo hacían con la misma facilidad como para transmitirla de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba. Esto se debía a la estructura jerárquica de las redes, la única que funcionaba eficazmente cuando se estaba fuera de la escala local. La multiplicidad de niveles que presentaban las redes físicas de comunicación facilitaba la centralización de la información proveniente de una zona entera, así como la difusión, en sentido inverso, de mensajes que podían influir tanto en la opinión como en las órdenes que resultaban indispensables para implementar políticas elaboradas por un poder central: de ese modo, favorecía el funcionamiento de redes sociales jerárquicas y el posicionamiento del poder en la cima.

Desde el siglo XVII, el Estado westfaliano se benefició de las redes que recopilaban información que les fuera útil para conocer mejor su territorio, formular decisiones que se adaptaran a este y garantizar su aplicación en cualquier lugar. En el siglo XVIII, el nacimiento del Estado-nación se basó en el establecimiento de cuatro redes de comunicación: la pirámide administrativa al servicio del ejecutivo; un sistema representativo mediante el cual se expresara periódicamente la legitimidad popular a escala de un espacio grande; una red de prensa que garantizara, independientemente del poder, la centralización y el manejo de la información, y que diera a los medios de comunicación, periodistas y escritores una influencia significativa en la opinión; una red jurídica financiada por el Estado, aunque en gran medida independiente del ejecutivo gracias a la instauración, entre otros, de tribunales populares. De este modo se podía evitar que la centralización del poder lo volviera autoritario, e incluso totalitario.

Así, el Estado westfaliano se volvió democrático: su estructura se basaba en la coexistencia de cuatro sistemas de comunicación. En los regímenes centralizados, su estructura constaba de un solo nivel de confluencia: la capital; en los países federales de dos; además, sus provincias gozaban de una amplia autonomía.

La revolución informática aceleró la circulación de noticias. Y al mismo tiempo mermó la confianza de la que gozaban los sistemas representativos, cuya consulta se volvió inevitablemente intermitente porque resultaba difícil y costosa de organizar. Esto tuvo una mayor consecuencia: la expresión de la opinión y las preferencias de los ciudadanos se traducía políticamente solo cuando había elecciones cada 3, 4 o 5 años; ahora, se manifestaba permanentemente en las redes sociales, y los sondeos se encargaban de medir sus componentes. De ese modo, la legitimidad del sistema representativo se puso constantemente en entredicho. Algunos partidos solicitaron que se le reemplazara por una democracia participativa. Pero hubo dudas en llevarlo a cabo, debido a que había un gran riesgo en que esta beneficiara particularmente a las minorías de activistas que pretendían representar a la opinión y manipularla. La tensión derivada de ello debilitó a los regímenes democráticos.

Al mismo tiempo, la tendencia de formas modernas de culturas orales a aceptar información no verificada y creencias irracionales ha favorecido el auge de movimientos populistas, que llevan al poder, de manera legítima, a gobiernos poco preocupados por la legalidad y el respeto de las minorías: el surgimiento de "democraturas" ha transformado la vida política de algunos países, como se ve en Rusia, Turquía y algunos países de Europa del Este, pero también en el Reino Unido (a causa del *Brexit*) y en los Estados Unidos (con la elección de Donald Trump).

Así, cada vez se crítica y cuestiona más la legitimidad del Estado westfaliano moderno sobre la que se basa la organización política del mundo.

Globalización, revolución informática y empresa

La revolución informática también transformó la empresa. Y, por lo general, se olvida el papel esencial que han tenido las redes de comunicación en su éxito, pues la estructuran a partir de que la empresa cuenta con establecimientos dispersos y vende su producción en un mercado extendido.

Para estar presentes en un mayor número de lugares, había que construir las empresas alrededor de sistemas eficaces de transferencia de datos y de mando. Desde comienzos del siglo XX, para logarlo, las grandes empresas se equiparon de estructuras altamente jerarquizadas donde la circulación de la información se sometía a reglas y controles estrictos: los subordinados debían informar de manera constante y precisa sobre su gestión y aplicar lo más fielmente posible las instrucciones que les daban. No los evaluaban precisamente por su capacidad de iniciativa, sino por su fiabilidad.

La naturaleza de la información que circulaba entre la sede central y sus sucursales no era la misma al interior de la cadena productiva y en los servicios que, antes y después, garantizaban su suministro o comercializaban su producción. Hasta hace poco, gran parte del manejo de las operaciones productivas solo podía operarse de manera directa: inspección, regulación y diseño de las máquinas, verificación de la calidad de producción, transmisión de las instrucciones técnicas. Por eso, hacía falta que administradores, ingenieros o técnicos pudieran fácilmente ir y venir entre la oficina central y sus fábricas, y, si era posible hacerlo en un día, lo hacían: con el tren o el coche, las distancias a recorrer no excedían los 200 o 250 kilómetros.

La información que se intercambiaba entre la dirección y los servicios encargados de realizar las compras y vender los productos era más fácil de codificar y no requería de un manejo directo tan frecuente. Bastaba con que el personal distribuido obtuviera una sólida ventaja financiera del buen funcionamiento del negocio para cerciorarse de su fidelidad.

Las grandes empresas que dominaban la escena económica desde finales del siglo XIX fueron construidas a dos escalas: sus establecimientos productivos se quedaban relativamente cerca de la dirección; los servicios comerciales se instalaban cerca de la clientela, al otro lado del mundo. Esto tuvo una consecuencia importante: las empresas tuvieron que depender de las autoridades políticas de los países donde se situaba la mayoría de sus establecimientos productivos. Aun

cuando se trataba de empresas internacionales por su oferta y sus mercados, la organización de la producción las obligaba a mantener vínculos nacionales.

La revolución informática las liberó de esa obligación. El manejo de la producción se volvió más fácil a partir que la producción quedó a cargo de máquinas de control numérico —que aparecieron en 1950— y que, gracias a internet, se pueden controlar a distancia. Además, la revolución en los transportes rápidos, aviones de reacción y trenes de alta velocidad, amplió a más de 1000 kilómetros el radio que podía recorrerse en un día; en dos o tres días se alcanzaban los 5000 o 10 000 kilómetros o más.

Estos dos cambios permitieron que las empresas pudieran distribuir sus establecimientos de producción en espacios más apartados. Por ejemplo, la empresa Messier-Hispano, especializada en la producción de trenes de aterrizaje de aviones —que consiste en mecánica de alta precisión— hasta principios de 1970 mantuvo sus establecimientos y subcontratistas en un radio de unos 20 kilómetros a la redonda de su dirección en Montrouge, en las afueras del sur de París, y, gracias a estos nuevos medios de comunicación, en dos años amplió su radio a 1 500 kilómetros.

La posibilidad de controlar más fácilmente la calidad de los componentes empleados en la fabricación de un producto tuvo otra consecuencia: incitaba a las empresas a recurrir cada vez más a la subcontratación. Así se liberaban de la organización y del funcionamiento de los establecimientos productivos —el estricto respeto a las condiciones que imponían a sus subcontratistas era suficiente para evitar cualquier mala sorpresa—.

El sistema productivo, que a partir de Gramsci comenzó a calificarse como "fordista", dominó el sector industrial desde comienzos del siglo XX. Se basaba en grandes empresas, cuya pesada estructura jerárquica garantizaba una circulación eficaz de la información, indispensable para comercializar la producción en espacios más grandes, y muchas veces a escala mundial; mientras sus fábricas, generalmente, seguían ubicadas en un mismo espacio nacional. La única fase del trabajo que aceptaban trasladar era la del ensamblaje, ya que no requería de mano de obra calificada cuando el trabajo se hacía en serie.

La revolución en los transportes rápidos y la de la informática dio lugar, en unos años, a todo un nuevo sistema industrial que se consideraba *flexible*. Las empresas proactivas, que ahora tenían la libertad de distribuir sus establecimientos productivos a lo largo y ancho del espacio, aprovecharon esta situación para establecerlos en regiones donde la mano de obra fuera menos cara o donde tuvieran la opción de la subcontratación. Las empresas se especializaron en las funciones del Estado mayor —diseño, investigación, organización financiera, comercialización

y publicidad— y confiaban total o parcialmente sus líneas de producción a pequeñas empresas especializadas en esas materias. La fuerza de la gran empresa ya no residía en su capacidad de organizar, de manera interna, las redes distribuidas; sino en su *manejo del conocimiento* y su capacidad de *innovación* y renovación (Scott, 2012).

Surgió una tercera forma del *desvío capitalista*: al *desvío espacial,* que sacó provecho de las nuevas facilidades de transporte a fin de explotar recursos que hasta entonces no estaban al alcance, y al *desvío temporal,* a través de la inversión, que se benefició de las economías de escala a las que dio lugar el maquinismo, con el cual se pudieron bajar los costos de fabricación, ampliar la demanda y aumentar las ganancias, se sumó el *desvío informático,* que valorizó la innovación y reestructuró las relaciones sociales. La tesis de James Ray Wilson (1984), responsable durante muchos años de Cargill en Brasil, constituye un excelente ejemplo: esta multinacional promovió el cultivo de soja entre los años 1960 y 1970 garantizando, fundamentalmente, una mejor información de los productores.

Estas transformaciones modificaron a fondo las relaciones entre Estados y empresas: la nueva libertad que estas tenían de establecerse donde quisieran les permitió eludir reglamentaciones muy rigurosas y con impuestos demasiado altos. Además, para obtener generosas subvenciones y reducciones de impuestos, supieron cómo poner a competir a Estados, regiones o ciudades donde querían establecer alguna de sus fábricas.

El Estado westfaliano entonces perdió una parte esencial del poder que ejercía en la vida económica —y de los recursos que sacaba de esta—. Las ambiciosas políticas de redistribución de ingresos que había implementado desde comienzos del siglo XIX se vieron comprometidas. De la noche a la mañana perdió parte del apoyo popular que se había ganado.

De las dinámicas socioculturales modernas a las posmodernas

La interpretación económico-política de las sociedades modernas

En cualquier sociedad, hay quienes recurren a la fuerza o a la autoridad legítima de la que gozan para imponer su voluntad, lo cual establece una *dinámica política*. La circulación de la riqueza lleva a que una parte considerable de esta se acumule en manos de unos cuantos, que logran así tener un poder adquisitivo importante: esto produce una *dinámica económica*. El *estatus* que se le puede envidiar a aquellos que se distinguen por su excelencia, su inteligencia, su valentía,

sus cualidades artísticas y su creatividad genera una *competencia*, cuya esencia es *cultural*: logran hacerse notar adaptándose mejor que otros a los cánones de la excelencia social, moral, religiosa, intelectual o artística.

Durante mucho tiempo, las ciencias sociales le han dado mayor importancia a las dinámicas de poder y riqueza que a las del estatus. La Revolución Industrial reemplazó las jerarquías de orden del Antiguo Régimen por las estructuras de clases de las sociedades burguesas. En ellas, los individuos ocupaban un lugar en función de sus medios de producción (propietarios de tierras e industriales, por un lado; o asalariados, por otro) e ingresos (clases altas, clases medias y clases bajas). Los contrastes culturales casi no se tomaban en cuenta (culturas elitistas o culturas populares).

Al principio, la representación política le dio un lugar importante a los partidos de notables, lo cual demostraba la persistencia de las jerarquías tradicionales; sin embargo, la lógica de clases se fue imponiendo de manera progresiva: los partidos no tardaron en centrarse en la defensa de intereses de uno y otro estrato de la sociedad. Si el sistema político se mostraba incapaz de modificar su actuar a las nuevas realidades sociales, las tensiones se acumularían y se multiplicarían las huelgas. La crisis podía desembocar en una revolución.

La dimensión cultural de las sociedades modernas: la búsqueda de la distinción

El papel de la opinión pública y los medios de comunicación, así como la influencia de las creencias, las religiones e ideologías no despertaban mucho interés. Tocqueville ya había mencionado que uno de los principales rasgos de los regímenes democráticos era su tendencia a la uniformidad y, en consecuencia, a una cierta monotonía. Sin embargo, en un país como los Estados Unidos mientras la dinámica política llevaba a la homogeneización, la dinámica económica favorecía la acumulación de riquezas. ¿Cómo los beneficiados podían justificar sus adquisiciones? Financiando generosamente las artes, las letras y las ciencias; creando museos o fundaciones y auspiciando a las universidades: en la sociedad, que era más democrática y a la vez estaba más sometida a una dinámica económica desigual, es donde el deseo de distinguirse a través del mecenazgo artístico e intelectual se manifestó de manera más palpable a finales del siglo XIX. De ese modo, ¡el estatus que adquirieron quienes habían hecho fortuna los limpió del pecado de haber triunfado en los negocios!

La tendencia democrática hacia la uniformización afectó a otros integrantes de la población. Las clases medias temían caer en la mediocridad si se mezclaban con las clases populares. A pesar de tener ingresos más elevados, no eran

suficientes para darles una sensación de seguridad. Su forma de responder ante eso fue mostrando la superioridad de su cultura. Esta actitud era bien conocida en los países de lengua alemana, donde se mofaban del lado pretencioso del arte *Biedermeier*, que tanto fascinó a la burguesía emergente de la primera mitad del siglo XIX: lo que este estilo artístico exaltaba era el sentido del trabajo, la honestidad, las virtudes familiares y la decoración doméstica donde se manifestaba la sensibilidad estética de quienes la habían mandado a hacer.

Por su lado, los artistas se enfrentaban a un doble desafío: aquel que suponía perder cualquier distinción debido a que la democratización tendía hacia ello; y el de estancarse en la mediocridad de la pequeña burguesía. Como lo señaló Nathalie Heinich (2005), respondieron con su inconformidad y su rechazo categórico al "burgués". No titubearon en recurrir a la provocación.

Así, lo que dio a conocer la socióloga es que no se puede ignorar el juego de factores culturales dentro del análisis social. Pierre Bourdieu, de quien Nathalie Heinich fue alumna, incorporó estos factores cuando habló del *capital cultural* (los antropólogos hablan de *estatus*) que alimenta la búsqueda de *distinción*. El eminente sociólogo pudo ampliar el campo de su disciplina debido a que antes fue etnólogo… Y si no llevó más lejos ese cambio fue porque guardaba la nostalgia de una concepción del hecho social que privilegia los mecanismos colectivos y niega al individuo cualquier autonomía.

Formas de distinguirse en la sociedad posmoderna: la visibilidad y sus correlatos

La búsqueda de la excelencia no es la única forma de hacerse notar. Desde siempre, han existido otras formas de distinguirse: aquellas que tienen que ver con la visibilidad juegan un papel importante a escala local. Ostentando su riqueza cuando hay celebraciones y despilfarrándola públicamente es como el *Big Man* de Oceanía —o sus equivalentes en otras latitudes— manifiesta su grandeza, consolida su prestigio y se gana la estima y admiración de todos.

La comunicación escrita podía unir a poblaciones que estaban dispersas a lo largo de extensas zonas; pero no repercutía directamente en su visibilidad. Los medios de comunicación modernos, y las industrias culturales asociadas a ellos, le han devuelto a la comunicación el lugar que tuvo alguna vez y han ampliado la zona que engloba a la escala del país o del planeta: de nuevo, uno puede distinguirse del común de los mortales haciéndose notar (Heinich, 2012).

A partir de que la fabricación de bienes de consumo duradero alcanzó su auge como resultado de la segunda Revolución Industrial, la adquisición de estos

productos se convirtió en uno de los principales objetivos de los hogares que querían demostrar su ascenso social: las culturas de consumo, que son al mismo tiempo culturas de masas, florecieron (Packard, 1959).

En el mundo actual, la distinción se obtiene de llamar la atención frecuentando los lugares donde se reúne el *jet set* internacional (Lussault, 2017) y haciendo alarde de los lujos y la forma de vestir —o, en el caso de las mujeres, de no vestirse—. De tanto frecuentar los lugares "de moda" uno es captado por los *paparazzi*. Para el lanzamiento de una carrera literaria o de un futuro político no hay nada como los anuncios de televisión. Las grandes empresas gastan fortunas para dar a conocer sus productos por ese medio, los cuales se distinguen por su calidad, resistencia y rareza.

El sector de lujo responde a una lógica que difiere de la de las industrias de masa. Su propósito no es beneficiarse de las economías de escala para vender grandes cantidades con márgenes bastante reducidos; sino limitar las series de producción para escasear la oferta y mantener costos elevados. Esto tiene una doble consecuencia: para la clientela, el efecto de distinción que le produce una compra de lujo tiene mayor duración que el de un artículo reproducido en serie. Para las empresas, las altas ganancias que obtienen de ese modo sirven para financiar costosas campañas de publicidad, que refuerzan la imagen y visibilidad de un producto haciéndolo más deseable.

En la sociedad contemporánea, la búsqueda de la excelencia ya no es la forma más codiciada de distinción: la búsqueda de *visibilidad* la reemplazó. La sociedad sigue siendo una sociedad de consumo, pero acceder a un consumo de masas ha perdido su significado en ese aspecto. Uno se hace notar solo cuando consume productos o servicios exclusivos. Las *culturas de masas* de la generación precedente fueron sustituidas por las *culturas de nicho*: el lujo es lo que te hace visible. No hay más que hojear las revistas para ver el papel que tiene el lujo en el mundo posmoderno. A las páginas de publicidad directa de las grandes marcas de moda, perfumería o joyería siguen, a modo de reportaje, largos artículos que nos recuerdan su historia, sus días de gloria pasados, su fidelidad a las tradiciones o su capacidad innovadora. ¿Qué sería de ciertas publicaciones sin las páginas pagadas por las grandes marcas de relojes y de moda, por las agencias de turismo promocionando los cruceros más originales y los destinos más exóticos, o por los constructores de automóviles que fabrican coches de alta gama?

En un mundo al que la crítica posmoderna de la ciencia, la nación y la religión ha despojado de sus ideales tradicionales, las grandes figuras del mundo literario, político y religioso se encuentran desvalorizadas —podría incluso decirse desprestigiadas, porque responden a normas que ya no existen—. La dis-

tinción ha dejado de ser el resultado de los esfuerzos hechos para destacar en el ámbito de las ciencias, las artes, la política o la religión. Ahora depende de la visibilidad que uno pueda tener, la cual refuerza el "aura" de las estrellas de cine, los cantantes o los campeones, cuyas actividades atraen naturalmente la atención de los medios de comunicación (Heinich, 2012). La visibilidad los transforma en ídolos: todo lo que tocan, todo lo que hacen se vuelve deseable.

Así, toda una espiral de relaciones vincula a los grandes nombres del deporte y el espectáculo, a las grandes industrias de lujo, los lugares de moda y los medios de comunicación. Esta convierte la búsqueda de la felicidad en uno de los motores principales de un mundo que carece de ideales e intenta evitar caer en la monotonía del consumo masivo. Y, como los medios son los grandes proveedores de visibilidad, es fundamental el papel que desempeñan en una sociedad como esta.

Vivimos entre grupos que pregonan la justicia y la igualdad, pero que al mismo tiempo las rechazan al hacer del lujo uno de los medios del éxito social. Estas nuevas tendencias favorecen el aumento de la desigualdad, que por mucho tiempo se subestimó, pero sobre la cual Thomas Piketty (2012) volvió a atraer la atención —una desigualdad que ya no enfrenta a los países industriales desarrollados con los del tercer mundo, sino a una pequeña fracción de todas las sociedades con las clases medias en vías de empobrecimiento, y con las clases bajas cuya precariedad se sigue acentuando—.

La evolución de las sociedades occidentales en resumen

La evolución de las sociedades occidentales presentó varias etapas: la primera fue la desarticulación de sociedades estamentales del Antiguo Régimen que ocasionó la destrucción de las viejas jerarquías de estatus; la segunda fue la formación de sociedades modernas, es decir, aquellas fundadas en la igualdad de oportunidades y con la libertad de emprender, lo cual las hacía atractivas; sin embargo, produjo una tensión importante entre el ideal político, que tendía a la igualdad, y las fuerzas económicas que se liberan y generan las desigualdades. Se trata de sociedades de clases, aunque reducirlas así no da cuenta de la complejidad de los mecanismos que operan: a las fuerzas políticas y económicas se suman las que son de naturaleza sociocultural y, en particular, aquellas que están en busca de reconocimiento y estatus, lo cual, origina en cualquier colectividad el deseo de distinguirse.

Tercera: en la sociedad que modeló la primera Revolución Industrial, los valores en los que se basaba la empresa occidental —la búsqueda de excelencia en el ámbito del conocimiento, el pensamiento y la cultura— estaban muy difun-

didos. Los empresarios que, por medio de la industria, el comercio y la banca, hicieron fortuna justificaron su éxito promoviendo el arte y la ciencia con un ostensible mecenazgo. La pequeña burguesía consolidó su estatus frente a las masas obreras y el mundo campesino exaltando la solidez de su moral doméstica y la calidad artística de los entornos donde vivían. Se conformó una élite intelectual y artística que condenaba el dinero y la vanidad de las clases burguesas y rechazaba el marco institucional donde se desarrollaba, y en el que ejercía, sin embargo, una importante influencia.

Cuarta: la segunda Revolución Industrial permitió cierto desahogo a una parte de los obreros y trabajadores. Estos grupos buscaron entonces una forma de distinguirse, lo cual era prueba del éxito y estabilidad que por fin habían alcanzado. Y lo hicieron adquiriendo toda la gama de productos de uso duradero que estaban de moda. Ya no buscaban brillar a través de formas que manifestaran las virtudes que exaltó la modernidad. Ahora lo hacían a través de la visibilidad que les daba la adquisición de nuevos productos. Así fue como la sociedad moderna que iba de salida se volvió una sociedad de consumo.

Quinta: la tercera revolución técnica, y el hecho de que cada vez más occidentales abandonaran la ideología de progreso que habían adoptado hacía más de dos siglos, produjo rasgos inéditos en la sociedad posmoderna. El número de obreros disminuyó considerablemente y creció la gama de actividades económicas, con lo cual el enfrentamiento de clases que caracterizó a la sociedad moderna dejó de tener el mismo vigor. Los credos religiosos e ideológicos perdieron su unidad, de modo que ya solo contaban con la consideración de pequeños grupos que los representaban perfectamente. La visibilidad era lo único que seguían compartiendo los miembros de una sociedad que ya no estaba unida por las convicciones. La revolución informática permitió una mayor transparencia al espacio de los países posmodernos, gracias a que los medios de comunicación y las redes sociales ampliaron el radio donde esta se manifestó. El lujo y todo lo que resulta espectacular es lo que actualmente garantizan el prestigio y dan un estatus.

La crítica que el resto del mundo hace al Occidente posmoderno

Si bien, actualmente hay una crítica generalizada fuera de Europa y América del Norte contra la ideología que inspiró a Occidente durante tres siglos, aquella sobre diversos aspectos de su civilización está lejos de serlo: se siguen apreciando las técnicas que han desarrollado y sus aplicaciones; los dirigentes equipan a sus fuerzas con las armas más sofisticadas; las poblaciones ya no pueden vivir sin

automóviles, bicicletas y teléfonos celulares; Al Qaeda y el Estado Islámico controlan todas las formas de comunicación que moviliza la propaganda moderna.

Al mismo tiempo, la sociedad occidental ha dejado de presentarse como un modelo a seguir. Las masas están dispuestas a adoptar sus hábitos consumistas —como lo muestra el caso de China y los países del Asia Oriental y Meridional— aunque reprueban algunos aspectos, como la falta de pudor, la exhibición de la desnudez, la promiscuidad sexual, como en el caso del mundo musulmán.

El principal reproche que se le hace al mundo occidental es el vacío ideológico que lo caracteriza. Por eso ya no se intenta copiar en todos los aspectos lo que viene de los Estados Unidos y Europa. Pero entonces ¿dónde buscar las creencias que el Occidente ya no provee?

Las ideologías que intentan reemplazar las filosofías del progreso en el mundo occidental resultan más interesantes a los intelectuales del Sur cuando hacen referencia a la sabiduría oriental. En América Latina y África hay grupos que recurren a la inmensa cantera de sectas evangélicas que produjo la sociedad americana, o se inspiran en ellas para crear nuevas. La mayoría de las sociedades intentan más bien revivir sus antiguas creencias: en India, la fortuna les sonríe a los hinduistas; los dirigentes chinos intentan combinar el marxismo con las tradiciones confucionistas; en el mundo musulmán, sin importar si se es sunita o chiita, se remiten a las fuentes del islam. Los fundamentalismos florecen.

La era de las crisis identitarias

Los grupos humanos, ya sea organizándose, tejiendo redes de relaciones sociales, desarrollando tradiciones compartidas o adoptando las mismas creencias, siempre se han distinguido por características específicas, de las que estaban conscientes sus miembros y con las que se identificaban. Cuando, al estar lejos de casa, se encontraban con alguien de su misma localidad o región exclamaban con alegría: "¡Tuve el gusto de toparme con un 'paisa' o con una 'paisa'"!

Las conexiones sociales se establecen a varias escalas: la del vecindario, la del grupo local, la de la región o la nación. Algunos elementos imprimen características propias a cada uno de los niveles de la estructura que articula los conjuntos territoriales, por lo que se puede seguir identificando a cada uno. De ese modo, es común que las identidades territoriales del pasado vuelvan a tomar una forma de engranaje. Tal era el caso de la mayoría de los Estados-nación de tipo europeo donde los problemas identitarios parecían resueltos. La diversidad regional no impidió que germinaran fuertes sentimientos nacionales. Sin embargo, las difi-

cultades aparecieron ahí, donde las fronteras albergaban a minorías pertenecientes a otras naciones, como era el caso en Europa del Este o del Sureste.

Paralelamente, existían comunidades para las cuales la distancia no contaba: aquellas que se basaban en creencias compartidas. Así, identidades de base religiosa o ideológica se sumaron a aquellas cuyo fundamento se asociaba a la familiaridad mutua que se produce cuando se vive en un mismo espacio. A este segundo tipo de identidad se debe la formación y sobrevivencia de diásporas cimentadas por el apego a una fe compartida. En el caso de las sociedades "geográficas" de los primeros mundos, las dos formas estaban fusionadas: el medio local se sacralizaba creando un vínculo tan fuerte que el individuo no podía concebirse fuera de su contexto de vida habitual.

En la mayoría de los casos, las dos formas de identidades coexistían sin fusionarse: uno podía ser normando y cristiano; o, más tarde, normando, francés, cristiano y occidental. El mundo musulmán, a su vez, se enfocó tanto en la *asabiya* local como en la *umma*, la comunidad universal de los creyentes.

Cuando había migraciones de larga distancia, se permitía que los recién llegados se integraran siempre y cuando sus creencias fueran compatibles con las del país donde se iban a instalar, y en donde descubrirían una cultura y nivel de vida superiores.

Sin embargo, la situación ha cambiado. La movilidad y el acceso a múltiples fuentes de información ayudan a conocer mejor lo que pasa en otras partes del mundo: la región donde uno vive y el país al que uno pertenece ya no son los únicos donde las costumbres son civilizadas, las instituciones sólidas y la existencia agradable. El europeo actual sabe que en los países vecinos existen sistemas de pensiones y seguridad social que varían un poco de los que tiene en su país, pero los resultados son similares. Esto no significa que va a adoptar una identidad europea que sustituya su identidad nacional, aunque esta última se verá depreciada.

El aumento de la movilidad, que ha provocado que varias áreas de la vida cotidiana se empalmen, repercute en la desvalorización de las viejas identidades locales y no favorece a que se formen nuevas. La creación de redes sociales, gracias a internet, han superado el obstáculo de la distancia y con ello las identidades territoriales no solo se devalúan sino que surgen *nuevas identidades multiescalares*, que mezclan lo local, lo regional, lo nacional y lo internacional sin basarse en una fe compartida. La movilidad creciente y la facilidad con la que uno se inserta en las redes sociales a través de los medios electrónicos debilitan los sentimientos de identidad cimentados en el arraigo, aunque abren la posibilidad de crear nuevos apegos —es como una reterritorialización, si se puede decir, pero anclada a espacios virtuales más que a espacios reales—.

El mundo de los adolescentes es un buen ejemplo de ello. A los jóvenes siempre les ha gustado reunirse para divertirse y escapar de las normas que el mundo de los adultos intenta imponerles. Es común que formen bandas con sus propias reglas, a pesar de que resulte inevitable que estos grupos se fragmenten con el tiempo (los jóvenes no tardaran en comenzar a trabajar e integrarse así en el mundo de los adultos) y se mantengan a nivel local.

Con la extensión del grado de escolaridad, los adolescentes comenzaron a pasar más tiempo entre ellos. Tenían más pasatiempos. La entrada al mundo laboral se haría más tarde. El teléfono móvil, internet y las redes sociales dieron lugar a una esfera de comunicación enfocada en la adolescencia. Creó entre los jóvenes un vínculo que rebasaba la escala local. Les permitió expresar sus gustos y sueños, visitar los sitios de sus ídolos y tener acceso a la música y juegos que los volvían locos. Permitió a las nuevas industrias culturales ejercer una influencia cada vez mayor sobre un grupo que, en menos de una generación, se volvió un mercado capital para estas. Además, multiplicó las relaciones que los pre-adultos tejían entre sí, los acercó y les ofreció un medio para autoafirmarse en escenarios más amplios.

Las nuevas facilidades de transporte, la televisión, el teléfono celular e internet permitieron mantener el contacto entre los migrantes, sus familias y sus países de origen. Con las tarifas tan bajas que ofrecían algunas compañías aéreas, muchos podían volver periódicamente a su país. El nivel de educación de los recién llegados era, por lo general, más elevado que antes. La mayoría tenían estudios y habían recibido alguna forma de cultura escrita. Esto produjo en ellos un apego a sus orígenes mucho más fuerte que en el pasado; las nuevas facilidades de transporte e información alimentaron ese sentimiento. A ello se sumó la crítica al modelo occidental que solía ser muy virulenta en el entorno del que provenían: la mayoría no deseaba asimilarse a ella. Algunos ya ni siquiera intentaban integrarse: para qué hacerlo si sabían que estaban condenados al desempleo.

Los contextos socioculturales del mundo actual difieren profundamente de aquellos que predominaban apenas hace medio siglo. Esto se puede ver en las nuevas formas de distribución geográfica y en relaciones mucho más estrechas entre sus diversas escalas.

Capítulo 10. Nuevas configuraciones del espacio

Las dinámicas derivadas de la aceleración de la globalización, de la revolución informática y de la crítica contra la ideología del progreso transformaron la organización del espacio. Los usos que se hicieron de este se diversificaron. Las formas que adoptaron lo local, lo regional-nacional y lo global cambiaron, así como las relaciones que se mantuvieron en estos niveles.

Nuevos usos y nuevos imaginarios del espacio

Ahora captaban el interés nuevas formas de utilizar el espacio o formas de representarlo que se conocían desde tiempo atrás, pero que habían sido ignoradas por considerarlas de poca importancia.

Modos diversificados de uso del espacio

La sociedad tradicional se estructuraba entorno a dos funciones, si bien había otras, que los primeros especialistas de las ciencias sociales estimaban tan esenciales que restaban importancia a todas las demás: la primera consistía en *producir* para satisfacer las necesidades de cada individuo; la segunda, en asegurar la *reproducción* de los seres y los saberes a fin de perpetuar al grupo. En las sociedades históricas, la labranza, las praderas, los pastizales y, en menor medida, los talleres y las fábricas ocupaban la mayor parte del espacio. Los edificios y dependencias donde se llevaba a cabo la reproducción del grupo ocupaban zonas más reducidas, aunque importantes. Las vías de circulación conectaban los establecimientos de producción garantizando así la distribución de los artículos y utensilios. Jean Brunhes (1910) se apegó a estas categorías en su *Geografía humana*. Las actividades orientadas a la *superación personal o colectiva* (deportes, espectáculos, meditación, oración, cultos, etc.) se desarrollaban en las casas o departamen tos, en los jardines o en las vías públicas: la mayoría de ellas no requería de empresas especializadas, excepto por algunos cultos religiosos y algunas actividades deportivas.

Los *espacios destinados al desarrollo personal o colectivo* crecieron con la aparición del turismo y la ampliación del tiempo libre. Estos se multiplicaron durante la primera Revolución Industrial y a partir de entonces abarcaron algunos espacios naturales, ruinas antiguas, grandes monumentos y algunos barrios históricos. Con el consumo de masas que la segunda Revolución Industrial fomentó, estos lugares se expandieron y se propagaron al grado de producir una serie de expropiaciones. Su expansión se llevó a cabo y su estructura se transformó durante la tercera revolución técnica: la radio y la televisión llevaron hasta el corazón del espacio doméstico información y entretenimiento. Internet y el teléfono celular hicieron accesibles algunas formas de pasatiempos y desarrollo físico y cultural desde cualquier lugar —incluso en el propio hogar, en la sala, el estudio o la recámara. Al mismo tiempo, los lugares consagrados a esas nuevas formas colectivas de con-sumo se extendieron en los espacios suburbanos y rurbanos.

La agricultura y la ganadería, cada vez más intensivas, se concentraron en zonas que eran más fáciles de explotar. Así, una parte de los terrenos liberados se incorporó a la esfera del desarrollo individual y colectivo; la otra parte volvió a ser exclusivamente "natural" y los científicos encargados de su monitoreo eran los únicos que podían tener acceso a ella. A los espacios de *producción* y a los de *reproducción* se añadieron *zonas naturales recuperadas y zonas de desarrollo personal y colectivo*.

Los geógrafos se enfocaron en los espacios de desarrollo individual y colectivo derivados del turismo y en cómo los *imaginarios* del esparcimiento, el descanso y la naturaleza los han configurado. En Francia, Rémy Knafou (1978) documentó la concepción y la génesis de las grandes estaciones de esquí en los Alpes. Para Michel Chadefaud (1987), el turismo en los Pirineos es indisociable de la imagen que creó el romanticismo de esta cadena montañosa. El ambiente de las montañas y la cantidad de posibilidades que ofrece al hombre han cambiado por completo desde hace dos siglos, como lo relata Bernard Debarbieux (2001, 2010).

Imaginarios que vuelven a darle un lugar a lo sagrado

El espacio del que se ocupa la geografía es dual: por un lado, la realidad tangible en la que viven y actúan los hombres; por otro, las representaciones que hacen del espacio, es decir su imaginario espacial. La disciplina establece una distinción fundamental entre las superficies que no aportan nada relevante, y los lugares y zonas donde se manifiestan elementos más reales, más importantes y significativos: aquellos donde se puede aprehender otro mundo.

En las sociedades tradicionales, la sacralidad se manifestaba ahí donde afloraban las fuerzas profundas, las divinidades o los dioses que regían el mundo. En el universo cristiano, se limitó a los lugares donde ocurrió la revelación, a los puntos clave del recorrido de Cristo y sus apóstoles, a los sitios donde se produjeron los milagros, a las iglesias donde a Jesús se le representa bajo la forma del pan y del vino durante la eucaristía en la misa, o en los templos donde Él se reúne con los fieles que asisten para orar en Su nombre.

Debió haber habido una desacralización del espacio terrenal total en las sociedades que se construyeron sobre ideologías de progreso, dado que rebajaban todo al plano de lo humano y lo visible. Sin embargo, la imagen que la desa cralización ofrecía de la superficie terrestre se diferencia ontológicamente: los primeros hombres en comprender que la humanidad podía alcanzar la felicidad cuando tomara el destino en sus manos eran de otra especie, como también lo eran los lugares donde los investigadores perfilaron el futuro. En la versión nacionalista de las ideologías del progreso, el Estado, como personificación del grupo y como motor en su avance hacia un mejor mañana, estaba cargado de cierta sacralidad.

El desamor que azotaba a las filosofías de la historia borró las formas de sacralidad a las que estas dieron origen y privó al Estado westfaliano del "aura" que por mucho tiempo había gozado.

Para llenar el vacío que se produjo, las religiones e ideologías entraron en competencia. Las sectas se jactaban de contar con la enésima reedición de las Revelaciones. Los fundamentalismos restablecieron la pureza y el fervor de la fe original. Además, resurgieron formas clásicas de la sacralidad religiosa: otra vez había muchos peregrinos que seguían el camino de Santiago de Compostela.

Algunas ideologías sitúan la Verdad en las sociedades del pasado —lo cual explica el entusiasmo de muchos contemporáneos por el patrimonio. Hay muchos que consideran que la explotación ilimitada del medioambiente es la causa de todos los males y que sacralizan la Naturaleza —de ahí el fervor con el que se la preserva donde todavía es abundante, y con el que se intenta recuperarla en otras partes.

Igual que la modernidad, la posmodernidad no anula la capacidad de los humanos de crear imaginarios para diferenciar ontológicamente los espacios terrestres…

Las nuevas geografías de lo local

Las transformaciones aceleradas que afectan al mundo se leen a todas las escalas, empezando por lo local y lo doméstico. Como ahora se ha vuelto fácil entrar en contacto, por teléfono o por internet, con periodistas o autoridades, la gente que vive en lugares aislados, alejada de todo, puede hacer escuchar su voz. El cambio es transcendental: lo local ahora está en contacto directo con lo global. Ya no está separado por una serie de intermediarios que antes eran indispensables para la comunicación, pero que se beneficiaban de su situación manipulando a quienes les enviaban la información y a los que se la retransmitían: estamos hablando de *glocalización* (Swyngedouw, 2004).

Al mismo tiempo, lo doméstico y lo local sufrieron una serie de cambios que los transformaron a fondo y debilitaron las identidades a las que habían dado origen.

La ampliación de las esferas locales

El progreso en los transportes y la revolución informática ampliaron la esfera local e hicieron estallar la doméstica: a estas escalas se volvió cada vez más difícil identificar unidades elementales relativamente autónomas y distintas: el radio de todos los circuitos que recorrían los hombres y la información se amplió, aunque variaba según la edad, el sexo y las actividades; y cada vez se traslapan más.

A partir de la democratización de los transportes —en particular los medios de transporte individual— se diversificaron los tipos de desplazamientos y los destinos. El cambio comenzó en 1930 en los Estados Unidos y en la década de 1950 en Europa. Con el auge de la circulación de vehículos, se generalizó el congestionamiento de centros históricos. Aparecieron nuevos nodos de comunicación, los cuales se implantaron cerca de los cruces de autopista. Se establecieron actividades comerciales, oficinas, direcciones de empresas o de administración e instalaciones recreativas. Se instalaron centros de trabajo y de esparcimiento menos importantes lejos de las vías principales y de cualquier cruce importante. Aumentaron los desplazamientos en fin de semana hacia zonas de relajación en la periferia inmediata y lejana.

Desde hace unos cincuenta años se han realizado muchos estudios en tratar de delimitar los nuevos límites sociales de lo local. Así, el INSEE [el Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos, en Francia] ha reagrupado a las comunidades a partir de cuencas: estas trazan el margen dentro del cual se despliega la mayoría de los desplazamientos cotidianos alrededor de núcleos

más densos que los de antiguas aglomeraciones. Las áreas donde se lleva a cabo la circulación local suelen ser cien veces más extensas que hace un siglo o siglo y medio.

Los estudios revelan cómo los antiguos centros siguen conservando su atractivo para ciertas funciones de alto nivel. En un escalafón abajo aparece toda una estructura de redes, centros comerciales y de recreación que se reproduce desde las primeras cabeceras suburbanas hasta las zonas periurbanas más lejanas y las zonas rurbanas: lo único que varía es la densidad de las poblaciones y la de los centros. Hay una ruptura cuando la densidad es demasiado baja (menos de 20 o 30 habitantes por kilómetro cuadrado, generalmente) como para que se puedan mantener los servicios —por debajo de este nivel, las espirales de desertificación se multiplican—.

Ampliación de los canales de distribución

La circulación se multiplicó: la de las personas —como acabamos de ver— pero también la de los artículos, la de los medios monetarios y de información. A excepción del aire que respiramos, desapareció casi por completo el consumo de aquello que era de origen local. El agua se extraía de mantos acuíferos o se acarreaba a decenas de kilómetros o más. Hace más de un siglo que los campos más cercanos dejaron de proveernos del trigo de nuestro pan, de las papas, las legumbres y los frutos de nuestras mesas; ya no es de la granja vecina de donde provienen el pollo, los huevos, los productos lácteos y la carne. Todavía a mediados del siglo XX, la leche que se consumía en los asentamientos urbanos provenía de una zona de granjas especializadas cuyo radio no excedía los 30 kilómetros. En una década, la pasteurización generalizada, las cadenas de frío y las técnicas de esterilización a ultra alta temperatura aumentó ese radio más de veinte veces y las tierras pudieron contribuir al abastecimiento lechero de las ciudades hasta 400 veces más —e incluso ¡no tardaron en rebasar esta cifra!—

Con justa razón la opinión ha reaccionado hoy en contra de la excesiva la movilidad de los productos: los circuitos cortos son lo que están de moda. Sin embargo, no por eso volveremos a las formas de autoconsumo familiar o local que todavía existían en las regiones rurales a principios del siglo XX y que, con la Segunda Guerra Mundial, revivieron por un tiempo.

El prestigio de los productos con denominación de origen, que, se dice, marca el renacimiento de las tierras, son de hecho prueba de la expansión de las zonas de distribución: los vinicultores no someten su producción a pliegos de condiciones interminables para posicionarse en los mercados locales; lo hacen para mejorar

su imagen, darse a conocer por todas partes y llevar su venta más lejos. ¡La prosperidad del champán, de los bordeaux o de los bourgognes se debe a que gozan de un mercado mundial!

Un continuum que solo puede entenderse multiplicando las perspectivas

En las sociedades tradicionales, donde lo local estaba conformado por células que tenían cierta autonomía, se multiplicaron los estudios monográficos. En el *continuum* sin fronteras claras de los sistemas sociales actuales, donde la circulación a distintas escalas está simultáneamente en juego, los estudios tienden a especializarse: se enfocan en zonas residenciales y su estilo de vida, en los centros comerciales y culturales, así como en su funcionamiento, o en el impacto de las zonas industriales. Estudian la trayectoria que siguen los artículos desde su producción (si es local) hasta su distribución, su consumo y el manejo de los desechos y efluentes. Insisten en las fuentes de energía que emplean: fósiles, renovables o nucleares. Elaboran un balance energético de los edificios y sus habitantes.

Las relaciones humanas llaman la atención tanto como el medio ambiente y los problemas ecológicos que este plantea. Los estudios de género se propagaron a escala local: valoran las amenazas que sufren las mujeres, hacen un inventario de los lugares donde corren el riesgo de ser verbal o físicamente agredidas —y que procuran evitar— y especifican el horario en el que pueden andar sin problema o la hora en la que ya no se atreven a salir, sobre todo cuando anochece. También muestran cómo los homosexuales o las lesbianas se integran al tejido social o se aíslan de este.

Asimismo, la infancia y la adolescencia llamaron la atención: ¿cómo se ocupan de los niños pequeños?, ¿es la madre quien se encarga de ellos?, ¿el padre?, ¿los abuelos?, ¿una nana? ¿A dónde los llevan a pasear? ¿Quién los pasa a dejar a la guardería por la mañana, antes irse a trabajar? ¿A los niños les gusta ir a la guardería? ¿A qué juegan en la casa? ¿Juegan en el jardín? ¿Van a parques públicos?

¿Los niños invitan a su casa a los amigos que han hecho en la escuela? ¿Cómo festejan sus cumpleaños? ¿Qué juguetes les regalan? ¿Tienen consolas de videojuegos? ¿Teléfonos celulares?

¿Qué hacen los jóvenes fuera del horario escolar? ¿A qué redes de amigos pertenecen? ¿Cuándo y dónde se reúnen con sus amigos? ¿Forman parte de pandillas? ¿Fuman? ¿Consumen *cannabis*? ¿Otras drogas?

¿Cómo viven las personas mayores? ¿Con qué ayudas pueden contar? ¿Existen, para las personas de la cuarta edad, casas de retiro o residencias con asistencia médica cercanas al domicilio de al menos alguno de sus hijos?

Lo local se convierte en un mundo de soledades

Algo que también es nuevo es el lugar que se le da al análisis de las aspiraciones de la población, a sus sentimientos de identidad, a sus satisfacciones tanto como a sus frustraciones. A este nivel, entre lo local y lo doméstico, es donde el giro cultural de la disciplina se manifestó de manera más viva. Lo que estos trabajos revelan son las dificultades que suelen enfrentar las poblaciones de los nuevos entornos suburbanos o rurbanos, donde sobraba el espacio y la vegetación. Y, en cambio, había poca vida social (Guilluy, 2014). En los lugares donde había que desplazarse continuamente, quienes no tenían coche —los niños, adolescentes, muchos discapacitados, enfermos, personas mayores y personas con bajos ingresos— se hallaban como prisioneros: no podían frecuentar los lugares que deseaban, y que el flujo de información que recibían a través de las redes modernas les prometía. El desarrollo de la vida social es prueba tanto de las carencias como de los esfuerzos de organización que hicieron las poblaciones locales para superar tales dificultades —sin lograrlo del todo—.

Se ha insistido en que el coche y los medios de telecomunicación modernos han permitido la urbanización sociológica de casi todo el espacio. Esto es parcialmente verdadero: desde cualquier parte, tenemos acceso a mucha información de manera tan rápida y sencilla como en los antiguos centros, y en coche se puede llegar fácilmente a los lugares de servicios. Sin embargo, los que no tienen la edad, las capacidades o los medios para conducir no pueden beneficiarse de eso. Y el crecimiento de las redes virtuales ha afectado la sociabilidad local. El mundo indeterminado de espacios suburbanos es un mundo de soledades: soledad de los niños y de los adolescentes, soledad de las mujeres que se quedan en casa, soledad de los jubilados que han perdido los vínculos que les permitían tener una vida activa.

Una esfera local en vías de reestructuración

La Revolución Industrial inauguró un periodo de transformación profunda de la trama doméstica y local de los espacios sociales, que en vez de estar conformados por células que gozaban de cierta autonomía, se habían transformado en un *continuum* donde las mismas estructuras sobrepuestas se repetían, aunque con densidades que iban decreciendo desde la periferia de los antiguos centros hasta las zonas rurbanas. Los paisajes del mundo tradicional o de las primeras fases de la Revolución Industrial seguían ocupando espacios importantes; sin embargo, la irrupción de formas de usos del suelo más masivas, más repetitivas o grandes

los deterioró muchas veces. El último estrato de esos paisajes, que se conformó, hace cuarenta o cincuenta años, está a la vez más estandarizado y menos marcado por las tradiciones locales, las limitaciones propias del medio ambiente, y por las dificultades para desplazarse por ahí que antes no existían.

Este mundo, cuyos contrastes se desvanecen, es un mundo donde las identidades y los arraigos locales pierden su fuerza. En medios donde circula información que siempre tiende a ser excesiva, podría creerse que hay mayor transparencia. Pero no es así: la gente selecciona entre aquello a lo que tienen acceso, escogen a sus compañeros, se integran a redes por lo común dispersas, pero cuyos valores comparten. Localmente, están aislados —y con miedo a un entorno en el que se sienten excluidos—. Algunos reaccionan replegándose a nichos comunitarios aislados de sus vecinos— y se protegen de los intrusos mediante las barreras físicas de urbanizaciones protegidas, o mediante la vigilancia de los desconocidos que ejerce la colectividad—.

Sin embargo, estas tensiones disminuyen en aquellos lugares donde hay menor densidad y el poblamiento está más espaciado: de ahí las ventajas que actualmente tienen los espacios rurbanos; están bien conectados con el resto del mundo, gozan de un entorno agradable y de buenas condiciones de seguridad, y el teletrabajo permite a un número cada vez mayor de jóvenes ganarse la vida.

Suele suceder que una minoría se concentre en ciertas zonas; esto es resultado de una decisión voluntaria o de mecanismos causados por la segregación. En este último caso, la solidaridad étnica, lingüística o religiosa mantienen un alto nivel de interacciones locales. Los grupos de jóvenes suelen ejercer presión en el comportamiento de todos. Al mismo tiempo, las redes de telecomunicaciones permiten mantener estrechos vínculos con el país de origen, con la gente que habla la misma lengua o con los correligionarios. La nación en la que se reside sigue siendo una realidad exterior y se percibe como tal: hay una menor necesidad de integrarse a ella que en el pasado. Así, los espacios indefinidos del mundo suburbano se fragmentan en comunidades que ya no coexisten más que en los transportes públicos o en los supermercados, y que cada vez comparten menos valores.

Este es un terreno fértil para que prosperen imaginarios de origen diverso, muchos de los cuales vienen de lejos. Se multiplican las sectas. Se crean identidades que carecen de una base local o nacional. Conviene enfocarse en las realidades de escala doméstica o local si se busca comprender la fragmentación de las sociedades donde, sin embargo, las condiciones de transparencia nunca habían parecido tan buenas.

La evolución actual ha transformado el aspecto y el papel de lo local. A escala media de la región o de la nación, el papel de la empresa, el del Estado,

así como las relaciones entre lo político y lo económico también se han visto alteradas.

De un espacio estructurado en regiones a un espacio metropolizado

1. Las regiones desempeñaban un papel en el mundo tradicional, pues solían ser las herederas de zonas tribales o de ciudades antiguas; habían sido conformadas por un principado feudal o un obispado; eran testimonio de la influencia de una ciudad comerciante; o bien servían de marco para administrar los Estados que englobaban. Asimismo, constituían espacios económicos donde predominaba el autoconsumo local y los intercambios a corta distancia entre pequeñas unidades con recursos naturales complementarios. Su unidad cultural radicaba en la conservación, a largo plazo, de los modos de vida compartidos, como el uso del mismo dialecto entre las clases populares. Además, solían conservar las costumbres y las representaciones heredadas de un pasado más o menos lejano. En sus pueblos o en sus ciudades, se practicaba la lengua (o alguna de las lenguas) del Estado. Las clases dirigentes, ya sean rurales o urbanas, participaban tanto en la vida local como en la que les ofrecía la educación que habían recibido. Aunque los citadinos representaban un porcentaje muy pequeño (por lo común, menos del 20%) de la población total, dominaban sobre el resto de la población.

2. Las dos primeras fases de las revoluciones técnicas del mundo contemporáneo afectaron profundamente la vida social, aunque no replantearon del todo la articulación del espacio en regiones. Las autarquías locales disminuyeron y terminaron por desaparecer; los productos se especializaron en función de las oportunidades que abría el mercado nacional, y a veces el internacional. Los campos se quedaron sin sus artesanos, arruinados por los productos manufacturados, y sin el excesivo número de jornaleros que no lograba escapar a la miseria. Las ciudades atrajeron a esas poblaciones, aunque de manera desigual: por lo general, los servicios más escasos se concentraban en un solo centro. Así, la región se vio dominada por una metrópolis cuya población no dejaba de aumentar; que contaba con medios de comunicación, instituciones de enseñanza superior, grandes hospitales e importantes servicios administrativos (Claval, 1968). La población aledaña se identificaba cada vez más con el centro que la dominaba —por eso ahora se dice que es de base urbana—. En los países cuyo poblamiento es reciente, como en los Estados Unidos, la dominación de las metrópolis regionales es aún más evidente (Vidal de la Blache, 1922).

Las industrias que nacieron a raíz de la primera Revolución Industrial se concentraron en cuencas mineras o se dispersaron a lo largo de corrientes de agua, donde podían disponer de las cascadas, las de regiones de alta o mediana montaña en particular. Estas dieron origen a asentamientos que se diferenciaban de las zonas rurales por su densidad, que correspondía más bien a la de zonas urbanizadas; sin embargo, sus actividades no tenían la diversidad que solía caracterizar a las ciudades. Desde algún centro más importante se les prestaban los servicios que necesitaban. Así surgieron las regiones industriales, poco extensas, que estaban bajo el dominio de una metrópolis.

Las fábricas que nacieron durante la segunda Revolución Industrial, menos dependientes de las fuentes de energía que las alimentaban, se instalaron en los centros urbanos existentes y aceleraron su crecimiento; o bien se dispersaron por regiones rurales donde podían encontrar la mano de obra que necesitaban.

La evolución contemporánea se traduce, casi en todas partes, por la desaparición de las fábricas que surgieron en las primeras fases de la Revolución Industrial. La baja en los costos del transporte y la eliminación de la protección aduanera las expuso a la competencia de los nuevos países industriales, a la cual no pudieron oponer resistencia. Las cuencas mineras, los centros de industria textil, los centros metalúrgicos y las zonas de producción de productos de consumo duradero fueron uno a uno afectados. Todas las zonas industriales de Europa del Noroeste entraron en crisis, así como el *industrial belt* de los Estados Unidos, que se convirtió en el *rust belt*, un cinturón de óxido.

Durante los treinta años que siguieron a las Segunda Guerra Mundial, las grandes industrias migraron hacia los litorales donde los bajos costos de transporte les garantizaba un mejor suministro del mercado en energía y en materias primas. Las industrias siguieron formando enclaves activos —aunque algunas terminaron, de igual modo, sucumbiendo ante la competencia internacional—.

Al interior de importantes empresas, se acentuó la disociación entre la ubicación de las sedes sociales, los servicios financieros y comerciales, los laboratorios de investigación, por un lado; y de los establecimientos de producción, por otro. Las piezas y los subconjuntos muchas veces eran suministrados por pequeñas y medianas empresas instaladas junto a otros establecimientos de la misma especialidad, en pequeños centros o en pequeños barrios de las grandes ciudades: en esos *distritos industriales*, las empresas se beneficiaron de sustanciales economías externas.

Una parte importante de esas fabricaciones se realizaba en el extranjero, en países donde la mano de obra era menos remunerada y donde no había seguridad social o seguía siendo muy rudimentaria. En consecuencia, el porcentaje de

obreros disminuyó rápidamente en el mundo occidental posmoderno: en Francia pasó del 30% en la década de 1970 a un poco más del 10% en la actualidad.

Al mismo tiempo, la mecanización de la agricultura redujo rápidamente la necesidad de mano de obra. Los pequeños centros y las ciudades medianas, que vivían en gran medida de los servicios que proporcionaban a sus zonas de influencia, se vieron afectados. El incremento de hipermercados y centros comerciales llevó a la ruina a los pequeños comerciantes. Asimismo, numerosos centros perdieron las fábricas que daban de qué vivir a una parte de su población.

La urbanización avanzó, pero benefició sobre todo a las aglomeraciones más importantes: la creciente movilidad hizo que el área adonde prestaban servicios fuera más amplia que en el pasado. Era el caso, por lo general, de los enlaces de autopistas. A muchos de ellos se les prestaba servicio por medio de los trenes de alta velocidad. Sus aeropuertos garantizaban un acceso más fácil a muchos otros centros importantes. Eran tan importantes como para haber establecido —o atraído— las oficinas centrales, las direcciones y los servicios de investigación de las grandes empresas.

En Francia, por ejemplo, la trama nacional ya no era lo que fue antes. La población de la mayoría de las regiones se sentía menos arraigada. Si bien hubo minorías que se involucraron en movimientos regionalistas o independentistas que se basaron en identidades fabricadas por pequeños grupos durante el siglo XIX o más recientemente. Son múltiples los signos de la pérdida de consistencia del espacio regional: se habla del sur y ya no del Midi, término que significaba a la vez un punto cardinal y un grupo cultural conscientes de su singularidad; se uniformaron los acentos; la reforma regional que lanzó François Hollande en Francia en 2015, sin el menor consenso y con una total arbitrariedad, dejó indiferente a casi todas las poblaciones involucradas.

Por tanto, las dinámicas actuales transforman a fondo la organización del espacio a escala regional y nacional. Las antiguas estructuras, todavía perceptibles en el paisaje, son cada vez menos funcionales. Han sido reemplazadas por una organización donde el espacio se estructura en metrópolis que, más que vivir del área que las rodea, viven de las relaciones que mantienen con otros grandes centros situados en su país y en el extranjero. La organización del espacio a nivel regional ya no es gobernada por las complementariedades sistemáticamente explotadas dentro del espacio nacional. El éxito de las metrópolis depende en gran medida de su papel internacional: ¿qué sería Clermont-Ferrand sin Michelin y sin el lugar que la empresa supo labrarse en el mercado mundial de los neumáticos? ¿Qué sería Bordeaux sin el reconocimiento de líder mundial que asegura su comercio en el campo de os vinos de calidad? ¿Qué sería Toulouse sin Airbus,

sus establecimientos distribuidos por toda la Europa occidental y el mercado de aviones de línea que la empresa comparte con Boeing? ¿Qué sería Strasbourg sin sus instituciones europeas?

Los espacios nacionales poseen una unidad que emplean para la explotación de las complementariedades entre sus diversas partes, y con la ventaja que su complejidad confería a sus zonas centrales. Las metrópolis juegan en ello un papel esencial; sin embargo, han dejado de conformar alrededor de ellas regiones bien estructurada y bien delimitadas. Y ahora aparecen como núcleos que mantienen relaciones por lo común lejanas en medio de espacios relativamente monótonos.

La escena mundial hoy

Desde el siglo XVI hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, la carrera por la supremacía internacional se tradujo en el surgimiento de una potencia hegemónica. Algunos países soñaban con destronarla, y de vez en cuando lograban hacerlo, como resultado de algún periodo de guerras o conflictos: así se sucedió el predominio español, holandés francés e inglés. Tras el fin de la Primera Guerra Mundial, el liderazgo pasó a los Estados Unidos.

Con las armas atómicas, la disuasión tomó una nueva forma: las bombas, los vectores y los submarinos que poseían las potencias nucleares "santuarizaron" su territorio —la potencia dominante no podía correr el riesgo de atacar a su rival, ya que sufriría al instante destrucciones masivas—. Así fue como los Estados Unidos y la URSS se vigilaron y se enfrentaron durante conflictos locales —aunque la paz se mantuvo mal que bien a nivel global—.

La caída de la URSS restableció, aparentemente, el lugar a un solo líder. China, el único competidor posible, tardó treinta años, a partir de 1978, para modernizarse y reunir fuerzas. ¿Eso significa que es fácil ejercer la dominación estadounidense? No. Ello se debe a una variedad de causas. Los Estados westfalianos del antiguo mundo industrializado ya no controlan a sus grandes empresas: la desindustrialización ha menguado sus recursos fiscales. Al mismo tiempo, los territorios del tercer mundo, que, con la descolonización y la protección de la ONU, se transformaron en Estados-nación, evolucionan de manera muy diversa. La situación económica de la mayoría mejora, la pobreza retrocede, pero los que se enriquecen rápidamente son muy pocos: un primer grupo de esos países emergentes se sitúa en Asia oriental y meridional y su prosperidad se debe a la industrialización; un segundo conjunto está conformado por grandes Estados: Brasil, Rusia, Sudáfrica y México, cuyos ingresos provienen en gran medida

de la exportación de materias primas y, en el caso de algunos, de sus demás industrias.

Al mismo tiempo, hay muchos Estados que apenas logran mantener medianamente su soberanía: así crecen los paraísos fiscales y los Estados mafiosos. Algunos Estados caen en bancarrota (Badie, 1995).

El marco estatal no desaparece, simplemente ha dejado de tener el mismo papel que antes tenía.

Las nuevas relaciones entre las escalas geográficas

A partir del siglo XVII, el papel de la escala nacional no dejó de consolidarse. Sin embargo, disminuyó en beneficio del Estado local y de las instancias internacionales, y muchas veces globales, cuyo papel es conveniente precisar.

El papel de la escala nacional siguió creciendo hasta la década de 1970

La importancia de las distintas escalas que ha estudiado la geografía humana no ha dejado de variar. La escala global fue tomada en cuenta por los geógrafos a partir del momento en que comprendieron que la Tierra era redonda —y, por tanto, finita— durante el siglo IV en Grecia, antes de nuestra era. Esta escala les permitió explicar la distribución de los climas y, más tarde, en el siglo XV, la de las corrientes atmosféricas y oceánicas que eran las que permitían a las embarcaciones cruzar el Atlántico —y pronto el Pacífico— aprovechando los vientos alisios, de las latitudes tropicales, en una dirección y los vientos del oeste, de las latitudes templadas, en la otra: se trataba de aprovechar la "vuelta", que pusieron en práctica los navegantes españoles.

La redondez de la Tierra se convirtió en un hecho real cuando Magallanes (y más bien sus acompañantes) logró (lograron) dar la primera vuelta al mundo. Gracias a su conocimiento de la navegación y a la superioridad de sus armas de fuego, los operadores que eran los Estados westfalianos con sus medios económicos vieron cómo frente a ellos se abría un área de expansión que nadie regulaba. Estaban en una situación de poder frente a otras formas de organización sociopolítica que existían en la superficie de la Tierra y que solo estaban sujetas por la voluntad de expansión de otros países de la Europa occidental.

La escala predominante en la organización del espacio fue durante mucho tiempo la de las realidades domésticas y locales. La historia hizo emerger progresivamente las realidades de escalas medias, que denominamos regiones y las

de los Estados, más vastas y mejor definidas porque son de naturaleza política y están delimitadas por fronteras que tienden a ser lineales. La modernidad vio cómo se aceleraba este cambio con el surgimiento de las soberanías absolutas que caracterizaban a los Estados westfalianos.

El debilitamiento del Estado-nación westfaliano occidental en la actualidad

El estado-nación westfaliano se ha debilitado, lo cual se debe a razones económicas: con el tiempo, el progreso siempre coloca más alto los niveles de producción que permiten aprovechar al máximo las economías de escala. La mayoría de los países, sobre todo en Europa, son muy poco extensos o están muy poco poblados como para beneficiarse de ello. Con la Segunda Guerra Mundial, los países pequeños buscan cómo arreglárselas y se especializan en actividades donde el tamaño no tenga tanta importancia: la agricultura, servicios o construcción de instalaciones. Los países de talla mediana ponen a funcionar a su máxima capacidad las cadenas de productos de consumo duradero exportando gran parte de su producción hacia las pequeñas naciones donde el mundo está menos industrializado, lo cual permite que sus fábricas operen a una escala competitiva (Claval, 1968).

Estas no eran más que soluciones parciales. A partir de la Segunda Guerra Mundial, había una tendencia predominante hacia la fusión de los espacios económicos nacionales. Fueron diversos los procedimientos que se implementaron. La unión aduanera se contentaba con liberar por completo los intercambios realizados en su interior. La Unión Europea fue más lejos, ya que sus miembros mutualizaron una parte importante de su soberanía: en Bruselas es donde se toman actualmente la mayoría de las decisiones referentes a la economía: establecimiento de normas, lucha contra la contaminación, circulación de las personas, de los bienes y los capitales… Durante mucho tiempo, los agricultores franceses iban a manifestarse ante el Ministerio de Agricultura en París, sin saber que era en Bruselas donde se tomaban las decisiones.

Otras instituciones encumbraron a los Estados nacionales a nivel global: la más importante era la Organización de las Naciones Unidas y sus ramas —la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) en el ámbito cultural; el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef), enfocado en los niños; la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y la Organización Mundial de la Salud (OMS)—.

Asimismo, el Estado westfaliano era enfrentado desde abajo: la revolución de la información llevó a los ciudadanos a exigir que cada vez más los poderes fueran devueltos a las ciudades o regiones a las que pertenecían. Así, la mayoría de los países europeos, cuya estructura no era federal, procedieron a una importante descentralización durante los últimos cincuenta años. El proceso iniciado así no tenía límite: cada progreso en la autonomía motivaba a ganar más de ésta. Una parte de la acción del Estado local que no dejaba de reforzarse era la económica.

La erosión desde abajo tomó otras formas. Era más fácil que antes subir la información local a nivel global. La proliferación cada vez mayor del teléfono celular aceleró de manera extraordinaria este cambio. Sin embargo, la comunicación era más eficaz cuando la manejaban los especialistas en este campo. Por lo común, los encontrábamos en las ONG, u organizaciones no gubernamentales. Aquellas que operaban en el terreno de lo caritativo se multiplicaron a partir de 1960. La voluntad de ayudar a las poblaciones de los países pobres a organizarse y exigir lo que les correspondía llevó a que la mayoría de ellas a atraer la atención de la opinión internacional sobre las dificultades, los dramas, las penurias y las hambrunas que había en esos países y de que estas habían experimentado. Así, las reivindicaciones locales a escala internacional pasaban por alto las administraciones locales y nacionales. Los Estados solían tener el sentimiento de ver pisoteada su soberanía y aquellos con regímenes autoritarios que no sabían manejarlo y controlaban cada vez más la acción de las ONG o bien las expulsaban.

El fracaso de la difusión a escala planetaria del modelo occidental del Estado-nación

Desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XX, la supremacía de los Estados occidentales no dejaba de afirmarse, hasta que entre 1940 y 1970 llegó a su fin con el imperialismo occidental. Sin embargo, el modelo occidental de organización nunca había ejercido una influencia como en ese momento: la descolonización se generalizó por todo el planeta. La seguridad de las fronteras que las Naciones Unidas garantizaban a los nuevos países independientes les permitió vivir en un entorno seguro durante una generación. Sin embargo, en la mayoría de los casos, su soberanía era pura fachada. Los nuevos Estados que se habían creado seguían siendo construcciones artificiales y frágiles.

¿Por qué les costaba tanto a esos países sostener los Estados que les habían sido otorgados? Porque su base económica era insuficiente como para establecer y poner en funcionamiento las redes administrativas necesarias para delimitar el espacio, informar a los gobernantes y permitir que actuaran de manera eficaz.

Entonces el Estado no era más que una estructura puesta sobre una realidad diferente. Cuando subsistía era gracias a los recursos externos, pero, como la ayuda internacional no era suficiente, se convertiría en un paraíso fiscal. Cuando colapsaba por completo, los espacios que dejaba abandonados eran tomados por movimientos terroristas o por redes de mafia.

Para la subsistencia de cualquier Estado era indispensable contar con la capacidad mantener un sistema de redes administrativas de policía, de justicia y de seguridad exterior. Además, los Estados que adoptaban una forma democrática, la estructura sociocultural del país debía: autorizar el establecimiento y funcionamiento de un sistema representativo; contar con medios de comunicación que alimentaran una opinión pública plural; y estar dotado de un sistema judicial independiente de lo arbitrario del ejecutivo. Estas condicionas las cumplen sólo aquellas sociedades donde existen clases medias bastante numerosas y donde la legitimidad de lo político prevalece sobre la de lo religioso y lo ideológico.

Estas condiciones, cualquiera de ellas, faltan en la mayoría de los países del mundo árabe-musulmán, a pesas de que los recursos económicos de muchos de estos son cuantiosos. En aquellos países donde no hay clases medias o son muy pequeñas no llega a darse un debate político. Lo religioso prevalece siempre predomina sobre lo político, lo debilita y lo subvierte. Desde la década de 1950, estos factores facilitaron la instauración de regímenes autoritarios —por lo común de tipo militar—. En Irán condujeron a una forma de poder altamente teocrática, una forma que a los movimientos islamistas les gustaría generalizar. Más tarde se lograría realizar elecciones libres en el Egipto de Morsi y de los hermanos musulmanes, aunque sería de manera provisoria. El islamismo salafista, no conforme con desestabilizar los regímenes locales y de amenazar a los países mediante el terrorismo, llegó brevemente al poder por la fuerza con el Califato que el Estado Islámico proclamó por lo alto sobre Siria e Irak. El respeto que la monarquía saudí ha manifestado desde siempre hacia el wahabismo le evitó hasta entonces ese tipo de disputa.

En Turquía advertimos otro tipo de cambio. Atatürk había impuesto un régimen político autoritario —sin embargo, estaba inspirado en instituciones occidentales— y que durante mucho tiempo navegó entre democracia y golpes de Estado militares. La economía se puso en marcha y las clases medias se desarrollaron. El movimiento de regreso al Islám permitió al partido del AKP y a su líder, Recep Tayyip Erdoğan, llegar al poder tras una consulta electoral democrática; sin embargo, el populismo de fundamento religioso que él representaba significó el fin de la laicidad, la supresión del Estado de derecho y la erradicación de la ma-

yoría de las libertades. Presenciamos entonces una "democratura" —un cambio que constatamos en muchos de los Estados occidentales—.

Una nueva configuración del mundo

Al término de la Segunda Guerra Mundial, el mundo sufría una notable desigualdad, que enfrentaba a los países modernizados e industrializados del Norte con los países en vías de desarrollo del Sur. El estancamiento del periodo de entreguerras y la destrucción provocada por el conflicto no tardó en desaparecer en el mundo desarrollado de economía liberal —Estados Unidos, el Occidente y Norte de Europa, el Imperio británico y Japón—; mientras que los países del Este, la URSS y las democracias populares, muy fuertemente golpeadas por la guerra y afectadas por el mal funcionamiento de su sistema económico, se repusieron más lentamente. En dos décadas, la acelerada expansión demográfica del tercer mundo tiende a empobrecer a la población.

Desde finales de 1950, puede verse el despegue de los países del Sur, en Asia oriental, y que poco a poco gana otras regiones del globo. A partir de 1970, el crecimiento de esos países recién industrializados rebasó la del mundo desarrollado. Una parte cada vez mayor de su población logra escapar de la miseria y pasa a engrosar las clases medias. Este cambio positivo puede verse en muchos países de Latinoamérica y en la mayoría de los del Asia del Sur y del Este. En 2010, China se convirtió en la segunda potencia mundial, apenas 30 años después de su despegue. La India sigue una ruta paralela. Y África por fin participa en ese movimiento. El centro de gravedad de la economía mundial se inclina hacia el Pacífico occidental.

El éxito es espectacular: finalmente se ha reducido la distancia entre los países del Sur y los del Norte, y la miseria, en general, ha disminuido. Sin embargo, los beneficios del crecimiento están lejos de ser repartidos de manera equitativa, a pesar de que una gran parte del Sur, la fracción de la población más desfavorecida se beneficia de ello, el porcentaje de ingresos que corresponde al 10% de los más rico, sin embargo, ha aumentado (Piketty, 2012). Lo mismo sucede en los países del Norte, donde el desempleo y falta de calificación de éstos provoca que el número de nuevos pobres crezca, y que la situación de las clases medias se deteriore.

Entre 1960 y 1970, el mundo se presentaba como un mosaico de Estados nacionales que cubría el conjunto de los continentes (excepto la Antártica). Su soberanía se desbordaba cada vez más sobre los mares vecinos, a partir de que sus aguas territoriales se extendieron a 12 millas marinas y que se adjuntaron las 200

millas de zonas económicas exclusivas, donde se ejercían derechos soberanos en materia de exploración y explotación de los recursos.

Las diferencias entre los Estados no dejaron de acentuarse:

1. Algunos gobiernos eran perfectamente capaces de ejercer al máximo su soberanía, de poner en funcionamiento una administración que no estuviera infectada por la corrupción, de garantizar el orden, la justicia y la educación, de establecer un sistema de salud pública y encargarse del desarrollo de infraestructuras modernas de transporte. El control que ejercían en sus aguas territoriales y sus zonas económicas era efectivo. Ello suponía que contaban con suficientes recursos fiscales.

En una primera categoría de país, los recursos provenían de los impuestos recaudados de la población y de las empresas nacionales. Los ciudadanos ganaban presencia, ya que sostenían al Estado. Esta primera categoría agrupa a Estados de Europa, de Estados Unidos y de los países recién industrializados de Asia oriental y de algunos países de Latinoamérica y de África, así como de Australia y Nueva Zelanda en Oceanía. A escala mundial, la mayoría de las actividades industriales y de los servicios destinados a las empresas se realizaba en estos países. Desde hace cincuenta años, se ha conformado la triada América del Norte, Europa (sobre todo de Noroestes y del Centro) y Japón, aunque el centro del poder global se sitúa alrededor del Atlántico. El auge de los productores del Asia del Este y del Sureste ha añadido al Pacífico occidental.

2. Otro grupo del país obtenía la mayor parte de sus recursos de las reservas mineras —petróleo y gas natural, sobre todo, aunque también carbón (en el caso de Australia y de Sudáfrica), mineral de hierro (en el caso de Australia y Brasil) y otros minerales (en el caso de Chile, la República Democrática del Congo, Rusia, Sudáfrica y Brasil) —. El Estado podía vivir cómodamente del pago de derechos (regalías) que pagaban las compañías extranjeras que explotaban sus recursos mineros. Tales regímenes podían pasar por alto el consentimiento de sus ciudadanos: las dictaduras y, más reciente, las democraturas es común que lo hagan.

Este grupo incluía a buena parte del Medio Oriente, a Argelia, Libia; algunos países del África subsahariana (Angola, Gabón, Nigeria) o de América Latina (Venezuela, Ecuador); Kazajistán, Azerbaiyán y Turkestán. Noruega, Australia, Sudáfrica y Rusia sumaron a los recursos de los países con economías diversificadas los que obtenían de su subsuelo.

Los países petroleros solían obtener fondos soberanos de inversión. Gracias a ello tenían una capacidad de acción internacional importante: invertían el dinero en economías anteriormente desarrolladas en Europa y Estados Unidos, en las

que se infiltraban cada vez más; o compraban yacimientos mineros y tierras en países poco poblados de África y Latinoamérica.

3. Otros Estados eran incapaces de ejercer totalmente su soberanía. Su economía estaba basada en gran medida en una agricultura o ganadería de subsistencia, de la que era difícil obtener impuestos elevados. Su población era pobre. A pesar de que su economía tuvo un cierto desarrollo, este no era suficiente como para superar la miseria. Las industrias establecidas entre 1950 y 1960 tuvieron dificultades en aguantar la competencia del Asia del Este y del Sureste.

La situación mejoró lentamente en aquellos países en los que había paz desde hace treinta años; sin embargo, no podían garantizar a sus Estados los recursos que les permitieran aumentar los salarios de sus funcionarios y de luchar así eficazmente contra la corrupción, y sin necesidad de que las clases medias crecieran al punto de garantizar el buen funcionamiento de una democracia.

Ya no se puede hablar de tercer mundo. En general, la apertura de los intercambios benefició a los países que lo integraban. Si bien los intercambios son inciertos, políticamente inestables, seguirá su auge si el comercio mundial se mantiene libre.

En el contexto actual, muchos de estos países no logran emplear a sus jóvenes: más de la mitad de sus adultos jóvenes se encuentran desempleados y confían en que su situación se mejore. Entre ellos, son cada vez más numerosos los que se ven tentados a emigrar. Por eso es que las sociedades del Sur influyen en el resto del mundo, en los países antiguamente desarrollados en particular.

4. Cierto número de Estados sólo podía subsistir canjeando su soberanía. Así se constituyó un "antimundo" (el término es de Roger Brunet, 1985) que se beneficia de la protección que les garantiza la comunidad internacional para llenar de pabellones de conveniencia a los grandes armadores de los países desarrollados y para albergar a las sociedades-pantallas que extraen al fisco de esas mismas naciones una cantidad importante de impuestos que les generan las grandes empresas.

Los Estados insulares, que se multiplicaron con las independencias en el Caribe y en Oceanía, por lo regular carecían de una base económica sana: los altos costos que imponían las compañías que les prestaban servicios les impedían ofrecer a precios competitivos productos para su exportación. No todos estaban hechos para atraer al turismo. Sufrían de una grave escasez de recursos. En las islas Kiribati, el Estado sacaba una parte importante de sus ingresos de la venta de timbres postales que producían… Luego es entendible que esos mini Estados se vieran tentados a convertirse en paraísos fiscales.

A partir de la década de 1960 los paraísos fiscales se multiplicaron. Con la crisis del 2008 las medidas que tomaron las diversas autoridades internacionales

limitaron su campo de acción; sin embargo, estaban lejos de desaparecer: ¿cómo lograr que una Europa unida actuara firmemente contra algunos de sus países miembros, Luxemburgo, Irlanda, los Países Bajos; pero también Chipre o Malta? ¿Cómo interpretar el hecho de que el Reino Unido pusiera tanto empeño en erradicar los beneficios que sus anexos insulares, la Isla de Man, las islas anglonormandas, las Bahamas o las Bermudas, ofrecían a las actividades de la ciudad?

5. Se creía que las ciudades-Estado habían desaparecido definitivamente en 1797, a partir de que Bonaparte puso fin a la aventura veneciana. Fue precisamente con las independencias cuando surgió una nueva generación de ellas: Hong Kong, Singapur, los Estados del Golfo Pérsico poseían minúsculos territorios; sin embargo, a diferencia de los Estados insulares que acabamos de mencionar, su economía era próspera. Se trataban de centros de negocios que contaban con bancos poderosos y empresas de servicios, y de consultoría dinámicas; disponían con plataformas aeroportuarias de primera magnitud y con compañías aéreas que prestaban servicios a todas las grandes metrópolis. Su riqueza era tal que despertaban la codicia de sus vecinos; sin embargo, contaban con un ejército bien armado y entrenado y con aviones de combate modernos, y resultaban tan indispensables para el mantenimiento de tantas empresas que nadie se atrevía a atacarlos.

La obra *Singapore: An Atlas of Perpetual Territorial Transformation,* que Rodolphe Koninck (2006) le dedicó a Singapur se lee como un libro de aventuras. No había alguien que a principios de la década de 1960 apostara por esos 600 kilómetros^2 situados en el corazón del mundo malayo-indonesio, poblado de una mezcla de chinos (en su mayoría), indios y minorías provenientes de todas partes del mundo. En medio siglo, Singapur se convirtió en uno de los países más avanzados y civilizados del mundo.

El modelo de la ciudad-Estado se propagó más de lo que se piensa: muchos de los Estados territoriales que parecen semejantes a otros por la complejidad de su economía, sus producciones agrícolas y sus industrias, se diferencian de ellos, sin embargo, por el papel desproporcionado que juegan sus capitales. Las funciones de estas conciernen más al resto del mundo que al espacio nacional que gobiernan o que dominan económicamente. No es necesario ir al otro lado del mundo para constatarlo: tenemos a Londres y Ámsterdam.

El papel de la escala global

El pensamiento político que acompaña y teoriza el ascenso del Estado westfaliano veía en el espacio internacional una arena donde sólo importaban los juegos

de poder; la paz se establecía únicamente tras algún conflicto en el que el país vencedor imponía sus condiciones sobre aquel que había derrotado. La tranquilidad perdura mientras un poder sea lo suficientemente fuerte como para que sus adversarios no se atrevan a atacarlo; sin embargo, este tipo de equilibrio de disuasión es inestable y necesariamente provisorio.

La idea de una gestión global del planeta nace de la voluntad de prevenir los enfrentamientos y los conflictos. Y es ante todo política. El crecimiento acelerado de las relaciones económicas de escala mundial plantea el problema de manera diferente.

La globalización política

A finales del siglo XVIII, el proyecto de la paz perpetua de Kant (1799) comprendía el surgimiento de un nuevo interés por civilizar el espacio internacional. Esto implicaba que los Estados respetaran algunas reglas morales, simplificaran su organización (debían adoptar la forma republicana) y sistematizaran su colaboración.

En el siglo XIX, creció ese interés, el cual condujo a la Gran Bretaña a combatir el esclavismo prohibiendo la trata de personas, tarea que asumió la Marina Real británica y llevó a cabo con éxito. Este procedimiento inspiró una concepción de la diplomacia que consistía en superar los conflictos mediante el arbitraje —el barón de Río Branco, ministro de Relaciones exteriores en Brasil, recurrió a este sistemáticamente y logró que su país aumentara varios cientos de miles de kilómetros cuadrados sin tener que disparar ni un solo tiro. En 1899, con la creación de la Corte Permanente de Arbitraje internacional de la Haya, este procedimiento se sistematizó, aunque su actividad siguió siendo discreta. Pero tomó un giro después de la Primera Guerra Mundial, y a iniciativa del presidente Woodrow Wilson, con la fundación de la Sociedad de las Naciones, para la cual no bastaba con que las sanciones fueran disuasivas. A iniciativa de los Estados Unidos, y tras una segunda guerra, se retomó el proyecto con la creación de la Organización de las Naciones Unidas. Para evitar que las coaliciones de las pequeñas naciones paralizaran la acción de la ONU, los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, los Estados Unidos, la URSS, China, el Reino Unido y Francia, se atribuyeron el derecho de veto sobre las medidas que éste hubiera votado. Este mecanismo, que fue empleado sistemáticamente tanto por la URSS para bloquear las iniciativas de los Estados Unidos y de sus aliados como por los estadounidenses para proteger a Israel, limitó finalmente la eficacia

de la ONU, a la que muchas veces, en contra de la voluntad de sus iniciadores, se le convirtió en tribuna para movimientos antioccidentales.

Al mismo tiempo, se multiplicaron los acuerdos sectoriales —en el marco de la ONU o independientemente— que organizaban y regulaban una parte creciente de la vida internacional.

Los resultados la globalización política eran importantes, aunque limitados. Sin embargo, la amenaza que supone el cambio climático para todo el planeta hace que sea cada vez más necesaria una regulación mundial en ciertos ámbitos. De la Conferencia de Río en 1992 a los Acuerdos de París en 2017 hay un progreso innegable, pero insuficiente.

El hecho de que la globalización se haya acelerado a partir de la década de 1960 y haya transformado la organización del planeta se debe a sus formas económicas.

La organización de la globalización económica, las ciudades globales y las nuevas ciudades-Estado

Hace casi treinta años, Saskia Sassen llamó la atención (Sassen, 1996) sobre un nuevo tipo de aglomeración muy grande: la ciudad global. Para analizar su génesis y su papel da tres ejemplos: Londres, Nueva York y Tokio. Hoy la lista sería más larga. En Extremo Oriente incluiría a Singapur y Hong Kong —así como Shanghái, pero a pesar de su gigantismo, Hong Kong se adapta mejor al modelo. En Europa convendría incluir a Ámsterdam como parte de Londres —como lo habíamos mencionado antes— y, en menor medida, París, Zúrich, Ginebra y Fráncfort. En los Estados Unidos, Los Ángeles. La influencia de algunas de estas ciudades, a pesar de ser muy grande, sigue siendo limitada —como Dubái, que cuenta solo en Medio Oriente; o Miami que, desde los Estados Unidos, estructura buena parte de la vida económica y cultural del Caribe y de Latinoamérica.

La función principal de las ciudades globales es financiera. En sus bolsas cotizan grandes empresas cuyo campo de acción es mundial. Sus mercados cambiarios garantizan el ajuste de las monedas de la región donde se establezcan y de las grandes divisas mundiales: el dólar, la libra, el euro, aunque también el renminbi —que significa literalmente, la moneda del pueblo, y es el nombre oficial de la divisa china o yuan—. Las actividades de garantía y consejo que prestan a las empresas estas ciudades son esenciales.

A través de la red de esas ciudades mundiales —y a través de los vínculos que establece con las capitales y las aglomeraciones metropolitanas cuyo dinamismo se impone por todas partes, a una escala inferior, desde hace medio siglo— es

como operan los mecanismos de globalización, como circula la información económica, se establecen las tarifas, se efectúa el movimiento de bienes y se realizan los pagos, se ponen a prueba las innovaciones y se llevan a cabo.

La globalización económica no tiene un solo centro. Funciona igual que lo hace la red de Internet, en el dominio de la información pura. Es un entramado con múltiples centros. Las ciudades globales representan la expresión geográfica. Como desean escapar al control de los Estados territoriales herederos del Estado westfaliano, suelen desarrollarse dentro de ciudades-Estado. Cuando son lo suficientemente poderosas tienden a transformar las construcciones territoriales donde se instalaron en ciudades-Estado, como es el caso de Londres en Reino Unido o de Ámsterdam en los Países Bajos.

Las nuevas caras del capitalismo

La reciente aceleración de la globalización nació de la economía: la baja en los costos del transporte y la comunicación, la revolución informática y el aplanamiento de las redes que se derivó de esta, la reducción sistemática que durante medio siglo se mantuvo de la protección arancelaria y de la desregulación estimularon este aceleramiento. La estructura de las empresas se transformó y su campo de acción dejó de ser el mismo. Desde el comienzo de la revolución industrial, las ganancias que tenían las empresas venían sobre todo de la producción manufacturera. Las ganancias asociadas a las actividades financieras se sumaron a fines del siglo XIX, sin que por ello disminuyera la preeminencia de la industria: ¿por qué se calificaría a esta fase de la evolución económica como lo contrario de fordista?

Las producciones industriales siguen teniendo un lugar esencial en la vida económica actual. El hecho de que la proporción de obreros dentro de la población activa de los países antiguamente industrializados haya disminuido, se debe en buena parte a que los teléfonos celulares, las computadoras, los televisores, los aparatos electrodomésticos o los textiles que usan los consumidores provienen de fábricas o de talleres establecidos en países recientemente industrializados —en China, en toda el Asia del Este y del Sureste y, cada vez más, en Asia del Sur, en India, Pakistán o Bangladés— donde el empleo en el sector secundario ha aumentado considerablemente.

Sin embargo, lo que se observa paralelamente es que las empresas que juegan un papel esencial en la globalización se desprenden parcialmente del sector de las fabricaciones: siguen dominándolo por su esfuerzo de investigación y desarrollo, por los productos que inventan y que protegen mediante el uso de patentes, y por

su manera de pensar y organizar la producción; sin embargo, renuncian a hacerse directamente cargo de la actividad manufacturera, la cual confían a subcontratistas.

Después de haber dominado durante siglo y medio la escena económica, el capitalismo industrial fue suplantado por un capitalismo del conocimiento. Actualmente, lo que permite obtener ganancias ya no son las economías de escala que autorizan la mecanización de las operaciones industriales y, más allá, el empleo de cantidades cada vez mayores de energía concentrada; sino las ganancias que surgen del descubrimiento científico y de la circulación de la información.

El análisis geográfico muestra cómo la economía del conocimiento y su difusión siempre han tenido un papel en el proceso capitalista. Las ganancias se producen de la capacidad que tienen algunos agentes para especular sobre el futuro y hacer un cambio —geográfico, temporal, monetario o informático— para producir riqueza explotando los distintos potenciales de diferentes países; creando nuevas formas de producción; o transformando la arquitectura de las relaciones. Del siglo XVI al siglo XVIII el capitalista era un negociante, un armador o un banquero que se benefició durante la Era de los Descubrimientos para explotar los recursos naturales que hasta entonces habían ignorado, o formas de trabajo por las que se pagaba poco o nada en otras partes. Alrededor de 1800 y hasta la década de 1960, era un industrial quien desarrollaba formas de energía concentrada y máquinas para producir industrialmente artículos de consumo —aunque a su conocimiento de las técnicas agregó, como hemos dicho, el de las formas de comunicación que dieron origen a beneficios compartidos entre las empresas (y que se les llamó economías externas) y los mercados donde circula su producción. El capitalista de hoy ha comprendido que sacando mayor provecho de las dinámicas biológicas, de los procesos químicos y de las perspectivas que lo electrónico abrió, es como puede ganar más. Lo que cuenta para él es comprender mejor las fuerzas que modelan la materia, tener una conciencia más aguda de las condiciones de difusión y de circulación de la información, y tener mayor sensibilidad para captar los gustos, las aspiraciones y los formas que motivan a los compradores. Estamos hablando de un capitalismo del conocimiento, que abarca tanto los procesos químicos, mecánicos y electromagnéticos, como el de la comunicación y las redes, además de la sicosociología del comportamiento.

La empresa organiza y estructura las actividades productivas, pero depende del medioambiente político, social y cultural para que funcione: este puede ser más o menos favorable para sus estrategias de crecimiento. Sin embargo, no podemos hablar de un sistema capitalista que pondría la política de manera per-

manente al servicio de la economía. La empresa y los marcos institucionales están asociados, pero no obedecen a la misma lógica.

Algunas formas ambientales son necesarias para crear la transparencia que ayuda a conocer mejor el espacio y permite proyectarse a futuro. En los siglos XVI y XVII, la exploración geográfica que financió el Estado westfaliano y la seguridad interior que éste garantizaba dio lugar a un primer contexto favorable para la aventura capitalista, que se volvió aun más favorable, dado que el Estado también protege a sus negociantes en el extranjero o delega su soberanía a las compañías de comercio que operan fuera.

Otro contexto favorable para el giro capitalista se dio entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. La creación de bancos centrales, por parte del Estado o bajo su autoridad, redujo la necesidad de las empresas de tener una tesorería; la implementación de un sistema de patentes para proteger los inventos y permitir a quienes los crearan beneficiarse de ello; el progreso en los transportes y el telégrafo —primera forma de telecomunicación— perfeccionaron el funcionamiento de los grandes mercados de materias primas facilitando el suministro y haciendo más eficaz la distribución de los productos en espacios más grandes.

Con la segunda Revolución Industrial, la gama de productos industriales se extendió a los bienes de consumo duradero, a los nuevos medios de comunicación y al sector cultural. La protección del mercado nacional que garantizó el Estado permitió que la masa salarial repartida fuera también utilizada en buena parte para la adquisición de nuevos productos industriales, lo que permitía un desarrollo continuo. El sistema bancario ofrecía préstamos a particulares, cuyas tasas ya no eran abusivas y, de ese modo, facilitaba el consumo de bienes duraderos. Gracias al progreso de los transportes y las comunicaciones, las empresas pudieron poner sus instalaciones alejadas entre sí; lo hacían en un radio que se en el caso de las fábricas de producción mantuviera limitado, pero que podía rebasar los límites del territorio nacional y podía volverse planetaria en el caso de las redes de compra y de distribución. En un mundo donde ahora domina la competencia monopolística las empresas practican en gran medida el autofinanciamiento. Algunos sectores se benefician, además, de las inversiones públicas —si no es que la economía en su totalidad que depende de ellas, como en el capitalismo de Estado que practican los países socialistas con una economía centralizada y planificada. El Estado central o local interviene de manera todavía más directa en el ámbito hipotecario e inmobiliario haciéndose cargo del financiamiento de todo o en parte de la red vial y de las infraestructuras de servicio: se trata del capitalismo de gestión.

El entorno capitalista se vio profundamente modificado tras la aceleración de la globalización durante los últimos cincuenta años —y, en particular, de los últimos treinta—. Creció la gama de sectores donde se reprodujo el giro capitalista: las producciones agrícolas se transformaron en productos alimenticios directamente consumibles. Se extendió la gama de productos de consumo duradero con el progreso electrónico y de las telecomunicaciones. El giro capitalista cada vez recurrió más a la *informática* para reestructurar la distribución y hacer más transparente el espacio. El *capitalismo urbanizador* se propagó considerablemente: los productos que ofrecía —habitaciones, oficinas, fábricas— eran cada vez más sofisticados; su financiamiento, que durante mucho tiempo estuvo reservado para un tipo especializado de establecimientos bancarios (las instituciones hipotecarias), se extendió a los fondos de pensión; la bursatilización de los bienes inmobiliarios llevó a los bancos a participar en ese mercado —lo cual tuvo consecuencias catastróficas, ya que la burbuja inmobiliaria que crearon fue una de las principales causas de la crisis de 2007.

El papel del Estado cambió y, en cierta medida, disminuyó. Perdió casi todo el control que ejercía sobre las empresas, mientras que éstas se volvieron más móviles y flexibles. Si bien seguía participando en las operaciones de planificación, éste dependía más de los financiamientos privados. Además, las reglas de la competencia internacional prohibían cada vez más su intervención en el dominio industrial. La desregulación condujo a la concentración de negocios.

El Estado tenía el deber de garantizar en todo momento la protección de la propiedad intelectual. En el capitalismo de conocimiento que se desarrolló en una generación, tenía, además, la responsabilidad de crear condiciones favorables para la investigación —que, en parte, él mismo financiaba—.

Un nuevo acontecimiento fue que China mostró que un Estado socialista podía apoyarse en el desarrollo de un capitalismo privado, al que favorece con su política educativa a través de la instauración —parcial— de un Estado de derecho, de la aceptación por parte de la mayoría de las reglas de competencia internacional, y del financiamiento de gigantescas infraestructuras de transporte y de construcción urbana. Sin embargo, la existencia de un sector importante de empresas nacionales o municipales, el sistema bancario y la política monetaria no entraban dentro de la lógica del mercado.

El medio capitalista seguía en parte ligado a las políticas públicas, cuyo papel, sin embargo, se había reducido. La capacidad de anticipación, esencial para la creación de los proyectos, dependía ahora más que antes de las mismas empresas y de los servicios que solicitaban a sus asesores y a empresas de consultoría. Estas empresas, que estaban estructuradas en redes internacionales que salían de

Londres, Nueva York, Ámsterdam, Luxemburgo, Hong Kong o Singapur, ayudaban a las grandes firmas a evadir al fisco nacional refugiándose en los paraísos fiscales. Fue gracias al financiamiento liberal de las *startups*, sumamente eficaces, en el campo de la innovación que las grandes empresas pudieron fomentar la investigación y se apropiaron de las novedades que ésta produce adquiriendo las sociedades más prometedoras.

Tales avances afectaban la estructura de redes de las ciudades y la naturaleza de las construcciones políticas. Al lado de los Estados territoriales clásicos que seguían aportando la mayor parte de las producciones y centralizando dentro de las aglomeraciones metropolitanas a sus Estados mayores económicos, surgieron las ciudades-Estado o bien se conformaron Estados territoriales y ciudades-Estado híbridos, como el Reino Unido o los Países Bajos. Sus ciudades globales, Hong Kong, Singapur, Dubái, Londres, Ámsterdam, etc., dominaban y organizaban la vida internacional.

En medio siglo, las condiciones necesarias para sostener una dinámica económica basada en una proyección sistemática al futuro se modificaron a fondo; sin embargo, no se han fijado de manera definitiva. ¿Nos dirigimos hacia un mundo donde las grandes empresas sacan ventaja básicamente de una red de ciudades-Estado que facilitarían su tarea al estructurar el flujo de personas, de bienes, de información y de pagos, por un lado, y, por otro, financiando parte de los gastos de investigación y desarrollo? ¿Acaso no corremos el riesgo de presenciar cómo se acentúa el declive del Estado territorial, cómo se acelera su fragmentación, y ver que garantice que la regulación pase a manos de las comunidades locales? ¿Estamos yendo en sentido contrario, hacia una redefinición del Estado territorial, cuyas atribuciones en el ámbito económico se reducirían, pero cuyas iniciativas seguirían siendo fundamentales en materia de derecho, de seguridad y de cultura?

Debates sobre la naturaleza de la escala global

Se han propuesto varias interpretaciones de los avances contemporáneos:

1. El neomarxismo de las décadas de 1980 y 1990 llevó a que algunos geógrafos combinaran categorías sociales y categorías espaciales. Para ellos, lo global no se refería solamente a lo que abarca el conjunto del planeta; sino que también es una forma del capitalismo que restringe y configura todos los niveles de organización del espacio, gracias a las técnicas de administración y planificación que emplea, así como al control del flujo financiero y de las inversiones que garantiza

(Amin, 2002). Para otros, en particular Taylor (1982; 1996; Taylor y Flint, 2000) este esquema es aplicable a todos los ámbitos, por ejemplo, el de la cultura.

2. Tal visión es demasiado estrecha, ya que ignora la resistencia al orden global que se desarrolla a todas las escalas, la local en particular, así como las estrategias de alianza que se despliegan para contrarrestar las fuerzas que no necesariamente son irresistibles (Cox, 1997; 1998). El reproche que se le hace al análisis socio espacial de escalas es el haber construido una noción de escala como estructura que se impone "desde arriba, a partir del nivel global o metateórico"; cuando lo que importa es tomar en cuenta también "una escala como iniciativa humana, que esté al nivel de los acontecimientos y de lo que resulta de ellos", cuyos efectos se producen "hacia arriba, a pesar de que la flecha de la causalidad va de lo local a lo global" (Jonas, 2006, p. 399).

Por tanto, lo que destaca la crítica posestructuralista es que, al tratarse de una dimensión social, el vocabulario espacial —sobre todo el relacionado con las escalas— produciría un sesgo en la percepción que se tiene de la superficie terrestre, de los procesos que se llevan a cabo, y de las zonas donde éstos entran en juego (Brenner, 2001; Howitt, 1993; Jonas, 1998). Se crítica, sobre todo, la concepción jerárquica del espacio, la que va de lo global a lo local. Evidentemente, la primera reacción es pasar de esta visión socioespacial "vertical" a una visión socioespacial "horizontal: la de un mundo organizado en redes. Sin embargo, proceder de esa forma no resuelve el problema: en las redes hay estructuras jerárquicas y efectos de dominación, por lo que se corre el riesgo de minimizarlas o ignorarlas.

Por tanto, los posestructuralistas proponen reemplazar el vocabulario geográfico socioespacial existente por términos que no contengan en sí una dimensión métrica (como es el caso del lugar, la región, la nación o el mundo); sino que sólo contengan la dimensión topológica de la conectividad (el conjunto de relaciones con otros lugares o superficies).

> El desafío no es el de reemplazar un principio ontológico (la verticalidad) por otro (la horizontalidad); sino el de evitar recurrir a cualquier predeterminación trascendente" (Marston, Jones III y Woodward, 2007, p. 422).

En 2005, Marston y otros propusieron acabar con la noción de escala y con el vocabulario que tradicionalmente se le ha asociado. Por tanto, sugirieron el empleo de una palabra que consideraban neutra y que tomaron prestada de Schatzki (2002): la de *sitio*. Escobar precisa lo que la caracteriza:

> Los sitios pasan a ser una propiedad emergente de los habitantes humanos y no humanos […]; son conjuntos que no preceden a los procesos que les dieron origen (Escobar, 2007, p. 109).

El propósito de la operación es el de pasar de una ontología "vertical" u "horizontal" a una ontología "plana" que evita confundir características espaciales y características sociales. Volvemos a encontrar la reflexión sobre el papel de la ontología en la definición del camino a seguir, así como la influencia de Deleuze y Guattari (1976) y otros. Asimismo, Jones y otros señalan el alcance del debate:

> Se puede resumir el debate sobre la cuestión de escala en geografía como el paso de la interpretación de Henri Lefebvre (el empleo del materialismo dialéctico para superar la brecha que hay entre las ontologías sociales y espaciales) a un enfoque del espacio que es, asimismo, materialista, aunque posestructuralistas y no dialéctico.

El debate sobre la noción de escala está asociado al uso que tenía dentro de la corriente neomarxista: que se desarrolló sobre todo en el mundo anglófono, por lo que no tiene equivalente en el mundo francófono.

3. Es posible que la crítica posestructuralista no vaya a lo esencial. No es la noción de escala lo que produjo un sesgo a favor de la interpretación jerárquica de la organización geográfica del mundo actual; sino la noción del sistema capitalista que confunde sistemáticamente las fuentes políticas y económicas del poder. Lo que hemos tratado de evitar al distinguir cuidadosamente la lógica de las construcciones políticas es la lógica de las empresas productivas. Si bien, es evidente que mantienen una relación entre sí: los gobiernos necesitan recursos y las empresas son las que se los proveen en buena parte a través de los resultados que obtienen y de los salarios que reparten. Las firmas, a su vez, necesitan de seguridad, es decir, de policía y de tribunales; de carreteras y de aeropuertos, así como de una moneda estable que permita el funcionamiento de un sistema bancario que las libere de su preocupación de tener una tesorería. Deben proteger sus innovaciones mediante el registro de sus patentes o licencias. Por tanto, son consumidoras de los bienes públicos que el Estado les provee. La canasta de servicios que buscan ha variado con el tiempo. La empresa privada puede garantizar algunos servicios bajo ciertas condiciones.

No hay sistema capitalista impulsado por un poder superior, sino un frágil reajuste, al que hay que reinventar constantemente entre los dos proveedores de futuro que son el poder político y la iniciativa privada. La historia del mundo ca-

pitalista aún no está escrita: la alianza entre el capitalismo de Estado y el sistema soviético demostró ser desastrosa; mientras que la relación entre el marxismo-confucianismo chino y la empresa parcialmente privada ha tenido un enorme éxito desde hace cuarenta años…

Haciendo énfasis en el papel del espacio—al que se concibe como una superficie o como un entorno— en la vida de los grupos humanos, el enfoque geográfico evita ciertas simplificaciones y permite entrar más a fondo en la lógica de los destinos individuales y colectivos.

Conclusión

Esta obra analiza las relaciones del hombre con el espacio tal y como la reflexión occidental, su vertiente científica, las ciencias naturales y sociales —la geografía en particular— las han conceptualizado.

El investigador analiza el espacio desde una doble perspectiva: la del entorno y la de la superficie. Lo hace a partir de las prácticas, los conocimientos y los imaginarios que permiten la explotación del espacio, contribuyen a explicarlo y se esfuerzan por darle un sentido a la existencia de quienes lo habitan. Asimismo, se interesa en las transformaciones que han provocado el progreso técnico y la evolución de las representaciones de la naturaleza en el espacio, y en lo local o lo exótico que comparten los grupos sociales.

La formación de la geografía

Las prácticas, los conocimientos y los imaginarios que estructuran las relaciones de los hombres con el espacio han atravesado varias fases. Primero predominaron prácticas que solían verbalizarse poco; luego, se realizaron geografías empíricas para el uso de viajeros, militares o gobernantes; y, finalmente, la geografía se convirtió en una disciplina científica. Sin embargo, esta transición no se efectuó de la noche a la mañana. Desde la Antigüedad griega, se sabe que la Tierra es redonda; la observación del cielo permitió determinar la ubicación de los lugares mediante coordenadas geográficas, pero entre el momento en que se comenzó a estudiar las longitudes (siglo II antes de nuestra era) y el momento en que se logró establecerlas de manera precisa (mediados del siglo XVIII), pasaron casi dos milenios, durante los cuales la geografía osciló entre trazar mapas inevitablemente imprecisos y hacer descripciones deficientes de la Tierra a falta de herramientas para describir y clasificar las observaciones, es decir, por no contar con los métodos adecuados para analizar la realidad.

La geografía comenzó a tomar la forma que le conocemos a finales del siglo XVIII. Fue entonces cuando se estableció como una ciencia natural de la superficie de la Tierra, basada en la descripción y clasificación de aquello que es observa-

ble. El darwinismo, que convirtió al medio en el agente de la selección natural y, por ende, en uno de los motores de la evolución, condujo, a partir de 1880, al surgimiento de la geografía humana. Ésta no tardó en focalizarse en los rasgos de estructura que se observaban en la disposición y en la demarcación de las tierras, en el hábitat o en la organización regional del espacio. En los espacios rurales, la geografía hizo del género de vida el elemento determinante de las formas de uso del suelo. Vidal de la Blache insistió en el papel de la circulación y las ciudades en la organización del espacio que caracterizó a las sociedades industriales y comerciales de fines del siglo XIX.

Para explorar esos nuevos terrenos, era conveniente poner el acento en el espacio como superficie. Los geógrafos aprendieron a hacerlo entre las décadas de 1950 y 1960, apoyándose en la economía espacial: la Nueva Geografía, que se constituyó así, y logró terminar de estructurar la geografía humana entre las décadas de 1970 y 1980.

El giro cultural, que comenzó a perfilarse en la década de 1970 y se consolidó en 1990, aportó una nueva perspectiva. La disciplina dejó de ser una ciencia natural de la Tierra —una disciplina que, como las demás ciencias naturales de la época, se negó a tomar en cuenta el juego de las representaciones—. El geógrafo dejó de ser el superhombre, cuya simple mirada podía descubrir sobre la superficie de la Tierra estructuras y mecanismos que estaban ocultos para el común de los mortales. Y ahora se interesaba por las prácticas, los saberes y los imaginarios de las poblaciones que habitaban o usaban los espacios que estudiaba.

Una disciplina compleja

De esta evolución con varias fases nació una disciplina compleja, dedicada a estudiar la dinámica de las relaciones entre los ecosistemas y los grupos sociales; así como las reglas que había que respetar para que las formas de explotación del medio ambiente fueran sustentables. Le dio un lugar importante a los diversos usos del suelo; se enfocó en la movilidad; en el papel de los transportes y, cada vez más, en el de las comunicaciones. Además, explicaba la tendencia a concentrar las actividades productivas cerca de las vías que estaban bien comunicadas con grandes infraestructuras; así como la de centralizar los servicios en los conmutadores de los sistemas de comunicación que son las ciudades. Las zonas céntricas de los espacios nacionales se beneficiaron tanto de la convergencia de las vías principales de transporte como de la multiplicidad de sus grandes ciudades: estas zonas se presentaron como las grandes ganadoras en la carrera por el espacio antes de que

las deseconomías, asociadas a la concentración y al hacinamiento que las acompaña, terminaran pesando más que las ventajas.

La escala global

Los problemas que resolvió la reflexión geográfica varían según la escala donde se sitúe el análisis. A nivel global, la dinámica que inició en la Era de los Descubrimientos condujo a una rápida proliferación de los conocimientos geográficos. Estos se interpretaron y clasificaron en términos de *latitud*, a partir del siglo XVI y, en términos de *progreso* a partir del siglo XVIII. Tales son los principios que guiaron a los redactores de las *geografías universales* escritas en el siglo XIX. El papel de los Estados-nación industrializados de Europa y Estados Unidos, a los que se sumó Japón en 1900, condujo al enfrentamiento de las *grandes potencias* con los *países nuevos*. La posguerra dejó ver la magnitud del *desarrollo desigual* y el fracaso de los imperialismos, que no hicieron nada por reducir esa brecha, sino que, por el contrario, la ampliaron.

La tensión nuclear mantuvo durante cuarenta y cinco años un equilibrio bipolar basado en la disuasión entre los Estados Unidos y la URSS, mientras la globalización acababa con las viejas regiones industriales, propagaba los paraísos fiscales y los Estados canallas, y veía cómo se desarrollaban formas exacerbadas de terrorismo —la respuesta del débil al fuerte— fomentadas por el fundamentalismo musulmán.

Las escalas medianas

El acento que puso la geografía humana en el medio ambiente, a raíz del evolucionismo, llevó a que los investigadores centraran la atención en los entornos, en su funcionamiento, su diversidad y su desigual humanización: dándole ahora un lugar central a las realidades regionales.

La escala nacional y la escala regional son complementarias, ya que el buen funcionamiento del Estado y su prosperidad se basan en la estructuración inteligente de sus espacios interiores. Los países industrializados lo entendieron y, de ese modo, lograron su prosperidad y poder.

Después de 1945, la óptica cambió. Así como el rezago del tercer mundo aparecía ahora como un problema moral, el del desarrollo desigual a nivel regio-

nal se interpretó como un fracaso político del Estado, un fracaso que habría que remediar.

La globalización debilitó el Estado industrial, le dio nueva vida a la ciudad-Estado y reemplazó las estructuras jerarquizadas por regiones tradicionales, un mosaico de espacios suburbanizados o rurbanizados, por espacios destinados tanto al desarrollo personal como colectivo y por zonas reservadas a la naturaleza.

El enfoque local y doméstico

En vez de poner el acento en los paisajes estandarizados que habían seleccionado para analizar los conjuntos regionales, el enfoque local y doméstico abordó las realidades espaciales desde una perspectiva concreta que tomaba en cuenta todas las particularidades del entorno y de los hombres. En los pueblos originarios y las sociedades históricas, lo local se estructuraba en comunidades sociales claramente delimitadas, cuya autonomía y aislamiento solía sobrevalorarse. Un análisis más riguroso destaca el papel que ahí tenían los intercambios y la difusión de las técnicas, los conocimientos y los imaginarios —aun cuando la transmisión desde o hacia el exterior se viera limitada por razones lingüísticas y socioculturales (como la fragmentación de las primeras comunidades o el dualismo entre las culturas populares y las culturas elitistas en el mundo histórico)—.

El estudio local se encontró con algunas dificultades cuando abordó las ciudades: ahí, los lugares ya no están conformados por comunidades relativamente aisladas y fáciles de delimitar. El espacio se presenta ahora como una red donde la circulación es intensa y está imbricada. En el mundo contemporáneo se observa lo mismo en zonas desmesuradamente extendidas que han sido alcanzadas por la suburbanización y la rurbanización.

Han surgido distintas reacciones contra una circulación que puede sentirse demasiado intensa, llevando a los ricos a aislarse en zonas residenciales cerradas y con vigilancia; y a algunas comunidades minoritarias a permanecer en un autoencierro que cultivan y protegen celosamente.

La dialéctica entre las limitaciones naturales y las innovaciones técnicas

¿Cuál es la aportación de los enfoques geográficos para la comprensión de nuestro mundo? De entrada, el recordatorio renovado en cada época del peso que tiene el entorno: durante un tiempo, creímos habernos liberado de él, gracias a que la

circulación permitía escapar de la avaricia de los medios locales; sin embargo, volvimos a encontrarnos con otras limitantes medioambientales, ahora a otra escala y bajo otras formas, como la de la contaminación que amenaza la resiliencia de los ecosistemas locales y regionales y, cada vez más, la del ecosistema global. La avaricia de la naturaleza reaparece con el agotamiento progresivo de algunos recursos globales y con la disminución de los bienes gratuitos que desde siempre han sido el aire y el agua.

Los grupos humanos, cada uno en su momento, lograron crear sistemas sostenibles para la explotación del medioambiente y la organización social. Primero fueron las comunidades de cazadores-pescadores-recolectores del Paleolítico, o los pueblos originarios que siguen subsistiendo con muy baja densidad y un impacto limitado, aunque significativo debido a los incendios, en el medioambiente. Luego vinieron las comunidades de agricultores y ganaderos del Neolítico, y las regiones rurales de las sociedades históricas, que mantenían cierta estabilidad de los géneros de vida y de las estructuras agrarias, a pesar de que la vida de relación e intercambio condujo a la diversificación de la producción artesanal, al desarrollo de ciudades y al surgimiento de sistemas políticos más grandes: ciudades-Estado, reinos o imperios.

Estos sistemas tradicionales fueron arrasados por varias olas de transformación:

1. El progreso de la navegación dio paso a la Era de los Descubrimientos y a una globalización que de manera progresiva puso en contacto a pueblos en desigualdad de condiciones, imponiendo a los más débiles, que era la mayoría, un periodo de sometimiento colonial.

2. La implementación de formas de energía concentrada dio origen a la primera y segunda revoluciones industriales así como a la revolución en los transportes. El mundo occidental experimentó entonces una rápida urbanización, el reforzamiento de sus estructuras regionales y el florecimiento del Estado westfaliano que se convirtió en Estado-nación con una economía integrada. Paralelamente, acentuó su dominación sobre el resto del mundo.

3. La tercera transformación se dio básicamente a raíz del progreso en los sistemas de comunicación. El cambio comenzó con la imprenta y se aceleró con la democratización de la escritura en el curso del siglo XIX; más tarde, en la segunda mitad de ese siglo, siguió con el telégrafo, el teléfono, el cine y las grabaciones sonoras; y, en las primeras décadas del siglo XX, con la radio y la televisión. Este movimiento se disparó con el avance tecnológico de las telecomunicaciones y la revolución digital, con Internet y el teléfono celular a partir de 1970. Esta tercera revolución técnica consiguió liberar a la inmensa mayoría de la población del

trabajo en el campo, y a las mujeres de muchas de las labores domésticas que hasta entonces realizaban, permitiéndoles, finalmente, tener control de su fertilidad. Además, permitió acceder, desde cualquier lugar, a grandes flujos de información transmitida de manera instantánea y muchas veces proveniente de lugares lejanos.

La intensificación de la agricultura redujo las superficies que ocupaba, con lo cual aumentaron los espacios, mismos que fueron devueltos —bajo vigilancia— a la naturaleza. Las zonas urbanizadas, suburbanizadas y rurbanizadas, con toda y su mezcla de hábitat y de espacios de relajación y recreación, siguieron creciendo, como también lo hicieron las zonas de turismo, las casas de verano y de teletrabajo.

La revolución de las comunicaciones dio a las empresas la posibilidad de distribuir sus instalaciones y recurrir cada vez más a la subcontratación. Además, limitó el control que el Estado ejercía sobre ellas y, con ello, puso en tela de juicio su funcionamiento.

El peso de las representaciones y de los imaginarios

La reflexión geográfica destaca también que las fuerzas materiales y los factores técnicos se ejercen en sociedades donde las representaciones y los imaginarios tienen un papel importante: imaginarios sobre las raíces, la autenticidad y la identidad; imaginarios sobre la libertad, el viaje, la aventura y la fantasía; imaginarios sobre las virtudes domésticas y sobre la femineidad en contraste con los de la virilidad y la dominación; imaginarios sobre la naturaleza, la fecundidad, pero también sobre la pureza y los comienzos.

En un nivel superior operan los imaginarios referentes a esos otros mundos donde se hallan las fuerzas y los principios que rigen el mundo, ya sea la inmanencia de los animistas del más acá o la trascendencia de las religiones reveladas del más allá; los imaginarios de la Edad de oro, de la Tierra sin Mal o de la Utopía, por su parte, son el fundamento de las ideologías que han inspirado y guiado a Occidente desde el siglo XVII (Claval, 2008).

El papel de las dinámicas culturales

El enfoque geográfico demuestra de qué modo las sociedades humanas utilizan, piensan e imaginan el espacio. También destaca en qué medida las condiciones geográficas influyen en la socialización de los hombres, la cual al transmitirles

prácticas, conocimientos e imaginarios los dota de una cultura. En las primeras sociedades el cuadro es exclusivamente local. Se amplía cuando las células sociales se funden en unidades más numerosas y extendidas. Se abre en horizontes espaciales y temporales más amplios con la escritura —aunque el impacto de ésta se mantuvo por mucho tiempo restringido a ciertas clases de la sociedad, a pesar de que las sociedades históricas tenían en común el dualismo cultural que había entre las clases populares y sus élites—. La modernización comienza con la alfabetización generalizada de la población hasta desembocar, gracias a los medios de comunicación modernos, en la ampliación de las esferas orales.

¿Tal evolución condujo a la reunificación de las culturas que comparten los grupos sociales? No: el binomio culturas populares/culturas elitistas fue sustituido por el binomio de cultura de masas/culturas científicas y técnicas. Hay distintas opiniones sobre las dinámicas que llevaron de un estado al otro. La opinión dominante atribuye a los medios de comunicación modernos el nacimiento de la cultura de masas. El enfoque cultural llevó a los geógrafos a una interpretación diferente. En las sociedades que se modernizan más rápidamente, la universalización de la educación facilita la unificación de los conocimientos y los imaginarios; mientras que la democratización promueve la uniformidad de las culturas, como Tocqueville lo señaló en los Estados Unidos en 1830. En respuesta, las clases burguesas buscaron, por tanto, diferenciarse de la masa poniendo el acento en una educación refinada, que le diera mayor importancia a la investigación, a las ciencias y a las artes, al estilo de la *Bildung* de los países de lengua alemana; mientras que las élites artísticas reinventaban constantemente la estética moderna mediante el recurso de las vanguardias.

La cultura de masas nació con la gran prensa y con la universalización de la educación. Sin embargo, sólo se consolidó en los países más democráticos, principalmente en los Estados Unidos. Ahí se benefició de la temprana eclosión de las industrias culturales que contribuyeron al desarrollo de medios de grabación del sonido, la imagen y el movimiento alrededor de los años 1900. El hecho de que el jazz y el cine estadunidense tuvieran un éxito repentino entre el público popular de todos los países se debe a que respondían a las necesidades de las masas que, con la industrialización, confluyeron en las ciudades.

El establecimiento de regímenes democráticos convirtió al pueblo en la única fuente de legitimidad política, lo cual inevitablemente atrajo la atención sobre las culturas que lo conforman: culturas populares de las sociedades tradicionales, cultura de masas de las sociedades industriales, culturas de nicho de las sociedades posmodernas.

La globalización

El progreso en la circulación condujo, desde hace cinco siglos, a la paulatina unificación del mundo: la globalización. Esta aceleró el desplazamiento de las personas, los productos y las ideas; aumentó la incidencia humana en el medio ambiente y puso en contacto a culturas que durante mucho tiempo habían permanecido aisladas.

Los factores que explican estos cambios son múltiples. Algunos de ellos se asocian a la dinámica de las culturas: la sustitución de habilidades y saberes tradicionales por conocimientos racionales y técnicas más eficaces tuvo un papel fundamental en el desarrollo; sin embargo, debilitó las culturas populares que se basaban en actividades de producción y de sociabilidad local. Las culturas elitistas, que iban de la mano de las culturas populares de las sociedades históricas, debían al conocimiento de la escritura su adhesión a creencias universalistas, el desarrollo de saberes necesarios para estructurar grupos sociales más numerosos, que vivieran en espacios extensos. La dupla cultura de masas/culturas científicas y técnicas que surgió con la modernidad deslizó el conocimiento del mundo técnico hacia los saberes científicos, privando a estos últimos de buena parte de su contenido normativo e ideológico tras el cuestionamiento de las filosofías de la historia que predominaron por mucho tiempo.

La cultura actúa a varios niveles: en el primero, asegura la transmisión de aquello que permite vivir a los grupos sociales, estructurarlos y darle un sentido a su actuar y a su vida; a un segundo nivel, cohesiona a los grupos humanos despertando sentimientos de pertenencia —o exclusión— entre aquellos que comparten la misma cultura; a un tercer nivel, se vuelve una herramienta de diferenciación social, dando cierto prestigio a quienes mejor se adaptan a las normas colectivas. El que mejor desempeño tiene en el juego social es quien se distingue de la masa, lo cual da origen al proceso civilizatorio.

En el mundo de tradición occidental, la excelencia ha sido asociada una u otra vez a la fuerza guerrera, al rigor moral, a la perfección artística y a la racionalidad científica. La crítica a los fundamentos de esta tradición desvío la búsqueda de la distinción, que antes se hallaba en el área del comportamiento moral, artístico o intelectual, hacia la visibilidad —lo cual, a todas luces, modificó los marcos institucionales y la geografía de la sociedad. De la cultura de masas dominante durante casi todo el siglo XIX pasamos a las culturas de nicho, que tienden a fragmentar el mundo.

El capitalismo y los medios que implica

Otro de los factores que influyeron en la evolución de las sociedades y en su control geográfico se asocia a la implementación de una dinámica de crecimiento económico. Ésta fue resultado de la aparición de una nueva categoría de actores: aquellos que son capaces de proyectarse en el espacio o a futuro para concebir y desarrollar nuevos medios para generar riqueza. Se trata, evidentemente, de emprendedores capitalistas. La variante que adoptan es, según el momento, espacial, industrial, financiera o informática.

Proyectarse a futuro para desarrollar nuevos recursos implica correr riesgos. Cuando el plan diseñado se basa en el despliegue de medios más eficaces para exprimir a los pobres —por medio de la usura— es peligroso. Cuando lo que más importa es crear plusvalías monetarias en vez de riqueza —esto sucede cuando se producen burbujas especulativas— también lo es.

Por tanto, jugar con el futuro es potencialmente peligroso. De ahí que durante largo tiempo muchas sociedades lo hayan reprobado. Y por eso es que sólo funciona cuando está regulado —lo cual olvida el ultraliberalismo—. No puede haber desarrollo —y, por tanto, verdadero capitalismo— sin la implementación de un entorno que facilite al mismo tiempo su crecimiento y evite sus excesos. Por mucho tiempo, el Estado fue el encargado de proveer este marco, ahora son los organismos y las instituciones internacionales, las cuales lo han vuelto más eficaz, pero no han logrado reducir los riesgos.

El contexto necesario para el auge del capitalismo implicaba el establecimiento de infraestructuras que facilitaran la movilidad de las personas, los productos y la información y que fuera acompañado de la creación de marcos jurídicos que garantizaran la seguridad. A fin de reducir los riesgos inherentes a cualquier proyección a futuro, las autoridades políticas debían garantizar una mayor transparencia en tiempo y espacio, y hacer más atractivos los esfuerzos de imaginación e investigación indispensables para elaborar nuevas formas de producción.

Lo que la geografía nos enseña sobre la globalización es que el auge del capitalismo, que se correlaciona con ésta, en los siglos XVI y XVII, va de la mano del surgimiento de un nuevo tipo de formación política, el Estado soberano, y con los medios que éste implementó para proyectarse hacia el exterior. Desde fines del siglo XVII, su auge también se vio favorecido por la aparición de sistemas monetarios que usaban la moneda de crédito para reducir las limitantes que suponía el uso de metales preciosos y, al mismo tiempo, aligerar las preocupaciones de las empresas por tener liquidez.

Hubo un invento que favoreció la transición del capitalismo comercial hacia el capitalismo industrial: la invención, en Venecia y luego en la Gran Bretaña, del derecho de propiedad intelectual. La historia del invento de la máquina de vapor muestra hasta qué punto la investigación de James Watt se desarrolló a la par del registro de patentes.

Las condiciones del capitalismo mejoraron en el siglo XIX gracias al desarrollo del sistema bancario: los bancos comerciales atrajeron el ahorro a corto plazo y lo movilizaron para solventar los problemas de liquidez de las empresas. Las bolsas de valores jugaron un papel similar ofreciendo acciones y obligaciones a quienes estaban dispuestos a comprometer su dinero a largo plazo. La propagación del Estado westfaliano en los países que acababan de conquistar su independencia en América, el dominio colonial en otros países más y los esfuerzos por imponer en los Estados e imperios tradicionales el respeto a las reglas del derecho comercial ampliaron el espacio donde los industriales podían extraer sus materias primas y comercializar su producción.

La financiarización de la inversión favoreció la concentración de negocios y dio lugar a situaciones de monopolio que permitieron a las grandes empresas explotar a sus proveedores y clientes. Las primeras legislaciones antitrust se opusieron a estas tendencias.

La segunda Revolución Industrial amplió el campo de actividad de los emprendedores al ofrecer al sector agrícola la mecanización e incrementar los bienes de consumo duradero en el ámbito de la circulación, los aparatos domésticos y los equipamientos culturales. La concentración bancaria y el funcionamiento de las bolsas garantizaron el financiamiento de las empresas que se lanzaban a la producción en serie de bienes de consumo duradero y a crear las redes que aseguraban su distribución.

La última fase de la evolución económica y social se asocia a la aceleración contemporánea de la globalización. En un mundo más competitivo, las empresas deben mostrarse más flexibles e innovadoras: el marco nacional pesa más sobre ellas; pero, los nuevos medios de transporte y de comunicación las liberan facilitando la deslocalización de sus establecimientos productivos y permitiéndoles recurrir a la subcontratación. La gama de fabricaciones crece en el ámbito de la electrónica y de los equipamientos culturales. Para operar en espacios más grandes, las empresas necesitan consultores, asesores financieros y jurídicos, así como bufetes de abogados. Y los encuentran en las ciudades globales —que, para desarrollarse, solicitan que no las ahoguen los intereses que dominan en los Estados territoriales. De ahí el resurgimiento, en la escena mundial, de la ciudad-Estado—.

La internacionalización del espacio económico liberó al capitalismo actual de las regulaciones que tendría que cumplir: la crisis de 2007 convenció de ello a la mayoría de los medios. Los esfuerzos por controlar los paraísos fiscales son prueba de tal avance; sin embargo, el camino a seguir sigue siendo largo.

Así, las modernizaciones que ha experimentado la geografía desde la década de 1960 la han facultado para explicar las dinámicas del mundo contemporáneo.

Referencias

Alonso, W. (1964). *Location and Land Use. Toward a General Theory of Land Ren.* Cambridge: Harvard University Press.

Amin, A. (2002). Spatialities of Globalisation. *Environment and Planning A, 34*, 385-399.

Anderson, B. (1983). *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism.* Verso: Londres.

Arrault, J.-B. (2008). *Penser à l'échelle du Monde* : *histoire conceptuelle de la mondialisation en géographie (fin du XIXe siècle/entre-deux-guerres).* Lille, Atelier de Reproduction des Thèses, 2 microfichas.

Aujac, G. (1966). *Strabon et la science de son temps.* París: Les Belles Lettres.

Badie, B. (1995). *La fin des territoires. Essai sur le désordre international et sur l'utilité sociale du respec.,* París: Fayard.

Bakhtine, M. (1978). *Esthétique et théorie du roman.* París: Gallimard.

Berque, A. (1982), *Vivre l'Espace au Japon,* París: PUF.

Berque, A. (2018). *Glossaire de mésologie.* Bastia: Edition éolienne.

Bonnemaison, J. (1992). Le territoire enchanté : croyance et territorialités en Mélanésie. *Géographie et Cultures,1*(3), 71-89.

Booth, C. (18921903). *Life and Labor of the People of London* (17 vols.) Londres: Macmillan.

Boquet, Y. (2018). *La Mondialisation. Un monde organisé en système.* Dijon: Editions Universitaires de Dijon.

Boserup, E. (1965). *The Conditions of Agricultural Growth.* Londres: Allen and Unwin.

Botero, G. (1591-1595). *Relazioni Universali.* Vicence.

Boulding, K. (1955). *The Image. Knowledge and Life in Society.* Ann Arbor: University of Michigan Press.

Bourdieu, P. (1979). *La Distinction. Critique sociale du jugement.* París: Ed. de Minuit.

Bourguet, M.- N. (1989). *Déchiffrer la France : la statistique départementale à l'époque napoléonienne.* París: Ed. des Archives contemporaines.

Bouysse-Cassagne, T. (1978). L'organisation de l'espace aymara : urco et uma. *Annales E.S.C.,* 5-6, 1057-1080.

Bowman, I. (1931). *The Pioneer Fringe.* Nueva York: American Geographical Society.

Braudel, F. (1979). *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siècles* (3 vols.) París: A. Colin.

Brébeuf, J. de (1996). *Ecrits en Huronie.* Québec: Bibliothèque nationale du Québec.

Brenner, N. (2001). The limits to scale? Methodological reflections on scalar structuration. *Progress in Human Geography, 15*, 525-548.

Brunet, R. (1985). 1998, L'antimonde, Du goulag soviétique à l'extension de la criminalité organisée. Une géographie des zones d'ombre du monde actuel, Compte-rendu de débat, association des cafés géographiques 1998-2005.

Brunhes, J. (1910). *La Géographie humaine, Essai de classification positive* (3 vols.). París: Alcan.

Bunge, W. (1971). *Fitzgerald. Geography of a Revolution.* Cambridge: Schenkman.

Capot-Rey, R. (1934). *La Région industrielle sarroises. Le Territoire de la Sarre et le bassin houiller de la Moselle. Etude géographique.* París: Berger-Levrault.

Carson, R. (1962). *The Silent Spring.* Boston, Nueva York: Mariner Books.

Castoriadis, M. (1975). *L'Instauration imaginaire de la société.* París: Calmann–Lévy.

Chabot, G. (1948), *Les Villes.* París: A. Colin.

Chadefaud, M. (1987). *Aux origines du tourisme dans les pays de l'Adour: du mythe à l'espace, un essai de géographie historique.* Pau; Université de Pau et des pays de l'Adour.

Childe, V. G. (1943). *What Happened in History.* Harmondsworth, Middlesex: Penguin Books.

Childe, V. G. (1963). *La Naissance de la civilisation.* París: Denoël.

Christaller, W. (1933). *Die zentralen Örte in Süddeutschland.* Iena: G. Fischer.

Clastres, P. (1974). *La Société contre l'Etat.* París: Editions de Minuit.

Claval, P. (1963). *Géographie générale des marchés.* París: les Belles Lettres.

Claval, P. (1968). *Régions, nations, grands espaces.* París: Genin.

Claval, P. (1973). *Principes de géographie sociale.* París: Ed. Techniques et Genin.

Claval, P. (1974). *Eléments de géographie humaine.* París: Editions techniques.

Claval, P. (1976). *Eléments de géographie économique.* París: Editions techniques.

Claval, P. (1977). Les réseaux de circulation et l'organisation de l'espace : les fondements de la théorie de la région polarisée. *Transports et voies de communication* (pp. 355-364). Dijon: Université de Dijon, Association Interuniversitaire de l'Est.

Claval, P. (1978). *Espace et pouvoir.* París: PUF.

Claval, P. (1980). *Les Mythes fondateurs des sciences sociales.* París: PUF.

Claval, P. (1981). *La Logique des villes. Essai d'urbanologie.* París: Editions techniques.

Claval, P. (2003). *La Géographie du XXIe siècle.* París: L'Harmattan.

Claval, P. (2004). Les ouvertures de l'espace domestique. La porte, la fenêtre, le tableau et l'écran cathodique. En B. Collignon y J.-F. Staszak (Dir.), *Espaces domestiques. Construire, habiter, représenter* (pp. 64-76). París: Bréal.

Claval, P. (2005). *Chroniques de géographie économique.* París: L'Harmattan,

Claval, P. (2007). *Epistémologie de la géographie.* París: Armand Colin.

Claval, P. (2008). *Religions et idéologies. Perspectives géographiques.* París: PUPS.

Claval, P. (2010). *Les Espaces de la Politiques.* París: Armand Colin.

Claval, P. (2012a). *Géographie culturelle. Une nouvelle approche des sociétés et des milieux.* París: Armand Colin.

Claval, P. (2012b). *Terre des Hommes.* París: Armand Colin.

Claval, P. (2017). Géo-épistémologie. París: Armand Colin.

Claval, P. (2018). Culture et tourisme. *Bulletin de l'Association de Géographes français, 4*, 403-415.

Collignon, B. (1996). *Les Inuit. Ce qu'ils savent du territoire.* París: L'Harmattan.

Collignon B. y Staszak, J.-F. (Dir.). (2004). *Espaces domestiques. Construire, habiter, représenter.* París: Bréal.

Commerçon, N. (1988). *La dynamique du changement en ville moyenne : Chalon, Mâcon, Bour*g. Lyon: Presses universitaires de Lyon.

Conring, H. (1677). *Examen rerum publicarum potiorum totius orbis.*

Cook, I, Crouch, D., Naylor, S. y Ryan, J. R. (Eds). (2000). *Cultural Turn/Geographical Turn.* Harlow: Pearson Education Limited.

Cox, K. (1997). *Spaces of Globalization: reasserting the Power of the Local.* Nueva York: Guilford.

Cox, K. (1998). Spaces of dependence, spaces of engagement and the politics of scale, or: looking for local politics. *Political Geography, 17*, 1-23.

Cox, K. (2016). *The Politics of Urban and Regional Development and the American Exception.* Syracuse: Syracuse University Press.

Cusset, F. (2003). *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux Etats-Unis.* París: La Découverte.

Dardel, E. (1952). *L'Homme et la Terre,* París: PUF.

Darwin, C. (1859). *On the Origin of species by Means of Natural Selection.* Londres: Murray.

Debarbieux, B. (2001). *Les Géographes inventent les Alpes.* Grenoble: Institut de géographie alpine.

Debarbieux, B. (2010). *Les Faiseurs de montagne : imaginaires politiques et territorialités, XVIII*e*-XXI*e* siècle.* París: CNRS éd.

de Geer, S. (1927). The American Manufacturing Belt. *Geografiska Annaler, 6*, 233-259.

Deleuze, G. y Guattari, F. (1976). *Rhizome.* París: Editions de Minuit.

Demangeon, A. (1920a). *Le Déclin de l'Europe.* París: Armand Colin.

Demangeon, A. (1920b). L'habitation rurale en France. *Annales de Géographie,* 161.

Demangeon, A. (1923). *L'Empire britannique.* París: Armand Colin.

Demangeon, A. (1927a). *Les îles Britanniques.* París: Armand Colin.

Demangeon, A. (1927b). *Belgique, Pays-Bas, Luxembourg.* París: Armand Colin.

Demangeon, A. (1942). *Problèmes de géographie humaine.* París: Armand Colin,

Demonet, M., Dumont, P. y Le Roy Ladurie, E. (1976). Anthropologie de la jeunesse masculine en France (1819-1830). *Annales E. S. C.*, *31*(4).

Demoule, J.-P. (2017). *Les Dix Millénaires oubliés qui ont fait l'histoire. Quand on inventé l'agriculture, la guerre et les chefs.* París: Fayard.

Denis, P. (1920). *La République argentine.* París: Armand Colin.

Domosh, M. y Seager, J. (2001). *Putting Women in Place: Feminist Geographers make Sense of the World.* Nueva York, Guilford Press.

Dufresnoy, O., Elie de Beaumont, L. (1841). *Explication de la carte géologique de France* (vol. 1). París.

Dumont, L. (1966). *Homo hierarchicus.* París: Gallimard.

Dumont, L. (1977). *Homo æqualis.* París: Gallimard.

Duncan, J. (1980). The superorganic in American cultural geography. *Annals of the Association of American Geographers, 70*, 181-198.

Dupin, C. (1826). *Carte figurative de l'instruction populaire en France.* Bruxelles: Jobard.

Eliade, M. (1965). *Le Sacré et le profane.* París: Gallimard.

Elias, N. (1939). Über desn Prozess der Zivilization (2 vols.). Basilea: Verlag Haus zum Falk

Elias, N. (1974). *La Société de cour.* París: Calmann-Lévy.

Escobar, A. (2007). The 'ontological turn' in social theory. A commentary on 'Human Geography without scale', by Sallie Marston, John Paul Jonnes III and Keith Woodward., *Transactions of the Institute of British Geographers, 32*, 106-111.

Ferry, L. y Capelier, C. (2014). *La plus belle histoire de la philosophie.* París: Robert Laffont.

Foucault, M. (1965). *Des Mots et des choses.* París: Gallimard.

Foucault, M. (1969). *Archéologie du savoir.* París: Gallimard.

Foucault, M. (1975). *Surveiller et punir.* París: Gallimard.

Fourastié, J. (1949). *Le Grand Espoir du xxe* siècle. Progrès technique, progrès économique, progrès social. París: Presses universitaires de France.

Frank, A. F. (1966, septiembre). The development of underdevelopment. *Monthly Review*, 18(4), 17-31. https://doi.org/10.14452/MR-018-04-1966-08_3

Franklin, H. (1969). *European Peasantry. The Final Phase.* Londres: Methuen.

Frémont, A. (1976). *La Région, espace vécu.* París: PUF.

Gallois, L. (1908). Régions naturelles et noms de pay., París: Armand Colin.

George, P. (1951). *Introduction à l'étude de la population du monde.* París: INED.

Gerschenkron, A. (1962). *Economic Backwardness in Historical Perspective.* Londres: Oxford University Press.

Gibert, A. (1930). *La Porte de Bourgogne et d'Alsace (trouée de Belfort). Etudes géographique.* Besançon: Jacques et Demontrond.

Giddens, A. (1987). *La Constitution de la société.* París: PUF.

Giraud-Soulavie, J.-L. (1783). *Histoire naturelle de la France méridionale* (7 vols.). París.

Gottmann, J. (1952). *La Politique des Etats et leur géographie.* París: Armand Colin.

Gottmann, J. (1959). *Megalopolis. The Urbanized Northeastern Seaboard of the United States,* Cambridge (Mass.): MIT Press.

Gottmann, J. (1972). *The Significance of Territory.* Charlottesville: University of Virginia Press.

Gourou, P. (1947). *Les Pays tropicaux.* París: PUF.

Gourou, P. (1973). *Pour une géographie humaine.* París: Flammarion.

Gourou, P. (1984). *Riz et civilisation.* París: Fayard.

Gregory, D. (1978). *Ideology, Science and Human Geography.* Londres: Hutchison.

Guilcher, J.-M. (1969). *La Contredanse et les renouvellements de la danse française.* París-La Haye: Mouton.

Guilluy, C. (2014). *La France périphérique. Comment on a sacrifié les classes populaires.* París: Flammarion.

Habermas, J. (1972). *Knowledge and Human Interests.* Londres: Heinemann.

Hägerstrand, T. (1968). *Innovation Diffusion as a Spatial Process.* Chicago: Chicago University Press.

Hägerstrand, T. (1970). What about People in Regional Science? *Papers of the Regional Science Association, 24*, 7-21.

Hahn, E. (1914). *Von der Hacke zum Pfluge.* Leipzig: Quelle et Meyer.

Harvey, D. (1969). *Explanation in Geography.* Londres: Arnold.

Harvey, D. (1973). *Social Justic*e *and the City*. Londres: Arnold.

Harvey, D. (1984). *The Limits to Capital.* Londres: Arnold.

Hauser, H. (1925). *L'Organisation gouvernementale française durant la guerre: le problème du régionalisme.* París: PUF.

Haushofer, K. (1928). *Bausteine zur Geopolitik.* Berlin: Wowinckel.

Hegel, G. F. K. (1979). *La Raison dans l'histoire. Introduction à la philosophie de l'histoire.* París.

Heinich, N. (2005). *L'Elite artiste. Excellence et singularité en régime démocratique.* París: Gallimard.

Heinich, N. (2012). *De la Visibilité. Excellence et singularité en régime médiatique.* París: Gallimard.

Herder, J.-G. (1962). *Idées pour la philosophie de l'histoire de l'humanité.* París: Aubier-Montaigne.

Herder, J.-G. (1964). *Une autre philosophie de l'histoire.* París: Aubier-Montaigne.

Hesseln, R. de. (1780). *Nouvelle topographie ou description détaillée de la France divisée par carrés uniformes.* París: Edición del autor.

Higgins, B. (1959). *Economic Development. Principles, Problems and Politic.* Nueva York: Norton.

Hoover, E. M. (1948). *The Location of Economic Activity.* Nueva York: Mc Graw Hill.

Howitt, R. (1993). A world in a grain of sand: towards a reconceptualization of geographical scale. *Australian Geographer, 23*, 33-44.

Humboldt, A. von (1805). *Essai sur la géographie des plante.* París.

Humboldt, A. von. (1811). *Essai politique sur l'île de Cuba.* París.

Isard, W. (1956). *Location and Space Economy.* Nueva York: MIT Press y John Wiley.

Jameson, F. (1984). Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism. *New Left Review, 146*, 52-92.

Jefferson, T. (1787). *Notes on the State of Virginia.* Londres: John Stockdale.

Johnson, H. B. (1976). *Order upon the Land.* Londres: Oxford University Press.

Jonas, A. (1998). A new regional geography of localities? *Area, 20*, 101-110.

Jonas, A. (2006). Pro scale : further reflections on the scale debate in geography. *Transactions of the Institute of British Geographers, 31*, 399-406.

Jones III, J. P. (2001). Introduction : segmented worlds and selves. En P. C. Adams, S. Hoelscher y K. E. Till (Eds.), *Textures of Place. Exploring Humanist Geographies,* (pp. 121-128). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Jones III, J. P. y Natter, W. (1999). Space 'and' representation. En A. Buttimer, S. D. Brunn y U. Wardenga (Eds), *Text and Image. Social Construction of Regional Knowledges* (pp. 239-247). Leipzig: Institut für Länderkunde.

Jones III, J. P., Woodward, K. y Marston, S. A. (2007). Situating flatness. *Transactions of the Institute of British Geographers*, *32*, 264-276.

Kant, I. (1799). *Projet de paix perpétuelle.*

Keyes, R. (2004). *The Post-Thruth Era: Dishonesty and Deception in Contemporary life.* Nueva York: St .Martin's Press.

Knafou, R. (1978). *Les Stations intégrées de sports d'hiver des Alpes françaises. L'aménagement de la montagne à la française.* París: Masson.

Koninck, R. de. (2006). *Singapour. La cité-Etat ambitieuse.* París: Belin.

Krenzlin, A. (1961). Zur Genese der Gewannflur in Deutschland. *Geografiska Annaler, 43*, 190-205.

Kuper, A. (1999). *Culture. The Anthropologists' Account.* Cambridge (Mass.): Harvard University Press.

Labasse, J. (1955). *Les Capitaux et la región.* París: Armand Colin.

Latour, B. (2012). Biographie d'une enquête – à propos d'un livre sur les modes d'existence (dossier coordinado por Bruno Karsenti), *Archives de philosophie*, *75*(4), 549-566.

Lécuyer, B.P. (1945). Préhistoire des Sciences sociales. *Encyclopædia Universalis* (vol. 16) (pp. 570-580).

Le Lannou, M. (1949). *La Géographie humaine.* París: Flammarion.

Leroi-Gourhan, A. (1964). *Le Geste et la parole.* París: Albin Michel.

Levasseur, E. (1872). *L'Etude et l'enseignement de la géographie.* París: Delagrave.

Levasseur, E. (1889). *La Population française.* París: Rousseau.

Levasseur, E. (1890). *La France et ses colonies.* París: Delagrave.

Lévi-Strauss, C. (1955). *Tristes Tropiques,* París: Plon.

Leyser, P. (1726). *Commentatio de vera geographiae método.* Helmstedt.

Loyer, E. (2017). *Une brève histoire culturelle de l'Europe.* París: Champ Histoire – Flammarion.

Lussault, M. (2017). *Hyper-lieux. Les nouvelles géographies de la mondialisation.* París: Seuil.

Lyotard, J. -F. (1979). *La condition postmoderne: Rapport sur le savoir*. París: Éditions de Minuit.

Mackinder, H. J. (1904). The geographical pivot of history. *Geographical Journal, 23*, 437-444.

Mahan, A. T. (1890). *The Influence of Sea-Power upon History, 1660-1783.* Boston: Little Brown.

Malinowski, B. (1963). *Les Argonautes du Pacifique occidental.* París: Gallimard.

Malinowski, B. (1974). *Les Jardins de corail.* París: Maspéro.

Malte-Brun, V. (1810-1829). *Précis de géographie universelle ou description de toutes les parties du monde* (6 vols.). París.

Marston S. A, J. P. Jones III y Woodward, K. (2005). Human Geography without Scale. *Institute of Britrish Geographers, 30*, 416-432.

Mauss, M. (1950). *Essai sur le don. Sociologie et Anthropologie,* (pp. 143-279). París: PUF.

Meadows D. J., Meadows, D. y Randers, J. (1973). *Halte à la croissance.* París: Fayard.

Meitzen, A. (1895). *Siedelung und Agrarwesen der Westgermanen und Ostgermanen, der Kelten, Römer, Finnen und Slawen,* (4 vols.). Berlín: Hertz.

Mendras, H. (1967). *La fin des paysans.* París: SEDEIS.

Michelet, J. (1966). *Tableau de la France.* París: Waleffe.

Mitchell, D. (2000). *Cultural Geography. A Critical Introduction.* Oxford: Blackwell.

Monbeig, P. (1952). *Planteurs et pionniers de São Paulo.* París: Armand Colin.

Montaigne, M. (1580). *Essais.* Capítulo "Les Cannibales".

Montchrestien, A. de. (1615). *Traité d'économie politique.* Rouen: J. Osmont.

Moro, T. (1512). *Utopia.*

Münster, S. (1544). *Cosmographie Universelle.*

Nodier, C., Taylor, I. y Cailleux, A. de. (1820-1878). *Voyages pittoresques et romantiques dans l'ancienne France* (21 vols.). París: Gide.

Nurske, R. (1953). Problems of Capital Formation in Underdeveloped Countries. Oxford: Basil Blackwell.

O'Tuathail, G. (1996). *Critical Geopolitics.* Londres: Routledge.

Otto, R. (1917). *Das Heilige. Uber das Irrationale in der Idee des Göttlichen und sein Verhältnis zur Rationalen.* Gotha.

Packard, V. (1959). *The Status Seekers.* Nueva York: McKay.

Palsky, G. (1996). *Des Chiffres et des Cartes. La cartographie quantitative au XIXe siècle.* París: Editions du Comité des Travaux historiques et scientifiques.

Perrin, M. (1937). *La Région industrielle de Saint-Etienne. Etude de géographie économique.* Tours: Arrault.

Petty, W. (1691). *Political Arithmetic:* Londres.

Piketty, T. (2012). *Le Capital au XXIe siècle.* París: le Seuil.

Polanyi, C. (1944). *The Great Transformation.* Nueva York: Rinehart.

Ponsard, C. (1955). *Economie et espace.* París: SEDES.

Pred, A. R. (1986). *Place, Practice and Structure.* Cambridge: Polity Press.

Raison, J.-P. (1977). Perception et réalisation de l'espace dans la société Mérina. *Annales, 3*, 412-432.

Ratzel, F. (1898). *Politische Geographie; oder, Die geographie der staaten, des verkehres und des krieges.* Munich: R. Oldenbourg.

Reclus, E. (1876-1894). *Nouvelle Géographie Universelle* (19 vols.). París:Hachette.

Reclus, E. (1892). *Nouvelle Géographie Universelle* (tome XVI), *Les Etats-Unis.* París: Hachette.

Reclus, E. (1895). The evolution of cities. *Contemporary Review, 350*, 246-264.

Relph, E. (1970). An enquiry into the relations between phenomenology and geography. *Canadian Geographer, 14*, 193-201.

Riehl, W. H. (1862). *Land und Leute.* Stuttgart: J. G. Cotta.

Ritter, C. (1822-1859). *Die Erdkunde in Verhältnis zur Natur und zur Geschichte des Menschen, oder allgemeinde vergleichende Geographie* (19 vols.). Berlín.

Robequain, C. (1946). *Le Monde malais : péninsule malaise, Sumatra, Java, Bornéo, Célèbes, Bali et les petites îles de la Sonde, Philippines.* París: Payot.

Rochefort, M. (1960). *L'Organisation urbaine de l'Alsace.* Estrasburgo: Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg.

Roncayolo, M. y Paquot, T. (1992). *Villes et Civilisation Urbaine – XVIIIe-XXe Siècle*. París: Larousse.

Rose, G. (1993). *Feminism and Geography.* Cambridge: Polity Press.

Rosière, S. (2009). L'espace politique: quels concepts et quelles échelles. En R. Stéphane, Cox, K., Vacchiani-Marcuzzo, C. y Dahlman, C. (Eds.), *Penser l'espace politique* (pp. 17-33). París: Ellipses.

Rostow, W. W. (1960). *The Stages of Economic Growth.* Cambridge: Cambridge University Press.

Roupnel, G. (1932). *Histoire de la Campagne française.* París: Grasset.

Rousseau, J.-J. (1755). *Discours sur l'origine de l'inégalité.* París: M. M. Rey.

Salomon-Bayet, C. (1968). *Jean-Jacques Rousseau.* París: Seghers.

Sassen, S. (1996). *La Ville globale. New York, Londres, Tokyo.* París: Descartes et Cie.

Sauer, C. O. (1952). Agricultural origins and dispersals. *Bowman Memorial Lectures, Series 2.* Nueva York: American Geographical Society.

Sauvy, A. (1952, 14 de agosto). Trois mondes dans une planète. *L'Observateur*, París, p. 14.

Scott, A. J. (2012). *A World in Emergence. Cities and Regions in the 21st Century.* Cheltenham: Eward Elgar.

Scott, A. J. y Storper, M. (Eds.). (1986). *Production, Work and Territory. The Geographical Anatomy of Industrial Capitalism.* Boston: Allen and Unwin.

Slicher van Bath, B. H. (1963). *The Agrarian History of Western Europe, A.D. 500-1850.* Londres: Arnold.

Smith, A. (1776). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations.* Londres.

Smith, H. N. (1950). *Virgin Lands.* Cambridge (Mass.): Harvard University Press.

Söderblom, N. (1913). *Natürliche Theologie und allgemeine Religion-Geschichte.* Leipzig.

Sorre, M. (1948). La notion de genre de vie et sa valeur actuelle. *Annales de Géographie, 57*(306), 97-108.

Swyngedouw, E. (2004) Globalisation or 'glocalisation'? Networks, territories and rescaling, *Cambridge Review of International Affairs, 17*(1), 25-48. DOI: 10.1080/0955757042000203632

T'Sterstevens, A. (1955). *Le Livre de Marco Polo ou le Divisement du Monde*. Texte intégral mis en français moderne et commenté par. París: Albin Michel.

Taylor, P. J. (1982). *Political Geography. World-Economy, Nation-State and Locality.* Harlow: Longman.

Taylor, P. J. (1996). *The Way the Modern World Works. World Hegemony and World Impasse.* Chichester: Wiley.

Taylor, P. J. (1999). *Modernities. A geohistorical interpretation.* Cambridge: Polity Press.

Taylor, P. J. y Flint, C. (2000). *Political Geography: World-economy, Nation-state and Locality*. Harlow: Prentice Hall.

Tocqueville, A. de. (1835-1840). *De la Démocratie en Amérique* (2 vols.). París.

Törnqvist, G. (1968). *Flows of Information and the Location of Economic Activities.* Lund: C. W. K. Gleerup.

Törnqvist, G. (1970). *Contact Systems and Regional Development.* Lund: C. W. K. Gleerup.

Trochet, J.-R. (2000). *Aires culturelles et civilisations traditionnelles.* París: Ellipses.

Tuan, Y.-F. (1971). Geography, phenomenology and the study of human nature. *Canadian Geographer, 15*, 181-192.

Tuan, Y-F. (1976). Humanistic Geography. *Annals of the Association of the American Geographers, 66*, 615-632.

Turner, F. L. (1963). *La Frontière dans l'histoire américaine.* París: PUF.

Tylor, E. B. (1871). *Primitive Culture.* Londres: Murray.

Ullman, E. L. (1954a). Geography as Spatial Interaction. En Committee on Regional Economic Analysis, *Interregional Linkages* (pp. 63-71). Berkeley.

Ullman, E. (1954b). Amenities as a factor of regional growth. *Geographical Review, 44*(1), 119-132.

Ullman, E. (1958). Regional development and the geography of concentration. *Papers and Proceedings of the Regional Science Association, 4*, 179-198.

Vauban, S. Le Prêtre de. (1707). *Projet de dixme royale.* Rouen.

Varii Auctores. (1838). *Guide pittoresque du voyageur en France* (100 fascicules réunis en 6 vol.). París: Firmin Didot.

Vidal de la Blache, P. (1903). *Le Tableau de la géographie de la France.* París: Hachette.

Vidal de la Blache, P. (1909). Régions françaises. *Revue de París, 5*, 821-849.

Vidal de la Blache, P. (1913). La relativité des divisions regionales. En *Les Divisions régionales de la France,* (pp. 1-14). París: Alcan.

Vidal de la Blache, P. (1922). *Principes de géographie humaine.* París: Armand Colin.

von Seckendorff, L. Veit, 16, *Von deutschen Fürstaat.* Gotha.

von Thünen, J. –H. (1826). *Der isolierte Staat in Beziehung auf Landwirtschaft und Nationalökonomie.* Hamburgo: Perthes.

Wallerstein, I. (1974-1988). *The Modern World System* (3 vols.). Nueva York, Academic Press.

Weber, A. (1909). Über den Standort der Industrien. Tübingen.

Weber, M. (1971). *Economie et société.* París: Plon.

Weber, M. (2013). *La Domination.* París: la Découverte.

Wilson, J. R. (1984). *Multinational Enterprise in Brasilian Geographic Development.* Tesis de doctorado. Minneapolis: University of Minnesota.

Wolpert, J. (1964). The decision process in a spatial context. *Annals of the Association of Americain Geographers, 53*, 537-558.

Woodward, K. y Jones, J. P. (2009). Epistemology, Ontology, Postmodernism, Postmodernity, Poststructuralism. En D. Gregory, R. Johnston, G. Pratt, M. Watts y S. Whatmore (Eds.), *The Dictionary of Human Geography* (5ª ed.) (pp. 206-208, 511-513). Cambridge, MA: Blackwell.

Wunenberger, J. -J. (1981). *Le Sacré.* París: PUF.

El mundo por descifrar. La perspectiva geográfica, editado por el Instituto de Geografía y el Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, se terminó de imprimir el 6 de noviembre de 2020, en los talleres de Grupo Fogra S.A. de C.V., Avenida Año de Juárez, 223, Granjas San Antonio, Iztapalapa, 09070, Cd. Mx.

El tiraje consta de 500 ejemplares impresos en digital sobre papel cultural de 90 gramos para interiores y couché de 250 gramos para los forros. Para la formación de galeras se usó la fuente tipográfica Adobe Garamond Pro, en 9.5/10, 10/12, 11/13 y 15/17 puntos. Edición realizada a cargo de la Sección Editorial del Instituto de Geografía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Revisión y corrección de estilo: Raúl Marcó del Pont Lalli. Formación de galeras y cuidado de la impresión: Laura Diana López Ascencio.

OTROS TÍTULOS DE LA SERIE

Geógrafos, naturalistas e ingenieros en México, siglos XVIII al XX
Luz Fernanda Azuela Bernal
y Rodrigo Vega y Ortega
Coordinadores

Geoparques
Guía para la formulación de proyectos
José Luis Palacio Prieto,
Emmaline M. Rosado González
y Giuliana M. Martínez Miranda

Un largo y ancho camino: la Geografía mexicana, 1969-2017 (Tomos I y II)
Héctor Mendoza Vargas
Coordinador

Apuntes de geografía física y del paisaje
Mario Arturo Ortiz Pérez
(Autor)
Luis Miguel Espinosa Rodríguez
y Gisselle Oliva Valdés
(Editores)

Las raíces anarquistas de la geografía
Hacia la emancipación espacial
Simon Springer

Las investigaciones geográficas, naturalistas y geológicas en México, 1876-1946
Luz Fernanda Azuela Bernal
y Rodrigo Vega y Ortega
Coordinadores

Glosario geomorfológico para montañistas
Miguel Ángel Hernández Espejo
y José Lugo Hubp

El mundo por descifrar
La perspectiva geográfica

Paul Claval

Este libro es una invitación a adentrarse en las distintas maneras en que los geógrafos y las geógrafas han descifrado los espacios humanos, ya sean los paisajes, las regiones o la Tierra en su conjunto. Su autor, Paul Claval es bien conocido en los medios intelectuales de Iberoamérica y, por expreso deseo personal, ha encargado al Instituto de Geografía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la traducción, edición y publicación de esta obra. En sus páginas, escritas de manera clara y sencilla, se ordena el camino de la Geografía a lo largo de los siglos. Sin embargo, no es una historiografía de esta disciplina sino un diálogo sobre muy diversos temas espaciales con actores de distintas épocas que acompañan al lector hasta comprender cómo hemos llegado a la situación actual. El panorama que se observa a futuro, si bien tiene un aspecto angustioso, abre a la Geografía una gama amplísima de posibilidades en razón de sus capacidades multiescalares y pluridisciplinarias. *El mundo por descifrar* es también una síntesis del pensamiento de Paul Claval.

ISBN 978-607-30-3437-1

9 786073 034371